

Sophie Saint Rose

Serie Vikings



Viva para ti 2

Vivo para ti 2

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Liska, en el embarcadero al lado de su padre, observaba impaciente como el barco del jarl Sveinnsen se acercaba a su aldea. No veía a su hermana por ningún sitio y eso le extrañó porque siempre que llegaban a casa, les saludaba desde la proa radiante de felicidad. Miró de reojo a su padre que fue perdiendo la sonrisa poco a poco. —Mi jarl...

—Estará resfriada. El jarl le habrá prohibido salir de la bodega —dijo muy tenso.

En ese momento Ake apareció en cubierta con su cabello castaño trenzado hasta la cintura y sin camisa, lo que mostraba mejor el bulto que tenía en brazos. La expresión de sus ojos verdes mostraba una profunda tristeza y Liska cerró los suyos intentando retener el dolor. Su preciosa hermana había muerto.

El barco atracó ante ellos y sus gentes no lo festejaron. Se hizo un silencio atronador que solo fue roto por el descenso de la rampa que chocó contra la madera del embarcadero. Su padre caminó solo hasta la rampa y Ake descendió mostrando en su rostro el dolor que recorría su alma. Eivor miró el bulto que tenía en los brazos. —¿Es un varón?

—Sí.

—¿Cumplió con su deber y fue una buena esposa?

—Lo fue, jarl.

Él se volvió. —Mi hija Astrid ha muerto. Esta noche se honrará su memoria con un sacrificio.

Miró a su yerno y le palmeó en el hombro. —Entra en la casa. Tenemos mucho de lo que hablar.

Reprimiendo el nudo que tenía en la garganta les observó pasar ante ella. Liska se llevó una mano a la boca intentando reprimir un sollozo recordando su risa y su alegría. Lo enamorada que estaba y lo feliz que era a su lado. Y ya no estaba. Ya no la vería nunca más. Salió corriendo y Aila la siguió hasta una gran roca donde se escondió intentando que nadie viera su dolor. La mujer que las había criado se arrodilló a su lado y la abrazó. —Shusss, no llores por los designios de Odín...

—No es justo.

Acarició su cabello negro. —No, no lo es, pero ya no se puede cambiar.

Sollozó tapándose el rostro y Aila la besó en la sien. —No te hagas esto.

—¿No te duele?

—Siento que se me desgarran el alma, pero mis lágrimas no honran su memoria. La honraré con un sacrificio y pediré a Odín por ella. Ahora serénate y vamos con tu padre que está solo atendiendo al jarl Sveinnsen. —Liska asintió limpiándose las mejillas. —Vamos niña, vamos a conocer a tu sobrino.

Se puso de pie y ayudó a Aila a levantarse. —Mis viejos huesos ya no son lo que eran. —Se agarró a su brazo y la miró de reojo. —Sabes que tu padre ofrecerá tu mano en matrimonio al jarl...

Perdió todo el color de la cara y no dijo nada porque no era capaz de hablar.

—Sería un buen matrimonio.

—Él nunca me amaría como a ella.

Aila asintió dándole la razón. —Y quieres que te ame.

—No —dijo horrorizada por sus pensamientos.

—Niña, eso no sería algo malo.

—He dicho que no —siseó intentando retener las lágrimas.

Aila la retuvo. —Mírame.

Levantó sus ojos azules, que cuajados en lágrimas le suplicaron que no continuara. — Claro que vamos a hablar de esto. Es un buen matrimonio. Se ha quedado viudo con un hijo a su cargo y necesita una esposa. Es deber de tu padre darle tu mano en matrimonio. Si la acepta, te casarás por orden del jarl.

—No me querrá —dijo con voz temblorosa.

—Seguramente no, porque está destrozado. —Esa frase fue como una cuchillada en su corazón. —Pero tiene un hijo y no tiene ni hermanas ni madre. Alguien debe cuidar de su heredero y su padre te encargará esa función. —Cuando intentó volverse la agarró demostrando que aún tenía fuerza. —Escúchame. Sé muy bien que le entregaste tu corazón el mismo día en que le conociste, aunque intentaste disimular tus sentimientos porque puso sus ojos en tu hermana. Sé que has reprimido tu corazón por Astrid y por su felicidad, aunque tú eras la mayor y quien estaba destinada a él.

—Calla... —dijo casi sin aliento.

—Tu padre permitió ese matrimonio porque tú se lo rogaste.

—No me amaba a mí, no era justo que se casara conmigo simplemente porque era la mayor.

—Y te sacrificaste por ella. Y no debiste haberlo hecho, te lo dije.

—Ahora eso ya no importa, ¿por qué lo mencionas?

—¡Porque es importante, Liska! Vino buscando una esposa y siempre supe que se llevó la equivocada. Y la culpa fue tuya porque en cuanto la miró te diste por vencida.

—¡Se amaban!

—¿Porque lo permitiste! ¡Y tu hermana fue egoísta al anteponerse a ti!

Sollozó volviéndose. —¡Cállate! ¡No hables así de ella!

La cogió del hombro para volverla. —Ahora ya no está, pero eso no significa que no cometiera errores.

—Fueron felices, no fue un error —dijo con su rostro bañado en lágrimas.

La anciana apretó los labios. —Ahora ya no está, cielo. Y tienes que pensar en tu futuro. El jarl es un hombre poderoso que será un buen marido.

—¡Cállate! ¡Cállate! —gritó antes de salir corriendo.

Aila suspiró viéndola correr hacia la casa. —Esta niña...

Harald se acercó a su esposa. —No has hecho bien. Ahora se negará en redondo a este matrimonio.

—Pensaba negarse ya antes de que hablara con ella —dijo preocupada. Le miró a los ojos —. Habla con el jarl, intenta que la obligue. Eres su consejero, tomará en cuenta tu opinión.

—Si el jarl Sveinnsen le dice que no, dejará las cosas como están. Y puede que sea lo mejor, mujer. Sufriría en ese matrimonio sabiendo que nunca conseguirá su amor. ¿Quieres eso para ella? Merece un hombre que la ame por encima de todo.

Le miró pasmada. —¿Pero estás ciego? ¿Este último año no te ha mostrado todo lo que le ama cada vez que aparecían por aquí? No amará jamás a otro hombre. O le tiene a él o entonces seguro que será infeliz toda su vida.

Harald apretó los labios. —Hablaré con el jarl a ver qué piensa hacer, pero puede que esa infelicidad de la que hablas también se haga realidad porque él no llegue a amarla nunca. Sería una tortura para su alma tener el hombre que ama a su lado y saberse rechazada.

—Al menos tendrá una oportunidad. Si él se va, no tendrá ninguna.

Liska sentada a la mesa apenas comía mientras su padre y Ake hablaban. El niño estaba en una cuna al lado de ellos y soltó un gorgorito. Ake miró hacia él y sonrió. —Dentro de poco tendrá hambre.

—Hija, ¿qué mujer...?

—Ya está arreglado, mi jarl —dijo ella antes de hacer un gesto a la nodriza que le había buscado a su sobrino.

La mujer se acercó de inmediato y se abrió el vestido antes de coger al niño para que le diera el pecho. Ake asintió antes de mirarla. —Se ve robusta.

Ella susurró —Ha tenido seis hijos y todos están muy sanos.

—¿Qué harás cuando llegues a casa?

—Mujeres que le alimenten no faltarán, suegro.

—Pero tú tienes responsabilidades, necesitarás una mujer...

—Padre —dijo ella interrumpiéndolo—. Es muy reciente y puede que el jarl no quiera hablar de esto.

—Discúlpame si no te sientes con ganas de tener esta conversación, pero me preocupa la crianza de mi nieto. No tienes madre, ni hermanas que le cuiden.

—Como he dicho en mi casa hay mujeres de sobra.

—No será una madre y necesita una.

Liska viendo como Ake se tensaba apretó los labios. —Padre, mi hermano quiere desearte buenas noches.

Su hermano de diez años que ya había terminado de cenar se levantó de la mesa y se acercó al Jarl que sonrió acariciando sus rizos morenos. —¿Vas a descansar?

—Sí, padre.

—Sueña con grandes hazañas, hijo.

—Lucharé al lado de Thor.

—Así me gusta. ¿Y vencerás?

—Por supuesto, padre, para hacer grande a nuestro pueblo.

Sonrió y el niño se acercó a ella para besarla en la mejilla. —Buenas noches.

—Buenas noches, mi cielo.

El niño se alejó corriendo, provocando en ella una sonrisa. Al mirar a su cuñado se dio cuenta de que la observaba. Avergonzada agachó la mirada.

Ake suspiró. —Sé lo que quieres decir, suegro, y entiendo tu postura, pero a mi hijo lo criaré yo —dijo zanjando esa conversación.

No sabía si era un alivio o era otra puñalada en su alma, porque era evidente que era un rechazo en toda regla.

Su padre apretó los labios. —Como digas. Espero que vengas a menudo. No nos gustaría perder el contacto con mi único nieto.

—Vendré tan a menudo como pueda, tienes mi palabra.

La nodriza terminó de dar de mamar al niño y ella queriendo escapar de esa situación se levantó y le cogió en brazos. —Come muy bien —dijo la nodriza.

—Gracias Engla.

—Estaré pendiente, mi señora.

Asintió y paseó con el niño al hombro mientras acariciaba su espalda. Se alejó hasta cerca del fuego y susurró —Mi precioso niño. Eres igual que tu madre. —El pequeño Hako soltó un eructito y sonrió. —Muy bien. —Le cogió en brazos y se balanceó para dormirle. Le empezó a cantar y su preciosa voz hizo que el niño la mirara atentamente. Al cabo de unos minutos sus párpados se fueron cerrando y agarrando uno de sus mechones se quedó dormidito. Sin dejar de

cantar fue hasta su cuna y lo dejó en ella sin darse cuenta de que desde la mesa la observaban. Cuando se enderezó miró hacia su padre que sonreía satisfecho mientras Ake la miraba fijamente. Se sonrojó ligeramente. —Padre, ¿me permites ir a hacer mi sacrificio?

—Por supuesto, hija. Honra a tu hermana.

En silencio fue hasta la puerta y salió de la casa del jarl. En varios postes había distintos animales que habían sido sacrificados en su honor. Agarró un cuchillo que había sobre un tocón y levantó la vista hacia el cielo ahora oscuro. —Hermana... que pronto te has ido. —Una lágrima rodó por su mejilla. —Nunca te olvidaré. —Alargó el brazo y rajó el antebrazo. Mostrando la herida al cielo dejó que la sangre cayera sobre la hierba. —Que mi sangre sirva para honrar tu vida y tu muerte, que mi sangre ayude a que Odín te acoja y cuide tu alma. Ruego porque el resto de los dioses te protejan hasta que nos encontremos de nuevo. Porque algún día volveremos a encontrarnos, estoy segura. —Volvió su brazo dejando que las gotas de sangre cayeran sobre el suelo. —Volveremos a encontrarnos.

Levantó el rostro hacia el cielo dejando que la luz de la luna la iluminara y sin darse cuenta de que lloraba rogó, rogó por ella y por el hijo que nunca la conocería. Alguien agarró su brazo cortándole el aliento y al ver quien era se quedó en silencio. Ake furioso apretó su brazo herido, pero ella no mostró un solo gesto de dolor. —Esto no la ayudará en nada —siseó él furioso—. Está muerta y tu sangre no le servirá en absoluto. Entra en la casa a que te curen, mujer.

Soltó su brazo. —Lo haré cuando termine. Tengo el permiso de mi jarl.

—¡Tu padre no se refería a esto! ¡Entra en la casa!

Le miró incrédula. —Claro que se refería a esto. —Levantó la manga de su otro brazo mostrando tres heridas más. —¡Así honramos a nuestros muertos!

Ake mirando su brazo negó con la cabeza. —Astrid no tenía cicatrices.

Ella apretó los labios y siseó —Déjame sola con mi dolor.

—Hijo, entra en la casa —dijo su padre desde la puerta.

—¿Permites que se haga esto?

—Su madre se lo enseñó y la hacía sentir mejor. Así honraban a los muertos en su familia y sí lo permito.

—¡Astrid nunca hizo esto! ¡Y no le gustaría que lo hicieran por ella!

—Astrid nunca tuvo el valor de hacerlo —dijo su padre como si eso le avergonzara—. Deja terminar a mi hija, jarl. Ella sabe cómo honrar a su hermana.

Observó como Liska se alejaba hacia el fiordo y se escuchó un gemido de dolor. El jarl se acercó a su yerno y le palmeó en el hombro mientras ella se dejaba caer de rodillas en la ribera del fiordo. —Que derrame su sangre no arreglará nada, no sé cómo permites esto —dijo él entre dientes.

—¿Que derrame su propia sangre, la sangre de su hermana, no satisfará a Odín más que la sangre de un carnero? Lo apreciará mucho más nuestro dios de dioses, porque sacrifica algo suyo, lo que le da la vida y lo que se la quitaría si le faltara en exceso. Por eso lo permito. Porque no hay mejor manera de honrar que con su misma sangre.

Vieron como hundía los brazos en las frías aguas. —Ya ha terminado. Entremos.

Ake fue hacia la casa y antes de entrar miró sobre su hombro para ver cómo se cubría el rostro con las manos sin dejar de llorar. Él apretó los labios antes de seguir a su suegro.

Ni supo cuánto tiempo estuvo allí de rodillas en la ribera del fiordo mirando el reflejo de la luna sobre las aguas. Solo cuando el frío la estremeció miró su brazo e hizo una mueca porque la herida aún sangraba un poco. Habría que quemarla porque era mucho más profunda que la que se había hecho para honrar a su madre cuando falleció doce años antes. Miró su otro brazo y pasó el dedo por las cicatrices de su hermano y su hermana, los gemelos que apenas murieron al

nacer. ¿Cuántas heridas más tendría que hacerse antes de perder la vida? Un dolor como el que sentía en ese momento, como el que sintió cuando murió su madre, era insoportable. ¿Cuánto dolor le quedaría por vivir? Levantó la vista hacia la luna y escuchó pasos sobre la gravilla.

Miró sobre su hombro para ver que era Ake que se sentó en una roca a su lado. Ambos se quedaron en silencio. —No has preguntado cómo ocurrió.

—Murió al dar a luz.

El jarl apretó los labios. —Casi. Parió en mi barco. —Asintió y Ake la observó mirar el agua. —No tenía que haber ido conmigo —dijo él.

—¿Esperas que te dé la razón, guerrero? —Sonrió con ironía. —Conocía muy bien a mi hermana y apuesto que te insistió hasta que te la llevaste.

Él sonrió con tristeza. —Pero no tenía que habérselo permitido.

—Te gustaba llevártela contigo —dijo pensativa—. Algo poco común. Ella disfrutaba mucho de vuestros viajes.

Ake la observó. —Deberías curarte.

—Ahora lo haré. —Se levantó y le miró a los ojos. —No te culpes —susurró sorprendiéndole—. Os amabais y queríais estar juntos todo el tiempo posible. Si ha pasado esto no es culpa de nadie salvo de los dioses que a veces juegan con nuestro destino. Ha tenido que ser así, pero te ha dejado un hermoso niño que será tu orgullo y te recordará a ella. —Sonrió con tristeza. —Y sé que sabrás arreglártelas.

Ake asintió. —Le cuidaré bien.

—Lo sé. —Se volvió para caminar hacia la casa, pero se giró para mirar sus ojos verdes. —¿Puedo pedirte un favor?

—Lo que sea.

—Vete mañana al alba. Temo que esto sea demasiado para mi padre, que ya no es el que

era. Vuelve la primavera que viene, pero ahora vete para que nos deshagamos de este dolor. Nos alegrará verte en unos meses, mi jarl.

Ake se levantó. —Como digas.

Forzó una sonrisa sintiendo que se le retorció el alma porque en meses no volvería a ver esos ojos que siempre le habían alterado el corazón. —Buen viaje. —Se alejó hasta la casa y cuando iba a entrar le miró sobre su hombro. Miraba el fiordo con una profunda tristeza, demostrando que su alma tampoco tenía paz después de la muerte de su esposa. Y con lo que la había amado puede que esa paz no llegara nunca.

Los niños corrían por la ribera saludando con la mano a los recién llegados. Algunos de los hombres del jarl lanzaron monedas desde el barco, que ellos cogieron antes de tirarse al agua por si alguna se había caído allí. Su padre se echó a reír al ver que su hijo salía mostrando una. —¡Muy bien, hijo! —Miró hacia ella. —Al parecer las clases para aprender a nadar que le has dado, le han ido muy bien.

—Te dije que merecía la pena. Ya eres una moneda más rico, padre.

El jarl se echó a reír y miró hacia su yerno que en ese momento aparecía en la proa lanzando otro puñado de monedas. —¡Ha debido ser una incursión muy provechosa, hijo! —gritó lo bastante alto como para que le oyera—. ¡A esos anglosajones debe sobrarles el oro!

—Gracias a Bjorn a quien me sobra es a mí, suegro. Ha sido él quien ha ido de incursión este año. —Saltó de la borda al puerto sonriendo de oreja a oreja y se abrazaron con ruidosas palmadas en la espalda. —¿Cómo va todo, viejo?

—Muy bien, llegas justo a tiempo.

—¿Acaso necesitas ayuda? —preguntó poniéndose serio—. ¿Alguien te ha ofendido?

—No, no es eso. ¿Quién me ofendería teniéndote de aliado? —Le palmeó la espalda. —

Mi hija se va a casar.

Miró hacia ella y Liska se sonrojó. —Felicidades —dijo él.

—Gracias, mi jarl.

—¿Y quién es el afortunado?

—Sven Olavsen.

—Un hombre muy juicioso, jarl.

—Eso pienso yo. Los esponsales serán la semana entrante. Te quedarás para celebrarlo, supongo.

—Por supuesto.

—Mi jarl.

Miró hacia su barco y alargó los brazos para coger al niño que le tendían.

Liska se tapó la boca de la impresión por lo enorme que estaba y este sobre el hombro de su padre soltó un chillido señalando hacia ella. —Sí, es tu tía.

Emocionada se acercó para cogerle en brazos. —Mi hermoso niño. —Sonrió radiante de felicidad. —Está... —Se echó a reír. —Muy grande.

Su abuelo se echó a reír. —Será un gran guerrero como su padre.

—Y como su abuelo.

—Ven a llenar esa barriga con la mejor cerveza del contorno, yerno. Y cuéntame qué ocurre por esas tierras del sur.

—Esa es una invitación que no pienso rechazar.

Liska rio admirando su preciosa carita. Su cabello moreno estaba lleno de rizos y sus ojitos azules demostraban que algo había heredado de su abuelo. —¿Has visto, Aila? Tiene los ojos azules.

—Igualitos que los tuyos. —Acarició la mejilla del niño. —Está muy a gusto contigo.

Se echó a reír. —Si le cuidan los marineros no me extraña nada. —Miró al niño encantada. —¿Tienes hambre? Te he preparado una comida muy rica.

Chilló haciéndolas reír y su hermano llegó corriendo con las monedas en la mano. —¡Soy rico!

Se agachó a su lado. —¿A ver?

Le enseñó tres monedas de oro. —Padre estará orgulloso.

Olson hinchó su pecho antes de mirar a Hako. —¿Es el hijo de nuestra hermana?

—Sí, ¿qué te parece?

—Que todavía no puedo jugar con él.

Rieron y se enderezó. —Tendrás que conformarte con tus amigos. Además, cuando él tenga tu edad, tú ya serás un hombre.

—E iré de incursión.

—E irás de incursión a lejanas tierras.

Olson salió corriendo y Aila suspiró. —Menos mal que no tiene celos.

Apretó los labios. —Cuando me vaya lo pasará mal.

—Intentaremos que no sea muy doloroso para él. Seguro que a tu padre se le ocurre algo.

—Caminaron hacia la casa. —¿Estás segura...?

Se detuvo en seco fulminándola con la mirada. —Ya hemos hablado de esto.

—Pero no le amas.

—¿Y? Como dijo mi padre será un buen matrimonio.

Aila suspiró. —Tenía la esperanza de que fueras feliz con alguien a quien amaras.

—Déjalo de una vez —dijo entre dientes.

—Es mi responsabilidad que seas feliz en tu futuro, se lo prometí a tu madre.

—Debo casarme, quiero tener hijos. Este es mi destino, así que déjalo estar, por favor.

—Está aquí, aún puedes...

—No voy a casarme con un hombre que no me amará nunca y que ha sido el marido de mi hermana. Es desleal hacia ella y me sentiría...

—Crees que te compararía con ella continuamente.

—¡Si ya lo hace! ¡Lo siento cada vez que me mira! Las dos morenas, delgadas y con la misma nariz. ¿Cómo no va a compararme? Para él soy el reflejo de lo que no tendrá nunca de nuevo. ¿Crees que querría casarse conmigo? Si lo hiciera sería para ver lo que hay de ella en mí y eso no lo soportaría.

—Y prefieres casarte con un hombre al que no amarás nunca.

—Al menos sus desplantes no me dolerán.

—Tendrás que compartir su cama.

Perdió parte del color de la cara. —Seré su esposa, es mi obligación.

—Te estás entregando a un futuro incierto y puede ser muy doloroso.

—Puede que con el tiempo llegue a amarle.

—Sabes que no.

Rabiosa porque no daba su brazo a torcer fue hasta la casa y Aila elevó los brazos exasperada antes de seguirla. La vio sentarse en su sitio a la mesa al lado del jarl y este rio cuando el niño alargó los bracitos hacia él. —Ven aquí con tu abuelo... —Lo sentó en la mesa ante él y Hako cogió una de las trenzas de su barba tirando de ella.

—Hako no.

El niño miró a su padre con los ojos como platos antes de soltar la trenza y su abuelo rio. Liska soltó una risita. —Veo que sabes imponerte.

—Sino se me sube a las barbas. Es tan cabezota como yo.

Rieron y una de las mujeres le acercó el puré de verduras que le habían preparado. El niño lo miró con la boca bien apretada antes de volver la cabeza hacia su padre que dijo —A comer.

Hako chilló negando con la cabeza. —¿No le gustan las verduras? —preguntó preocupada.

—No lo sé, todavía toma teta.

Miró asombrada a su padre que carraspeó. —Hijo, el niño va creciendo, necesita también otras cosas. Ya casi tiene un año.

Ake se encogió de hombros. —A él le gusta.

—Y es evidente que está bien alimentado —dijo ella zanjando el asunto—. Pero hay que empezar a comer otras cositas, ¿verdad cielo? —Cogió al niño y se lo sentó sobre las rodillas. —Vamos a probar este puré que te ha preparado la tía Liska. Ya verás como te gusta. —Metió la cuchara en el plato y se la acercó a la boca. El niño la miró con desconfianza antes de mirar la cuchara. —Venga, abre la boquita... Padre.

El abuelo sacó una moneda y se la puso delante. El niño mirando el oro elevó la vista abriendo la boquita. Le metió el puré y se lo tragó en el acto. Ake se echó a reír por la cara de su hijo. —Es evidente que tiene mi sangre.

Divertida siguió dándole de comer mientras su abuelo le distraía y cuando terminó le limpió la boquita. —Muy bien, cielo.

—Así que te casas.

Se le cortó el aliento mirando hacia él. —Sí, vino este invierno y pidió mi mano a padre.

—Una buena alianza —dijo Eivor satisfecho—. Será un buen matrimonio.

Ake no dijo nada y ambos se le quedaron mirando mientras bebía. Eivor frunció el ceño. —¿No opinas lo mismo?

Él dejó su jarra sobre la mesa y asintió antes de negar con la cabeza. No pudieron disimular su sorpresa. —¿Has dicho que no? Hijo, es un buen aliado.

—He oído por Heirst que se le va la mano. —Liska dejó caer la mandíbula del asombro al igual que su padre. —No querrás eso para tu hija.

—Pues no, por supuesto que no. Qué fatalidad —dijo muy preocupado—. ¿Y ahora cómo lo soluciono? La boda será en una semana. Está a punto de llegar y...

—¿Quieres que le haga una visita? En barco su casa está a mediodía de camino y solucionaré esto sin aspavientos.

—¿Me harías el favor? La verdad es que ni sé qué decirle para cancelar la boda.

—Es lógico que tú no sepas estas cosas —dijo Ake muy serio—. Pero si me preguntaras te diría de que pie cojea cada uno. Debes tener cuidado al decidir en manos de quien pones la vida de tu hija.

—Increíble.

Impresionada dijo —Si antes mencionaste que era muy juicioso.

—Para negociar —dijo él cortante—. ¿O no me crees?

Se sonrojó. —Claro que sí, mi jarl. Si opinas que no es adecuado, no lo es.

—Pues eso. ¡Y no lo es! Supongo que querrás tener un buen matrimonio.

—Sí, jarl.

—Pues deja que yo aconseje a tu padre sobre este tema.

Lo que le faltaba por oír, ahora él daría su visto bueno y por la cara de su padre estaba encantado con la decisión.

—¿Y quién crees que sería el adecuado para la mano de mi hija, yerno?

—Déjame que me lo piense. Debe ser alguien con poder y rico. Alguien con influencias...

Los ojos de su padre brillaron. —Sí, por supuesto.

Ella iba a abrir la boca, pero ambos la miraron de una manera que decía que más valía que cerrara el pico. Suspiró. —Entonces ya no me caso.

—Ni que tuvieras prisa —dijo Ake.

—¡Tengo ya veinte años!

—Hija algo encontraremos.

Jadeó. —¡Ni que fuera un caballo desdentado al que hay que hacer un favor!

Su padre se sonrojó. —No, claro que no, eres hermosa y mi hija, te casarás bien.

—¡Pues ya estás tardando! —Le puso el niño en brazos y salió de la casa dando un portazo.

—Últimamente tiene los ánimos un poco alterados.

Ake gruñó antes de beber. —Mujeres.

El jarl miró a su yerno de reajo. —Es extraño que no hayan llegado a mí esos rumores, mis hombres van mucho a Heirst y me mantienen informado de esos temas.

—Yo mismo vi como pegaba a una puta en el puerto.

—Está totalmente descartado. Una pena que no sepa controlarse.

—Sí, es una pena.

—Tú no buscarás esposa, ¿no? Me harías un favor.

Ake se tensó. —No, suegro. Yo no busco esposa.

—Una pena.

—Una pena para ti.

—Sería una buena esposa. Lleva la casa mucho mejor que mi esposa y sabes que atenderá muy bien a tu hijo, aparte de darte otros bien hermosos. No me gustaría regalar una joya por ahí

cuando puedo ofrecérsela a quien más aprecio.

—Y te lo agradezco, suegro, pero yo no estoy pensando en casarme de nuevo.

—Una pena. Una auténtica pena.

—Ya se me ocurrirá alguien

Capítulo 2

Dos meses después

Gruñó viendo como comían después de un día de caza, era evidente que estaban hambrientos. Ake se metió una pata de liebre en la boca y gimió de gusto.

—Está bueno, ¿eh? Lo hace la niña, tiene unas manos para la cocina...

Ella gruñó de nuevo harta de ese tipo de piropos. En esos dos meses no hacía más que ponerla por las nubes con Ake, pero él lo ignoraba como todo de ella. No, todo de ella no porque lo que sí hacía era ponerles pegas a todos los que pedían su mano y últimamente habían sido seis. Todos los fiordos se habían enterado de que buscaba esposo y de cuando en cuando aparecía un barco con una propuesta y regalos para que se le tomara en cuenta. Pero a su cuñado no parecía satisfacerle ninguno, lo que a ella le daba una rabia...

El jarl hizo un gesto para que le llenaran la copa y lo hizo ella misma impaciente por su decisión. —Padre...

—Uhhh...

—¿Has pensado en la propuesta del jarl Larsen para que acepte la mano de su hijo?

—Tiene quince años —dijo pasmado—. ¿Quieres casarte con un imberbe de quince años?

Se sonrojó porque eso no lo sabía. —Pues no.

—Pues ya está.

Ake reprimió la risa antes de beber de su copa. —¿Qué te hace gracia?

—¿A mí? Nada.

—¡No lo niegues, estás disfrutando de esto!

—No sabía que estuviera tan mal el mercado matrimonial.

—¡Muy gracioso!

—Hija no te alteres.

—¿Que no me altere? ¡A todos les poneis pegas! Uno muy viejo, otro muy joven, otro tuerto... —Ake se echó a reír a carcajadas y se sintió realmente humillada. Quiso llorar, quiso gritar de la frustración, pero simplemente le miró fríamente haciendo que fuera perdiendo la risa poco a poco. Cuando se calmó miró a su padre. —Debes aceptar a alguien.

—Es que no nos gusta ninguno. Alguno llegará...

—¿Cuándo?

—Hija, ¿y yo qué sé? Como ha dicho Ake la situación está difícil. Además, tú ya tienes una edad...

Jadeó indignada. —¡Por tu culpa!

—Tu padre hace lo que puede.

Le miró fríamente. —Con tu ayuda, evidentemente. Tus consejos se han convertido en algo muy valioso para mi futuro.

—¿Quieres casarte con alguien que te pegue? ¿Que te humille con otras mujeres? ¿Que sea pobre como una rata? ¿Que tenga hijos de otra que tú tengas que cuidar?

—¿Alguien como tú?

Él tensó la espalda. —Me refería a hijos de fuera del matrimonio.

—Eso no me importa, ya lo he dicho mil veces y que sea pobre tampoco es algo que me disguste.

—Menos mal que nosotros tenemos unas perspectivas más ambiciosas para tu futuro marido.

—¡Vuestras perspectivas son insalvables! ¡Es absurdo todas las peticiones que habéis rechazado!

—¡Esta prisa que te ha entrado por casarte sí que es absurda!

—¡Quiero tener hijos, quiero tener mi propia familia, no veo dónde está lo absurdo en eso!

—¡Aquí tienes una familia! ¡Nunca estarás mejor que aquí al lado de tu padre!

—Bueno, hijo... Tiene derecho a ser feliz con la familia que cree con su marido.

—Tú lo has dicho, suegro. A ser feliz. Y con esos no lo sería.

—Cierto. Tranquila hija, que algo encontraremos. ¿Mañana saldremos a cazar de nuevo, yerno? Tengo el ojo echado a un oso...

Hala, y se acababa la conversación. Furiosa golpeó con las manos la mesa haciendo que ambos la miraran asombrados. —Seguid con vuestros juegos, pero no pienso dejar que sigáis humillándome ante los míos. —Sus preciosos ojos se llenaron de lágrimas mirando con rencor a Ake que tensó la espalda. —Ya dejé que lo hicieras una vez y lo pasé por alto por la felicidad de mi hermana. Pero esta vez no. Voy a casarme antes de final de año y me importa poco lo que digáis.

Se fue de la casa dando un portazo y su padre suspiró. —Siento lo que ha dicho.

—No, suegro. No tienes que disculparte, tiene razón.

Eivor carraspeó. —Fue una situación que ella aceptó, no debería habértelo echado en cara.

Ake asintió. —No parecía que le importara, pero no todo es lo que parece.

—Hijo, tienes que entender que heriste su orgullo al fijarte en su hermana.

—No había nada apalabrado, suegro. Se dio así y no pretendíamos hacer daño a nadie.

—Lo sé y ella también lo entendió. Pero eso no quita que para ella fuera humillante. Todavía estás a tiempo de remediarlo. Tarde o temprano necesitarás una esposa. —Al ver que no decía nada su suegro sonrió. —¿Te lo estás pensando? Sería una noticia maravillosa.

—Trata muy bien al niño.

—Le quiere con locura como es lógico. Siempre se le han dado muy bien los niños y solo tienes que ver a Olson para darte cuenta de lo bien que le ha criado desde la muerte de su madre en su alumbramiento.

—No sería mala esposa —dijo como si estuviera molesto.

—No la habría mejor, hijo. Y así me quedaría más tranquilo sabiendo que ella os cuida. Además vuestros hijos se parecerían a Hako, seríais una gran familia. Oh, esta unión me haría muy feliz.

Aila retuvo el aliento mientras el Jarl Sveinnsen asentía con la cabeza. La anciana casi chilla de la alegría y corrió fuera de la casa para decírselo a Liska. Pero al salir no la vio por ningún sitio y bufó exasperada. —Ya se ha vuelto a ir de paseo.

A la hora de la cena los hombres estaban muy callados y la miraban de reojo como si fuera a saltar sobre ellos en cualquier momento. Cuando Hako terminó de cenar se lo dio a una de las esclavas que lo metió en la cuna ya casi dormidito. —Es un amor.

—Ajá —dijeron los dos hombres a la vez sin quitarle ojo.

—¿Ocurre algo?

—Esta tarde has debido de caminar mucho, hija. Has llegado justo a la hora de la cena.

—Había hecho mis tareas, padre.

—Sí, claro —dijo incómodo—. Tú no dejas nunca tareas pendientes. ¿Has disfrutado de tu paseo?

—Pues...

—No deberías salir de la aldea tú sola. Puede ser peligroso —dijo Ake fastidiándola. Empezaba a cogerle una tirria...

Sonrió falsamente. —Conozco muy bien las tierras de mi padre, jarl. Pero gracias por el consejo.

Él gruñó mordiendo la pata del pavo.

—Hija, tenemos una buena noticia para ti.

Miró al jarl sin creerse una palabra. —¿No me digas?

—Te hemos encontrado marido.

Sus preciosos ojos azules brillaron de la ilusión. Con lo negro que lo estaba viendo le parecería bien cualquiera, la verdad. —¿De veras? ¿Y quién es?

Su padre palmeó el hombro de Ake con una sonrisa de oreja a oreja y ella parpadeó sin entender. —Ah, que me lo dice él. —Miró a su cuñado. —¿Quién es?

Él gruñó. —Soy yo.

Frunció el ceño antes de mirar a su padre. —¿Qué es él?

—¡Tu prometido! ¡Te vas a casar con él!

Por su cara era evidente que no le hacía ninguna gracia. —¿Qué has dicho?

—¡Yo soy tu prometido!

—¡Será una broma! —gritó levantándose mirando a su padre—. ¿Con él? ¿Me has comprometido con él? ¿Quieres que sea feliz con el marido de mi hermana? —preguntó como si

eso fuera imposible—. ¿Pero en qué estabas pensando?

—¡Hija!

—¡Yo no soy la sustituta de nadie!

Se hizo el silencio en el salón y todos la miraban con los ojos como platos esperando la respuesta del jarl Sveinnsen. —No pretendo que sustituyas a nadie.

—Claro que sí —dijo fríamente—. No era suficiente para ti hace dos años y ahora que no está te conformas conmigo. No voy a consentirlo.

Su padre se puso de un rojo intenso. —Hija vete a tu habitación.

—Por supuesto que sí, padre. Y no pienso salir hasta que se vaya. Me siento insultada —dijo con desprecio.

—Te sientes insultada. —Ake se puso en pie mirándola fríamente. —¡Te he ofrecido mi casa, mi protección, ser mi esposa! ¡No sé dónde está el insulto en eso!

—¡Es evidente que lo que tienes de grande, lo tienes de estúpido!

Aila dejó caer la mandíbula del asombro mientras su padre jadeaba. —¡Liska, te he dicho que a tu habitación!

—Claro que sí, padre. ¡Por supuesto que me voy! —gritó sin moverse antes de señalar a Ake—. ¡Búscate a otra que aguante tu soberbia!

—¿Soberbio yo? ¡Soberbia tú que me rechazas por tu orgullo herido! ¡Y ahora sé que elegí muy bien!

Le miró con rencor. —¿Elegiste bien? —Cogió la jarra de cerveza y se la tiró en la cara. —¡Pues no sé a qué vienes con propuestas de matrimonio que no desea nadie! —gritó desgañitada.

Se limpió mirándola como si quisiera matarla. —¡Mujer, si le he dicho que sí a tu padre ha sido por hacerle un favor! ¡Él me lo pidió!

Asombrada miró a su padre que se puso de rojo intenso. —¿Le pediste un favor?

—Bueno... —Carraspeó incómodo. —No se lo dije exactamente así, pero... —Suspiró.
—Para qué negarlo se lo dije así.

Ya no podía sentirse más humillada, pero su orgullo le hizo elevar la barbilla. —Siento ser una carga para ti con el tema de mi matrimonio, padre.

—Hija, no eres una carga, es mi responsabilidad buscarte un marido adecuado.

Como si no hubiera dicho nada miró a Ake. —Gracias por tu propuesta, jarl. Pero no es necesario tu sacrificio.

Él gruñó sentándose de nuevo. Reprimiendo las lágrimas rodeó a su padre para ir hacia su habitación en la parte de atrás de la casa. Aila la siguió a toda prisa, pero cuando Liska entró en su cuarto cerró la puerta antes de que pudiera pasar. Suspiró antes de decir —Niña, déjame entrar.

—Quiero estar sola.

Su voz demostraba que estaba llorando. —Pero...

Al oír su llanto su corazón se encogió y supo que esas lágrimas eran en parte culpa suya. Su marido tenía razón, debería haberlo dejado como estaba. Se alejó de la puerta y Liska tumbada en la cama se abrazó a la almohada. Era una carga, en eso se había convertido. Una solterona de veinte años que ya nadie querría. Que su cuñado hubiera aceptado su mano como un favor a su padre era humillante. Y ella diciendo que no era la sustituta de nadie. Qué vergüenza. Ahora sé que elegí bien. Esas palabras se retorcieron en su vientre provocando que un sollozo de dolor saliera de su garganta. No era nada para él, nunca lo sería y cargaría con ella como otra obligación de tantas que tenía. Ella no era importante, nunca lo sería. Su corazón ya partido dos años antes se resquebrajó en mil pedazos más. No soportaría mirarle de nuevo a la cara. No soportaría verle cada día en sus visitas. La vergüenza la abrumaba y no sabía cómo salir de esa situación.

Eivor sonrió a su hijo que practicaba en el patio con la espada de madera. —Olson estira más el brazo hacia adelante y dobla la rodilla. —El niño lo hizo de inmediato. —Así, perfecto.

Al no ver a su hija por allí apretó los labios. Era el tercer día que se quedaba en su habitación. Aila llegaba en ese momento del fiordo con un cubo de fruta. —Vieja, ¿has hablado con Liska?

—No deja que entre en la habitación, jarl. —Dejó el cubo a su lado. —He intentado que coma algo, pero debe ser tal su disgusto que se niega. —Miró de reojo a su yerno que estaba en el embarcadero arreglando el barco de su jarl. —¿No se va? No va a salir hasta que se vaya.

—Al parecer no —dijo por lo bajo—. Le he insinuado que el invierno se acerca, pero no me ha hecho ni caso. No puedo echarle, es el padre de mi nieto.

—Pues tenemos un problema porque la niña no come.

Eivor apretó los labios. —Dile que ordeno que salga para las comidas.

—Ya se lo he dicho, mi jarl.

La miró pasmado. —¡Mi hija nunca me desobedece!

—Pues esta es la primera vez. Imagínese su disgusto —dijo Aila intentando aplacarle.

—Pobrecita, se ha sentido humillada.

—Es que de verdad...

—¡Era lo que querías!

—Pero no así. Parece que ruega que se la quiten de encima.

—¡Por mí, Liska no se iría nunca de mi lado! ¡Yo no quería casarla, pero ella se emperró!

—Quiere familia y es lógico, jarl.

—Lo sé, por eso... Bueno, da igual. Consigue que salga de la habitación.

Olson estiró el brazo de nuevo. —Mi hermana ya ha salido de su habitación.

Ambos le miraron. —No, no ha salido —dijo Aila—. No la he visto.

—Sí, salió. Vino a mi habitación antes de ayer por la noche y me pidió mis monedas.

El jarl dio un paso hacia su hijo. —¿Se las diste?

—Sí, padre. Le pregunté que para qué las quería y me dijo que tenía que encontrar su camino. ¿Ese camino suyo queda muy lejos? Porque llevaba su capa.

Esa frase les tensó. —¿Cómo que iba a encontrar su camino? —Aila salió corriendo llamando a su niña a gritos.

El jarl se agachó ante su hijo cogiéndole por los hombros. —¿Tu hermana te dijo que se iba?

—Sí, y me dio un beso. ¿Tardará mucho en volver? La echo de menos.

El jarl se enderezó pálido y en ese momento Aila salió histérica de la casa. —¡No puedo abrir la puerta!

Ake que volvía a la casa en ese momento preguntó —¿Qué ocurre?

—Mi hija se ha ido.

—Igual está en la habitación y se ha desmayado... —dijo Aila preocupada—. ¡Hay que abrir esa puerta!

Ake entró en la casa a toda prisa y golpeó su puerta. —¿Liska?

—No contesta.

Su padre apretó los labios. —Mi hijo dice que se ha ido.

Ake dio una patada a la puerta y vieron que la habitación estaba vacía. Eivor juró por lo bajo y se agachó para coger la cuña con la que había atrancado la puerta para que no supieran que no estaba dentro.

—Se ha ido. —Aila abrió su arcón y vieron el vestido de novia que se había hecho para

su boda con Sven. —Y se ha llevado dos vestidos y unas botas.

—No puede estar lejos —dijo Ake—. Saldremos de inmediato.

Su suegro salió corriendo de la habitación y rodeó la casa para entrar en el establo. Su hermoso caballo blanco seguía allí. Y la barca la había visto en el embarcadero. Salió del establo pálido. —Se ha ido a pie. —El jarl se llevó las manos a la cabeza. —Jamás ha salido de mis tierras.

—No te preocupes, la encontraremos. —Se volvió y gritó a sus hombres para que se pusieran en marcha.

Liska sentada bajo un árbol comía una manzana cuando escuchó el grito. Frunció el ceño y se giró inclinándose a un lado. Se quedó muy quieta atenta a cualquier ruido. Estaba segura de que había oído algo, de hecho le había parecido un grito de mujer. Al no escuchar nada más se preguntó si habría sido un animal. Volvió a escucharlo y preocupada agarró la manzana con los dientes, se levantó cogiendo su hatillo y atándose a la espalda con premura. Dio un mordisco y masticó escuchando atentamente. Otro chillido la hizo mirar a su derecha para ver a una chica correr entre los árboles. Dos hombres la perseguían y uno de ellos se echó a reír. Les siguió con la mirada y vio como el que iba delante se acercaba a ella. La muchacha gritó cuando alargó la mano y casi le agarra del vestido. —¡Detente, zorra!

—¡Dejadme!

Les perdió de vista y Liska apretó los labios. No era asunto suyo, pero si estuviera en una situación similar agradecería la ayuda. Juró por lo bajo y agarró el puñal que tenía en la bota antes de correr tras ellos. Estaban tan distraídos detrás de su presa que ni se dieron cuenta de que les seguía. El que iba el segundo se detuvo de repente haciendo que se parara en seco. Estaba agotado y respiraba con dificultad. Apoyó las manos sobre las rodillas intentando recuperar el

aliento. Liska caminó más lentamente mientras escuchaba los gritos de la mujer pidiendo ayuda. Lloraba, lo que la tensó aún más porque seguro que ese cerdo ya la había cogido. El hombre que tenía ante ella levantó la cabeza mirando hacia allí. Liska elevó el cuchillo y dio otro paso hacia él, pero este se enderezó y empezó a caminar. —¡Déjame algo, Ivor! —Se echó a reír y Liska entrecerró los ojos caminando tras él. Debió darse cuenta de que le seguía porque de repente se dio la vuelta para recibir el puñal en el ojo derecho. Cayó al suelo y ella arrancó su puñal antes de limpiarlo en sus ropas. —No sé por qué, pero no me das ninguna pena —dijo antes de correr hacia los gritos. Aquel bastardo la tenía tirada sobre la hierba y aunque pataleaba y gritaba la tenía agarrada de las muñecas mientras con la otra mano se desabrochaba las tiras del pantalón. Se puso a sus espaldas y levantó su puñal con ambas manos. La chica la miró sorprendida justo antes de que clavara su arma en su espalda varias veces. Arrancó el cuchillo apartándose y aquel cerdo cayó a un lado. La chica sollozó arrastrándose hacia atrás con las piernas y se quedaron mirándose con la respiración agitada. Ella debió darse cuenta de que quedaba otro porque miró hacia el bosque. —Tranquila, está tan muerto como este. —Liska se agachó limpiando el puñal antes de guardárselo en la bota.

—Gracias —dijo con voz temblorosa.

—Nunca había matado a nadie —dijo mirando el cadáver. Hizo una mueca—. Está claro que a todo se acostumbra uno. —Miró a la muchacha y alargó la mano. Esta la agarró para ponerse en pie—. ¿Estás bien?

—Sí, sí... No me ha violado. Gracias a ti.

Sonrió. —Me alegro de haber llegado a tiempo. —Miró a su alrededor. —¿De dónde vienes?

—Mi casa está en un claro que hay un poco más al sur.

—¿Vives allí sola?

—Con mi madre.

—¿Y estos quiénes son?

—Unos vecinos —dijo asustada—. Cuando se enteren sus hermanos estoy muerta.

—¿Tu jarl no te protege?

—¿Ese borracho que solo quiere lo que cosechamos? —preguntó con desprecio—. Suerte tengo de que no sepa que mi padre ha muerto, porque me levantaría las faldas él mismo. —De repente frunció el ceño mirándola. —¿De dónde vienes?

—Del norte.

—¿Y a dónde vas?

—Al sur.

—No sabes a dónde vas, ¿no?

Se encogió de hombros. —A cualquier sitio donde pueda conseguir marido.

La miró como si tuviera dos cabezas. —¿A ti te cuesta encontrar marido? Entonces yo estoy perdida.

Liska miró su cabello castaño enmarañado y su vestido roto. Ni siquiera llevaba botas. Pero era bonita, mucho más que ella porque sus ojos castaños eran almendrados y sus gruesos labios la hacían muy atractiva. —Por cómo te perseguían, eso lo dudo mucho. ¿Cómo te llamas?

—Elin.

—Yo soy Liska. —Sonrió. —Bueno, yo me voy.

—Gracias por tu ayuda.

—Hoy por ti mañana por mí. —Le guiñó un ojo antes de volverse.

Elin observó cómo se alejaba y preocupada se apretó las manos. —Es peligroso que vayas por ahí tú sola.

—Tranquila, voy armada. —La miró sobre su hombro y se despidió con la mano.

—¿Quieres comer algo?

Se detuvo en seco. La verdad es que ya se lo había comido todo y en algún momento había perdido la manzana que le quedaba. Se volvió. Por su aspecto era evidente que no le sobraba la comida, además tampoco quería molestar. —No es necesario, gracias.

Dio un paso hacia ella. —Deberías venir a casa a pasar la noche. Seguro que estás cansada y no queda mucho para oscurecer. Mi madre me tiraría de las orejas si te dejo dormir al raso.

—Eres muy amable.

—Por Thor, no me digas que soy amable cuando me has salvado la vida. Me hubieran matado, ¿sabes? Para que no dijera ni pío.

—Me alegro de haberte ayudado. —Se acercó a ella y caminaron juntas. —¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete. ¿Y tú?

—Veinte.

La miró de reojo.

—Sí, lo sé. Soy una solterona. Mi padre no creyó necesario casarme y ahora me encuentro en esta situación.

—Tampoco eres tan mayor. En la aldea del jarl hace poco se casó una con cuarenta.

—¿Con el hermano de su marido muerto?

Elin sonrió. —Con el herrero. Ayudó mucho a que se quedara viuda, no sé si me entiendes.

—Ah...

—Por aquí también sucede eso que has dicho. Cuando una mujer enviuda suele ser la familia de su esposo quien se hace cargo de ella.

—A mí querían casarme con mi cuñado.

—¿Y es un mal hombre?

—No, no lo es. Es jarl, ¿sabes? Tiene poder y...

—¿Es feo?

Se sonrojó ligeramente porque por su cara era evidente que pensaría que estaba loca. —
Pues no.

Elin se quedó en silencio y después de unos segundos soltó una risita. —Sí que eres exigente.

—¡Estuvo casado con mi hermana!

—Y eso no te gustó un pelo. —Elin se detuvo mirándola. —Ya entiendo, no te eligió a ti y ahora ya no te vale que quiera tu mano. Estás dolida.

—Pues sí —dijo levantando la barbilla.

—Dañó tu orgullo. —La miró de arriba abajo. —Tu padre es jarl, ¿no? Los jarl solo se casan con sus iguales.

—Sí, lo es.

La miró a los ojos. —Vuelve a casa.

—Ni hablar.

—¿Sabes dónde te estás metiendo? Los hombres decentes no caen de los árboles. ¡Mira a esos que están ahí tirados, eso es lo habitual!

—Encontraré un hombre que merezca la pena —dijo entre dientes—. ¡Y lo encontraré yo sin que mi padre tenga que intervenir! ¿Sabes lo que le dijo a Ake? ¡Qué me aceptara que así le hacía un favor! ¡Un favor!

—¿Ake? —Asombrada se llevó la mano al pecho. —¿Ake Sveinnsen?

—¿Le conoces?

—¡Ay madre, que has rechazado a Ake Sveinnsen! —gritó como si estuviera loca.

Se sonrojó. —Pues sí.

—¡Es muy rico y guapo! ¡Es un jarl con todas las letras y tú le rechazas! —Dio un paso hacia ella. —Tú no estás bien de ahí arriba, ¿no?

—¡Estoy perfectamente!

—Vale, no te ofendas.

—¿Cómo no me voy a ofender? Si Astrid no hubiera muerto...

—¿Astrid era tu hermana?

—Sí. ¡Y si ella no hubiera muerto, jamás me hubiera mirado dos veces!

—Pero está muerta.

Parpadeó.

—Y ahora ya no está en medio —dijo como si fuera lela—. Tarde o temprano el jarl tendrá que casarse y es evidente que le amas. ¿Prefieres que se vuelva a casar con otra?

—Sí. —Elin la miró asombrada. —Porque sé que nunca me amará como a ella. Y para vivir sin su amor, prefiero casarme con otro hombre.

—No quieres sufrir.

—¿Sabes lo que es asistir a la boda de tu hermana con el hombre de tus sueños? ¿Ver su felicidad, su dicha, cómo se tocan y se besan? Presenciar sus miradas cómplices... Es morir en vida. Y a pesar de sentir eso, debes sonreír y felicitar a tu hermana por el buen matrimonio que ha logrado cuando él estaba destinado a mí.

Elin entrecerró los ojos. —Explícate.

Caminando hacia la casita se lo explicó todo y cuando llegaron al claro Elin se detuvo. —Fuiste muy generosa. Yo no lo hubiera sido.

—La amaba a ella, hubiera hecho infelices a los tres si hubiera protestado. No era justo. Al menos ellos podían ser felices.

—Y tú esperabas que tu padre te lograra un buen matrimonio.

—Al principio no le presioné con ello. Estaba rota y necesitaba estar con los míos. Pero Ake y Astrid nos visitaron. Se iban a uno de sus viajes y nos dijeron que iban a tener un hijo.

—Eso te rompió aún más.

—Sé que es mezquino, pero...

—No lo es. Es lógico que te doliera.

—Cuando se fueron le pregunté a mi padre si había pensado en mi matrimonio. Dijo que pensaría en ello, pero no se le veía muy dispuesto. Y es lógico porque está mi hermano y me encargo de la casa. No se ha casado de nuevo desde que murió mi segunda madre y desde entonces siempre me he encargado de todo. Si me hubiera casado con Ake, hubiera quedado Astrid, pero ahora que ella no estaba no quería quedarse solo. —Elin apretó los labios. —Mi padre me quiere.

—Pues qué suerte, porque el mío me molía a palos.

—Lo siento.

—Bah, ya es agua pasada. Continúa.

—Al regresar de su viaje pasaron por casa. Ya se le notaba el embarazo.

—Y eso te retorció las tripas.

—Ni te lo imaginas. En cuanto se fueron le dije a mi padre que debía buscar un candidato. Y después Astrid murió. Hasta hace unos meses mi padre no aceptó darme en matrimonio.

—¿Y por qué no te casaste con ese?

Explicó lo que había pasado y Elin ante la casa la miró con los ojos como platos. —¿Ibas a casarte con mi jarl?

—¿Qué?

—¡Sven Olavsen es mi jarl!

—¿El borracho?

—De la que te has librado, hermosa.

De detrás de la casita salió una mujer de unos cuarenta años con una agradable sonrisa en el rostro. Eran muy parecida a Elin, aunque su cabello castaño empezaba a clarear en las sienes.

—Madre, ella es Liska.

—Bienvenida, bienvenida... Soy Embla. Bienvenida a mi casa.

—Es muy amable.

—Hija, ¿qué te ha pasado? Te has roto el vesti... —Palideció. —¿Te han atacado?

—Ivor y Alf me atacaron en el bosque, pero ella me salvó.

Embla miró a su alrededor antes de coger a su hija por la muñeca para meterla en casa. —
¿Cómo que te han atacado?

—Tranquila mamá, están muertos.

—¿Qué? —chilló poniéndose muy nerviosa.

—Los ha matado Liska para ayudarme. No pueden decir nada.

—¡Y sus hermanos son idiotas!

—Sí, yo también he pensado lo mismo al verles muertos, pero tampoco pueden decir que he sido yo.

Su madre parpadeó mirándola como si no se lo creyera antes de volverse e ir hacia la pequeña cama que debían compartir y coger la piel. —Tenemos que irnos.

—¿Irnos? ¿A dónde? —preguntó incrédula.

—¡Nos van a matar en cuanto se enteren!

—¡Puede haberles matado otro, madre! El jarl...

—¡El jarl ni sabe que tu padre ha muerto! ¡Cuando se entere aprovechará para echarnos al no haber un hombre en casa! Ayúdame a recoger, nos llevaremos la mula.

—¿Y de qué comeremos?

Embla se echó a llorar dejándose caer sobre la cama y Liska apretó los labios por su estado. Entendía su situación y si Sven no era como pensaba estaba claro que tenían un problema y de los gordos. —Venid conmigo.

—¿A dónde? ¡Si ni sabes a dónde vas! ¡No quiero terminar de puta en el puerto de Heirst que es donde acaban todas las mujeres desamparadas!

—Buscaremos marido.

—¡Despierta Liska! ¡No es tan fácil!

—Un marido —dijo su madre ilusionada—. Eso es, necesitamos un marido para ti.

—Madre, que te veo venir. ¡Despertad!

—Y a Heirst van muchos solteros.

—A Heirst va toda la escoria del norte para divertirse.

—Eso también.

—Debe ser una ciudad peculiar —dijo Liska.

—No te haces una idea. ¡La gente mata por sus calles por una moneda! ¡Qué vamos a hacer allí tres mujeres solas y sin trabajo! ¡Y sin protector! ¡Estaremos muertas en una semana! Nos quedaremos aquí y nos enfrentaremos a las consecuencias. El jarl no puede culparnos a nosotras por matar a esos cerdos. Y hace un año que murió padre y no se ha enterado nadie. El jarl ha recibido su parte porque he seguido trabajando, no puede echarnos.

—Sus hermanos buscarán venganza. Sabrán que hay algo raro.

Liska se cruzó de brazos. —Elin, tarde o temprano pasará lo mismo con los demás hermanos sin un hombre en la casa, y lo sabes. Y cuando el jarl se entere... Dijiste que él mismo

te levantaría las faldas.

—Mierda.

—Tenemos que irnos —dijo su madre—. Recoge lo que puedas. Cualquier cosa que podamos vender.

—¡Me niego a ir a Heirst!

Era evidente que temía más por su seguridad en Heirst que en cualquier otro sitio.

—Muy bien, pensemos a donde ir —dijo Liska—. Ya que es tan peligroso deberíamos ir a otro sitio.

—¿Skiringssal? —preguntó su madre—. Allí también hay mucho comercio y puede que no sea tan peligroso.

—Mamá, será igual que Heirst.

—Pues yo nunca he oído nada de ese sitio —dijo Liska dando un paso hacia ellas—. ¿Está muy lejos de aquí?

—Está mucho más al sur. Tardaremos el doble en llegar, pero es más grande que Heirst según me dijo una vez mi marido que había parado allí después de una incursión del jarl. Normalmente no hubieran ido, pero el jarl tenía que hacer una visita allí a su hermano.

—A padre no le gustó. No le dejaron salir del barco. Recuerdo que padre dijo que había que proteger la carga, así que no debe ser un sitio muy seguro.

—Cielo, desgraciadamente en esta vida no hay nada seguro. ¡Y lo acabas de demostrar al ir a por moras!

—Madre, sabes de sobra que hace tiempo que buscaban pillarme a solas. Solo han tenido que vigilar cuando salía de casa.

—Para hacer lo que tenían en mente me extraña que no aprovecharan cualquier momento, incluso si tu madre estaba delante —dijo Liska—. Sobre todo porque dijiste que te matarían.

¿Qué más da matar a una que a dos? Y sobre todo si sois vecinos... Puede que el jarl les diera vuestras tierras para explotar ya que están tan cerca. Y otra pregunta que me hago, ¿por qué no se han ido de la lengua con el jarl respecto a la muerte de tu padre? ¿No es extraño?

Su nueva amiga miró a su madre como si eso se le acabara de pasar por la cabeza.

—¿De qué murió tu padre, Elin?

—Se cayó y se golpeó la cabeza.

—Apuesto las tres monedas de oro que tengo que ellos tuvieron algo que ver para que no dijeran nada al jarl.

—Siempre me pregunté por qué no nos delataron —dijo su madre muy preocupada—. Y pensé que era por Elin, porque querían tomar lo que no les correspondía.

—¿De veras, madre?

—Tu padre se enfadó mucho cuando te acorralaron en el río. Si no hubiera sido porque él llegó en ese momento, a saber lo que hubiera pasado. Estaba muy preocupado por la situación y lo iba a hablar con el jarl.

Asombrada se llevó una mano al pecho. —Siempre pensé que no le importaba.

—Ninguna le importábamos, pero eras suya como yo, y ya sabes lo que decía.

—Nadie toca lo mío.

—Exacto. Y eso le llevó a la muerte. Seguro que les amenazó con contárselo al jarl y le sorprendieron cuando estaba solo. Después esos cerdos no dijeron nada por temor a las represalias del jarl y si no han venido por aquí a abusar de nosotras y después matarnos es porque seguramente esperaban que el jarl te tomara primero cuando se enterara de lo de tu padre, pero han debido perder la paciencia. —Apretó los labios. —Mi esposo siempre fue un estúpido. Le dije que te casara, pero no me hizo caso por no perder dos manos a la hora de trabajar. Pero yo de tonta no tengo un pelo y me voy de aquí antes de que el jarl o esos cabrones te hagan daño. Recoge tus cosas, nos vamos.

—Sí, madre. ¿Y a dónde iremos? ¿A Skiringssal?

—Lo más lejos posible. Cuando el jarl se entere de la muerte de esos hombres irán a por nosotras.

Elin la miró asustada. —¿Crees que llegará a tanto?

—Que nos vayamos delatará que hemos tenido que ver en su muerte. Tendrá que hacerlo para hacer justicia. Sino los suyos se le tirarán encima. Ya sabes que no están nada contentos con cómo dirige su pueblo.

—Madre mía de la que me libré —dijo Liska preocupada.

Embla la miró sin entender.

—Se iba a casar con él, mamá.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Eres Liska Davensen? —Hizo una mueca y Embla se llevó las manos a la cabeza. —¡No me digas que venías a casarte con él!

—No, por eso ha dicho... —Su madre la fulminó con la mirada. —Ah, que ya lo has entendido.

—¡Sí!

—Yo voy a ver si encuentro otro que me convenga más.

—Esta apunta alto, madre, ha rechazado a Ake Sveinnsen.

Embla no salía de su asombro y las chicas se miraron. —¿Le ha dado un aire?

Eso hizo reaccionar a su madre. —Niña aprisa, recoge lo que puedas. —Frenética se puso a recoger. —¡Daos prisa!

—¿Qué pasa?

—Que en cuanto se entere de que esta ronda por sus tierras, Sven se va a dejar la piel para encontrarla.

Dio un paso hacia ella. —Ah, ¿sí?

—Esta es tonta.

—¡Eh! —Ofendida miró a Elin que se encogió de hombros. —¿Qué pasa?

—Ni idea.

—¡Qué el otro día fui al pueblo! ¡Y no sabes el enfado que tenía todavía el jarl porque le habías rechazado!

—Yo no le rechacé, fue Ake que... Bueno, es muy largo de contar.

—Pues el jarl Sveinnsen le dejó muy clarito que le rechazabas tú porque no le considerabas suficiente. Ni tú ni tu padre. ¡Qué había llegado a sus oídos su modo de vida y que era intolerable que se hubiera atrevido a pedir tu mano! ¡Le puso guapo! ¡Le avergonzó ante todo su pueblo! Claro, nuestro jarl qué le iba a decir a ese guerrero. Agachó la cabeza y rechinó los dientes mientras Ake se iba demostrando que no le tenía ningún miedo. —Liska no salía de su asombro. —¡Todavía se habla de su cobardía! Así que cuando se entere de que tú andas por aquí, querrá venganza, niña. ¡Moved el culo! ¡Nos iremos en cuanto oscurezca porque como alguien la vea estamos muertas!

Frenéticas empezaron a recoger y Liska entendiendo la situación las ayudó en lo que pudo. Elin corrió fuera de la casa para ir a buscar la mula y su madre dijo por lo bajo —Qué más, qué más...

—Tranquila, nos alejaremos y no sabrán de mi existencia.

—Eso espero, porque pondrá mucho más empeño en encontrarnos si sabe que tú estás aquí.

—Siento todo esto.

La miró asombrada. —Has salvado a mi hija. Jamás vuelvas a decir eso. Es lo único que me importa en la vida y no sabes lo que te agradezco que la hayas ayudado. —Se acercó y la abrazó. —No sé por qué te has ido de tu casa, pero ya no estás sola. —Liska se emocionó. —Daríamos la vida por ti como tú te has arriesgado por mi niña. Así que deja de pensar tonterías y

vámonos.

Soltó una risita. —Perfecto. Pues vamos a buscar marido.

En ese momento se escuchó que se acercaba la mula y ambas salieron con todo en los brazos para cargar las cosas. Embla perdió todo el color de la cara al ver a un hombre a caballo, pero intentó disimular. —Einar, ¿qué haces tú por aquí?

—Busco a mis hermanos —dijo muy serio antes de bajar sus ojos hasta el hatillo que ella tenía en la mano—. ¿Les has visto, mujer?

—Oh, pues no.

La miró con desconfianza. —¿Quién es esa?

Liska la miró de reojo sin saber qué decir.

—Una prima que ha venido de visita. Su hombre estará al llegar. Ha ido a recoger su caballo en los pastos de atrás.

—¿Dónde está tu hija?

—Mi hija no les ha visto. Ha estado conmigo todo el día. ¿Ocurre algo, Einar?

—Deberían estar en casa. —Miró a su alrededor. —Deberían haber llegado hace horas.

Pues no habían pasado horas desde que les había matado, así que era evidente que no se tomaban muy en serio su trabajo o que sabía a lo que iban y quería satisfacerse también. Ese bastardo mentiroso había ido a por su madre. Embla debía pensar lo mismo porque dio un paso atrás sin darse cuenta. —Pues por aquí no han venido.

—Quiero hablar con Elin.

—Está en el establo. —A toda prisa fue hasta la esquina y gritó —¡Elin! ¡Ven que Einar está aquí para preguntarte por sus hermanos!

El hombre miró a Liska a los ojos y sonrió de medio lado mostrando que le faltaban varios dientes. —Y tú palomita, ¿cuándo has llegado?

—Ayer noche —dijo con desconfianza demostrando que no le gustaba un pelo—. Pero ya nos vamos. Estamos de paso.

—Ese marido tuyo...

En ese momento Elin llegó corriendo. —¿Sí, madre?

Einar frunció el ceño mirándola bien. —¿Qué te ha pasado en el vestido?

Mierda, pensó Liska antes de mirar a su amiga que farfulló —Me caí.

—Te caíste...

—Sí.

—¿Y esos morados que tienes en las muñecas? ¿Y ese arañazo en la mejilla?

Era evidente que no se creía nada y que estaban en problemas. Liska dejó caer la piel que tenía en los brazos llamando su atención y sonrió. —¿Qué buscas aquí, campesino? —Dio un golpe a su melena. —Es evidente que no buscas a esos hermanos tuyos.

—Liska...

—Tranquila Elin, mi marido me deja vender mis favores. —Sus ojos le miraron fijamente. —Eso es lo que quieres, ¿verdad? —Él entrecerró los ojos. —¿Tienes oro?

—No, pero me darás lo que ha venido a buscar de buen talante, ¿no es cierto?

—Por mis primas lo que haga falta.

—Liska no.

—Pero si es muy apuesto, prima... —Se acercó elevando la mirada hacia él. —Baja de tu montura, hermoso, te voy a enseñar cómo somos las del norte. —Para su asombro vio que se disponía a bajar demostrándole que era un estúpido. Cuando se puso ante ella Liska soltó una risita tonta. —Eres muy grande...

—Pues todo lo tengo igual. —Él se echó a reír cogiéndola por la cintura para pegarla a su torso. —Eres bella, mujer.

Su olor era nauseabundo. —¿Te parezco bella? —Dobló su rodilla hacia atrás y agarró su puñal. —Pues no conoces a mi hermana. Pero espera, que te la presento.

—¿Está aquí? —preguntó sorprendido.

—Aquí mismo. —Clavó el filo en su espalda sorprendiéndole y Liska se apartó con el puñal en la mano rajando su mejilla de parte a parte. —Se llama justicia, cabrón. —Le agarró por el hombro clavando el puñal en su estómago. —¿A que su belleza te ha cautivado? —Él cayó de rodillas ante ella y Liska le agarró por la melena sujetando su cabeza para que la mirara a los ojos. —Dale recuerdos al padre de Elin, seguro que te está esperando.

Dejó que cayera al suelo mientras las dos la miraban asombradas. —Ahora también tenemos un caballo. Aprisa, cargad las cosas.

Capítulo 3

Ake apretó los labios. —Hemos perdido el rastro, mi jarl —dijo Bjorn agachándose para revisar la tierra que tenía a su alrededor.

—Joder... —Se bajó del caballo moviendo con el pie unas hojas. —No puede ser.

—Nos llevaba mucho de ventaja —dijo Bjorn incorporándose—. Ya te dije que sería difícil seguirle el rastro.

—Ha pasado una semana. —Levantó la vista mirando al final del bosque. —¿Eso que se oye es un río? Vayamos hasta allí. Igual se acercó a beber. —Volvió la vista hasta sus hombres que a caballo esperaban instrucciones. —Atentos. No bajéis la guardia. —Cogió las riendas y tiró de su caballo hacia el río.

—Es increíble que haya llegado tan al sur —dijo Bjorn—. Y caminando.

—Le gusta caminar —dijo entre dientes.

—Ya, ¿pero tanto? Tiene que estar agotada. Y nosotros hemos venido a caballo. Ya tendríamos que haberla encontrado.

—¿A dónde quieres llegar? Dilo de una vez.

—Jarl, me temo que estamos siguiendo un rastro falso. Ya al salir del fiordo te dije que las pisadas eran distintas.

—Y yo te dije que llevaba otras botas de repuesto. ¡Se las habrá cambiado!

—Parecen más grandes y... —Bjorn se detuvo en seco tensándoles a todos que desenvainaron sus espadas. Se escondieron tras unos árboles dejando sus caballos en el camino y miraron hacia el bosque. Había dos hombres mirando algo en el suelo. Ake le hizo un gesto a Bjorn señalando hacia allí antes de señalarse el oído. Su amigo asintió y los dos caminaron entre los arbustos para que no les vieran llegar.

Cuando estuvieron lo suficientemente cerca les escucharon decir —Hay que avisar al jarl.

El otro miró a su alrededor haciendo que se agacharan. —Llevan muertos al menos dos días.

—Hay que encontrarlas.

—Después de encontrar a Einar medio muerto el jarl ya ha salido a buscarlas. No te preocupes, las traerá para ajusticiarlas. Entonces diremos que este casi tenía los pantalones bajados.

—No servirá de nada que digamos que tenía los pantalones bajados, porque si las encuentran y se resisten, las matarán sin hacer preguntas. Después le dará igual que Ivor tuviera los pantalones bajados o no. Súbeselos.

—Y una mierda —dijo con desprecio—. Tócale tú el culo si quieres, pero yo no pienso poner mis manos sobre él. Hay que ser cabrón, conoce a Elin de toda la vida, joder. Si le ha matado, se lo merecía.

—Ya oíste a Einar antes de morir, había otra. La morena de los ojos azules. —Ake miró a Bjorn que asintió. —Seguro que fue esa a la que intentaron violar.

—Vamos, sabes de sobra que a Elin le tenían ganas. Siempre que bebían bravuconeaban con ello.

—¿Y por qué no dijeron que el padre de Elin había muerto?

—Se me han ocurrido varias ideas.

—Querían sus tierras.

—Claro que sí. Seguro que después de un tiempo pensaban pedir la mano de Elin al jarl. Así se quedarían con todo. Ivor me dijo una vez que le gustaría que fuera su esposa. Es bella y muy trabajadora. Pero su padre le rechazó y este es el resultado. —Miró hacia el suelo de nuevo. —Joder, súbele los pantalones.

Vieron como el otro se agachaba y cuando se incorporó cargaba un cuerpo en el hombro. —Lo que pesa —dijo yendo hacia su caballo y tirándolo encima de su lomo—. A su hermano le cojes tú.

Gruñó antes de alejarse y cuando regresó, Ake asombrado vio el cuerpo lleno de sangre. Se subieron y enfilaron camino hacia el pueblo de Sven Olavsen. Ake y Bjorn se miraron a los ojos con incredulidad antes de mirar de nuevo hacia ellos. Cuando desaparecieron de su vista ambos se levantaron y en silencio se acercaron donde la tierra estaba llena de sangre. Bjorn se agachó apartando una de sus trenzas rubias hacia su espalda. —Dos mujeres. Una la tuya, jarl.

Gruñó molesto. —No es mía.

—Uhhh. Vino por detrás y le mató. Las cuchilladas fueron por la espalda. La tenía contra el suelo y la hija del jarl llegó por detrás. —Caminó por el sendero siguiendo el rastro hasta el otro charco de sangre ahora seco. —Se acercó también por detrás.

—Ayudó a esa mujer.

—Sí, jarl. Y se han ido juntas. Ahora tendremos que buscar más huellas y será más fácil.

—¿Después de aquí hacia dónde se fueron?

Señaló el claro alejándose del camino que habían cogido los hombres de Olavsen. —Vayamos.

—Jarl, tenemos que darnos prisa. Las están buscando.

—Lo he oído.

—¡Ake, tendríamos que seguirles a ellos!

Su jarl no le hizo caso alejándose y Bjorn gruñó antes de seguirle. No tardaron en llegar a la casa y ver sangre a unos metros de la puerta. Ake entró en la casa y apretó los labios al ver varias cosas tiradas en el suelo como si se hubieran ido con prisa. —Se han ido. —Al salir vio que Bjorn miraba algo en el suelo con el ceño fruncido. —¿Qué pasa?

—Son tres, mi jarl. Tres mujeres. Una de ellas va descalza. —Miró a su alrededor. —Hay demasiadas pisadas de caballos. Las siguen al menos diez.

—¿Han huido caminando?

—No estoy seguro, jarl. —Señaló hacia el sur. —No puedo saber si las monturas son de los Olavsén o de ellas. Pero creo que no todas van a caballo, porque sigo viendo las huellas de la que va descalza.

Ake juró por lo bajo. —Sigámosles. Tenemos que encontrarlas antes que ellos y si van a pie no tardarán mucho en dar con ellas.

Liska miró de reojo a Embla, que estaba agotada de tirar de la mula que era aún más cabezota que ella.

—Deberías subirte al caballo, nos estás retrasando, madre —dijo Elin exasperada.

Su madre jadeó. —Oye niña, que voy delante. ¡Si os fuera retrasando iría detrás!

Liska reprimió la risa porque esa mujer tenía respuesta para todo. —Deberías ir sobre el caballo, Embla. Estás cansada y no es necesario que camines.

—¿Ves? ¡A ver si aprendes de Liska, que me ha dicho casi lo mismo de otra manera!

—Sí, madre —dijo irónica—. Será que Liska es una señoritinga mientras que yo soy una simple campesina.

—No tienes nada de simple, amiga.

—Oh, por Thor, ¿siempre hablas así?

—Me han enseñado a ser educada y a tener mano izquierda.

—Para ser la esposa de un jarl debes ser lista y saber mandar con solo una mirada. Será la señora de la casa y tendrá muchas responsabilidades, niña. Debes aprender de ella.

Elin suspiró dejando caer las riendas del caballo. —Nos hemos perdido.

—Que no. Mi padre me enseñó a interpretar el sol y vamos bien. Nos dirigimos al sur. —
Entrecerró los ojos mirando el cielo que se estaba poniendo de un color plomizo que no presagiaba nada bueno. —Va a llover. Debemos buscar donde resguardarnos.

Sus nuevas amigas echaron un vistazo a su alrededor antes de mirar hacia el frondoso árbol que tenían al lado y tiraron del caballo y la mula hacia allí. Liska puso los ojos en blanco.
—No, va a llover muchísimo. No podemos quedarnos ahí.

—Y a dónde vamos, ¿eh? ¡Estamos en medio de la nada!

—Es que cuando tiene hambre está intratable —explicó su madre.

Esta gruñó cruzándose de brazos dándole la razón y Liska reprimió la risa. —Primero busquemos cobijo y después cazaré algo.

—Ah, ¿pero tú sabes cazar? —preguntó Elin asombrada—. ¿Entonces por qué no lo has hecho antes? ¡Llevamos días sin comer algo decente!

—Has comido.

—¡Una manzana al día y un pedazo de pan!

—Es suficiente.

Elin miró a su madre asombrada. —Ah, ¿sí?

—No podemos entretenernos en cazar y ella quería avanzar lo máximo posible para ponernos a salvo. ¡Hija, a ver si te espabilas que te veo muy verde!

Su amiga se sonrojó. —Bueno, ¿y dónde nos refugiamos? Aquí solo hay árboles.

—Debemos subir hacia la montaña a ver si encontramos un risco donde podamos taparnos. Tenemos pieles, no pasaremos frío. ¡Y ponte las botas que te di!

Su amiga se miró la planta de los pies. —Me hacen daño.

—¿Y las piedras del camino no?

—Esta hija mía... Siempre ponía la misma excusa para ir descalza. Cuando cumplió los diez me di por vencida. Menos mal que cuando nieva ya no puede evitarlas porque se congelaría los pies.

—¡Los pies se hicieron para caminar!

—¡Y el culo para cagar y no lo vas enseñando!

Liska se echó a reír por la cara que puso Elin, que parecía que quería soltar cuatro gritos. —Haya paz. Parece que lo del hambre os afecta a las dos. ¿Por qué no buscáis refugio mientras voy a ver si encuentro un conejo para cenar?

—Un conejo. —La miraron las dos con los ojos como platos. —Hace un año que no comemos conejo, ¿verdad madre?

—Desde que mi marido nos dejó.

—Le mataron, madre.

Gruñó antes de explicarle a Liska —Él era quien cazaba. Decía que era cosa de hombres y nunca nos dejó ir con él. —Dio un paso hacia ella. —¿A ti te enseñaron a cazar?

—Pues no. —Ambas parpadearon. —Pero si lo llevan haciendo ellos desde que cayó la primera lluvia en esta gran tierra, no sé por qué no podemos hacerlo nosotras. He conocido a hombres muy inútiles que cazaban.

—Pues tiene razón.

—Ah, ¿sí? —Elin sonrió maliciosa. —A ver cómo se te da. Busquemos refugio y demos de beber al caballo y a la mula, madre.

Liska entrecerró los ojos. —¿Crees que no puedo?

—Pues no. Ni siquiera tienes arco, ¿cómo lo vas a pillar? ¿Corriendo? ¿Le traspasarás a diez metros con ese puñal? Porque matas genial por la espalda, pero un conejo corre.

—Mujer de poca fe... —Se quitó el hatillo de la espalda y lo dejó en el suelo abriéndolo para sacar una cuerda.

—¿Para qué quieres eso?

—Puede que padre nunca me enseñara a cazar, pero he visto como se hacen las trampas para conejos millones de veces. —Le mostró la pequeña cuerda. —Y solo necesito esto y cavar un hoyo.

—Pues buena suerte.

—La tendré. —Se alejó y ambas la observaron.

Embla suspiró. —Cielo, ¿quedan manzanas?

—No, madre.

—Busquemos unas moras. No me gusta dormir con el estómago vacío.

Agachada tras una roca vio como la liebre se acercaba a la trampa que había hecho. Entrecerró los ojos cuando entró en el agujero y ella tiró de la soga haciendo que cayera el palo que sujetaba la piedra que le cayó encima. Sonrió porque no pudo salir y se levantó corriendo hacia allí. Elevó ligeramente la piedra para agarrarle por las patas traseras y lo levantó girando el brazo con fuerza para golpearle contra el tronco. El pobrecito ya no se movió. —Lo siento, pero tenemos hambre. —Se agachó para soltar la soga del palo y corrió hacia donde deberían estar las chicas.

Estaba subiendo una ligera colina cuando las escuchó discutir como siempre. Sonrió

porque discutían tanto como se querían y sintió algo de envidia porque ella ya no tenía madre. Ni hermana. Al recordar a su hermana perdió la sonrisa poco a poco. ¿Qué pensaría ella de lo que estaba haciendo? Que estaba loca, seguramente.

Estaba llegando hasta ellas cuando vio que habían encontrado una roca que sobresalía de la pared de la montaña y era lo bastante grande hasta para refugiar a los animales. Estaba colocando la piel para que si llovía no se mojaran, pero no dejaban de discutir por como colocar las piedras encima del risco para que la piel no cayera. Un sonido la tensó y les chistó volviéndose para ver varios caballos acercándose. Se tiró al suelo y sus amigas se agacharon hasta llegar hasta ella tumbándose a su lado para mirar al bosque. Vieron cómo se detuvieron y uno de ellos se alejó hacia donde ella había cazado el conejo. —Son los hombres de Olavsen —susurró Elin asustada.

Apretó las mandíbulas.

—Tendríamos que haber cubierto nuestro rastro —dijo Embla.

—Shusss —Liska miró hacia el hombre que regresaba al grupo.

—¡Cómo que aquí se pierde el rastro! —gritó alguien—. ¡Buscadlas!

—Dios mío, es el jarl en persona. —Embla la miró asustada.

—Tranquila, no saben que estamos aquí.

Vio como los hombres se desperdigaban seguramente buscando alguna pista de donde se escondían. No tardarían en encontrarlas porque dos ya estaban subiendo la colina. En cuanto subieran lo suficiente, verían el caballo o la mula y darían la voz de alarma. Miró hacia atrás, pero era imposible esconderlos. No les quedaba más remedio que enfrentarse a ellos. Sacó su puñal y Embla asustada la cogió de la muñeca negando con la cabeza. Entonces Elin cogió una piedra y la tiró bien lejos. Al escuchar el ruido de la piedra sobre un tronco los que subían la colina se volvieron hacia el bosque. —¡Buscad por allí! —gritó el jarl.

Todos corrieron hacia su derecha y ellas volvieron la cabeza hacia los guerreros que

corrieron todo lo que pudieron hasta donde había caído la piedra. Al cabo de unos segundos alguien gritó —¡Aquí no hay nada, jarl! ¡Ha debido ser un desprendimiento!

—¿Desprendimiento?

—¡De la colina, jarl!

—Mierda —dijo su amiga.

—¡Buscad en la colina!

Ahora empezaron a subir todos y por la cara del que iba delante no se iban a dar por vencidos. Las chicas se miraron asustadas y empezaron a arrastrarse hacia atrás hasta que desaparecieron de su vista. Entonces se pusieron en pie y corrieron a su izquierda para alejarse todo lo que podían. Saltaron unas rocas y escondidas tras ellas vieron como llegaba el primero. —¡Están aquí, jarl! ¡Aquí está la mula de Elin!

—¡No pueden estar lejos! ¡Cogedlas! —Liska miró hacia abajo para ver que el hombre a caballo se ponía a la vista. —¡Elin, te ordeno que bajes! ¿Me oyes? ¡Tienes cuentas pendientes con tu jarl!

Elin miró a su amiga levantando una ceja y Liska les hizo un gesto para que se alejaran. Corrieron todo lo que pudieron y de repente alguien gritó desde abajo —¡Están ahí, jarl! ¡Las veo!

Este se echó a reír y Liska ayudó a Embla a subir otra roca mientras Elin tiraba de ella. Una flecha rozó su brazo y asustada miró hacia atrás para ver que un hombre ponía otra flecha en su arco mientras otros dos corrían hacia ellas con una espada en la mano. Un grito de guerra recorrió el valle cortándole el aliento y los hombres dejaron de correr tras ellas para mirar hacia abajo donde ya se oían signos de lucha. —¡Están atacando al jarl!

Asombradas vieron como corrían colina abajo y como uno tropezaba para caer rodando. —¿Quiénes son? —preguntó Embla asombrada.

—No lo sé, pero no me voy a quedar para averiguarlo. —Corrieron de nuevo hasta su

caballo y recogieron todo tan aprisa como podían. Tiraron de sus monturas hacia los riscos y empezaron a descender la colina. Asombrada vio que Elin llevaba el conejo en la mano. —¿Te has parado a recogerlo?

—Tengo hambre.

—Vamos niñas. Aprisa —dijo Embla tirando de su mula.

—¡Liska! —escuchó que gritaban a lo lejos.

Se detuvo en seco volviendo su rostro hacia allí mientras su corazón se detenía. No, no podía ser.

—¿Quién es?

—¡Liska! —Volvieron a gritar.

—Ake.

—¿Sveinnssen? —preguntó Embla asombrada.

—Seguro que le ha enviado mi padre.

—Tu oportunidad de volver a casa. —Fulminó a su amiga con la mirada y esta dijo —Al menos dormirás en una cama y llenarás la barriga.

—¿Lo dices para que te lleve conmigo?

Su amiga se sonrojó. —Sería una solución, sí.

Gruñó mirando al frente. Era cierto que ellas necesitaban un hogar y en las tierras de su padre estarían seguras, pero volver sería humillante y más si Ake la hacía regresar. Eso por no mencionar que su jarl estaría furioso y a saber con quién la casaría. Con Ake no, por supuesto, porque le había rechazado y no querría saber nada de ella. Sería con otro y viendo lo que había en el mercado matrimonial prefería escogerlo ella. —Quedaos aquí, no os harán nada. Os llevarán a mi casa.

—Ni de broma —dijo Embla asustada.

—Es un hombre justo y vosotras no tenéis nada que temer. Os protegerá, os lo juro.

Madre e hija se miraron antes de mirarla a ella. —Nos vamos contigo.

Un grito que ponía los pelos de punta las hizo volverse para escuchar en el bosque. —
¡Liska, me estás enfadando!

Hizo una mueca y las demás la miraron. —Tiene algo de mal humor.

—¿No me digas? Vamos madre, que ese nos degüella por ayudarla.

Jadeó indignada. —Claro que no lo haría.

—Fíate tú. A este también lo rechazaste.

—Niña, deja de rechazar jarls.

Se sonrojó antes de seguir a sus amigas que ya tiraban de sus animales de nuevo. De la que se alejaban intentó ignorar el acelerado latido de su corazón por haberle escuchado. La había seguido, por orden de su padre, sí, pero la había seguido y sin poder evitarlo se sintió especial. Sus preciosos ojos brillaron por la alegría que inundó su corazón.

—Imposible jarl, las hemos perdido. Hace días que no encontramos nada —dijo Bjorn fastidiado—. Seguro que ahora encubren su rastro. Será imposible encontrarlo de nuevo.

Ake juró por lo bajo volviéndose y al ver a sus hombres agotados gritó —¡Qué son esas caras! ¡Son tres mujeres y tienen más energías que vosotros! —Estos enderezaron las espaldas sobre sus monturas. —¡Y van caminando, inútiles! ¡Cómo vuelva a ver una cara de agotamiento, os despellejo vivos!

Bjorn carraspeó. —Jarl, llevan casi cuatro días sin dormir.

—Me importa poco —siseó con ganas de sangre. Al parecer haber matado a Olavsén no le había aplacado. Gruñó subiéndose sobre su caballo—. Sigamos hacia el sur.

—Pero ¡jarl, puede que hasta las hayamos pasado.

De repente miró sus ojos negros. —¿Tú a dónde irías?

—¿Qué?

—Si fueras mujer, ¿a dónde irías?

—Pues... No sé...

—¡Di algo!

Bjorn se pasó la mano por su barba trenzada. —¿A casa de un familiar? Esas mujeres deben tener familia. Incluso Liska debe tenerla.

—No, no la tiene. Toda su familia está con su padre en estos momentos.

—Pues ellas. Seguro que alguien tienen por ahí.

—No estás pensando con claridad.

—Ah, ¿no?

—Cuando huyó lo hizo con un propósito. No quiere casarse conmigo, pero quiere marido. Y no quiere que su padre cargue con esa responsabilidad porque considera que para él es un engorro.

—Ah, ¿sí?

—¡Sí!

—Si tú lo dices, mi jarl.

Ake entrecerró los ojos pensando en ello. —Va a buscar marido.

—Pues que no busque tanto, que con lo bella que es, me quedo yo con ella —dijo uno de sus hombres haciendo reír a carcajadas a los demás.

Ake se volvió sobre su montura. —¿Qué has dicho?

Este perdió la sonrisa de golpe. —¿Yo? Una tontería, mi jarl.

Se acercó a él y le cogió por la barba acercándole a su rostro. —Repítelo.

—Ni se me ocurriría poner los ojos en ella, jarl. No merecería ni que me escupiera.

El jarl le soltó de golpe y este suspiró del alivio antes de recibir un puñetazo que le tiró sobre la hierba sin sentido. —¿Alguien quiere decir algo más? —gritó furibundo. Sus hombres negaron con la cabeza. —¡Recoged a este imbécil!

Volvió su caballo hacia Bjorn que intentando disimular una sonrisa dijo —¿Te encuentras mejor, mi jarl?

—Tengo que encontrarla —dijo entre dientes.

—¿Antes de que le pase algo o antes de que se case con otro? —Le miró como si quisiera desmembrarle. —Claro, tienes prisa por volver a casa de tu suegro para reunirse con tu hijo.

—¡Exacto!

—Pues creo que vas a tardar un poco, mi jarl. Como no registremos todos los fiordos de aquí al sur...

—Tienen que haber ido a algún sitio.

—Ya, ¿pero a dónde?

—¡A encontrar su camino! ¿No te lo he dicho ya?

—Con otro hombre.

—¿Dónde irías tú a encontrar marido? —Al ver la cara de su amigo gritó —¡Ya me entiendes!

—¿A Heirst? No, ya lo hemos dejado atrás. —Los ojos de Bjorn brillaron. —A Skiringssal.

—¿Skiringssal? Si mi esposa no sabía ni que existía cuando se lo mencioné.

—Piénsalo jarl. Es mucho más grande que Heirst, todos los escandinavos van a negociar allí. Esos son muchos hombres y algunos muy ricos.

Los ojos de Ake se entrecerraron. —Sí, y si huían de Olavsen descartarían Heirst porque estaba demasiado cerca de sus tierras.

—Exacto. Huyendo yo iría lo más lejos posible, ¿y qué sitio mejor que un lugar lleno de hombres para encontrar marido? Skiringssal es el sitio perfecto para ella. Para las tres, porque allí puede que esas mujeres tengan un futuro.

Asintió volviéndose hacia sus hombres. —Acercaos a las tierras de los Hovensen y que os presten un barco. ¡Rápido!

Cuatro hombres salieron a galope y Ake entrecerró los ojos. —Skiringssal. Se van a llevar una sorpresa cuando lleguen allí.

Capítulo 4

Desde la colina las tres parpadearon porque en el mercado que había al lado del puerto había una lucha encarnizada. —Más seguro que Heirst, ¿eh? —dijo Elin con recochineo.

Liska impresionada vio como una mujer que intentaba evitar que su hijo fuera herido, se escondía tras un puesto donde había otra mujer gritando de miedo. —No es una lucha igualada. Atacan a los de la ciudad. ¡Mira! ¡Aquel está robando al cadáver!

—Son piratas —dijo Embla impresionada.

—¿Piratas?

—Hombres del mar que roban donde pueden. Van sembrando el temor y no dejan supervivientes.

Se llevó la mano al pecho de la impresión.

—No sé de qué te sorprendes. Es lo mismo que esas incursiones que hacen los hombres en el sur —dijo Elin.

—¡No es lo mismo!

—Sí que lo es, niña.

—¡Estos son de los nuestros!

—Eso no importa. Muchos de esos piratas no tienen tierras a las que llamar hogar.

Apretó los labios mirando hacia allí. Muchos habían muerto y los que no se resistían

lloraban de rodillas mientras aquellos bastardos desmantelaban los puestos buscando el dinero. Vio con rabia como uno de ellos sacaba a la mujer y al niño que lloraba de miedo mientras su madre intentaba protegerle. —No les ayuda nadie.

—Se habrán escondido —dijo Embla—. No podemos bajar hasta que se vayan.

—Están reuniendo a las mujeres más jóvenes —dijo Elin.

—¿Para qué? —Ambas las miraron como si fuera tonta. —¿Las van a vender?

—¿Acaso tu padre no tiene esclavos? Es dinero fácil.

Al ver que apartaban a la mujer y que el niño se quedaba solo en medio del mercado sin dejar de llorar algo revolvió su sangre. —Perros... —dijo con rabia.

—No es asunto nuestro —dijo Embla.

—¡Tenemos que hacer algo!

—¿Como qué? ¿Te vas a enfrentar a veinte asesinos?

Apretó los puños de la impotencia y el rostro de dolor de esa madre mientras le gritaba algo a su hijo, seguramente para que no se moviera, le destrozó el corazón. Miró hacia el barco, donde dos hombres en la cubierta se reían mientras sus amigos mataban a los pocos comerciantes que tenían el valor de enfrentarse a ellos para proteger a sus familias. Entrecerró los ojos. —Quedaos aquí.

Embla cogió su brazo. —¿Qué vas a hacer?

—Quedaos aquí. —Soltó su brazo y empezó a bajar la colina escondiéndose entre los matorrales. Al llegar abajo Liska se escondió tras una de las casas y vio como un hombre escondido en un barril se cubría con la tapa. Pasó a su lado siseando —Cobarde.

Escuchó su sollozo y gruñó acercándose a la esquina de la casa. Estiró el cuello para mirar, pero estaban demasiado distraídos desvalijando a aquella pobre gente. Corrió hasta la otra casa que estaba más cerca del puerto y así pasó a otra que solo estaba a unos metros. Cogió su

puñal y corrió hacia la pasarela de madera hasta unos fardos que estaban amontonados. Desde allí pudo meterse en el agua sin ser vista. Vaya, estaba fresquita. Agarró el puñal con los dientes y nadó por debajo del muelle hasta llegar al barco de esos malnacidos. El número de barcos que había en el puerto le indicaba que tenía que haber muchos escondidos en las casas. Por eso no entraban en las viviendas porque no sabían lo que iban a encontrarse. Estaba claro que allí nadie echaba una mano a nadie. Nadó por el costado del barco y cuando llegó a la popa se agarró a una de las sogas que colgaban de la embarcación para amarrarla al embarcadero. Respiró hondo y empezó a subir por la cuerda. Le pareció sorprendente lo fácil que era pues jamás lo había hecho y cuando llegó arriba se agarró con ambas manos a la borda antes de elevar lentamente la cabeza. Los muy cabrones seguían allí riéndose. Tiró de su cuerpo hacia arriba y subió al barco sin hacer ruido. Cogió su puñal y caminó hacia ellos muy lentamente. Se acercó al que estaba más próximo a ella y sin saber de dónde sacaba el valor le rajó la garganta antes de apuñalar al otro en la espalda varias veces. A toda prisa se agachó y agarró a uno de los tobillos tirando de él por la cubierta hasta la popa. Con esfuerzo lo cogió por las axilas elevándole para apoyarle en la borda antes de lanzarle al agua. Le costó un poco más hacerlo con el otro porque sangraba como un cerdo y se le resbalaba, pero al final cayó al agua como su compañero. —Les vais a encantar a los peces.

Corrió agachada hasta donde estaban antes y miró a su alrededor buscando algo para limpiar la sangre. Vio un barril y se acercó para ver que estaba a la mitad de cerveza. Aquello pesaba un montón, así que se sentó en el suelo y con el pie lo empujó dejándolo caer. La cerveza se repartió por la cubierta diluyendo la sangre. Escuchó que los hombres se acercaban y estiró el cuello para ver a dos en la pasarela. Varios se acercaban tirando de las mujeres a las que les habían atado las muñecas las unas a las otras con cuerdas. A toda prisa bajó los escalones que daban a la bodega y se escondió tras la escalera. Gimió porque puede que allí la vieran. No tardaron más de unos minutos en empezar a bajar. Dos hombres que iban delante gritaron que se movieran y entre lágrimas las mujeres les siguieron escaleras abajo. Al ver que la última no tenía

a nadie detrás porque el resto de los hombres se habían quedado arriba, rodeó la escalera y cogió su mano. Esta la miró sorprendida y Liska chistó escondiendo el cuchillo en los pliegues de su vestido.

—¡Sentaos ahí! —gritó uno de ellos con una prominente barriga al aire y con un tatuaje en el pecho.

Las mujeres asustadas se sentaron contra la pared y Liska hizo lo mismo agachando la cabeza mientras varios hombres bajaban con unos sacos que pusieron al otro lado del barco.

—Y no quiero ni oíros si no queréis que mis hombres os dejen las cosas claras, ¿me habéis entendido? ¡Ahora sois mías! ¡Así que silencio y a abrirse de piernas cuando lo diga! —Miró al pirata que se colocó a su lado. —Rumbo a Heirst.

Este asintió antes de subir los escalones corriendo con sus compañeros detrás. El que estaba al mando las miró una por una y cuando llegó a ella frunció el ceño. Caminó hacia ella. —¿Eso es sangre? ¿Estás herida?

—No —dijo tímidamente.

Se agachó ante ella. —¿Seguro? —Alargó la mano para cogerla de la barbilla, pero esta apartó la cara mirándole de reojo. Él furioso la agarró de la melena para mostrar su rostro. —No, no estás herida... —Sonrió malicioso. —¿No te gusta que te toque? Antes de que termine este viaje vas a rogar tenerme entre tus piernas, te lo garantizo.

El puñal traspasó su papada y aquel cerdo cayó hacia atrás. Las mujeres chillaron y ella chistó. —Cerrad el pico.

La miraron con los ojos como platos y Liska sin perder el tiempo empezó a cortar las cuerdas. —No hagáis ruido. —Cuando liberó a la primera esta cogió el cuchillo de su captor y ayudó en la tarea. Otra de las mujeres cogió una espada que había en una esquina y animadas las demás cogieron lo que pudieron para defenderse. —Escuchadme. ¿Sabéis nadar?

La madre del niño negó con la cabeza. —No te separes de mí, ¿entendido?

—Sí —dijo asustada agarrando con ambas manos un garrote.

Liska miró hacia arriba y sintió como se movía el barco. —No podemos alejarnos mucho. Debéis subir corriendo y tiraros por la borda. No miréis atrás, solo corred lo que podáis y si alguien se interpone en vuestro camino, matad. No dudéis, matad.

Todas asintieron. Agarró a la que no sabía nadar del brazo y fueron hasta la escalera. —¿Listas? —susurró.

—¿Y si vuelven a puerto? —preguntó una asustada—. Nos matarán a todas.

Pensó en ello y se dio cuenta de que tenía razón. Podían atracar de nuevo y esperar a que fueran llegando al puerto una por una. —Subid, yo me encargo de esto. —Miró a la que tenía que ayudar. —Vete con otra.

—No, yo me quedo contigo —dijo asustada.

Cogió el hacha que una tenía en la mano y le dio su puñal antes de acercarse a la proa. Levantó el hacha y las miró. —¿Listas?

Dos subieron unos escalones sin llegar a mostrarse en cubierta. —¡Ahora! —Clavó el hacha mientras ellas subían. Varios gritos arriba la hicieron darse prisa y clavar de nuevo el hacha hasta que abrió una vía de agua. Clavó de nuevo el filo haciendo que el agua entrara a borbotones. Con el hacha en la mano se acercó a la mujer que miraba hacia arriba vigilando que nadie bajara. —Vamos.

Iba a subir cuando esta la cogió de la muñeca reteniéndola. —Tienen que morir. Han matado a mi marido.

—¿Quieres morir y que tu hijo se crie solo? Sube las escaleras —siseó.

Esta apretó los labios antes de asentir. Liska subió varios escalones y al sacar la cabeza vio una mujer tendida en el suelo con una herida muy fea en el costado. Sabía que se moría y lo sintió muchísimo por ella. Un hombre gritaba que volvieran a puerto. Entrecerró los ojos agachándose y miró a la mujer. —Pues tenías razón, tienen que morir.

Uno de los hombres se acercó y al verlas las miró como si quisiera matarlas. —¡Abajo!

—Es que ese hombre de ahí abajo necesita ayuda —dijo asustada.

Este bajó varios escalones pasando ante ellas y Liska clavó el hacha en su espalda. — Mata cuando se vuelvan, es lo más fácil.

—Sí, sí —dijo viendo como caía sobre su jefe.

Se miraron a los ojos y entendiéndose se acercaron al muerto más reciente cogiéndole de los pies para apartarle de su jefe. Su nueva amiga corrió hasta las escaleras. —Oye tú, tu jefe necesita ayuda.

Y así fueron bajando uno por uno. Liska escondida bajo las escaleras dejaba que bajaran y les clavaba el hacha. Asombradas por lo fácil que era miraron el montón que tenían al lado de los sacos y que no se veían desde las escaleras. —¿Cuántos pueden quedar?

—¿Pero dónde están todos? —preguntó alguien arriba.

—¿Abajo? ¿Nos estamos hundiendo?

Escucharon como corrían hacia allí y al bajar los escalones ellas vieron sus espadas. Se escondieron tras la escalera y cuando vieron el pie del primero ante ellas le agarraron del tobillo haciendo que cayera al suelo. Su amiga rodeó la escalera golpeándole en la cabeza con el garrote y el que iba detrás gritó intentando atravesarla con su espada. El hacha le cortó la pierna y cayó rodando escalones abajo. Se escuchó un crujido cuando la madre del niño le golpeó en la cabeza. Asombradas se miraron y esta dijo —Pues no ha sido tan difícil. —El barco se golpeó con algo haciéndolas casi caer y se escucharon gritos. Subieron los escalones para ver que habían llegado al puerto donde algunos hombres intentaban subir al barco. —A buenas horas —dijo la mujer.

Liska rio por lo bajo yendo hacia la borda y un hombre se puso ante ella. —¿Estáis bien?

—Que revisen el barco por si alguno está escondido y que repartan su botín entre los afectados antes de que este cascarón se hunda.

Este asintió y asombrado vio cómo Liska les gritaba a los de abajo. —¡Apartaos,

queremos bajar! —Se volvió hacia la mujer. —Por cierto, ¿cómo te llamas?

Esta se echó a reír. —Judith.

—Pues ya puedes ir a por tu hijo, Judith.

Suspiró volviéndose en la cama y vio como Elin y Embla dormían a pierna suelta en la cama de al lado. Casi no había pegado ojo y eso no le había pasado nunca. Pero es que no dejaba de escuchar el grito de Ake llamándola. Molesta por dudar de si debía volver, se levantó y se alivió tras su cama procurando no hacer ruido. Salió de la casita y tiró el contenido de su bacinilla tras un seto. Al regresar vio que a pesar de estar amaneciendo, muchos ya caminaban hacia el mercado con sus carros cargados de mercancías. El día anterior había sido muy doloroso para muchas familias pues tuvieron que despedirse de sus muertos, pero era un nuevo día y como decía Judith tenían que comer, así que ella abriría su puesto como los demás. Abrió la puerta suavemente y dejó la bacinilla en el interior antes de cerrar de nuevo. Caminó entre ellos como una más saludando a uno y a otro con la cabeza pues aún no se sabía sus nombres. Vio a Judith ante su puesto de pescado salado colocando sus productos y se acercó a toda prisa. Esta la recibió con una sonrisa. —Te has levantado temprano. ¿No estás cómoda en tu nueva casa?

—Es perfecta, gracias por conseguírnosla.

—Es lo menos que estas gentes podían hacer por ti. La vieja murió y no se sabe dónde está su hijo. Seguramente muerto, así que alguien tiene que usarla.

Liska miró a su alrededor y le guiñó un ojo a Orm que sentado sobre una de las cajas no perdía de vista a su madre. El pobre se había llevado un buen susto y tardaría en quitársele.

—¿Eres una valquiria? —preguntó el niño.

Se echó a reír. —Qué más quisiera.

Vio que varios hombres intentaban reflotar el barco y entonces se fijó en que llegaba otro

a puerto. —Mira, ahí tienes clientes.

—Bah, esos guerreros nunca compran nada —dijo Judith mirando hacia allí—. Es un barco Hovensen, vienen a vender. Qué raro... Casi nunca vienen por aquí.

—¿Hovensen? —Con curiosidad miró hacia allí y al ver a Ake en la proa dejó caer la mandíbula del asombro antes de agacharse de golpe escondiéndose al lado de Judith que parpadeó. —Es Ake Sveinnsen —susurró.

—¿Qué?

Señaló hacia allí. —No puede verme.

Judith miró hacia el barco y frunció el ceño. —Ake Sveinnsen... ¿Tienes problemas con él?

—Sí.

—Tranquila, vete a la casa y no salgas. Yo correré la voz.

Agachada pasó entre los puestos llamando la atención y Ake frunciendo el ceño miró hacia allí al ver como varios agachaban la cabeza. Vio como una mujer morena corría desde el último puesto hasta detrás de una casa. Sonrió malicioso cruzándose de brazos mientras Bjorn se ponía a su lado. —Está aquí.

Su amigo suspiró del alivio. —Menos mal.

—Diles a los hombres que rodeen la ciudad, no quiero que se escape.

—Entendido, jarl. —Se volvió y gritó las órdenes.

Ake bajó la pasarela en cuanto se colocó y pasó entre los puestos haciendo que le miraran con temor. Se acercó al puesto más cercano a la casa y caminó hacia allí siguiéndola. Vio cómo se cerraba una puerta en una casa que estaba al final de la calle y gruñó antes de caminar hacia ella. Al llegar a la puerta golpeó dos veces. Esta se abrió mostrando a una mujer de unos cuarenta años con cara de sueño. —¿Sí?

—Dile que salga, mujer.

—¿A mi hija? —Miró hacia atrás. —Cielo, te busca un hombre muy rudo.

Ake empujó la puerta sorprendiéndola y entró en la casa. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio a una mujer en la cama tapándose con una piel y esta le observaba como si estuviera asustada.

—Oiga, no puede... —Ake alargó la mano cogiéndola por el cuello y Embla le miró con temor.

—Llevo días de un lado a otro de Escandinavia y no estoy de buen humor. ¡Estoy de muy mal humor, de hecho! —le gritó a la cara—. ¿Dónde está?

—¡Suelta a mi madre! —gritó Elin poniéndose en pie sobre la cama.

Otro hombre entró en la casita. Era casi tan grande como él, pero con el cabello rubio. Este con cara de querer cortar cabezas miró a su alrededor. —¿Jarl?

Acercó aún más a Embla a su rostro haciéndola temblar. —Como no me digas dónde está Liska, lo vas a pagar, mujer.

—Muérete —dijo con desprecio.

La soltó y le dijo a su hombre —Quema la casa.

Bjorn le miró sorprendido, pero sin poner en duda sus órdenes se acercó al fuego encendido y cogió un madero ardiendo acercándose a la cama. Elin chilló saltando de ella. —¡Ya está bien! —gritó una voz deteniéndole en seco. Liska se levantó de detrás de un barril y miró a Ake furiosa—. ¡Ya me has visto, ahora vete!

—Ahora vete —dijo entre dientes antes de acercarse y cogerla por el brazo—. ¡Te vienes conmigo!

—No.

—¿Qué has dicho? —preguntó con ganas de matar.

—He dicho que no. —Levantó la barbilla. —Voy a buscar marido.

La agarró por la cintura cargándosela al hombro y Liska chilló —¡Suéltame!

—Puedes buscar marido de camino a casa. —Salió cargándola y de repente se detuvo en seco al ver a un montón de gente armada esperándole. —¿Qué rayos es esto? —gritó furibundo —. ¡Apartaos!

—Esa mujer se queda —dijo Judith—. Suéltela jarl.

Boca abajo intentó mirar hacia allí, pero el jarl le dio un azote en el trasero haciéndola jadear.

—Mi jarl, no puede llevársela —dijo un hombre—. Si es tan amable de dejarla en el suelo... Por favor.

—Ella nos salvó —dijo una mujer—. No se la va a llevar.

Ake gruñó y Bjorn gritó sacando su espada —¿Cómo os atrevéis? ¡Apartad si no queréis morir!

—¡No! —gritó ella antes de golpear el trasero de Ake con los puños, pero este ni se inmutó—. ¡Suéltame! ¡Ellos no han hecho nada!

Ake bajó un escalón quedando ante Judith. —Aparta.

—No —dijo con voz temblorosa.

—¡Judith aparta! —gritó ella.

La punta de una espada tocó la nuca de Ake. —Deje a mi amiga en el suelo, jarl —dijo Elin tras él.

Ake gruñó soltándola y Liska chilló antes de caer al suelo. Furiosa se volvió levantándose de golpe. —¡Serás bruto!

—Preciosa, necesito tener la mano libre.

Al darse cuenta de lo que quería decir gritó a su amiga para que se apartara y cuando Ake

se volvió de golpe recibió un portazo en toda la cara que le hizo trastrabillar hacia atrás cayendo al suelo. Varios se echaron a reír y ella gimió por dentro viendo la sangre en su rostro. Forzó una sonrisa. —¿Te has roto la nariz?

La fulminó con la mirada. —¡Me la ha roto tu amiga!

—No, qué va. ¿No veías que iba a cerrar la puerta? ¿Qué culpa tiene ella de que estés distraído? —Subió decidida los escalones y entró en la casa dando otro portazo. —¡Vuelve a casa!

Asombrado miró a Bjorn que se encogió de hombros. —¿Y ahora, jarl?

—¿Y yo qué sé?

—Jarl, ¿quiere que le enderece la nariz? —preguntó Judith amablemente.

—Desaparece de mi vista.

La gente no se movió del sitio y se levantó con ganas de sangre antes de alejarse. Todos suspiraron del alivio. —Ah, que nos vamos...—dijo Bjorn siguiéndole.

—¿Qué hago? ¿Les mato a todos por protegerla?

—¿Te lo está poniendo difícil?

Ake se detuvo en seco fulminándole con la mirada. —Esa... Esa no es Liska.

—Pues yo creo que sí. Se parecía mucho. No es que haya hablado con ella, pero...—Al ver que su jefe se iba le siguió de nuevo. —Ah, ya entiendo, que no se parece a la Liska de siempre.

—¡Exacto! ¡Mi Liska siempre es correcta, sabe cuál es su sitio! —Se detuvo mirándole como si no saliera de su asombro. —¡Ha matado hombres! ¡Y se ha ido de su hogar! ¡Ha desobedecido a su padre! —gritó atónito—. ¡Esa no es Liska!

—¿Has dicho mi Liska?

—No.

—Sí.

—¡He dicho que no!

—Bueno, jarl tengo oído y... —Esquivó un puñetazo por los pelos. —Jarl, ¿necesitas estar solo un rato? ¡Ya lo sé! ¡Una jarra de hidromiel y asunto solucionado!

Le agarró por la barba acercándole a su rostro. —Vamos a raptarla.

—¿Seguro?

—¡Busca la manera!

Tras la puerta se quedó en silencio esperando su reacción, pero no ocurrió nada. Jadeó enderezándose.

—¿Qué ocurre? —preguntó Elin.

—No tira la puerta abajo.

—Parece que te decepciona.

—No, qué va. —Preocupada porque estuviera allí paseó ante ellas.

—¿Debemos irnos? —preguntó Embla.

—Mamá recoge que nos vamos.

—No —dijo Liska sorprendiéndolas—. No nos vamos a ningún sitio.

—Mira hermosa, no sé lo que conoces a ese hombre, pero yo he oído alguna historia sobre él y no tiene precisamente buen carácter, ¿sabes?

—Eso ya lo sé, pero...

En ese momento golpearon la puerta y Liska se volvió de golpe. —¿Qué quieres ahora?

—Entrar —respondió Judith divertida.

—Oh... —Fue a abrir a toda prisa y cuando entró Liska sacó la cabeza para ver que no estaba en ningún lado. —¿Se ha ido? —preguntó decepcionada.

—Parece que te molesta. —dijo Elin con burla

Se sonrojó. —No, claro que no. Si por mí mejor.

—Uy... que bebes los vientos por él —dijo Judith.

—¡Eso es mentira!

—Sí, niña... —dijo Embla como si fuera una desgracia—. Si hasta él le pidió matrimonio y este desastre le rechazó. ¡A ese hombre! ¡Qué hay que estar loca para decirle que no!

Estaba claro que debía dejar de contar sus intimidades a cualquiera, porque luego todo se sabía. Judith la miró con los ojos como platos.

—¿Por qué todas ponéis esa cara? ¡Lo hizo por obligación!

—Pero está aquí...

—¡Porque mi padre se lo ha pedido!

—Ah...

Su nueva amiga miró a Elin que chasqueó la lengua. —Yo te lo explico.

—Sí, por favor.

Liska puso los ojos en blanco mientras las tres la ponían verde. Es que de verdad, tener amigas para eso. Cuando Judith dijo impresionada que ella se casaría con él sin dudarlo, empezó a pensar si realmente estaba equivocada. Pensando en Ake y lo que había ocurrido aquella última noche en casa, paseó de un lado a otro. Si algo le había quedado claro es que no la amaba y que había aceptado su mano para hacerle un favor a su padre. Y ella quería que la amara. Lo deseaba más que a nada en esa vida. Pero nunca la amaría como a ella, ni la miraría de la misma manera. Era el deseo de sentirse tan especial como su hermana lo que la hacía dudar. Lo que la hacía desear algo que era imposible. Si regresaba seguramente siempre estaría sola, porque ni muerta

le pediría a su padre que concertara otro matrimonio. Por otra parte, sería humillante ver a Ake cada vez que les visitara. Y en algún momento se casaría de nuevo. Conocería a su esposa, tendría que tratarla y eso no podía aceptarlo otra vez. Ya lo había tolerado con su hermana, pero con otra... Ni hablar. La única manera de salvar la situación, era conseguir un marido que le superara en todo y pasárselo por los morros. Eso le dejaría claro que no le importaba nada de nada y de paso tendría una familia a la que cuidar. Incluso puede que si su marido era lo bastante apuesto le hiciera olvidar al esposo de su hermana. Sería difícil, pero había que intentarlo.

Se volvió para ver que las tres la observaban. —¿Qué?

—Estamos esperando tus deliberaciones —dijo Elin divertida.

—No hay deliberaciones que valgan. He venido a buscar marido y es lo que voy a hacer.

—Pues no creas que por aquí abundan los candidatos —dijo Judith—. Y como ese mucho menos. Yo me traje a mi marido de mi pueblo, ¿sabes?

—Algo encontraré.

—Esta se piensa que los jarls caen del cielo —dijo Elin exasperada—. ¡Qué no vas a encontrar nada mejor!

—¡Qué sí!

—Bueno, es hija de un jarl y es hermosa. Candidatos no deberían faltarte, niña.

—Pues eso digo yo —dijo orgullosa—. Solo tengo que esperar a que llegue.

Los ojos de Judith brillaron. —En la fiesta de la cosecha. Es dentro de una semana. — Todas la miraron. —Antes del invierno se hace una fiesta por todo lo alto y vienen de los alrededores para celebrarlo. —Ilusionada juntó las manos. —¡Y viene él!

Las tres dieron un paso hacia ella. —¿Él? —preguntaron a la vez.

—¡El jarl Eskolsen! —gritó como si tuvieran que conocerle.

Liska miró a las chicas que asintieron. —¿Le conocéis?

—¿Tú no? —preguntó Elin—. Es uno de los jarls más valientes del sur. Hasta casa llegaron sus hazañas en tierras anglosajonas antes de ese acuerdo al que llegaron con el rey Alfred. Ahora ataca tierras francas y le va todavía mejor.

—Es valiente, enorme y tiene tatuado todo el brazo derecho con símbolos de protección. Dice que mientras el brazo que sostenga su espada pueda moverse, no habrá enemigo que se interponga en su camino. —Judith suspiró. —Es divino.

Las tres parpadearon y esta al darse cuenta se sonrojó. —¿Qué? ¡Si os hubierais casado con un tirillas como el mío también se os caería la baba! Ponéis esa cara porque no le habéis visto. ¡Ya, ya le veréis y correréis tras él como todas las de por aquí! —Hizo una mueca. —Eso sí, vais a tener competencia. Muchas de los contornos saben que viene por aquí y llegan desesperadas por pillarle.

—Ah, no...—dijo Embla—. Si ese se casa con alguna será una de mis niñas o contigo. —Las tres sonrieron. —Claro que sí, Odín no le ha puesto en nuestro camino para que se case con otra que no le necesite tanto.

—Bien dicho, madre.

Los ojos de Embla brillaron. —Hay que deslumbrarle.

Sentado al lado de Bjorn escuchaba de labios de un comerciante las hazañas de Liska sin poder creérselo. —¿Que hizo qué? —preguntó su amigo tan pasmado como él.

—Oh sí, y salvó a las mujeres. ¡Ella sola se enfrentó a esos rufianes y les mató a todos! —Los hombres de la taberna levantaron los brazos gritando como si fuera una diosa a la que venerar.

—Tiene el favor de Odín —dijo uno de ellos—. ¡Es una elegida! No puede llevársela, jarl. Está aquí por algo.

—¿Pero no lo sabéis? —dijo uno de ellos—. Viene a buscar marido. —Todos se quedaron en silencio impacientes porque continuara. —Odín quiere que escoja al adecuado y la ha enviado aquí para encontrarle. Y yo ya sé quién será su elegido.

—¿Lo sabes? —preguntó el comerciante levantándose con su jarra de hidromiel en la mano.

—¿Pues quién va a ser, idiota? Cnut Eskolsen. No hay hombre más valiente por estos contornos —dijo mirando a Ake de reajo que se tensó—. Es el hombre que la merece y es quien conseguirá su mano.

Bjorn gimió por lo bajo. —¿Has oído, jarl? Cnut conseguirá su mano.

—Lo he oído, amigo —dijo entre dientes mientras la jarra que tenía entre las manos se retorció como si fuera de papel.

—De hecho, ya he enviado un recado a uno de sus hombres para que si puede ser adelante el viaje que hará la semana que viene —continuó diciendo el hombre—. Le he dicho que hay algo aquí, en Skiringssal que le interesará obtener. ¿Sabéis que está pensando en buscar esposa? —Todos jadearon asombrados. —Odín se la ha enviado, os lo digo yo.

—Al parecer conoce muy bien al jarl —dijo Bjorn como si desconfiara de su palabra.

—Mi primo es como su hermano, se criaron juntos. Le conozco desde niño y siempre me ha tratado con respeto.

—¿Y qué opinaría el jarl de que una mujer tuviera que rescatar lo que debía haber estado a salvo por vuestra mano? —preguntó Ake molesto.

Varios entrecerraron los ojos. —¿Nos estás llamando cobardes?

—Digo que me sorprende no veros heridos si eran tan fieros esos piratas que mataron a tantos.

—Veintiséis enterramos —dijo un anciano con pesar antes de negar con la cabeza—. No hay año que pase en el que esos u otros como ellos nos ataquen. Guerrero, no puedes culparnos

por intentar salvar el pellejo, hemos sufrido muchas pérdidas y tememos por nuestras familias.

Ake se levantó demostrando con la mirada lo que pensaba de ellos antes de salir de la taberna pegando un portazo. Bjorn divertido se levantó tirando unas monedas sobre la mesa.

Uno de los hombres dio un paso hacia él para decir malicioso —Tu jarl no tiene nada que hacer.

—Si conozco a Ake Sveinnsen y le conozco muy bien, esa mujer es suya.

Capítulo 5

Corrió tras su jarl al salir de la taberna. —¿Cnut?

—Cierra el pico.

—Sería un buen marido, ¿cómo no se te ocurrió antes?

Le fulminó con la mirada. —¡Vive muy lejos de la casa de su padre!

—Ah... Y tiene que vivir cerca.

—¡Claro que sí! ¡La echaría de menos!

—Pero es un buen guerrero y muy rico.

—¿Y? —preguntó agresivo.

—No, nada... Pero lo es.

—¡Eso no es importante!

—Es hija de un jarl, sería un aliado estupendo.

Le agarró por la barba. —Deja de hablar de él —dijo entre dientes.

—Jarl, empiezo a pensar que la quieres para ti de veras.

—¡No digas tonterías! —le gritó a la cara—. ¡Debemos llevarla a casa y es lo que pienso hacer!

—¿Para que su padre os la dé?

—¡No! ¡Porque tiene que ser así!

—Pues ella ha renunciado a su jarl, así que puede hacer lo que le venga en gana.

—¿Qué has dicho? —preguntó Ake como si esa idea se le acabara de pasar por la cabeza.

—Se ha ido de su hogar, jarl. No tiene a quien darle cuentas. Si quiere quedarse es muy libre de hacerlo. —Le miró malicioso. —Ahora no tiene dueño. Sería una presa fácil para cualquiera y ya no digamos para un jarl. Si Cnut decretara su matrimonio, ella no podría decir ni pío. Se encontraría casada. Un jarl puede tomar lo que le venga en gana, podría esclavizarla si le apeteciera.

—¡Por eso tenemos que llevarla a casa! —Le soltó y caminó hacia su barco.

Bjorn puso los ojos en blanco porque no pillaba las indirectas. —¡Jarl, si él dice que es su esposa, será su esposa por mucho que tú digas que no!

Eso le detuvo en seco y se volvió con esa mirada que hacía temblar a sus hombres. —¿Qué has dicho?

—Y nadie podrá evitarlo, ni siquiera tú. Sus aliados se pondrían a su favor y la perderíais.

Dio un paso hacia él amenazante. —¡No haría eso con la hija de un jarl! ¡Mi suegro también tiene aliados!

—¡Ha renunciado a él al irse de casa! ¿Por qué te pones tan cabezota con este tema? ¡Ahora es como cualquier otra mujer!

—¡No lo es!

—¡Te digo que sí!

—¡Es la hermana de Astrid, nunca será como otra mujer!

A su amigo se le cortó el aliento viendo la furia en sus ojos. —Lo sabía... Lo supe desde el principio y me negué a creerlo.

Su jarl se volvió como si quisiera huir de esa situación. —No, jarl. Ahora no me des la

espalda. —Le agarró del hombro. —¿Por qué lo hiciste? —gritó empezando a enfadarse.

—No sé de qué me hablas.

—¡Te la ofrecieron, era la que estaba destinada a ser tu esposa y elegiste a su hermana humillándola ante todos! ¡Tenía que haber una razón! ¡Cualquiera se daría cuenta de que Liska era una candidata mil veces mejor! Pero no, tú elegiste a Astrid y todos nos sorprendimos. ¡Y ahora estoy seguro de que hubo una razón!

—La amaba, por eso me casé con ella.

—No, jarl. No dudo que llegaras a amarla, os he visto juntos y sé lo que sentías por ella, ¿pero qué fue lo que pasó en aquellos primeros días para que te fijaras en ella? ¿Qué ocurrió cuando la idea era casarte con Liska!

—No ocurrió nada.

Asombrado dio un paso atrás. —Jamás me has mentido y no puedo creer que lo hayas hecho ahora.

—¡No es asunto tuyo! —gritó furioso.

—¡Esas palabras confirman que hubo una razón!

Apretó los puños girándose y Bjorn vio el dolor en su rostro. —Sé que la querías.

—Tenía que amarla y la amé muchísimo.

Lo dijo de una manera que le llamó la atención. —¿Cómo era tu obligación? ¿Qué ocurría? ¿Sabía que no era la primera opción y te sentías culpable? ¿Querías compensarla? ¿Por eso accedías a todos sus caprichos?

—Cállate.

—¿Qué ocurrió para que te casaras con ella? —gritó perdiendo la paciencia.

—Me dijo que su hermana se moría.

Dio un paso atrás de la impresión.

—Me dijo que Liska se moría y que no terminaría el año. Como comprenderás tuve que fingir que me enamoraba de Astrid para salir de esa situación y no humillar a Liska más de lo que ya lo hacía.

—Así que fingiste que te enamorabas de Astrid. Esta consiguió el marido que quería y entre los dos apartasteis a Liska.

Su rostro mostró su impotencia. —No fue una mala esposa.

—¡Fue una arpía! —Entonces recordó. —Por eso te enfadaste con ella cuando regresamos de aquel viaje y pasamos por las tierras de tu suegro. Viste que estaba bien y supiste que te había mentado. Por eso no dejaba de llorar.

—Me quería. Me amaba hasta el punto de hacer lo que hizo.

—¿Eso te dijo? ¡Dañó a su hermana para conseguir lo que quería como siempre! ¡E incluso consiguió que Liska diera el visto bueno a ese matrimonio! ¡Os manipuló! ¡Jugó con vosotros y siempre se salía con la suya! Y fue uno de sus caprichos lo que la llevó a la muerte —dijo fríamente—. Si te soy sincero jarl, y a riesgo de que te enfades conmigo, te diré que jamás me gustó tu esposa. Delante de ti ponía una cara y detrás otra muy distinta. Era la esposa del jarl y tenía aires de grandeza. —Al ver su cara de sorpresa sonrió. —Oh, sí. Visto por estos ojos, pero estabas tan ciego que nunca te dije nada.

—¡Me amaba por encima de todo! ¡Fue una buena esposa!

—¿Lo fue? No puedo negar que se desvivía por hacerte feliz, por hacerte sentir especial, ¿pero realmente fue una buena esposa? ¡No se encargaba de la casa, ni de sus obligaciones! ¡No estaba preparada para ser la esposa de un jarl! ¡Y después de saber esto empiezo a pensar que te empeñaste en amarla para no sentirte culpable por haber humillado a la que debía haber sido tu esposa! ¡Erraste en tu decisión y con lo cabezota que eres no quisiste dar tu brazo a torcer!

—¡Cállate!

—¿Qué pensaste cuando murió? ¿Por eso te emborrachaste? ¿Por eso no pudiste asistir a

su incineración? —gritó su amigo—. ¿Porque en el fondo sabías que era un castigo divino por lo que hizo?

—¡Cállate! —gritó antes de pegarle un puñetazo que le lanzó al suelo.

Bjorn se pasó la mano por el labio roto. —Puedes pegarme, pero Odín lo ve todo. ¡Y en este momento está viendo que tienes la oportunidad de enmendar las cosas y solo las estás complicando!

—¡No me quiere por esposo! —gritó fuera de sí.

—Eres un jarl, tú tomas las decisiones, decides si alguien vive o alguien muere. Tú decides nuestro futuro. Pero te aterra que ella no llegue a amarte por lo que le hiciste y eso no podrías soportarlo. Tener a la mujer que amas, a la esposa que mereces a tu lado y sentir su desprecio como la noche de su partida, es algo que no puedes soportar. ¡Pues es tu penitencia por el daño que le hicisteis!

Furioso sacó su espada. —¡Cierra la boca o te la cerraré yo!

—Si dejas que Cnut la vea, que la conozca, la habrás perdido para siempre porque como acabas de ver no hay hombre que ponga sus ojos en ella que no la desee por esposa. No solo es hermosa, sino valiente y tenaz, una buena madre y alguien tan generosa que antepone la felicidad de su hermana ante la suya propia. —Sonrió con desprecio. —A saber lo que le contó Astrid para convencerla...

—¡Me dio a mi hijo y la quise! ¡Respétala! —gritó fuera de sí.

—El niño es lo único bueno que ha hecho.

—Te juro que...

—Si no me matas es porque sabes que estoy en lo cierto, jarl. Eres tan justo como implacable y si mintiera en lo que digo ya me habrías segado la vida.

—Te lo advierto, Bjorn. Nunca más vuelvas a mencionar a mi esposa

—¿A la que se ha llevado Odín o la que deseas aunque intentas disimularlo?

—Prepárate para asaltar su casa —dijo entre dientes.

—Lo que digas, jarl. Como siempre haré lo que digas.

Judith escondida tras la casa se mordió el labio inferior antes de mirar hacia el fondo del pueblo. Estiró el cuello para ver que se acercaban al barco. El jarl estaba furioso mientras su amigo le seguía en silencio. ¿Debía decírselo a Liska? Al menos debía avisarla de que iban a asaltar su casa. Echó a correr y cuando llegó a la puerta pensó en todo lo que había escuchado del jarl. Mejor lo consultaba con Elin que la conocía tan bien. Lo que menos quería, era hacer daño a su amiga con lo que había escuchado de su hermana. Sí, Elin decidiría. Llamó a la puerta con decisión golpeando tres veces. —¿Sí? —preguntó Embla.

—Soy yo.

La dejó pasar y a toda prisa cerró la puerta tras ella. —Van a asaltar la casa de noche, les acabo de oír.

Liska apretó los labios. —Es evidente que no se da por vencido.

—Podéis dormir en mi casa. Yo estaré encantada de recibirlos.

—No podemos abusar de tu hospitalidad. Además el jarl Eskolsen no llega hasta dentro de una semana y serían demasiadas noches en tu casa. No, nos quedaremos aquí. No podrán pasar sin tirar la puerta abajo y no creo que se atreva.

—Oh, sí que se atreverá.

Liska entrecerró los ojos. —¿Después de lo de esta mañana? Sabe que me protegerán.

—Está decidido a llevarte de vuelta. No se irá de aquí hasta que te consiga y para ser sinceros hasta a mí me sorprendió lo de esta mañana. He oído como hablan de ti en la cantina y te ponen por las nubes, pero son unos cobardes que no arriesgarían su cuello por nadie. Y el jarl lo sabe. Si tiene que matar a un par para que los demás salgan corriendo no dudo en que lo hará. Te aseguro que está decidido a llevarte con tu padre.

—Seguro que se lo ha jurado. Ake no quebranta un juramento —dijo preocupada pensando en ello. Se volvió para mirar el fuego y Judith le hizo un gesto a Elin para que se acercara. Esta lo hizo de inmediato y le susurró al oído que tenían que hablar.

—¿Sabes qué? —preguntó Elin—. Voy a dar una vuelta a ver qué hacen en el barco.

—Te acompaño. Así avisamos a unos cuantos que conozco por si quieren ayudar.

—No quiero que arriesguen la vida por mí —dijo Liska sin dejar de mirar el fuego.

—Tranquila, igual no pasa nada —dijo Judith antes de salir.

En cuanto cerraron la puerta Embla pasó el cerrojo y se apretó las manos mirándola. Parecía hundida, como si no encontrara la solución a sus problemas. —Seguro que se arreglará.

—Me pasaré el resto de mi vida sola en la casa de mi padre. —Sonrió con tristeza. —Veré crecer a mi hermano y ser jarl. No es mal futuro.

—Tú te mereces algo mejor.

—Odín no debe pensar lo mismo.

—Igual tu padre te encuentra esposo. Si hablaras con él, puede que negociara con Eskolsen.

Tensó su espalda. —Nunca más le pediré a mi padre que me case.

Entendió que su orgullo estaba herido y por lo que la conocía ese orgullo era lo que la había mantenido durante el tiempo que su hermana había disfrutado del hombre que amaba, del hombre que le correspondía. Ni se imaginaba lo que era amar así a alguien y sufrir porque sabía que no podría tenerle nunca. —Aguantaremos hasta que llegue Eskolsen. Te lo juro. No te tocará.

—Ake no cejará en su empeño.

Los ojos de Embla brillaron. —¿Y si nos vamos?

Se volvió. —¿Irnos? ¿A dónde?

—A las tierras de Eskolsen. A pedirle que nos acoja.

Se le cortó el aliento. —¿A sus tierras?

—Puedes decirle quién eres. Siendo hija de un jarl te dará refugio. Después tendrás tiempo para enamorarle como su invitada.

—Pero nos cruzaremos.

—Aún queda una semana. En barco podremos llegar mañana mismo.

—No puedo robar un barco.

—No, pero podemos alquilarlo. Aún tienes tres monedas de oro. Solo necesitaremos una. Seguro que Judith conoce a alguien de confianza. Y estoy convencida de que entre sus gentes hay algún buen guerrero para mi niña. Incluso podemos decirle a Judith que venga si quiere. Estaríamos todas juntas.

Sus ojos se iluminaron. —Sí, y perdería de vista a Ake.

—Exacto. No sabría a donde vamos.

—¡Es una idea magnífica!

Golpearon la puerta sobresaltándola y miraron hacia allí. —Somos nosotras.

Embla abrió la puerta y Liska dio un paso hacia ellas. —¿Se están preparando?

—Todavía no han bajado del barco —dijo Elin acercándose a toda prisa—. Debo contarte algo.

Judith se apretó las manos preocupada mientras Elin sentaba a Liska en la cama. —¿Qué ocurre? —preguntó confundida.

Elin miró a su madre de reojo que intrigada se sentó en una silla. —Judith ha oído algo que no sabía si contarte porque puede ser doloroso para ti.

Liska se tensó. —¿De qué se trata?

—De tu hermana. De lo que hizo para conseguir su matrimonio. —Al ver que Judith no

decía nada continuó —Le dijo al jarl que... Te estabas muriendo. —Liska no pudo disimular su sorpresa. —Que no durarías el año. El jarl pidió su mano en matrimonio para no casarse con una desahuciada.

—¿Qué dices? ¿Que creyó que moriría y no quería cargar conmigo? ¿Que por eso se casó con mi hermana?

—Sí, que en ese momento no la amaba tanto como quería aparentar. Que ella lo tramó, pero él fingió para no tener que casarse contigo.

—La amaba —dijo sintiendo que la bilis le subía por la garganta. Las chicas se miraron—. ¡La amaba! ¡Yo lo vi! ¡Vi como la miraba y como la tocaba! ¡No puede decir que eso era mentira!

—¿No crees sus palabras? —preguntó Judith—. Pues se lo dijo a ese que le acompaña. Ese tal Bjorn. Él dijo que tenía que reclamarte. Que es un jarl y que tú has renunciado al tuyo. Que un jarl puede hacer contigo lo que quiera, hasta esclavizarte. Que tenía que reclamarte antes de Eskolsen porque entonces no podría hacer nada.

Sintió que la furia la recorría. —¿Ahora quiere reclamarme a mí? ¿Cuando me dio de lado como a un trasto viejo? ¿Ahora dice que no amaba a mi hermana tanto como todos creían? La amaba, que ahora no diga que no porque lo vi yo misma —dijo sin poder creerse una sola de sus palabras—. Mi hermana no le mintió. —Con desprecio se levantó y furiosa caminó hasta el fuego. —¡La amaba! ¿Cómo puede ensuciar así a mi hermana? ¿Que ella le engañó? ¡Es mentira! ¡Miente! —gritó sintiendo algo que no había sentido jamás. Un odio exacerbado que detuvo su corazón. Sus preciosos ojos azules miraron el fuego y estos se oscurecieron mientras las lágrimas empezaban a correr por sus mejillas de la rabia y el dolor por saberle una persona sin honor—. ¿Cómo puede mancillar lo que tenían? Le amó más que a nada. ¡Más que a su familia! ¡Más que a sí misma! ¡Y perdió la vida por seguirle en sus viajes! ¿Cómo puede mancharla de esta manera? —Se volvió para mirarlas. —¡Miente y os juro por Odín que se va a arrepentir de negar a mi sangre!

Un par de horas después sin hacer ruido los hombres subían por la calle en dirección a la casa y de repente la puerta de la casita se abrió. La luz del fuego en el interior mostraba la figura de Liska inmóvil en el vano de la puerta. Ake y Bjorn se detuvieron haciendo que todos los demás se pararan en seco aún cubiertos por las sombras de la noche.

—¡Ake Sveinnsen! —gritó ella con rabia—. ¡Da la cara! ¡Sé que estás ahí!

Ake se enderezó y Bjorn dijo por lo bajo —No, mi jarl. No vayas. Su voz indica que está furiosa.

Su jarl sin hacerle caso caminó hasta que la luz de la luna le iluminó. Entonces vio su rostro marcado por el dolor que recorría su alma y se le cortó el aliento. —Eres un perro. ¡Un perro mentiroso!

Él se tensó. —¿Has perdido la cabeza, mujer?

Dio un paso hacia él bajando un escalón.

—¿Cuándo he mentido yo? —preguntó furioso por su actitud.

—¡Vuelve a mancillar el nombre de mi hermana y te juro por mi vida que no te quedará sangre en las venas cuando acabe contigo! —Ake apretó las mandíbulas por la angustia que recorrió su rostro. —¡Ella te amaba! ¡Y tú a ella! ¡Niégalo ante mí si te atreves!

Apretó su mano sobre la empuñadura de su espada. —No lo niego. Llegué a amarla y ella me amaba a mi más que a nada. No puedo negar que mientras estuvimos juntos se desvivió por hacerme feliz y lo consiguió.

Esas palabras fueron como un puñal en su corazón. —¡No te mintió sobre mí! ¡Reconócelo ante tus hombres!

Él se quedó en silencio cortándole el aliento y bajó un escalón. —Reconócelo —dijo

rabiosa.

—No puedo hacerlo.

Gritó de la rabia tirándose sobre él y nadie vio el cuchillo que le clavó en el hombro. Ake la miró con sorpresa y ella levantó el brazo mostrando el puñal manchado de sangre antes de intentar apuñalarle de nuevo, pero Bjorn se tiró sobre ella haciéndola caer al suelo. —¡Maldito bastardo, vas a morir! —gritó desquiciada mientras Bjorn intentaba quitarle el puñal.

—¡No, Bjorn! —ordenó el jarl antes de que Elin se lanzara sobre Bjorn haciéndole caer al suelo. Liska se incorporó intentando apuñalar a Ake en la pierna, pero él agarró su muñeca con fuerza antes de que pudiera hacerlo. Como no soltaba el puñal él apretó su muñeca aún más, pero ella no mostró un solo gesto de dolor hasta que no pudo más y tuvo que soltar su arma. Le miró a los ojos con todo el odio del que era capaz. —Mátame, mátame porque si no te juro que haré lo posible para matarte.

—Piensa en Hako.

Gritó de dolor porque no podía caer más bajo y Ake cerró los ojos como si no soportara verlo. Liska se levantó y aunque la tenía agarrada por una mano le golpeó con la otra con saña y él se dejó. —¡Cerdo! ¡Eres un cerdo mentiroso! ¡La quisiste desde el principio!

La miró a los ojos. —Me lo dijo apenas una hora después de bajar del barco.

—¡Mientes!

—Preciosa, ella me llevó a la habitación para que me aseara antes de la cena, ¿recuerdas? —Las lágrimas corrieron por sus mejillas. —Sí que lo recuerdas, tú se lo ordenaste. Fue ahí cuando me lo dijo.

—Mientes, mi hermana no me haría eso.

—No todo fue culpa suya. Debí hablar con tu padre y...

—¡Suéltame! ¡No quiero escucharte!

La agarró por los brazos. —¡Pues me vas a oír! ¿No querías saber la verdad? ¡Pues esta es la verdad! ¡Creí que te morías y sí, te humillé eligiéndola a ella! —Liska sollozó. —¡Me mintió para conseguir tu vida y yo dejé que lo hiciera!

—¡Porque la querías!

—No, Liska. No quería casarme con alguien que tuviera que quemar en unos meses. ¡Eso no entraba en mis planes! ¡Si me casaba era para tener hijos! ¡Para tener familia! ¿Para qué quería una mujer que moriría antes de darme cuenta? ¡Ella parecía sana, era hermosa y me agasajaba continuamente, eso sin mencionar que era hija de tu padre con el que ya me había comprometido! —Liska sollozó sintiendo que le fallaban las fuerzas. —¡Sí, me mintió! —gritó en su cara—. ¡Y cuando me enteré de la verdad ya no había marcha atrás! ¡La quería! ¡Ya era parte de mí y me iba a dar un hijo que era lo que pretendía con ese matrimonio! —La apretó contra su cuerpo. —Intentó compensarme. Intentó que no me sintiera defraudado por su mentira. Se desvivió por hacerme feliz, pero me mintió y no voy a negarlo ni ante ti ni ante el mismísimo Odín.

Intentó soltarse, pero él no se lo permitió y con todo el odio del que era capaz siseó —No me toques, no te atrevas a tocarme.

Él apretó los labios antes de decir —Es momento de regresar a casa.

—Tendrás que obligarme y espero que tengas una buena excusa para mi padre cuando se entere de las razones de tu matrimonio.

—Me da igual lo que piense. Esto se acaba aquí, esposa.

Se le cortó el aliento. —¿Qué has dicho?

—Que a partir de ahora eres mi esposa, la madre de Hako y ocuparás el lugar que tenías que haber ocupado desde el principio.

—¡Muérete! —gritó con rabia—. ¡No soy tu esposa, ni lo seré nunca!

—¡Déjala! —gritó Elin levantándose del suelo, pero Bjorn la agarró de los brazos—.

¡Suéltala!

—¡Tu padre me ha dado tu mano y mi palabra es ley! —gritó en su rostro ignorando a su amiga.

Entonces Liska sonrió con malicia antes de escupirle en la cara. —Ni tienes palabra ni tus leyes me afectan. Puedes desgañitarte ordenándome que jamás te obedeceré. Si me llevas solo esperaré tu muerte o la mía, maldito hijo de Loki. —El insulto era de tal gravedad que todos se quedaron sin aliento esperando su reacción.

Ake entrecerró los ojos antes de cogerla por el cuello mirándola fríamente. —Harás lo que yo te diga.

Se echó a reír con desprecio. —Has perdido mi aprecio, mi respeto y mi fidelidad. Jamás seré una esposa para ti, ¿y sabes por qué? Porque aunque mi hermana hubiera hecho eso de lo que la acusas, por respeto a ella, por respeto a tu hijo y a mi padre, nunca debería haber salido una mala palabra de tu boca sobre ella. Eres un traidor y eso ya no lo cambiará nadie. No solo mientes, sino que también eres un rastrero que no le importa su propia sangre. Así que no, ni muerta sería tu esposa y no cambiaré de opinión porque yo sí tengo palabra y te juro que tú nunca serás mi marido.

—¿Lo juras? —Ake se tensó elevándola y Elin chilló al ver como Liska no movía el gesto mientras el aire se le escapaba.

—¡No jarl, no la mates! —gritó Embla desde la puerta.

—¡Suéltala! —gritó Judith con un arco en la mano apareciendo tras ella.

Sus hombres se tensaron, pero nadie se movió esperando su respuesta. El rostro de Liska ya enrojecido mostraba la necesidad que tenía de respirar y Ake apretó las mandíbulas antes de dejarla caer al suelo. Liska respiró hondo antes de toser llevándose la mano al cuello sin poder creerse lo que acababa de pasar. Levantó la vista hacia él mirándole con odio y el jarl se agachó a su lado. —Jamás vuelvas a hablarme así, esposa.

El tortazo le volvió la cara y este apretó los labios antes de mirarla a los ojos. De repente sonrió. —Es evidente que no te pareces en nada a tu hermana. Será un matrimonio muy interesante.

Que la comparara con ella le dio tanta rabia que furiosa se tiró sobre él como una gata arañándole la cara antes de darle un cabezazo en la nariz haciéndole gruñir. Su esposa corrió hacia la casa y cerró de un portazo. Su hombre parpadeó antes de mirar su rostro. —Jarl, ¿necesitas que te la coloque de nuevo?

—Sacadla de ahí —dijo antes de colocársela él mismo.

Entonces escucharon como atrancaba la puerta con el tablón y él gritó —¿No me habéis oído?

Los hombres se acercaron corriendo y uno dio una patada, pero la puerta apenas se movió. Las chicas dieron un paso atrás y después otro antes de ver como el humo empezaba a salir por el techo de paja. El jarl gritó que se dieran prisa y entonces levantó la vista.

—¡Ha incendiado la casa! —gritó Bjorn antes de apartar a uno de los hombres cogiendo el hacha que tenía otro en la mano.

Su amigo clavó el hacha en la puerta y Ake apretó los labios viendo como las llamas emergían del tejado. Gritó furioso yendo hacia la puerta—. ¡Mujer me estás enfadando!

Las chicas vieron como Bjorn volvía a clavar el hacha destrozando una de las tablas y metió la mano para elevar el tablón que impedía el paso.

—Ahora —dijo Elin antes de salir corriendo.

Ake frenético golpeó con una patada la puerta haciendo que saliera despedida mostrando el fuego que lo invadía todo. Vieron un cuerpo tirado al lado del hogar sobre un charco de sangre y Ake gritó queriendo entrar en la casa, pero sus hombres le agarraron impidiéndoselo. —¡Liska!

Ella que lo observaba todo escondida entre las sombras de una casa cercana, sintió que se le cortaba el aliento por su desesperación. Gritaba llamándola como si le importara. —¡Liska!

Sus amigas llegaron hasta ella y entraron en la casa de Judith para coger sus hatillos. Judith con su niño en brazos susurró —Aprisa, Olin nos espera.

Viendo como Ake se llevaba las manos a la cabeza dudó, pero Elin cogió su brazo. —Vamos, ya no hay marcha atrás.

Eso era cierto. La brecha que había entre ellos ahora era insalvable. Sintiendo que su corazón ya no se recompondría nunca, se volvió decidida a no mirar atrás.

Capítulo 6

El jarl sentado a la mesa bebió de su jarra antes de que Bjorn acercara el cuchillo ardiendo a la herida que tenía en el hombro. Ni movió el gesto mientras su piel se quemaba pensando en lo que acababa de pasar. Y para su sorpresa sentía un dolor mucho más intenso que el que le provocaba su herida. Un dolor mucho más intenso que cuando murió su esposa y eso no lo entendía.

Bjorn suspiró sentándose a su lado. —Lo siento mucho, jarl.

—Cállate —dijo con la voz constreñida.

La tabernera se acercó con dos jarras más y el jarl se la arrebató antes de beber. Al ver como le miraba su amigo, tiró la jarra a un lado. —¿Qué quieres ahora? —gritó furibundo.

Bjorn levantó una ceja. —Jarl, ¿no te parece raro ciertas cosas que han pasado esta noche?

—¿El qué? ¿Que se haya quitado la vida por no estar conmigo? Te dije que no quería ser mi esposa.

—No, mi jarl. Que sus amigas no estuvieran allí cuando abriste la puerta y que no las hayamos vuelto a ver. ¿Si estaban tan unidas por qué se van cuando su amiga pierde la vida?

Ake frunció el ceño antes de golpear la mesa. —¡Buscadlas!

—Ya las están buscando, mi jarl. —Sonrió cogiendo su jarra. —Ya las están buscando.

—¡Estupendo, esto es estupendo! —gritó Elin antes de darle con su hatillo al dueño de la barca que se estaba hundiendo—. ¡Inútil! ¡Timador!

Su madre la cogió por la falda. —¡Salta de la barca!

—¡No hasta que no me devuelva la moneda!

Liska empapada porque había llevado al niño hasta la orilla, reprimió la risa al ver como el hombre la buscaba. Pobre hombre. Gritó desde la orilla —¡Elin déjale, no tiene la culpa!

—¡Claro que la tiene! Que se hubiera asegurado de que este cascarón aguantaría el viaje. —Le arrebató la moneda de la mano y se tiró al agua elevando el hatillo para que no se le mojara.

—Al menos nos ha traído hasta el fiordo donde vive el jarl. —Le cogió la moneda de la mano y se la tiró al hombre que la cogió al vuelo. —¡Gracias Olin! ¿Podrás regresar?

—Tranquila, esto lo reparo enseguida.

—¡Pues habernos traído a la orilla, inútil! —gritó Elin.

—¡Si llego a saber que hundiendo mi barca te perdería de vista, lo hubiera hecho mucho antes!

—¡Serás cabrito! ¡Aquí te espero para que me lo digas a la cara!

Él empezó a remar al otro lado del fiordo y su amiga jadeó. —¡Cobarde!

—¡Bruja!

Las chicas se echaron a reír porque parecía que se iba a tirar de nuevo al agua para ahogarle con sus propias manos. —Será cabrito el canijo.

Rieron aún más y le vino estupendamente para aliviar la tensión, porque no se quitaba de la cabeza la cara de Ake mirando el interior de la casa mientras sus hombres le retenían.

—Orm, cielo... ¿Tienes hambre? —preguntó Judith.

—Sí, madre.

A toda prisa las cuatro buscaron en los hatillos algo de comer y al final comieron todas algo de pescado salado, queso y pan.

Cuando terminaron Liska suspiró mirando el fiordo. —¿La casa del jarl estará muy lejos?

—Seguramente tendremos que caminar un trecho.

Liska se levantó y vio como el barquero había conseguido llegar a la otra orilla y tiraba de su barca. Esperaba que pudiera reparar la vía de agua. Seguro que sí, se notaba que era un hombre de recursos. Suspiró mirando al fondo del fiordo. Bueno, no podían retrasarlo más. — ¿Estáis listas, chicas?

Se miraron las unas a las otras y estaban hechas un desastre. —Mejor nos arreglamos un poco —dijo Judith.

Liska se miró. Su vestido tenía sangre de Ake y estaba roto por el hombro después de que la tela se enganchara en el agujero que habían hecho al otro lado de la casa para que pudiera escapar. Al tocar la sangre de Ake apretó los labios recordando la herida en su hombro y su sangre corriendo por su torso. Ahora la creería muerta por el cuerpo de la mujer que habían colocado en la casa. Lo habían desenterrado de una de las tumbas de hacía unos días. Judith les había indicado donde estaba la mujer que había fallecido en el barco, pues era la más parecida a ella. Les costó un poco llevarla hasta allí sin ser vistas pero lo consiguieron y ahora era libre. Libre. ¿Realmente lo era? ¿Se libraría de él en algún momento o le recordaría el resto de su vida? Esperaba que eso no ocurriera porque sería una tortura continua que no sabía si podría soportar.

Suspiró agachándose y vio en el hatillo los dos vestidos que allí tenía. Eran cuatro y no quería parecer más que las demás, así que lo cerró y se lo puso al hombro. —Nuestro aspecto nos servirá para justificar el naufragio.

Ellas entrecerraron los ojos y asintieron. —Recordad, no soy hija de ningún jarl. Soy

Liska, simplemente. Si dijera de quien soy hija no me trataría igual y quiero conocerle realmente. —Hizo una mueca. —Eso si está en casa porque a lo mejor el hombre que envió el amigo de Judith ya ha hablado con el jarl y está de camino hacia Skiringssal.

—No nos lo hemos cruzado. Su barco es bien grande, nos lo habríamos encontrado. ¿Estás segura de que quieres renunciar a tu estatus? —preguntó Judith—. Te aseguro que ser como nosotras no es fácil.

—Si se fija en mí, quiero que sea por como soy. —Les guiñó un ojo. —Así estaremos en igualdad de condiciones. Que gane la mejor. ¿Recordáis lo que tenemos que decir? Somos primas y en el naufragio ha muerto nuestra familia. Embla es nuestra tía y la madre de Elin. Ciñámonos a la verdad todo lo posible.

Embla asintió. —Decid que ya no tenemos hombres que nos cuiden.

—Ni tierras a las que ir, porque veníamos del sur a comprar tierras, pero nos hemos quedado sin dinero. Lo llevaba tu marido, Embla.

—De acuerdo.

—Bien, vamos allá. —Miró al niño y le guiñó un ojo. —¿Listo?

—Sí, prima.

Las chicas sonrieron y empezaron a caminar por la ribera del fiordo dispuestas a encontrarse con su futuro.

Ake gruñó viendo las tablas rotas en lo que había quedado de la casa. —Salió por aquí —dijo enderezándose antes de mirar hacia la casa de Judith que estaba muy cerca. Demasiado. Caminó hasta allí y empujó la puerta para entrar—. No hay vestidos y su hijo también desapareció ayer por la noche. Igual está con algún conocido.

—No, jarl. Nadie sabe nada de él —dijo Bjorn—. Y adivina lo más interesante. Uno de los hombres dice que alguien ha pisoteado la tierra de la tumba de su mujer. Apuesto todo lo que tengo a que esa mujer es la que ardió con la casa. Haría que alguien lo comprobara, pero el hombre se pondrá como loco.

—Déjalo —dijo mirando a su alrededor—. ¿Se habrán ido caminando?

—Sé que no se han llevado ni el caballo ni la mula con la que vinieron, porque los vendieron nada más llegar para comprar algunas cosas para la casa como otra cama. Pero según tengo entendido falta una barca en el puerto. Y su dueño tampoco está por aquí. De hecho varios están preocupados por él.

—Habrá salido a pescar.

—Dicen que es un borracho y un vago, pero un excelente pescador y buena persona. Conocía a Judith, le vendía el pescado con el que mercadeaba. Puede que esté muerto, que se haya ahogado, pero precisamente ayer no estuvo en la posada ni en la taberna bebiendo como hace siempre. Alguien le vio por la tarde en su barca y estaba bien. No sé, jarl, todo esto me huele a que él se las ha llevado.

Ake asintió. —Una barca. Cuatro mujeres, un niño y el pescador es demasiada gente en una barca.

—No podían ir lejos. Y no hay demasiada distancia hasta el pueblo de Cnut.

Ake miró a su amigo empezando a enfadarse porque era evidente que su mujer estaba dispuesta a seguir con sus planes. Cuando la viera de nuevo iba a tener que dejarle las cosas muy claras. —Preparad el barco. Vamos a hacerle una visita a nuestro viejo amigo.

Escucharon el sonido de un búho y Liska dijo por lo bajo —Ya nos han visto, no tardarán en aparecer. Seguid caminando y no hagáis gestos extraños. En cuanto aparezcan dejar caer los

hatillos.

—Sí, Liska —dijo Judith algo intimidada.

La miró de reajo. —No pasará nada. Somos cuatro mujeres y un niño, no suponemos ningún peligro para ellos.

Siguieron caminando y al cabo de una hora frunció el ceño. —¿Me habré confundido?

—No lo creo —dijo Elin mirando de reajo hacia el bosque—. Nos están siguiendo.

Liska bufó deteniéndose y mirando hacia el bosque. —¿Hola? ¿Podéis ayudarnos?

Un hombre salió de detrás de un árbol con la espada en la mano. Al ver el tatuaje en su brazo supo de quien se trataba y era realmente impresionante. Debía medir dos metros y sus brazos eran grandes como troncos. No llevaba su cabello tan largo como otros hombres que conocía, sino que lo tenía cortado al ras en las sienes y el resto solo llegaba a su nuca. Incluso la barba era más corta de lo normal. Impresionada bajó la vista hasta su torso. Estaba lleno de cicatrices que mostraban que era un hombre que no le temía a nada. Pero lo que más la impresionaron fueron sus ojos porque eran de un color gris que parecía que traspasaban el alma.

Él bajó la vista hasta la sangre de su vestido antes de mirarla de nuevo a los ojos. —¿Quiénes sois y qué hacéis en mis tierras?

—Hemos naufragado —dijo Judith a toda prisa.

—¿Naufragado?

—Hemos perdido todo lo que teníamos.

Él vio los hatillos en sus manos y las chicas los dejaron caer. —¿Y os dio tiempo a hacer eso?

Mierda, pensó Liska. —Los teníamos preparados.

—¿De dónde veníais?

—Del norte. De Heirst.

—¿Y a dónde ibais?

—A Persky —dijo Judith rápidamente.

—Persky... —Las miró como si no se creyera una palabra. Entrecerró los ojos mirando a Judith. —Tú eres de Skiringssal.

A su amiga se le cortó el aliento y de repente sonrió como si estuviera encantada. —¿Me conocéis? Sí que viví allí un tiempo.

—No dejabas de seguirme.

Jadeó indignada. —Eso es mentira, jarl.

—Veo que me conoces. ¡Y yo no miento!

Estupendo, todo su plan se había ido al garete y miró a Judith como si fuera un desastre. Esta se sonrojó. —¿Yo qué sabía que se había fijado en mí? —susurró.

—¿Dónde está tu marido?

—Muerto, jarl. Murió hace unos días en el ataque de unos piratas en Skiringssal.

—Debes decirle quién eres —dijo Elin por lo bajo.

Este dio un paso hacia ella. —¿Qué murmuras?

—Que es evidente que no os fiais de nosotras, jarl —dijo Elin como si nada.

Él sonrió sin ganas. —Si me fiara de cualquiera ya estaría muerto. —Señaló a Liska con la espada. —¿Esa sangre de quién es? Porque tú no estás herida.

Apretó los labios antes de mirar de reojo a sus amigas. Si decía la verdad podían estar en problemas. Así que levantó la barbilla y dijo —Un hombre quería hacerme su esposa a la fuerza y le dejé las cosas claras.

Él asintió. —Y escapasteis de Skiringssal.

—La barca en la que nos traían se hundía y hemos tenido que caminar.

—¿Dónde está el dueño de esa barca?

—Al otro lado del fiordo.

—Volvemos a la pregunta del principio. ¿A qué venís a mis tierras?

—Buscamos protección. —Él entrecerró los ojos. —Judith ha perdido a su esposo y en la ciudad no estamos seguras.

—Somos trabajadoras —dijo Embla—. Trabajaremos por la comida que nos den.

Liska dio un paso hacia él. —Le juro por Odín que le seremos fieles si nos acoge, jarl.

Cnut las miró atentamente y de pronto asintió. —¡Niels!

Un hombre salió de detrás de un árbol con al menos veinte hombres bien armados tras él. —¿Sí, mi jarl?

—Encárgate de que tengan donde dormir y que les asignen tareas.

—Gracias, gracias —dijo Embla—. No sabe cómo se lo agradecemos.

—Bienvenidas a mi pueblo. —Un hombre le acercó un caballo y se subió a él con agilidad a pesar de su tamaño. —No debéis preocuparos, aquí estaréis seguras porque yo imparto mi ley. —Sus ojos coincidieron con los suyos. —¿Tu nombre?

—Liska, mi jarl.

Él frunció el ceño. —¿No serás la misma mujer de la que he oído hablar?

—Sí jarl, es ella —dijo Judith a toda prisa—. La que nos liberó de los piratas. A mí y a otras muchas mujeres.

Asintió. —Una mujer valiente.

—Si hubiera sido yo me hubiera gustado que alguien me ayudara, mi jarl. Por eso le agradezco mucho su ayuda.

—Si antes estaba convencido de acogeros, ahora mucho más. Necesito mujeres valientes entre los míos.

—Me dejaré la piel y la vida por proteger lo suyo si es necesario, jarl.

Todas asintieron apoyándola. El jarl sonrió cortándole el aliento porque se mostró aún más atractivo. —Me alegra oírlo. Esta noche estáis invitadas a compartir mi mesa. Hablaremos de vuestra vida pasada y lo que esperáis del futuro. Igual ese futuro os sorprende.

Hincó los talones en su montura y se alejó. Fue entonces consciente de su corazón acelerado y atónita miró a sus amigas. Judith soltó una risita. —Esa es la cara que ponen todas.

—Pero todas no son ella —dijo Embla satisfecha—. Se ha fijado en ti, niña.

—¿Eso crees?

Niels se acercó haciendo que se callaran. —Debéis venir conmigo.

—Sí, por supuesto —dijo cogiendo su hatillo aún impresionada con ese hombre.

Rodeadas de esos guerreros a Elin se le iban los ojos y no era para menos porque se notaba que su jarl no quería perezosos a su alrededor y les encomendaba tareas pesadas porque menudos músculos tenían. Ake tenía grandes guerreros, pero aquellos dejaban con la boca abierta. Uno que le sacaba la cabeza le guiñó un ojo a Elin que se puso como un tomate.

—Oye majo, ¿tienes algo en el ojo? —preguntó Embla.

—No, señora.

—Pues con mi niña no, ¿me oyes?

—Tengo buenas intenciones.

—¿De veras? Eso cambia las cosas. Te dejo que le guiñes el ojo todo lo que te plazca.

—Gracias señora.

Judith reprimió la risa mientras Elin fulminaba a su madre con la mirada. —Madre, déjame a mí.

—Pregúntale su nombre —susurró.

Elin puso los ojos en blanco antes de sonreír a su guerrero de oreja a oreja. —Soy Elin.

—Yo soy tu destino.

Su amiga suspiró de gusto mirándole atontada. —¿De veras?

—Pero me llaman Randall.

—Randall, que bonito...

—Tú sí que eres bonita.

Roja del gusto soltó una risita y le dio un codazo a su madre que por poco la tira. —¿Has visto, madre?

—Sí, niña. Que buena idea fue venir aquí.

Judith miró a uno y luego a otro antes de bufar.

—Mamá, ¿a ti no te preguntan el nombre?

—Calla... —susurró por lo bajo.

—Tú también eres bonita.

Se puso como un tomate. —Te tengo a ti para que me lo digas.

Su hijo hinchó el pecho. —Eso madre, no necesitas a nadie más.

Judith hizo una mueca y Liska lo vio. —Tranquila, seguro que llegará antes de que te lo esperes.

—Sí, pero a saber lo que llegará.

—Algo estupendo porque te lo mereces todo.

Aseada y con un vestido limpio se acercó a la mesa del jarl. Las demás también se habían cambiado porque una de las esclavas del jarl les había llevado agua para que se asearan y vestidos limpios. Estaban sorprendidas, porque las trataban como invitadas más que como nuevos miembros de su comunidad.

Cnut como dos de sus hombres se levantaron con la jarra en la mano, algo que indicaba que les estaba dando un lugar privilegiado esa noche. Se sintió halagada y sonrió a su nuevo señor. —Buenas noches, mi jarl.

—Buenas noches —dijo mirándola directamente a los ojos—. Liska siéntate a mi derecha. Supongo que estaréis hambrientas.

—Uff, no lo sabe bien —dijo Elin sentándose a toda prisa ante la bandeja de ciervo.

El jarl sonrió sentándose en la gran silla que indicaba su rango. Niels se sentó a la izquierda del jarl y Judith se sentó a su lado haciendo que Elin deslizara el trasero sobre el banco y su madre se sentó al otro lado.

Liska sonrió al hombre que se sentó a su lado, el que había echado los tejos a Elin en el camino. Este le guiñó un ojo a su amiga que se sonrojó con fuerza antes de que él dijera —Buenas noches, preciosa.

—Buenas noches —dijo tímidamente sorprendiéndola.

—Al parecer hay romance a la vista —dijo el jarl divertido mirando a Elin—. Mujer, ¿estás soltera?

—Sí, mi jarl.

—Pues ya no, porque mi hombre te ha pedido por esposa.

La cara de Elin fue todo un poema porque miró sorprendida a su marido como si no se lo creyera. —¿Ya?

Él sonrió. —Sí preciosa, ya.

Embla chilló llevándose la mano al pecho. —¡Ay, que mi niña tiene marido! ¡Y qué marido!

Varios se echaron a reír y el jarl también. Liska se preocupó un poco porque todo era muy precipitado, pero parecía encantada. Pero es que ni siquiera le conocía y se estaba dejando

llevar por su físico. Que era impresionante, para qué negarlo, pero eso no indicaba que llegara a quererla en el futuro y eso era lo único que importaba. Su amiga merecía a alguien que la quisiera por encima de todo. —No.

Esa palabra les quitó a todos la sonrisa de golpe. —¿Qué has dicho, mujer? —preguntó el jarl.

—Ni se conocen, no voy a permitir este matrimonio.

Elin con los ojos como platos miró al jarl, que era evidente que eso no se lo esperaba. Liska decidió explicarse —No sé si he sido clara, mi jarl. Pero he huido de un hombre que quería imponerme un matrimonio y no voy a permitir que a mis amigas les impongan maridos que ni conocen. Si en unas semanas después de tratarse y de saber ambos como son, quieren este matrimonio, estaré feliz por ellos. Pero sin que eso pase, esta unión no se llevará a cabo. ¿Ahora me ha entendido?

Cnut carraspeó. —Es uno de mis mejores guerreros.

—¿Y eso qué? A mí solo me importa que haga feliz a Elin, no cómo domine la espada. —Miró a su amiga que ahora tenía los ojos entrecerrados como si estuviera pensando seriamente sus palabras. —Es tu decisión, pero no estoy de acuerdo.

—Liska tiene razón —dijo Judith—. Hazme caso, que he estado casada y te llevas muchas sorpresas. Imagínate las que te llevarás sin conocerle de nada.

—Él ya ha decidido —dijo preocupada—. No quiero ofender a nadie.

—No me ofendes —dijo el jarl antes de mirar a su hombre—. Tendrás que esperar.

—No hay problema —dijo sonriendo a Elin—. Merece la pena y todo lo bueno se hace esperar.

Elin sonrió encantada con él y su madre asintió.

Liska asintió contenta con que fuera paciente. Sonrió al jarl que asintió satisfecho. —Cuéntame, Liska, ¿dónde has aprendido a luchar?

—No sé luchar, mi jarl.

—Pero te has enfrentado...

—Mato por la espalda. —Hizo una mueca. —O casi. ¿Es cobarde? Sí, pero es muy práctico que no te vean venir.

El jarl se echó a reír. —Increíble.

Judith chasqueó la lengua. —Jarl fue muy valiente, que no se quite mérito.

Apoyó los codos sobre la mesa. —Cuéntame su hazaña.

Los ojos de su amiga brillaron por tener su atención y se dio cuenta de que Judith estaba loca por ese hombre. Algo en su interior le hizo sentir remordimientos porque había llamado su atención cuando era evidente que su amiga estaba enamorada de él. No era justo que les quitara la oportunidad de conocerse. Cogiendo su copa se dio cuenta de que se estaba portando como su hermana al intentar arrebatarse algo que no le correspondía y se sintió todavía peor. Sobre todo porque su corazón era de otro hombre. Al recordar a Ake apretó los labios porque seguramente estaba de camino a casa de su padre para comunicarle su fallecimiento. Sus ojos se entristecieron. ¿Qué estaba haciendo? Su pobre padre... Le destrozaría. Dios, era una egoísta.

El jarl la miró impresionado. —Es increíble.

Levantó la vista hacia él. —¿Qué?

—Salvaste a esas mujeres y mataste a esos perros. Una heroína.

Varios asintieron. —No fue nada —dijo sin darle importancia.

—Y a mí también me salvó, jarl —dijo Elin intentando ayudarla. Relató como la conoció y ella gimió por dentro. No, no... No quería que la admirara. Viendo como Judith sonreía gruñó porque era tan generosa que la antepondría a su propia felicidad como ella había hecho con su hermana.

—Nos salvó. Doy gracias a Odín todos los días por ponerla en mi camino.

Embla asintió. —Y yo. Salvó a mi niña.

—Debo darte las gracias —dijo el prometido de su amiga—. Gracias a ti la he conocido.

—Bah, no hice nada. Cualquiera lo hubiera hecho.

—Es obvio que no —dijo el jarl—. ¿De dónde eres? Cuéntame algo de tu vida. ¿De dónde venías cuando conociste a Elin?

—Oh, de ningún sitio. Paseaba.

—¿Vivías sola en el bosque? —preguntó Randall sorprendido.

—Algo así.

Las chicas se metieron a la vez un buen pedazo de carne en la boca para no tener que hablar y Liska sonrió forzosamente. —Mi jarl, quería agradecerle su ayuda. Por cierto, nos encantará trabajar en el telar.

—Estoy seguro de que lo haréis muy bien. ¿Os agrada la casa?

—Es perfecta —dijo Embla tragando a toda prisa—. Es muy generoso.

—Empezaré a hacer nuestra casa mañana mismo —dijo Randall haciendo que los ojos de Elin brillaran—. Puedo hacer una pegada a la nuestra para tu madre.

—¿De veras? —preguntó Embla ilusionada—. No es necesario, pero te agradezco que hayas pensado en mí.

—Me sentiré más tranquilo si tienes a tu madre cerca cuando me vaya de incursión.

—Como digas —dijo ilusionada antes de sonreír a su madre que estaba encantada.

Era evidente que él pondría todo de su parte para hacerla feliz, al menos de momento. Sonrió a su amiga que contenta siguió comiendo, mirando de cuando en cuando a su hombre.

—Los hombres te ayudarán, Randall. Quiero que esté terminada para tu boda.

—Gracias, jarl.

Judith sonrió. —Una boda... ¿Será tradicional, jarl?

—Si ellos quieren...

—Es muy comprensivo, jarl —dijo Elin algo abrumada.

—Liska tiene razón. En unas semanas os conoceréis mejor y hace mucho que no hacemos una fiesta. Aprovecharemos la ocasión si la novia le acepta.

Por la cara que tenía le aceptaría sin dudar y gimió por dentro porque igual había cometido otro error al abrir la boca. Empezaba a tener la sensación de que no hacía más que meter la pata. Eso le hizo recordar a su padre y se mordió el labio inferior preocupada.

—¿Ocurre algo? —preguntó el jarl.

—No, claro que no...

—También podrás elegir marido, no te preocupes por eso. En mi pueblo no se toma lo que no es de uno.

Se puso como un tomate y sin saber que decir farfulló —Me alegra oírlo.

Él sonrió por su timidez y sintiendo ganas de gritar por su atención dijo sin pensar —Pero es que ya estoy casada.

Las chicas la miraron con los ojos como platos y a Embla se le cayó el pedazo de ciervo de la boca mientras el jarl decía —¿Qué has dicho?

—Que ese hombre quisiera tomarme por esposa no significa que no lo haya hecho.

—¿Qué? —preguntó sin entender mientras Elin se golpeaba la frente—. ¿Qué significa eso?

En ese momento sonó un cuerno y los hombres se levantaron de inmediato con sus armas en la mano. El cuerno se escuchó de nuevo y el jarl pareció relajarse. —Son amigos. ¡Veamos quien es y luego me explicas eso de que no sabes si estás casada! —dijo molesto antes de ir hacia la puerta.

—¿Estás loca? —preguntó Elin cuando se recuperó de la impresión—. ¿Qué estás

haciendo?

Gimió apretándose las manos. —Es que tiene que ser para Judith, ella le quiere.

—Ya empezamos —dijo su amiga por lo bajo—. ¿Vas a hacer lo mismo que con tu hermana?

—No. ¡Porque Judith le quiere!

—Como tu hermana quería lo que tú querías.

—Sí, pero yo a este no le quiero tanto, quiero más al otro y Judith sí que quiere a este.

La aludida que aún estaba con la boca abierta se sonrojó. —No, claro que no.

—A mí no me mientas —dijo entre dientes.

—¿Entonces te quedas con Ake? —preguntó Embla—. ¿Y para qué has fingido tu muerte y estás aquí?

—¡No lo sé!

—Niña, te noto algo confusa.

—¿No me digas? —siseó levantándose antes de mirar fijamente a Judith—. ¿Tú le quieres?

Se puso más roja aún. —Nunca me escogería. No soy suficiente para él. Es un jarl.

Las chicas asintieron como si le dieran la razón. —Qué tontería. Cuando se ama eso no importa.

—Ah, ¿sí? —Judith parpadeó. —Yo solo aspiraba a que me convirtiera en su amante.

—¿Casado conmigo? —preguntó pasmada.

—Bueno, las amigas comparten. —Elin la miró como si tuviera cuernos. —¿Qué? ¡Yo os di todo lo que tenía!

—Pues tiene razón.

—¡Hay cosas que no se comparten, guapa! —dijo Liska.

—Pero si acabas de decir que no le quieres por marido —dijo Embla.

—¡No me lieis!

—Ah, que ahora te liamos —dijo Elin.

Se dejó caer en su asiento y gimió pasándose las manos por la cara. —Qué embrollo.

—Y tanto, porque Ake ahora mismo debe ir camino de tu casa. La cara que va a poner tu padre cuando le diga que has muerto. —Gimió de nuevo, pero Elin continuó —Y para colmo ahora dices que no quieres casarte con Cnut cuando nos ha acogido. No tenía buena cara cuando le has dicho que estás casada. ¡A ver si nos echa!

Embla se llevó la mano al pecho. —¿Crees que eso puede ser? ¡Si has pillado a todo un guerrero! ¡No puede echarnos ahora!

—Tranquilidad —dijo empezando a ponerse muy nerviosa—. Diré que él quería y yo no.

—¡Ahora! ¡Vas a decir eso ahora! —exclamó Elin—. ¡Aprende a morderte la lengua, hermosa!

—¡Fue un repente! ¡La vi tan ilusionada hablando con él que me sentí como mi hermana! ¡La que se mete por el medio y lo embrolla todo!

—Así que crees a Ake cuando dice que tu hermana le mintió —dijo Judith asombrada—. ¡Si le has apuñalado!

Parpadeó y abrió la boca para decir que no, pero esa palabra no salió de su boca.

—Por Odín, tienes un lío en la cabeza que ni sabes qué pensar —dijo Embla antes de adelantarse en la mesa—. ¿Tú le amas?

Sus preciosos ojos se llenaron de lágrimas. —¿Sabes lo que es sentir que tu corazón salta de la alegría cuando le ves? ¿Esperar ansiosa que te dirija una sola palabra o sentir un simple roce al pasar? Cuando me mira me siento feliz. Y contaba los días que pasaban deseando que

llegara, aunque sabía que esa alegría que sentiría se convertiría en un dolor profundo cuando se fuera con ella después de que Astrid me contara cada detalle de la vida que yo nunca podría tener. Una tortura que deseaba repetir una y otra vez. Esperaba que regresaran y volver a sentir esa mirada sobre mí, aunque solo fuera un instante. Si vivía, si respiraba, era para ese instante.

—En esas hermosas palabras siempre has hablado en pasado. ¿Ya no sientes lo mismo?
—preguntó Judith.

—Tantas decepciones han hecho mella en mí, eso no puedo negarlo. Cuando murió mi hermana en ningún momento pensé en compartir mi vida con él porque su sombra jamás me dejaría ser feliz. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas. —Y necesito ser feliz.

—Pues entonces has hecho lo correcto —dijo Embla.

—Pienso en mi padre... No se lo merece. Me quiere y...

Escucharon voces en el exterior y Liska frunció el ceño. —Estoy tan loca que me ha parecido oírle.

—¡Si mi mujer no está aquí, hay que buscarla! —gritó un hombre en el exterior.

Asombrada miró a las chicas que gimieron. De repente Ake entró en la casa seguido de Cnut y la cara de ambos indicaba que no estaban nada contentos. Liska se levantó de inmediato y forzó una sonrisa. —Pero mira quien está aquí. Si es el jarl Sveinnsen...

—Mujer... —dijo él entre dientes.

—¿Qué? —Levantó la barbilla orgullosa. —¿Qué tienes que decir?

—¡Has fingido tu muerte! —gritó furioso.

—¿Y?

Él señaló hacia la puerta casi sacándole un ojo al jarl. —¡Sube al barco! ¡Ya!

—No.

Las chicas pusieron los ojos en blanco mientras Ake daba un paso hacia ella. —¿Qué has

dicho?

—¿Qué no! Ahora soy fiel al jarl Cnut y si no me lo ordena...

—¿Que eres qué?

—Me ha acogido, me debo a él. —Miró hacia el jarl que de repente sonrió malicioso, lo que demostraba que tenía cuentas pendientes con Ake. —¿No es cierto, mi jarl?

—Cierto.

Los dientes de Ake rechinaron. —Liska sube al barco antes de que te suba yo.

—No puedo. Mi jarl me ha encomendado tareas. Mañana empiezo en el telar.

—¡Deja de decir tonterías!

—Amigo, ¿tú no estabas casado? —preguntó Cnut empezando a divertirse—. Tenía entendido que sí y si no recuerdo mal no es esta mujer.

Le fulminó con la mirada mientras Liska se tensaba y respondía antes que él —Sí, con mi hermana.

Cnut silbó. —¿Seguro que quieres seguir por este camino?

—Mi esposa falleció el año pasado —respondió furioso.

—Entiendo. Y quieres sustituirla por su hermana, pues a ella no se la ve dispuesta. Eso que tienes en el hombro es reciente. ¿Te lo ha hecho ella?

—Últimamente me da muchas sorpresas.

—Si no me conoces —dijo con desprecio—. ¡No sabes nada de mí! —Dio un paso hacia él. —¿Y sabes por qué? ¡Porque nunca te he interesado! ¡Querías una esposa y te llevaste a la que creías más sana sin importarte como era! ¡Y cuando la elegida muere se puede sustituir, claro que sí! ¡Y si es su hermana mejor para que cuide a tu hijo! —gritó sin darse cuenta de que las lágrimas corrían por sus mejillas—. ¡Pero yo quiero que mi marido lo dé todo por mí, que sienta lo mismo que yo y que desee estar conmigo más que nada!

Ake apretó las mandíbulas. —¡He venido a buscarte! ¡Te he seguido!

—¿Por un favor a mi padre? —Le miró como si nadie le hubiera decepcionado más. —
Creía que la amabas.

—La quise.

—¡La has traicionado! ¿Qué crees que pensaría ella de este matrimonio?

—¡No sé lo que pensaría, porque ya no está para decirlo!

—¡No me querías, nunca me quisiste! —gritó—. ¡Vete y déjame en paz!

—Sube a ese barco, Liska. ¡No te lo digo más!

—¡Por qué te empeñas en este absurdo matrimonio!

—¡Porque eres mía y no hay más que hablar! —gritó provocando que se quedara sin
aliento.

—Amigo, ¿te estás dejando llevar por el orgullo?

Volvió la vista hacia Cnut que no podía ocultar que estaba encantado con que le
rechazara. —No te metas en esto.

—Oh, pero es que debo meterme. Soy su jarl y como comprenderás no puedo obligar a
una de mis súbditas a que acepte a un hombre que no quiere.

—Como si no lo hubieras hecho antes.

Cnut se tensó. —Pues no, no lo he hecho nunca. Todos los matrimonios de mi gente son
con el acuerdo de ambas partes. —Todos los que les rodeaban asintieron. —Pregúntaselo a Liska
si no me crees, pero es ofensivo que dudes de mi palabra. No me gusta que me insulten y menos
en mi casa.

Ake se enderezó en toda su estatura. —¿Qué ocurre, Cnut? ¿Quieres resolver eso que
tenemos pendiente?

Liska separó los labios de la impresión porque no se esperaba eso. —¿Qué es eso que

tenéis pendiente?

Sin hacerle caso Cnut sonrió. —Si no te importa... La última vez que nos vimos no pudimos resolverlo. En aquella playa teníamos otros a los que enfrentarnos. Pero ya que has venido hasta aquí para qué retrasarlo más.

—Perfecto.

De repente salieron de la casa dejándola con la palabra en la boca y los hombres gritaron locos de contentos por lo que parecía un duelo. Asustada por lo que pensaban hacer corrió hacia la puerta con las chicas detrás.

—¿Qué tendrían pendiente? —preguntó Elin.

—¿No será un reto a muerte? —preguntó Judith asustada—. Ambos son muy buenos guerreros.

Sin hacerles caso corrió entre los hombres que animaban a Cnut. Corrió hasta Ake. —¿Qué tenéis pendiente?

—No es asunto tuyo, mujer —dijo sacando su espada.

—¿Os vais a batir? —chilló espantada—. ¡Estás herido!

—No me lo recuerdes.

Cogió su brazo. —¡Si te mata no me caso!

—¡Ya estás casada! —gritó en su cara—. ¡Si me mata te quedarías viuda!

Ella miró sus labios cortándole el aliento y al darse cuenta de lo que estaba haciendo se sonrojó apartando la mirada, pero él la cogió por la nuca agarrando su cabello para que le mirara a los ojos. —Cuando acabe con él nos iremos de aquí.

—Pues... —Antes de darse cuenta tenía sus labios sobre los suyos y abrió los ojos como platos queriendo protestar, pero al separar los labios él aprovechó para entrar en su boca saboreándola como si fuera el mejor manjar que había catado nunca. Liska sintió que le faltaba el

aire y gimió sintiendo que su vientre se estremecía con fuerza de una manera que la embriagó provocando que todo su ser volara. Ake se separó de golpe y Liska cayó redonda al suelo. — ¿Esposa? —preguntó asombrado.

—¡Ay, que me la ha matao! —gritó Elin corriendo hacia ella y arrodillándose a su lado. —¡Liska! ¡Liska! —Le dio palmaditas en la mejilla antes de mirar a Ake furiosa. —¡Le has chupado todo el aire!

Él se agachó a su lado. —¡Liska!

Abrió los ojos y aún impresionada por lo que había sentido parecía ida. Ake la cogió por la nuca. —¡Liska!

Sonrió como una tonta. —¿Sí?

Suspiró del alivio. —¿Estás bien?

—Que no te mate, marido. Quiero más.

Él sonrió de medio lado antes de levantarse y coger la espada que le tendió su segundo al mando. Miró fijamente a Cnut. —No quiero matarte.

—Ni yo a ti, pero si sucede no voy a sentirlo, te lo aseguro.

Liska jadeó levantándose y colocándose al lado de Bjorn —¿Qué tienen pendiente? — preguntó viendo como Ake se acercaba a él.

—No quieres saberlo.

—Claro que quiero.

—Nosotras también queremos saberlo —dijo Elin a su lado.

Bjorn la miró de reojo. —Como ha dicho mi jarl no es asunto vuestro.

—Oye, si lo sabes tú debe saberlo su mujer, es lo justo.

—Son cosas de hombres.

Ambas le fulminaron con la mirada y este gruñó sin quitarle la vista de encima a su jarl

que en ese momento atacaba a Cnut. Asustada miró hacia ellos y vio como su nuevo jarl repelía el ataque chocando su espada con la suya antes de atacar a Ake con rabia. Sus espadas se cruzaban una y otra vez demostrando lo buenos guerreros que eran y asustada por Ake se agarró a lo primero que pilló que era el brazo de Bjorn. —¡Haz algo! —gritó.

—No puedo hacer nada —respondió muy tenso.

—Dime que ganará.

—No puedo decirte eso.

—¡No dudes de él!

—Está herido.

Muerta de miedo miró hacia ellos y vio que el brazo de Ake empezaba a flaquear y repelía a duras penas los envites de Cnut que sonrió malicioso. —¡Basta, basta! —gritó ella.

Entonces Cnut tropezó y Ake aprovechó para empujarle por el pecho haciéndole caer hacia atrás. Puso el filo de su espada en su barbilla y sonrió. —¿Te das por satisfecho?

—Mátame.

—No pienso matar a un buen guerrero por una mujer.

Separó los labios de la impresión viendo como alargaba la mano y Cnut se la cogía para levantarse. —Bebamos —dijo Ake antes de echarse a reír—. Has mejorado.

—Es porque tú estás herido —respondió divertido.

Ambos se volvieron hacia ella que les miraba furiosa con los brazos cruzados. Ake se detuvo en seco. —¿Y ahora qué ocurre, esposa?

—¿No matarías por una mujer? ¿Qué mujer? ¿Y qué es eso de que no matarías por una mujer? ¿No matarías por mí? ¡Responde que me estoy imaginando cosas y no me gustan! ¡No me gustan nada!

Ake se echó a reír y se acercó cogiéndola por la cintura para elevarla. —¿Celosa?

Acarició su nuca. —¿Te retabas por Astrid?

—No, preciosa. Esto pasó unos años antes. Y no merecía la pena. Pero por ti sí que mataría.

Se sonrojó de gusto. —¿De veras?

Él besó sus labios rápidamente antes de dejarla en el suelo y darle un azote en el trasero. Asombrada vio como reía con Cnut entrando en la casa. Sus amigas la rodearon y encantada soltó una risita. —Mataría por mí.

—Te vas a ir.

Se volvió hacia Elin y sonrió con tristeza. —Voy a intentarlo.

—Haces lo correcto —dijo Embla—. Si ha venido hasta aquí es porque Odín le ha guiado y aprueba este matrimonio. Seguro que seréis muy felices.

Judith se mordió el labio inferior. —Yo me quedaré con ellas si no te importa.

Sonrió. —Lo entiendo perfectamente. Debes intentarlo también. Pero no te conformes con ser su amante, ¿me oyes?

Asintió sonrojándose. —Aunque no sé si podré resistirme.

Ahora que sabía lo que sentía con un beso la entendía perfectamente e hizo una mueca. Elin las miraba sin entender palabra y se echaron a reír. —¿Qué?

—Ya lo entenderás cuando te cases —dijo Judith.

—¿Seguro?

—Seguro.

Capítulo 7

Cuando entraron en la casa, los jarls estaban sentados a la mesa hablando de lo más entretenidos y brindaron rodeados de sus hombres. No sabía muy bien que hacer, así que se sentó con las chicas en otra mesa para no interrumpirles. Tres horas después Elin se dormía a la mesa y Randall al verlo se levantó de la suya para acercarse. Al ver que la cogía en brazos y que su amiga suspiraba sobre su pecho, todas se quedaron con la boca abierta y le siguieron con la mirada hasta la puerta por donde desapareció. Cuando Embla reaccionó, chilló levantándose y corriendo tras él. Judith y Liska suspiraron de gusto. —Si algún día hace algo así, me muero de la alegría —dijo su amiga.

Al cabo de unos segundos Liska se dio cuenta de que Judith estaba agotada. No habían dormido nada la noche anterior y ya era muy tarde. —Vete a dormir.

—No quiero dejarte sola.

—Tranquila, estás cansada. Además, mañana tendrás que trabajar y emplearte a fondo para que se dé cuenta de que eres la mujer de su vida.

Sonrió con tristeza. —No sé si...

—Eh, no te rindas que todavía ni has empezado. Y si no funciona, búscame. A mi lado siempre tendrás donde vivir.

La miró agradecida y la besó en la mejilla. —¿Estarás aquí mañana?

Miró a su marido que reía con el jarl. —Sí, seguramente sí por todo el hidromiel que

están bebiendo.

Judith soltó una risita. —Feliz noche de bodas.

Se puso como un tomate. —Muy graciosa.

Su amiga riendo fue hasta la puerta y para su sorpresa vio como Cnut volvía la cabeza hacia ella para verla salir. Prometedor. Liska puso el codo sobre la mesa y apoyó la barbilla en la mano observándoles, pero al cabo de unos minutos entrecerró los ojos. Con todo lo que le había esperado, que la tuviera allí plantada empezaba a sentarle como una patada en el estómago. Pasaron unos minutos más y al ver que bebía de nuevo gruñó. Encima borracho. ¡En su noche de bodas! Porque era su noche de bodas. La primera que pasarían juntos, pero era obvio que él no tenía ninguna prisa. Sin poder evitarlo recordó su boda con su hermana y como reían felices. Como en plena celebración del banquete la cogió en brazos mientras todos gritaban y fueron a la habitación nupcial de la que no salieron hasta la tarde del día siguiente. Sintió un dolor en las tripas como si se las estuvieran retorciendo y se levantó para salir de la casa del jarl. Creyendo que se ahogaba corrió hasta el fiordo y gritó por la rabia que sentía en su interior. ¿Que no amaba a su hermana? Miente. Es a ti a quien no quiere y no te querrá nunca.

—¿Liska?

Se volvió sorprendida para verle ante ella mirándola muy tenso. —Tranquilo, no me he escapado —dijo con ironía.

—No debes estar aquí sola.

—Es que no sé dónde debo estar, jarl. Estoy confusa. ¿Debo dormir con mis amigas?

—Dormirás conmigo.

—¿No me digas? —Señaló la casa. —¡Ni sé cuánto llevo esperando!

—Tengo obligaciones.

—Claro, las obligaciones. ¿Y yo qué soy?

—Eres mi esposa. ¡La esposa de un jarl! Sabes perfectamente... —Se agachó y furiosa le tiró una piedra casi dándole en la cabeza. —¡Liska! —gritó asombrado.

—¡Te odio! —Agarró otra piedra y cuando se la iba a tirar resbaló cayendo hacia atrás al agua.

Él levantó una ceja viendo como se sentaba de golpe totalmente empapada. —¿Te encuentras mejor?

—¿Sabes cuántas ilusiones había puesto en ti? —A Ake se le cortó el aliento. —¿Cuántas puntadas realicé para hacer mi ajuar y para coser mi vestido de novia? Decoré tu habitación y yo decidí cada detalle de ella para que te sintieras orgulloso. Elegí cada cosa que se comería en esa semana, cada detalle fue escogido por mí esperando al que sería mi esposo. Pero ese ajuar se lo llevó mi hermana y ella se puso el vestido de novia. A mí no me quedó nada.

—Lo siento.

—¡No mientas, estabas encantado! ¡Te la llevabas contigo a todos los sitios y no dejabas de demostrar tu dicha por la esposa que habías elegido!

Él apretó los labios. —Si no la olvidas esto no funcionará.

—¿Si no la olvido? ¿Y también quieres que olvide esa boda? ¿Cómo la besaste? ¿Cómo te la llevaste al lecho y lo satisfecho que estabas al día siguiente? ¿Quieres que olvide vuestras visitas? ¿Las risas? ¿Las miradas cómplices? ¿Quieres que olvide a tu hijo? —gritó dejando ver el dolor—. ¡La olvidaría si pudiera, te lo aseguro, pero ni tú ni yo la olvidaremos nunca!

Dio un paso hacia ella. —¡Qué quieres conseguir con esto! ¡Olvídalo!

—¿Cómo voy a olvidar si en nuestra noche de bodas ni siquiera me miras? —De repente se echó a reír. —Debería estar acostumbrada. —Rio más fuerte. —Puede que algún día lo haga.

—Liska...

—¿Por qué me has seguido? —gritó antes de levantarse y salir corriendo.

Él la cogió por la cintura pegando su espalda a su torso y Liska sollozó. —No preciosa. No vas a huir de esto —susurró en su oído—. Ya no. ¿Tenías ilusiones? Siento haberlas roto, pero la creí. Y debo decir que no me arrepiento. —Ella lloró desgarrada. —Me arrepiento de mil cosas, pero no puedo arrepentirme de haberme casado con ella porque me dio lo mejor que tengo en la vida, preciosa. Hako es mi hijo y le amo más que a mí mismo. No puedo arrepentirme de tenerle y sin ella no hubiera sido posible. Pero hay mil cosas que no sabes. No la amaba cuando me casé con ella, no pienso mentir en eso. Fue poco a poco como conquistó mi corazón y me hizo feliz. Pero cuando descubrí que me había mentido no pude perdonarla. Sentí que no era de fiar y otro la hubiera matado a golpes, pero estaba en estado. ¿Qué debía hacer? Sabiendo que estaba enfadado con ella insistió en hacer otro viaje conmigo y se lo permití intentando solucionar nuestro matrimonio. Un error del que me arrepentiré siempre porque eso la envió a la muerte. Porque fue culpa mía, preciosa. Nada más parir la dejé sola. Ella me dijo que estaba bien y la dejé sola —dijo cortándole el aliento—. Sé que tienes muchas razones para odiarme y esta será una razón más, pero lo primero que pensé después de que muriera era que necesitaba verte porque si a alguien le dolería su muerte sería a ti. Y te juro que cuando vi cómo cortabas tu brazo, cómo rogabas por ella quise morirme. Porque rogabas y arriesgabas la vida por alguien que te había traicionado y no podía decírtelo. —La besó en el cuello. —Pero tenemos una oportunidad, tu padre está de acuerdo y podemos empezar de nuevo. Y esta vez voy a hacer las cosas bien, esposa.

Ella se volvió entre sus brazos para mirar sus ojos. —Pues no ha empezado muy bien.

Suspiró elevándola para ponerla a su altura y Liska rodeó su cintura con las piernas. —Lo sé. Pero eres la esposa de un...

—Jarl —terminó por él sonriendo sin poder evitarlo.

—Exacto, y me harás caso en todo.

—No.

Él sonrió caminando en dirección contraria a la casa. —¿A dónde me llevas, jarl?

—A un sitio donde estemos solos.

Sus ojos brillaron. —¿Dormiremos fuera?

—Un manto de estrellas es lo que mereces.

Le pareció lo más bonito que había escuchado nunca y le abrazó por el cuello pegándose a él. —¿Me harás un hijo?

Esa frase le tensó y Liska se apartó para mirar sus ojos. —¿Qué ocurre?

—Nada. —Forzó una sonrisa. —No pensemos en eso ahora. Ya vendrán si Odín lo quiere. —La dejó de pie sobre la hierba y Liska sintió que ese tema le dolía, pero no quiso profundizar en ello porque estaba segura de que sería recordar de nuevo a Astrid y él le había pedido que lo olvidara. Concentrada en él vio como tiraba su espada a un lado mirándola de una manera que alteró su sangre. —Estás mojada, mujer.

—Sí —dijo casi sin aliento.

—Déjame que te ayude. —Su voz enronquecida la mareó de gusto y cuando sus manos tocaron sus caderas retuvo el aliento. Sus manos fueron elevando la falda del vestido sin que el dejara de mirar sus ojos y cuando el bajo estuvo a la altura de su sexo él susurró —Así que estás mojada, veamos cuánto.

—¿Qué? —Ake pasó sus dedos entre sus piernas y gritó de la sorpresa agarrándose a sus hombros. Él sonrió acariciando su sexo de nuevo. —Te excitas pronto, mujer.

—Dios... —Inclinó su cuello hacia atrás sintiendo que sus piernas no la sostenían.

—Suave como la seda. —Besó su labio inferior antes de introducir un dedo en su ser y Liska gritó de la sorpresa por el placer que la traspasó.

—Siento la barrera que demuestra tu pureza. —Con la otra mano cogió su nuca y la miró intensamente a los ojos. —Que demuestra que eres mía.

—Sí.

Él movió su dedo en su interior y Liska gritó. Ake atrapó sus labios besándola intensamente y con el pulgar acarició su clítoris. Creyó que moría de placer y tuvo que agarrarse a su cintura porque su vientre se estremeció con fuerza haciendo que le temblaran las piernas. Su cuerpo ya no era suyo, ahora le pertenecía a él y solo podía sentir esa necesidad que la dejaba sin fuerzas. Ake apartó su boca y antes de que se diera cuenta tiró de su vestido hacia arriba dejándola desnuda ante él. Lo dejó caer a un lado antes de cogerla en brazos para tumbarla sobre la hierba. Pero no sintió frío porque él arrodillándose entre sus piernas besó su cuello antes de bajar hasta el valle de sus pechos. Lamió su piel y su lengua subió por su seno hasta llegar a su endurecido pezón para darle un lametón que la estremeció de arriba abajo, justo antes de que lo chupara con fuerza provocando que gritara de placer arqueando su espalda hacia atrás. Ake acarició su otro pecho mientras la devoraba y cuando estuvo tan sensible que gritaba con cada caricia, se pasó al otro para dejarlo igual de sensible. Liska se agarró a sus hombros y entonces lo sintió. Algo duro y suave acarició sus húmedos pliegues haciéndose sitio y miró a su marido a los ojos presintiendo que había llegado el momento. Ake se apoyó en sus codos y elevó la vista hasta sus ojos. —Mi esposa, mi mujer...

—Mi amor.

Entró en ella de un solo empujón y Liska gritó de dolor arqueándose bajo su cuerpo. Ake besó su cuello y ella clavó las uñas en su cuello sintiéndose completa. —Eso es preciosa, acógeme.

Se fue relajando poco a poco y él lo sintió, lo que provocó que se moviera lentamente en su interior. Se quedó sin aliento porque el placer se multiplicó y asustada porque se hubiera terminado, al sentirle salir apretó su interior haciéndole jurar por lo bajo, pero Liska ni se dio cuenta porque la llenó de nuevo elevando su placer. Y ese placer creció a medida que aumentaban sus embestidas, que en cada empuje eran más intensas y apasionadas, hasta que Liska sintió que cada músculo de su ser se resquebrajaría. Deseando algo que no entendía, rodeó

sus caderas con las piernas y cuando la llenó de nuevo algo explotó en su interior provocando que cada célula se liberara.

Sin aliento respiraba agitadamente sintiéndole sobre su cuerpo. Sus corazones acelerados latían al unísono y se creyó tan unida a él, tan suya, que se dijo que Odín se lo había entregado porque estaba destinada a él. En aquel momento sintió que había nacido para ser su esposa. Supo que vivía por y para él. Jamás se sintió más dichosa que en ese instante y deseó que fuera así para siempre.

Llegando a las tierras de su padre se preocupó un poco por su reacción. En la proa esperaba verle en el embarcadero y sintió a su marido tras ella. —Estará enfadado —dijo expresando sus miedos.

—Estará aliviado. Va a recuperar a su hija y se alegrará. —La cogió por la cintura pegándola a su torso. —No te preocupes, esposa. Todo irá bien.

Entonces vieron el embarcadero, que estaba lleno de gente. Su padre con su hermano llegó colocándose ante todos y Liska sonrió saludando con el brazo. Al ver la sonrisa de su padre se emocionó y sin darse cuenta acarició los antebrazos de su marido. Él la besó en la sien. — ¿Ves, preciosa? Te está esperando ansioso.

—Sí.

Su hermano corrió por la ribera y Ake rio por lo bajo. —Les tengo muy mal acostumbrados.

Ella sonrió mirando hacia atrás. —Saca ese oro, jarl. Y sé generoso.

Rio apartándose y les tiró unas monedas. Varios niños se tiraron al agua entre ellos su hermano. Ella se acercó a la borda y gritó —¡No os acerquéis a los remos!

Su hermano emergió con una moneda en la mano y se la mostró. —¡Mira Liska! ¡Tengo

una!

—¡Muy bien, cielo!

El barco se alejó para atracar y ella miró a su padre, que en ese momento estaba al lado de Aila que sonreía encantada. Su marido se acercó a ella para coger su mano y la acompañó a la pasarela haciéndola bajar antes que él.

Se acercó a su padre con él detrás y se quedó frente al jarl. Eivor perdió parte de la sonrisa, lo que la tensó y cuando la abofeteó volviéndole la cara no le sorprendió.

—Eivor, que...

Ella le hizo un gesto a su marido y volvió a mirar los ojos de su padre que dijo —No quiero perder más hijos.

—Lo siento, padre.

—Sé que lo sientes, porque te conozco muy bien. —Apretó los labios. —Me imagino que tus andanzas eran para buscar un futuro lejos de aquí, pero me alegro de que Ake te haya encontrado. ¿Sois marido y mujer?

—Sí, jarl —dijo Ake molesto.

Eivor asintió. —Debo alegrarme, aunque después de pensar en ello estos días sin mi hija, me he dado cuenta de las dificultades a las que os enfrentaréis. Y eso me hace temer por vuestro futuro.

—De eso me encargaré yo, jarl —dijo su marido—. Ahora es mi deber cuidar de mi esposa y su bienestar.

—Eso espero.

—Y como debo cuidar de ella, jamás y digo jamás vuelvas a tocarla con intenciones de hacerle daño. ¿Me he expresado con claridad?

—Totalmente, jarl. —Entonces sonrió. —Entremos, seguro que tenéis mucho que

contarme.

—Ni te lo imaginas. No te vas a creer lo que ha hecho tu hija.

—¿Me sentiré orgulloso?

—Enormemente.

—No esperaba menos de ella.

Les observó alejarse y Aila la abrazó. —Mi niña...

—Siento haberos preocupado.

—Estás aquí y es una alegría enorme. Cuéntame, ¿es cierto que es tu marido?

—Sí. —Se sonrojó de gusto. —Se empeñó.

—Y parece encantado.

Sonrió caminando hacia la casa y vio como su marido de repente reía. —¿Eso crees?

—Eso es evidente, niña.

—¿Dónde está Hako?

—Durmiendo la siesta. Madre mía, que niño más inquieto. Es igualito que tú.

—¿De veras?

—Menuda energía deberás tener para criarle.

En cuanto entraron en la casa su marido preguntó —¿Y nuestro hijo, mujer?

—Durmiendo la siesta.

Entonces oyeron un grito fuera y asustada se volvió saliendo de la casa. Varios corrían hacia el fiordo y muerta de miedo buscó con la mirada a su hermano, pero no le veía con los niños. Corrió hacia el fiordo. —¿Olson? —Al ver que no le respondía corrió aterrada hacia la gente. —¡Olson!

—¡Estoy aquí! —gritó saliendo de detrás de uno de sus guerreros. Sus ojos estaban llenos

de lágrimas—. Erik se ha ahogado. Ha intentado coger una moneda y no ha salido.

Palideció y entonces escucharon el lamento de su madre antes de gritar desgarrada porque uno de sus hombres lo sacaba en brazos del agua ya sin vida. —No, no...—Soltó a su hermano y corrió hacia él cogiendo entre sus brazos al niño que había visto nacer. —No, no puedes morir. —Ake llegó corriendo y apartó a varios de los suyos para llegar hasta ellos mientras su mujer se acercaba a su rostro para intentar sentir su aliento.

Antes de que nadie pudiera evitarlo Ake cogió al niño de los tobillos poniéndole boca abajo. —¡Golpéale en la espalda!

Sin perder el tiempo lo hizo y su madre chilló de dolor. Ella lo hizo de nuevo y de repente el niño escupió agua antes de respirar hondo entrecortadamente.

Todos gritaron de la alegría. Ella elevó la vista hasta los ojos de su marido y sonrió antes de que Ake le dejara en el suelo con cuidado. Su madre se arrodilló a su lado sin poderse creer que estuviera vivo y les dio las gracias sin dejar de llorar. Ake la cogió por los hombros pegándola a él. —¡Celebremos que Odín nos protege!

Los guerreros gritaron elevando sus armas y caminó con ella hacia la casa. —Muy bien, preciosa.

—Si lo has hecho tú todo. ¿Cómo sabías que tenías que cogerle así?

—En uno de mis viajes vi como un hombre lo hacía con un niño más pequeño. Y funcionó. No perdía nada por intentarlo.

Eivor sonrió ante la puerta de la casa del jarl y gritó —¡Hijo ven aquí!

—Ahora no le perderá de vista en meses —dijo ella por lo bajo.

—Es lógico su temor. Mujer, Hako no se meterá en el agua sin supervisión.

—¿El resto de su vida? —preguntó divertida.

—Muy graciosa. Vayamos a ver al niño antes de esa celebración.

Caminaron hacia las habitaciones y como suponía el niño estaba en su antiguo aposento. Se acercaron a la cama para verle dormidito con la boca abierta. Ake se acercó y le acarició los rizos. —Ha crecido.

Se sentó en la cama observándoles juntos. Era evidente las ganas que tenía de abrazar a su hijo. —Es lógico, esposo. Has estado semanas fuera. ¿Por qué no lo coges? Te mueres por sentirle.

—Ah, no. Si se le despierta antes se pone de muy mal humor.

—¿A quién habrá salido?

Él se agachó acercando su rostro al suyo. —Estás muy jovial, esposa.

Acarició su hombro acercándose a él. —Es que soy feliz. —Besó sus labios tímidamente pero su marido la cogió por la nuca para profundizar el beso.

—¿Mamá?

Se quedó sin aliento al igual que su marido y ambos miraron al niño que se había sentado en la cama sonriendo risueño. —¡Mamá! —gritó estirando los brazos.

Emocionada miró a su marido y le cogió para sentarle en su regazo. —¿Se acuerda de mí?

—Es evidente que el puré de verduras le caló hondo —dijo Ake haciéndola reír. —
¿Habrá dicho algo más?

Eso le hizo perder la sonrisa. —Siento que te lo hayas perdido.

Ake cogió la mano de su hijo que chilló de la alegría porque estaba allí. Estiró los brazos queriendo que le cogiera y este lo hizo besándole en la coronilla mientras acariciaba su espalda. —Podría habérmelo perdido en cualquier momento, incluso porque yo estuviera fuera de la casa y él dentro, estas cosas pasan.

—Ya, pero...

—¿Y si hubiera estado de incursión?

—La primavera pasada no fuiste.

Él la miró a los ojos. —Fue Bjorn, pero no puedo dejar en sus manos esa tarea cuando es la mía.

—Muchos jarls no van. Mi padre hace años...

—Soy joven aún, no puedo delegar cuando todavía puedo demostrar mi fuerza. ¿Qué pensarían mis hombres, mujer? ¿Qué ejemplo le estaría dando a mi hijo? La próxima primavera iré.

Asintió porque sabía cuando no cambiaría de opinión. —Muy bien.

—Y no me acompañarás, te quedarás en casa —dijo molesto antes de ir hacia la puerta sin esperar su respuesta.

Apretó los labios porque Astrid siempre iba con él. Deja de pensar en ella. Se levantó y le siguió. Odiaba pensar en ella a cada minuto y se preguntó si en algún momento de su vida juntos podría olvidarla. Sin poder evitarlo se tocó el interior del antebrazo y supo que eso sería imposible.

La celebración estaba en su apogeo y sentada al lado de su marido disfrutó de la velada. Hako se había vuelto a dormir después de cenar y Aila se llevó al niño a la habitación para que disfrutaran de su reencuentro con su padre, que después de escuchar la historia que le contó su marido sobre los piratas estaba henchido de orgullo.

—Menuda mujer te llevas.

—Lo sé, suegro —dijo Ake antes de beber.

—Pero me visitaréis a menudo.

—Claro que sí, padre —dijo ella haciendo un gesto a una de las esclavas para que llenara sus jarras—. Todo lo que podamos.

Su marido la miró levantando una ceja, pero ella se hizo la loca. Ake sonrió. —Sí, suegro... Intentaremos venir lo que podamos.

Sonrió encantada y en ese momento entró Bjorn en el salón acercándose a la mesa del jarl. —Mi jarl, deberíamos llevar el barco al jarl Hovensen y así poder recuperar los caballos que nos prestaron aquí.

—Divide a la tripulación. Os quiero de vuelta en dos días, debemos regresar a casa cuanto antes. Se acerca el invierno y quiero asegurarme de que tenemos suficientes provisiones.

Bjorn asintió y silbó con fuerza antes de salir del salón. Varios hombres que estaban cenando se levantaron con lo que pudieron pillar de las bandejas y le siguieron.

—Podías haber esperado hasta mañana —dijo ella.

La miró sorprendido. —¿Qué has dicho?

—Estarán cansados.

—Yo tomo las decisiones sobre mi gente —dijo cortante—. Y no estarían cansados si te hubieras quedado en casa y hubiéramos hablado de esto.

—Entonces no me habrías seguido.

—¿Es lo que querías? ¿Que te siguiera?

—Pues no, no sé si te quedó claro cuando te apuñalé. —Su padre dejó caer la mandíbula del asombro. —O cuando fingí mi muerte —dijo sin cortarse.

—¿Que hiciste qué?

—Me costó algo convencerla —dijo entre dientes.

—¿Convencerme? ¡Me obligaste!

—Y hasta hace un minuto estabas encantada.

—¡Exacto! —exclamó enfadándose—. ¡Hasta hace un minuto que me has hablado con la prepotencia de un jarl! ¡Y a mí no!

Su padre dejó caer la jarra de la impresión viéndola ir hacia la puerta y gritarle a uno — ¡Cómo me vomites en casa, te voy a despellejar vivo!

Eivor atónito miró a su yerno. —¿Esa es mi dulce y solícita hija?

—Su aventura ha sacado a la luz su mala leche...—dijo entre dientes—. La que ha debido estar conteniendo estos años.

—¿No me digas? —De repente se echó a reír. —La que te espera.

Ake sonrió de medio lado mirando hacia el pasillo que llevaba a las habitaciones. —Se le pasa enseguida.

—¡A ver quién decide las cosas cuando esté fuera de casa guerreando con los francos! —gritó ella desgañitada desde la habitación. El niño se echó a llorar—. ¡Ake! ¡El niño está llorando! ¿No lo oyes?

Todos miraron hacia él que puso los ojos en blanco antes de levantarse. Eivor asombrado miró a Aila y a Harald que estaban tan sorprendidos como él. —Si no lo veo no lo creo.

—Ya sabía que mi niña tenía carácter. Si dirigía la casa con mano de hierro —dijo Aila orgullosa.

El jarl asintió. —Claro, han sido muchas emociones.

—Y está enamorada, jarl, eso altera mucho.

—Claro que sí. Pero sigue siendo mi niña.

—Por supuesto, pero ahora tiene más atributos.

—Ha matado a varios hombres —dijo orgulloso—. Mi niña... Una heroína.

Ake entró en la habitación donde su mujer tenía al niño en brazos y caminaba de un lado a otro intentando que se durmiera de nuevo. Le fulminó con la mirada.

—No me mires así. ¡Yo soy el jarl y yo tomo las decisiones, mujer!

—Así que tú ordenas y mandas.

—¡Exacto!

—Pues ordénale a tu hijo que se calle. —Sonrió maliciosa y se lo puso en brazos.

—¡Esa es tu labor! —dijo atónito.

Puso los brazos en jarras. —Hasta ahora lo hacías tú.

—¿Para qué crees que tenía matrona? ¡Dos matronas! ¡Que ahora come mucho!

—Pues llámalas. —Se volvió quitándose el vestido y como si nada se subió a la cama cubriéndose con las pieles.

—¡También es tu hijo! ¡Esta es tu obligación!

—Nada, que sigue mandando.

—¡Soy el jarl!

—¡Y yo soy tu mujer! ¡No tu esclava!

—Liska...

Ella se sentó de golpe. —¿Liska qué?

Ake miró sus pechos y entrecerró los ojos. —Igual tiene hambre.

—Pues aquí no hay nada para él y para ti tampoco.

Eso le hizo sonreír. —Mujer no aguantarás ni una noche. —Jadeó indignada. —Y deja de gritar o no se dormirá nunca.

Ake se sentó en la cama a su lado y dejó al niño entre ellos. Hako se entretuvo con uno de los mechones de su largo cabello y ambos sonrieron. Miró de reojo a su marido. —Sé que eres el

jarl, sé que tienes que dar órdenes y que los hombres deben saber quién manda sin ponerlo en duda.

—Tú has dudado de mis decisiones.

Bueno, en realidad tenía razón. —Un día no iba a ningún sitio, esposo.

—Tenía previsto volver a casa una semana después de mi llegada aquí y hemos tardado todo el verano. Ni sé lo que está ocurriendo en mi pueblo, mujer. Nos estamos retrasando mucho en regresar.

Y era por su culpa. —Lo siento.

—Sé que quieres estar con tu padre y que no quieres irte después de lo que ha pasado, pero volveremos pronto.

Se emocionó. —Siento ser tan egoísta.

—No eres egoísta. —La cogió por la nuca para que le mirara. —Nunca has sido egoísta, todo lo contrario. —Su mirada se endureció. —Pero lo que acabas de hacer ante todos... Ahora muchos esperarían que te diera una lección por replicarme en público.

Se avergonzó. —Lo sé.

—¿Qué ocurre, preciosa?

Se sintió estúpida y no le podía decir que su orden de no ir con él al viaje de primavera la había afectado, aunque lo había disimulado en la cena. Lo de sus hombres había sido una excusa para discutir. Y ahora él esperaba una explicación, así que dijo —Estoy asustada.

—¿Por tu nueva vida? —Él sonrió. —Mujer, comerán de tu mano en una semana.

—¿Eso crees?

—Ya verás como sí. Estarás muy a gusto entre mi gente.

Forzó una sonrisa. —Tienes razón, son tonterías mías. —El niño ya se había dormido y ella le cogió para llevarle hasta su cuna. Cuando se volvió vio como su marido la miraba con

deseo y puso una mano en la cintura jadeando mientras aparentaba indignación. Él levantó una ceja provocándola. Soltando una risita corrió hacia él y se tiró encima haciéndole gemir. —¿Qué ocurre, mi jarl? ¿Necesitas que te atienda?

Con deseo él acarició su trasero. —Cumple con tu deber, esposa. Tu jarl te lo ordena.

Le pellizcó en la tetilla y su jarl se echó a reír. Se puso a horcajadas sobre él acariciando su pecho. El deseo la inundó y le miró enamorada. —Así que debo atenderte. Déjame que te desvista, mi jarl. Así estarás más cómodo.

Capítulo 8

Para su sorpresa sus hombres no tardaron más que dos días en volver y su marido dio órdenes de irse de inmediato. Desgraciadamente no podían dilatar más su regreso y era el momento de ir a su nueva casa. Los hombres cargaron sus cosas en el barco y se despidió de Aila. —Cuida de todos y si hay algún problema envía a por mí.

—Por supuesto, niña —dijo emocionada.

La besó en la mejilla y se apartó para agacharse ante su hermano que la miraba con lágrimas en los ojos. —¿Volverás?

—Por supuesto que volveré. Muchas veces. —Acarició su mejilla. —Te veré crecer y convertirte en el hombre que estás destinado a ser. Haznos sentirnos orgullosos, hermano. —El niño se tiró a su cuello. —Te quiero tanto, tanto, tanto que nunca me cansaría de decírtelo.

—Te quiero tanto, tanto, que siempre estarás en mi corazón.

Se apartó para mirar sus ojos. —Da igual la distancia, siempre estaré a tu lado. —Le besó en la frente. —Cuida de padre.

Él asintió intentando ser fuerte. Sonrió incorporándose y se acercó a su padre que emocionado cogió sus manos. —Volveré —dijo intentando no llorar.

—Lo sé. Siempre podemos contar contigo.

—Eso no lo dudes, mi jarl. —Le abrazó sorprendiéndole. —Te quiero, padre —susurró en su oído.

Eivor la abrazó a él. —Cuídate mucho, hija. Y cuida de tu marido. Es un buen hombre y un gran jarl. Debes apoyarle. Debéis ser uno.

Sabía que lo decía por la discusión que habían tenido y estaba preocupado por ella. —Haré que te sientas orgulloso.

—Ya estoy orgulloso, solo quiero que seas feliz. Dale la oportunidad de hacerte feliz, hija.

Emocionada se apartó. —Pondré todo de mi parte, padre.

Él sonrió y acarició su mejilla. Sintió a Ake tras ella. —Hijo, cuida de mi pequeña.

—Con mi vida, suegro.

Se abrazaron y al separarse Eivor le dio una palmada en la espalda. —Espero que todo vaya bien en tus tierras y veros en primavera.

—Después de la incursión la traeré.

Liska se volvió para ver tras ella a las nodrizas del niño con él en brazos. Aslaug y Nilsa ya estaban preparadas y asintió antes de subir la pasarela reteniendo las lágrimas que pugnaban por salir. Su marido se puso a su lado mientras los hombres empujaban la embarcación con los remos y ella se despidió con la mano. —¡Cuidaos! ¡Cuidaos mucho!

—¡Qué Odín te proteja, niña! —gritó Aila sin dejar de llorar.

Cuando les perdieron de vista su marido la abrazó por los hombros. —Antes de que te des cuenta les verás de nuevo.

—Es extraño. Aunque ya me había ido siento que me arrancan el corazón.

—Seguro que la otra vez te sentiste igual.

Asintió. —¿Será así siempre?

—Llegas a acostumbrarte, aunque una despedida siempre es triste. —Él miró las aguas del fiordo. —Durante unos años yo no tenía de quien despedirme ni con quien reencontrarme.

Se dio cuenta de lo que quería decir. Era más triste aún no tener con quien abrazarse cuando llegabas a casa. —Ahora me tienes a mí y a Hako.

Él sonrió y la besó en la sien. —¿Puedes comprobar que esté acomodado?

—Por supuesto.

Se alejó hacia la bodega y bajó los escalones. Aslaug la matrona más joven estaba sentada ante la cuna mientras Nilsa balanceaba a Hako. —Estoy intentando que duerma un rato.

—Bien. —Miró a su alrededor y vio varias pieles en una esquina al lado de su equipaje. Escuchó a su marido dando órdenes en cubierta. Iba a volverse cuando vio que su cofre tenía la pestaña abierta cuando ella lo había cerrado. En ese cofre tenía las joyas que había heredado de su madre y las que su padre le había regalado a lo largo de los años. Apretó los labios girándose hacia las mujeres que volvieron la vista de inmediato. Se acercó al cofre y levantó la tapa. Se dio cuenta de inmediato de que faltaba el anillo de bodas de su madre. El anillo que el jarl le dio en su noche de bodas. Dejó caer la tapa y las miró fríamente. —¿Quién de las dos lo tiene?

—No sé de qué me habla, mi señora—dijo Nilsa aún con Hako en brazos.

—Puedo solucionarlo yo o puede solucionarlo mi marido. ¿Quién de las dos lo tiene?

Aslaug se levantó muy nerviosa delatando que sabía de lo que hablaba. —Yo no tengo nada que ver.

—¡Cállate! ¡Tú me animaste! ¡Dijiste que así tu marido no se enfadaría por no estar en casa tanto tiempo! —La miró angustiada. —Por favor, no diga nada. El jarl nos matará.

Alargó los brazos. —Dame al niño.

—¡No! —Dio un paso atrás y asustada sacó el puñal de su cinturón colocándoselo al niño en el cuello.

Se le heló la sangre porque era evidente que Nilsa se veía acorralada y en ese momento temiendo por su vida haría cualquier cosa. —Ni se te ocurra hacerle daño a mi hijo.

La miró angustiada. —Yo no quería hacerlo. ¡Ella insistió!

—Muy bien. Si dejas el niño en su cuna y me das el anillo de mi madre no diré nada.

—¿Me lo jura? —preguntó con los ojos llenos de lágrimas.

Intentando calmarla dijo —Te lo juro. Y mi palabra tiene el mismo valor que la de mi marido. Ahora deja a mi hijo en su cuna.

La mujer dudó durante unos segundos, pero terminó apartando el cuchillo y dejó a Hako en la cuna antes de meterse la mano entre los pechos y sacar el anillo para dejarlo junto al niño. Liska se acercó al niño y a toda prisa lo cogió en brazos. —Tira ese puñal al suelo.

—Señora, por favor...

—¡Te lo he jurado!

Dejó caer el puñal y se echó a llorar tapándose el rostro. —Lo siento, lo siento...

—¿Qué ocurre aquí? —Se volvió para ver a su marido bajando los últimos escalones. —¿Por qué lloras, mujer?

Liska sonrió. —Oh, por nada. Estábamos hablando de sus familias y se ha emocionado cuando Aslaug nos ha vuelto a hablar de que perdió a su bebé. Nilsa está deseando ver a los suyos y le he dicho que enseguida estaremos en casa.

—Claro que sí. —Él vio el anillo en la cuna y se acercó para cogerlo antes de mirar hacia el suelo pues el puñal estaba al lado de su bota. Elevó la vista hasta sus ojos antes de mostrarle el anillo. —Mujer, ¿esto es tuyo?

—Sí, esposo. Se me debió caer al coger al niño.

—Ten cuidado, es muy valioso. —Se acercó a ella mirándola fijamente. Cogió su mano y se lo puso en el índice.

—Gracias.

Él la besó en la frente antes de ir hacia la escalera. —Llegaremos por la mañana. Mis

hombres están impacientes por estar en casa.

—Muy bien.

—Acomódate. Ayudad a mi mujer.

—Sí, jarl —contestaron las dos a la vez.

Las tres observaron como subía y las matronas suspiraron del alivio. —Gracias, gracias —dijo Nilsa antes de arrodillarse y besar sus pies.

—Aparta —dijo molesta—. He jurado que no diré nada, eso no significa que te haya perdonado.

La mujer palideció antes de asentir. Se puso de pie y agachando el rostro dio un paso atrás.

—¿Pero podremos seguir trabajando? —preguntó Aslaug angustiada—. Si no es así, mi marido me matará.

La fulminó con la mirada y esta se sonrojó. —Tira el puñal de tu cinturón.

Esta lo hizo de inmediato y ella se agachó para cogerlos sin soltar al niño. —Poneos en esa esquina y no os mováis hasta que yo lo diga. ¡Ahora! —Las mujeres corrieron hacia allí y se agacharon sentándose en la esquina. Ella revisó el cuello del niño porque como viera un solo rasguño las destriparía y le daba igual su juramento. Al ver que estaba bien le besó en la frente. —Me encargaré yo de mi hijo y le daréis de mamar cuando lo necesite, pero en cuanto lleguéis a las tierras de mi marido desapareceréis. ¡No os quiero ver nunca más! Y no es por el anillo. Jamás os perdonaré que hayáis amenazado a mi hijo.

—Por favor, por favor... —rogó Aslaug al borde del llanto—. Nuestros maridos nos matarán. Sabrán que hemos hecho algo malo.

—Deben ser igual que vosotras si estabais tan convencidas de que aceptarían este anillo —dijo con desprecio—. Si mañana por la noche no os habéis ido, tendréis que darme cuentas y os aseguro que sé tomarme la justicia por mi mano.

Se volvió yendo hacia las escaleras y subió mientras lloraban. En cuanto llegó arriba vio a su marido ante la escalera y apretó los labios porque era evidente que sabía que había pasado algo. —Déjame a mí. Es cosa mía tratar con el servicio.

—Sé implacable, esposa.

Acarició la cabeza del niño sabiendo perfectamente lo que ocurriría si supiera lo que esa estúpida había hecho. Y pondría en duda sus funciones si se enteraba de que las estaba encubriendo. Pero es que no le había quedado opción si quería salvar al niño. Sabía que merecían un castigo severo, el jarl opinaría que merecerían la muerte, pero esperaba que con que abandonaran sus tierras fuera suficiente. —Seré implacable —dijo porque esperaba su respuesta.

—Liska mírame.

Elevó la vista hasta sus ojos. —Sé perfectamente que sabías dirigir la casa de tu padre, pero mi gente no te conoce, y debes dejar claro desde el principio quien manda.

Asintió antes de volverse. —No debes preocuparte, marido. Sabré hacerme mi lugar.

Él sonrió y Bjorn se acercó en ese momento. —Mi jarl, a Vali le ocurre algo. Parece enfermo.

Su marido fue hasta los remeros y ella le siguió. Un hombre de barba blanca sudaba profusamente y Ake se agachó a su lado. —¿Qué te ocurre, amigo?

—No me encuentro bien, mi jarl. Lo siento, no puedo remar.

—No te preocupes por eso. Ahora te vamos a bajar para que descanses, ¿de acuerdo?

—Puedo yo, mi jarl —dijo con orgullo intentando levantarse, pero se tambaleó y antes de que cayera Ake le cogió con ayuda de Bjorn. —Sujétale por las piernas.

Ella corrió escaleras abajo y les ordenó a las mujeres —Preparad unas pieles. Tenemos un enfermo.

Estas se levantaron enseguida mientras dejaba al niño en su cuna y en ese momento

empezaron a bajar los hombres. Cuando llegaron a la improvisada cama le tumbaron y el hombre suspiró. Liska se acercó de inmediato y se arrodilló a su lado ordenando —Traed agua fresca y paños. —Le pasó la mano por la frente y se mordió el labio inferior porque estaba muy caliente. —Tiene fiebres.

—La comida me salta en el vientre —dijo Vali.

—Traed un recipiente por si vomita. —Se levantó y le hizo un gesto con la cabeza a su marido para que se alejaran.

—¿Sabes lo que tiene?

—No, pero a veces cuando hay fiebres se propaga y muchos mueren, lo sabes. Hasta saber si hay más enfermos no deberíamos volver a casa. —Se apretó las manos muy preocupada por su familia.

—No podemos quedarnos en el barco.

—Serán un par de días, marido. Y...

La cogió por el brazo apartándola y él susurró —¿Y si todavía no estamos enfermos? ¿Y si Hako por quedarse en el barco enferma y muere? No pienso arriesgarme.

—Entiendo lo que quieres decir, pero...

—No hablarás de esto con nadie y nos iremos a casa. Serán unas horas. Ahora sube con el niño para que le dé el aire y que ellas se encarguen de Vali. —La miró fijamente. —Ahora, esposa.

Asintió antes de coger a Hako de la cuna con la manta y subió los escalones a toda prisa. Se alejó de los hombres todo lo que pudo y se sentó en el suelo con el niño sobre las piernas. Su marido no tardó en subir y al ver donde se había colocado asintió antes de mirar a sus hombres y gritar —¡Daos prisa! ¡Nuestro amigo necesita a la curandera!

Vio como su marido hablaba con Bjorn en voz baja antes de volverse y acercarse a ella. Se sentó a su lado en silencio y ella le miró de reojo porque sintió que no estaban haciendo lo

correcto. Entendía su postura, pero no era lo correcto. En su pueblo habría muchos más niños que también necesitaban protección y su deber como jarl era cuidar de su bienestar. —No me mires así —dijo entre dientes.

Suspiró mirando al frente pero no pudo evitar decir —Eres el jarl de todos, debes proteger a cuantos puedas.

—Cómo se nota que no es tu hijo.

Le miró sorprendida. —Sí que lo es, ahora sí. —Su marido apretó los labios como si se estuviera mordiendo la lengua. —¿Crees que porque no le he parido no le quiero?

—No es lo mismo.

Entonces entendió. —Piensas que le tengo rencor porque es hijo de Astrid... —Su silencio le dio la razón. —Pues no es así, él no ha hecho nada. Si alguien es inocente es Hako y solo siento amor por tu hijo.

—Está bien que pienses así. Y como su madre debes protegerle de cualquier mal, ¿no es cierto?

—Sí, pero...

—Pero nada, esposa. Él es lo primero. —La fulminó con la mirada. —Estoy empezando a cansarme de que pongas en dudas mis decisiones, mujer. Aquí yo soy el jarl y mi palabra es ley, ¿me has entendido?

Lo dijo tan fríamente que no pudo evitar asentir. —Como digas, mi jarl.

Él se levantó y se fue con sus hombres mientras se sentía decepcionada. Decepcionada con él como jarl y como esposo, porque en ningún momento había mencionado su seguridad, solo la de su hijo. Como si su salud no fuera importante mientras el niño estuviera bien. Acarició la espalda de Hako pensando en ello e intentó calmarse. Ella tampoco podía estar segura de que hubiera más que cayeran enfermos, no debía exagerar. Seguro que no pasaba nada.

Pero no hubo esa suerte. Ya había oscurecido y dos de los hombres estaban vomitando por la borda. Ella abrazó al niño que acababa de dormirse después de comer unos pedacitos de manzana. No se fiaba ni de la leche de esas mujeres y no pensaba bajar para que le dieran de mamar. Afortunadamente la manzana fue suficiente para mantenerle calmado.

Observó como su marido revisaba a cada uno de sus hombres y como a los enfermos les hizo sentarse en la popa lo más alejados de ella que era posible. Al ver que uno de sus hombres se levantaba para beber agua de un barril, frunció el ceño porque había visto a uno de los hombres que estaban vomitando beber de él unas horas antes. Ella miró el barril y gritó —¡Ake!

Este se volvió mirándola sobre su hombro y se acercó a toda prisa. —¿Qué ocurre? ¿Tiene fiebres?

—No, no, está bien. El barril —dijo señalándolo—. Pregunta quién ha bebido de ahí. Aquel pelirrojo bebió de él y ahora está vomitando.

Ake se volvió a toda prisa y se acercó a los enfermos. —¿Habéis bebido del barril?

Todos asintieron cuando las arcadas se lo permitieron. Ake se volvió hacia los que remaban. —¿Quién de aquí ha bebido?

Solo uno levantó la mano y su cara decía que no tardaría mucho en unirse a los de la popa, porque tenía un tono verdoso que no presagiaba nada bueno. Ake jurando por lo bajo se acercó al barril y lo volcó. —¿Por qué has hecho eso?

—Por si había un animal muerto. —Apretó los labios. —¡Bjorn, de dónde cogisteis el agua!

—¡Del pozo del jarl Eivor!

Se le cortó el aliento. —¿Qué has dicho? ¡Marido tenemos que volver!

—No vamos a volver.

—Pero...

—¡Tengo que regresar a casa y no sabemos realmente lo que ha pasado! ¡Si no hay más enfermos en cuanto lleguemos enviaré a alguien para que les avisen, pero primero nos cercioráremos de que el agua ha tenido algo que ver! —Dio un paso hacia ella. —Ahora siéntate. —Liska iba a discutir, pero él siseó —No te lo digo más, mujer. Siéntate.

Sintiéndose impotente sus ojos se llenaron de lágrimas y sabiendo que nadie le haría caso se sentó. Intentando reprimir las lágrimas agachó la mirada hacia el niño y le arropó bien. Sintió la mirada de su marido sobre ella, pero sin decirle una palabra más se alejó con Bjorn. Se mordió el labio inferior pensando en su padre, en su hermano. Rogaba porque no bebieran el agua del pozo y le pidió a Odín que les protegiera.

Estaba amaneciendo cuando el anciano empezó a sufrir unos terribles dolores de vientre. Sus gemidos se oían desde allí. Las mujeres también enfermaron y fue cuando se enteraron de que ellas también habían bebido del agua que ella había pedido. Era evidente que al intentar ayudar a Vali habían empeorado su situación. Pobre hombre, estaba sufriendo aún más por su culpa, pues ella había ordenado que le llevaran agua. Afortunadamente no había enfermado nadie más y eso confirmó que había sido el agua del barril. Quiso gritarle a su marido que hiciera algo, pero no había vuelto a acercarse a ella, lo que la decepcionó aún más si eso era posible.

Cuando el barco enfiló el fiordo y escucharon el cuerno se puso en pie. Vieron su nuevo pueblo a lo lejos y cuando le sintió a su espalda se tensó. —Haré que un grupo de hombres regresen a casa de tu padre para avisar.

—Llegarán mañana. —Le miró con desprecio. —Has perdido horas muy valiosas, jarl. Enfermará mucha gente antes de que lleguen y la culpa será tuya.

—No estaba seguro de que fuera el agua —dijo furioso.

—Como a alguno de los míos le pase algo no te lo perdonaré jamás. —Se volvió dándole la espalda y Ake apretó los puños antes de volverse para gritarles a los hombres que se prepararan para amarrar el barco.

El jarl ordenó desde el barco que subiera la curandera y una mujer de unos cuarenta años de largo cabello rubio subió la pasarela. Liska se quedó sin aliento cuando la miró con sus clarísimos ojos grises. Ella se acercó al jarl y le dijo algo en voz baja. Ake se volvió para mirarla muy serio antes de decirle algo a esa mujer. Esta sin perder el tiempo bajó las escaleras.

¿Qué le habría dicho para que su marido la mirara así? Suspiró mirando hacia la gente que contenta esperaba en el embarcadero, pero al ver que no bajaban, esas sonrisas se fueron difuminando poco a poco. Muchos la miraban a ella como preguntándose quien era. Entonces varios susurraron que era la hermana de Astrid. Se tensó enderezando la espalda, seguro que alguno de los que acudió a la boda de su hermana la había reconocido. Esperó que su esposo se pusiera a su lado para darle su lugar, pero de repente le vio en el embarcadero hablando con un anciano. Recordando lo que le había dicho su hermana de la primera vez que puso un pie allí, supo que su bienvenida no se iba a parecer en nada. No habría fiesta de dos días, su marido no se mostraría atento, ni las mujeres le harían regalos de bienvenida, entre otras cosas porque no sabían que llegaba. Pero si al menos su marido hubiera estado con ella al bajar... Se acercó a la pasarela ignorando el dolor de espalda de tener al niño en brazos durante tantas horas y fue Bjorn quien la ayudó a descender. —Gracias —dijo agotada.

Él viendo la decepción en su rostro apretó los labios antes de apartarse para gritar que había que subir al barco un tonel de agua. Preocupada por su familia se quedó allí de pie sin saber qué hacer y cuando Ake se volvió gritó —¿Qué haces, mujer? ¡Vete a la casa y que le den de comer al niño! ¿No ves que tiene hambre?

Ese reproche en público le hizo perder el poco color que le quedaba en la cara y miró hacia el niño que se acababa de despertar, pero simplemente la miraba como si estuviera fascinado con ella. Al levantar la vista fue consciente de como todos la miraban y susurraban.

Avergonzada porque ni siquiera la había llamado esposa, elevó la barbilla y pasó entre la gente para ir hacia la casa grande que era evidente que pertenecía al jarl.

Jamás se sintió más humillada en la vida mientras esas gentes volvían la cabeza a su paso y susurraban. Pero su orgullo hizo que no mostrara su dolor en público. Ya lloraría en privado, porque ese destino se lo había buscado ella al poner los ojos en un hombre que realmente no merecía ni una sola de sus lágrimas, pero lo había descubierto demasiado tarde.

Capítulo 9

Entró en la casa y dos mujeres la miraron. La más mayor se acercó de inmediato. —Pero si está aquí el pequeño Hako.

—¿Puedes cogerlo?

—Sí, por supuesto. —Lo cogió en brazos y este chilló en señal de reconocimiento.

La mujer sonrió al niño. —¿Estás más grande?

Liska suspiró del alivio. —Come muy bien. ¿Cómo te llamas?

—Ingrid. ¿Y tú?

—Soy Liska. ¿Te ocupas de la casa?

—Entre mi hermana y yo. —Le indicó con la cabeza a la mujer que la acompañaba. —
Bienvenida.

Sonrió. —Gracias. ¿Puedes buscar a alguien que le alimente?

—¿Y sus matronas?

—Están enfermas.

—Oh... —Miró al niño como asegurándose de que estaba bien.

—Hako está bien. Han bebido agua en mal estado.

—Qué fatalidad, espero que se recuperen.

Pues a ella le daba igual, la verdad. Un problema menos. —¿Puedes indicarme dónde está

la habitación del jarl?

La miró sin comprender, pero era evidente que su estatus era muy superior al suyo por el vestido que llevaba, así que dijo —Subiendo esa escalera de ahí, la habitación del fondo del pasillo.

—Gracias. ¿Me pueden llevar agua para asearme y algo de comer?

Confundida asintió y Liska sonrió yendo hacia las escaleras deseando quedarse sola. —Eres la hermana de Astrid, ¿no?

Se detuvo en seco a mitad de la escalera y se volvió para mirarla. —Sí, lo soy.

—Os parecéis mucho.

Eso fue como una cuchillada en su corazón y se preguntó cuándo iba a dejar de doler. Cuando dejara de latir, seguramente. Sin dar más explicaciones siguió subiendo la escalera y dijo —Que suban mi equipaje, quiero cambiarme.

Cuando desapareció de su vista se apoyó en la pared intentando reprimir las lágrimas y entonces escuchó —¿Es su amante? ¿Su hermana es su amante? —susurró la más joven atónita —. ¿Va a compartir su lecho aquí?

—Cuando el jarl enviudó sufrió mucho, igual es un consuelo.

Reprimió un sollozo y corrió hacia la habitación cerrando la puerta lo más aprisa que podía. Entonces supo que esos sentimientos que la ahogaban no podría soportarlos durante mucho tiempo.

Minutos después unas esclavas le llevaron algo de agua y un plato de comida. Mientras se aseaba escuchó cuando llegaron los hombres y como su marido pedía hidromiel. —¡Eso, jarl! ¡Bebamos por los novios! —gritó Bjorn.

Liska apretó los labios poniéndose de nuevo el vestido interior porque no le habían llevado su equipaje. Al parecer beber era mucho más importante que el bienestar de su esposa. Cogió el vestido que había llevado en el viaje con intención de ponérselo cuando vio el baúl labrado de su hermana en una esquina. Dejó caer el vestido de la impresión porque aún estuviera allí un año después de su muerte y sintiendo que temblaba el suelo se acercó lentamente para acariciar la tapa. Era exactamente igual que el que ella tenía. Se lo había hecho un artesano que había pasado por su pueblo y su padre había encargado dos iguales para sus hijas. Elevó la pestaña que lo cerraba y tiró de ella para abrirlo. Sus labios temblaron al ver los vestidos que ella había hecho. Elevó uno en color azul que siempre le había encantado y al hacerlo vio su vestido de novia. Tiró de él para ver el hilo dorado que bordaba los puños de la tela blanca. Había elegido ese color aunque Aila había puesto el grito en el cielo porque se ensuciaría mucho y después no podría usarlo. Un despilfarro, le había dicho, pero el color blanco demostraba pureza y quería que su marido se sintiera orgulloso de ella en el día de su boda. Hasta había pensado cómo quería la corona de flores que llevaría en la cabeza y su largo cabello estaría suelto pues estaba muy orgullosa de él. Una lágrima cayó por su mejilla.

Se abrió la puerta sorprendiéndola y su marido al ver lo que tenía en la mano se tensó. — ¿Qué haces, esposa?

Se sintió como si estuviera haciendo algo mal cuanto todas esas cosas le pertenecían. — Nada. —Dejó caer el vestido y cerró la tapa de un golpe seco. —Creía que era el mío, como son iguales... —mintió molesta—. Pedí que me trajeran mi equipaje, pero todavía no ha llegado.

—Haré que saquen este de inmediato.

Al parecer ni quería que tocara sus cosas. Era evidente que la había amado mucho más de lo que le había dicho. —Pues no entiendo por qué tienen que sacarlo.

—¿Cómo has dicho?

—Si lleva ahí un año no entiendo por qué ahora quieres sacarlo —dijo con segundas—.

De todas maneras, todo lo que hay ahí dentro me pertenece, así que se queda.

—¿Quieres conservar sus cosas? —parecía atónito.

—Mis cosas. Yo las hice.

—¡Se las diste!

—Y ahora como tu esposa y su hermana me pertenecen. Si quisiera ponérmelas es asunto mío.

—No te pondrás sus vestidos, ¿me oyes?

—¿Por qué marido? ¿Duele?

—¡Todos los verán! ¡Qué pensarán de ti!

—¿Qué pensarán de mí? Que me acuesto con el marido de mi hermana porque te recuerdo a ella. —Apretó los puños con rabia. —¡Unos vestidos no tienen importancia! ¡Si hasta hace unos minutos ni sabían que era tu esposa!

—¡Pero ahora ya lo saben!

—¡Vaya, muchas gracias! ¡Y como estás tan amable espero que hayas enviado un barco a las tierras de mi padre para avisarle del riesgo que corren con el pozo!

—¡Están preparando el barco para la travesía!

Le miró con desprecio antes de ir hasta la cama y acostarse. —¿No piensas bajar?

—¿Para qué?

—Están festejando nuestros esponsales.

—Ah, ¿pero hay algo que celebrar? —Le dio la espalda y le escuchó suspirar, pero no se fue de la habitación lo que demostraba que aún no había acabado.

—Vístete esposa —dijo fríamente.

—¿Es una orden?

—¡Sí!

Se levantó de la cama de malos modos y agarró su vestido. —Como digas, mi jarl —dijo con burla.

—Cambia de actitud, mujer. ¡Si no te he presentado como debería ha sido por las circunstancias que tuvimos en travesía! ¡Había que atender a los enfermos!

—¿Por qué será que siempre tienes excusa para todo?

La miró furioso antes de salir de la habitación dando un portazo, pero que se enfadara le dio absolutamente igual. En realidad ya le daba todo lo mismo. Se sentó en la cama mirando al vacío sintiendo que esa vez ya no había vuelta atrás. La había decepcionado tanto, en tantas ocasiones, que ya no se creía capaz de perdonarle. Pero sobre todo no le perdonaba una cosa, como su familia enfermara por no haberles avisado a tiempo, aquel matrimonio se había terminado.

Bajó las escaleras y todos se fueron callando poco a poco para mirarla. Era evidente que no se encontraban ante la novia risueña que debía ser y no pensaba disimular que lo era, así que caminó en silencio hasta su marido que estaba a la cabecera de la mesa. —Ya estoy aquí, esposo.

Este furioso le indicó con la cabeza que se sentara a su izquierda sin ni siquiera levantarse de la silla. No movió un solo gesto yendo hacia donde le decía y se sentó apoyando las manos sobre sus muslos. Él al ver que no se servía nada la miró. —¿No piensas comer?

—Ya he desayunado, jarl —dijo mintiendo descaradamente porque el plato que le habían llevado, al final ni lo había tocado—. No estoy acostumbrada a celebraciones tan tempranas, sobre todo después de no haber dormido durante toda la noche.

Se volvió a quedar en silencio y Ake la miró fijamente mientras ella tenía la vista al frente. Sus ojos coincidieron con los de Bjorn y este carraspeó levantando su jarra. —¡Por los

novios!

La gente gritó lo mismo antes de beber, pero no es que fueran gritos demasiado efusivos. Se hizo un ambiente incómodo para todos.

Bjorn carraspeó antes de beber de nuevo y Liska miró a su marido. —¿Cuándo saldrá el barco a avisar a los míos?

El jarl dio un golpe en la mesa haciendo caer varias jarras y se levantó para sisear —Vete a la habitación.

Le miró con rencor. —Lo haré gustosa, mi jarl.

Se levantó furiosa y corrió hasta las escaleras. Bjorn apretó los labios y negó con la cabeza mientras el jarl gritaba —¡A trabajar! ¡Preparaos para la caza, panda de vagos! ¡Apenas habéis ahumado carne!

Los hombres salieron en estampida sabiendo que el jarl cuando estaba de ese humor abría cráneos. Un hombre entró en la casa del jarl a duras penas porque todos le empujaban y cuando consiguió llegar a él dijo sin aliento —Vali ha muerto, mi jarl.

Apretó los puños. —Preparadle la pira.

Este asintió antes de salir corriendo y Ake se sentó de nuevo suspirando. —Sé que en este momento no quieres oírlo, pero como le pase algo a su familia estarás en un problema serio, jarl —dijo su segundo.

—¿Qué debía hacer? ¿Dar la vuelta? Todavía no sabía lo que ocurría con el agua, podía ser otra cosa.

—Y aun así querías ir a casa.

Apretó los labios. —Sabes que Gunilda es la mejor curandera del contorno. ¿Si hubieras caído enfermo preferirías que te atendiera esa vieja que casi ni ve de las tierras de su padre o ella?

Bjorn asintió. —Entiendo lo que quieres decir, pero no se lo has explicado a tu esposa y este retraso... Es lógico que esté preocupada por ellos.

—Y saldrán.

—Demasiadas horas, jarl.

Le fulminó con la mirada. —He hecho lo mejor para los míos.

Bjorn apretó los labios porque era evidente que no quería dar su brazo a torcer y era porque su esposa había puesto en duda su decisión. Es más, desde que habían desembarcado estaba de peor humor si eso era posible y eso que casi no había hablado con ella. Podía achacarlo a que había visto el almacén de las provisiones, pero algo le decía que había algo más. —¿Qué ocurre, mi jarl? Desde que hemos llegado estás más alterado. ¿Te arrepientes de haberla tomado por esposa?

Le fulminó con la mirada y se levantó. —Vamos, hay mucho que hacer.

Apretó los labios viéndole ir hacia la puerta y él le siguió. Cuando llegaron al establo la curandera se apresuró para acercarse a ellos. El jarl que estaba a punto de subirse al caballo, pero se detuvo en seco para esperarla. —¿Cómo están?

Gunilda hizo una mueca. —Los más fuertes sobrevivirán, pero Vali no podía superarlo, ya estaba enfermo y era mayor.

—¿Cómo enfermo? No me lo dijiste.

—Me rogó que no te dijera nada, quería hacer este último viaje, pero estaba débil, era muy mayor y en la última batalla en el sur fue herido. Casi muere y eso mermó su salud. Sobre lo que te dije antes, jarl....

Él se tensó. —Hazlo.

—¿Estás seguro? —preguntó preocupada.

—Y cuanto antes. —Se subió al caballo y tiró de las riendas volviendo su montura. El jarl

gritó haciendo que sus guerreros le siguieran.

—¿Qué ocurre, madre?

La mujer miró fijamente a su jarl mientras se alejaba. —Va a destrozar la vida de los dos. Tiene algo en su interior que no le dará paz y eso provocará su muerte.

Bjorn se preocupó porque Gunilda nunca fallaba. —¿Qué puedo hacer?

—Es algo que solo puede resolver él —dijo antes de volverse.

Él la siguió. —¿De qué hablaba?

—Si no te lo ha dicho el jarl yo no diré nada. —Le miró de reojo. —Además, tú nunca le traicionarías.

—Antes muerto.

—Pues entonces deja las cosas así.

La cogió por el brazo deteniéndola. —Madre, ¿qué ocurre?

Apretó los labios. —Está preñada. Quiere que le dé una de mis pócimas sin que lo sepa para que lo pierda.

Bjorn palideció dando un paso atrás horrorizado con las intenciones de su amigo. —Es su hijo.

—No quiere que ella muera como lo hizo su hermana.

—¡No es Odín para decidir algo así!

—¿Qué quieres que le diga, que no voy a hacerlo? Perderemos nuestro estatus, hijo. Ya sabes cómo es cuando se le mete algo en la cabeza.

Apretó los labios. —No le reconozco.

Ella cogió su antebrazo mirando sus ojos negros. —Intenta que entre en razón sin decirle lo que te he contado. Intenta que se dé cuenta de que es un error porque si no rectifica una sombra muy negra caerá sobre él y entonces sí que no se recuperará. Los remordimientos le

llevarán a la muerte.

Bjorn asintió. —Lo intentaré, madre. —Entrecerró los ojos. —Te juro que lo intentaré. Mientras tanto no hagas nada.

Tumbada en la cama suspiró mirando el techo y llamaron a la puerta. Se sentó. —Adelante.

Ingrid entró en la habitación con una bandeja. —Te traigo la comida.

—No tenías que molestarte, no tengo hambre.

Ella al ver su plato del desayuno sin tocar apretó los labios antes de forzar una sonrisa y acercarse a la cama. —Es un caldo de verduras y algo de carne. Cocino muy bien, ¿sabes? No me hagas el feo.

Sonrió sin poder evitarlo y dejó que le pusiera la bandeja sobre las rodillas. —No estoy enferma.

—Ha debido ser una noche dura. El barco ya ha salido y seguro que se dan mucha prisa.

Perdió la sonrisa mirando el caldo. —Mi hermano toma leche por la mañana. Y mi padre toma cerveza.

—¿Ves? No te preocupes, seguro que no pasará nada.

—Pero Aila solo bebe agua —susurró pensativa.

—¿Aila?

—Es la mujer que nos crió. —Cogió la cuchara. —A mi hermana y a mí. Fue cuando murió mi madre. La primera esposa del jarl.

—Así que tu hermano solo es hermano de padre.

—Su madre murió en el parto. Desde entonces no ha vuelto a casarse.

—Debe ser duro enterrar a dos esposas.

Se metió la cuchara en la boca para no tener que contestar. Ingrid se apretó las manos incómoda. —¿Te gusta?

—Está delicioso, gracias.

Sonrió. —Para esta noche haré algo especial, para celebrar vuestro matrimonio.

Parpadeó porque pensaba que ya había dejado claro sus intenciones sobre celebrar nada después del recibimiento que le había dado su marido. —No te preocupes...

—Si no es molestia. No será algo a lo grande por los entierros, pero...

La miró asombrada. —¿Entierros?

Ingrid separó los labios. —Vali ha muerto y una de las matronas también.

Se quedó sin aliento. —¿Cuál?

—Nilsa. Sufría muchos dolores y se cortó el cuello. —Impresionada dejó caer la cuchara. —Sí, es terrible.

—¿Cómo está Aslaug?

—Aguantando. Parece que la pócima de la curandera la ha aliviado algo y vomitó mucho.

Asintió y pensando en ello siguió comiendo. Cuando tragó dijo —Hoy habrá una cena como la de cualquier noche por respeto a ellos y a sus familias.

Ingrid susurró —Es pastel de melaza.

La miró a los ojos. —No se hará nada que se salga de lo normal, ¿me has entendido?

—Sí, Liska.

—Sería aún más doloroso para ellos que nosotros estuviéramos de celebración durante su duelo. Si estuviera en su lugar me molestaría mucho.

—Entonces lo dejaré para mañana.

Sonrió sin poder evitarlo. —Muy bien, mañana hablaremos de ello.

La mujer correspondió a su sonrisa. —Tu equipaje está fuera. No querían molestarte por si estabas dormida.

—Gracias.

—No hay de qué —dijo observándola—. Se han ido a cazar.

Se tensó con evidencia.

—Te lo digo por si estabas preguntándote dónde estaba el jarl.

Asintió. —Pues no.

Ingrid se sentó a su lado. —Es muy buen jarl, justo y muy trabajador. El que más.

Se mantuvo en silencio.

—Tu hermana...

—No quiero hablar de mi hermana —dijo cortante.

Se sonrojó. —Sí, por supuesto.

—Puedes llevarte la bandeja. No puedo más.

Ingrid la cogió a toda prisa y fue hasta la puerta, pero antes de salir se detuvo para mirarla. —Me gustaría que fuera feliz, pero feliz de verdad no esa quimera que nos mostraban.

La miró sorprendida. —¿Quimera?

La mujer entró de nuevo dejando la bandeja sobre la mesa. —¿Conoces la vida anterior del jarl? ¿Antes de casarse con tu hermana?

Negó con la cabeza. —Nunca ha hablado de ello. Solo nos dijo que su familia había muerto.

—Su padre fue el jarl y siempre trató muy mal a su esposa. —Se le cortó el aliento. —Y cuando digo muy mal digo que le daba unas palizas de muerte. Embarazada de su segundo hijo le dio un golpe en la cabeza que la mató en el acto. Estaba borracho y cuando se dio cuenta de lo

que había hecho intentó justificarse diciendo que ella le había sido infiel. Todos sabían que era mentira. Yo era una niña y vi como los ancianos le recriminaban su actitud. ¿Qué hizo él? De la rabia y el alcohol que corría por su sangre mató al más mayor clavándole la espada en el corazón. Su pueblo se reveló y el jarl terminó ajusticiado. Murió en el poste del patio y su hijo lo vio todo. Un tío suyo tomó su puesto. Un mal jarl que solo se llenaba la barriga imitando a su hermano. Evitaba los conflictos y cuando Ake tenía dieciséis años murió en Heirst a manos de una puta que quería su oro. Ake volvió a casa con la cabeza de esa mujer en una pica. Le eligieron jarl porque desde siempre intentó parecerse poco a sus progenitores e impartía justicia con mano de hierro. A veces dice lo que piensa de malas maneras y se ha ganado enemigos, pero los nuestros no pueden estar más orgullosos de él porque a pesar de la sangre que corre por sus venas no podía haber hecho un trabajo mejor. Ha sido valiente, ha hecho próspero a su pueblo y es férreo en sus convicciones.

—No lo sabía.

—Si te lo cuento es para que te des cuenta de que nunca ha conocido lo que es el verdadero amor hasta que tuvo a Hako en brazos.

—Mi hermana...

—Oh, por Odín... ¿Tu hermana? No te ofendas, pero era una caprichosa que solo quería su atención. Se sintió halagado y vivió esa quimera hasta que abrió los ojos y se dio cuenta realmente como era su esposa.

—Lo sabes —dijo sin aliento.

—Claro que lo sé. Les escuché discutir en esta misma habitación. Te robó tu sitio, le mintió. Y mi jarl no es de los que soporten una mentira y más de ese calibre. Sé que intentó perdonarla por seguir sintiendo ese espejismo que le embriagaba casi desde el principio, además iba a darle un hijo, la razón de ese matrimonio. Era su esposa y lo intentó, pero le conozco muy bien y jamás volvió a mirarla igual. Y ella también lo sabía, por eso cuando le llamaron para la

batalla insistió en acompañarle a pesar de los peligros a los que se enfrentarían. Su embarazo aún no era evidente y el jarl lo consintió, pero después de la batalla tuvieron que quedarse en el sur para realizar incursiones y su vuelta se retrasó varios meses. Mi marido les acompañó. Y me contó todo lo que discutían. También me contó lo mal que estuvo después de su muerte, ¿y sabes por qué? Porque la poca felicidad que había sentido en su vida no se iba a repetir, acababa de desaparecer por completo con la persona que se la había proporcionado. Eso unido a los remordimientos de haberla llevado con él le hundieron, pero su hijo elevó su espíritu de nuevo y desde entonces se ha volcado en él.

—¿Qué quieres decirme con esto, Ingrid?

—Antes cuando bajaste vi algo en tu mirada que me llamó la atención. Dolor y decepción. Y eso solo se siente cuando alguien te importa. Si mi jarl te importa, si te has casado con él con la esperanza de que algún día te ame, debes demostrarle lo que le amas tú primero porque él no sabe cómo mostrarte sus sentimientos. Jamás ha aprendido. Con Astrid era fácil siempre estaba encima de él, ¿pero con alguien que le rechaza? Está educado para ignorar el dolor, para no mostrar sus sentimientos, solo furia y ansias de venganza. Es el jarl, es lo que se espera de él.

—No pienso darle la razón en todo para no dañar su orgullo. Yo no soy así. Y en el barco cometió un error.

Ingrid levantó una ceja. —¿Lo cometió?

—¡Sí, mi familia está en peligro! ¡Debió avisarles!

—Yo creo que se dejó llevar por el pavor que sintió a que su hijo le ocurriera algo y le quería lo más cerca que fuera posible de la curandera.

—¡A costa de los míos!

—A costa de cualquiera, es lo único que tiene.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Y yo?

—¿Tú qué?

—¡Soy su mujer!

—¿Eres su mujer? ¿La persona que le dejó en ridículo ante sus hombres en el desayuno es su mujer? Dejaste muy claro que no estabas contenta con este matrimonio, ¿cómo crees que se sintió él?

—¿Acaso no tengo derecho a enfadarme? ¿A disgustarme por su actitud?

—No sé cómo es tu padre, pero mi jarl puede aceptar las críticas, pero jamás en público. Solo Bjorn tiene la suficiente confianza para decirle lo que piensa y siempre, siempre en privado.

—Su silencio la hizo sonreír. —Eres hija de un jarl y sabes de sobra cómo se comportan. Gritaros en privado, pero en público debéis ser uno solo frente a todos. ¿O quieres que pongan en duda su mando?

La miró molesta. —Sé perfectamente cómo se comporta un jarl. ¡He crecido con uno que fue quien me dio la vida! Y precisamente porque he vivido con uno, sé que hay que anteponer al pueblo a tu propio bienestar. ¡Ese es el deber de un líder!

—¿Y si hubieras sido tú la enferma?

—¡Si hubiera sido yo la enferma hubiera dicho exactamente lo mismo, porque es mi deber como su esposa hacerle ver lo que es correcto! ¡Si no sabe digerirlo no es mi problema! ¡Yo no he hecho nada malo y no pienso disculparme por mi comportamiento! Y si crees que voy a arrastrarme por conseguir su amor... ¡No lo he hecho nunca y no lo pienso hacer! No pienso fingir que todo va bien, que no me importa nada que mi familia pueda estar enferma o que no me importa que no me haya presentado a los suyos siquiera. ¡Por Odín, si tuve que entrar sola en la casa! ¿Celebración? ¡Qué iba a celebrar si jamás en la vida me he sentido más insultada! ¡Y para colmo su ropa sigue ahí! —gritó señalando el baúl—. ¿Cuándo va a pensar en mis sentimientos? ¡En mí!

Ingrid apretó los labios. —Cuando sienta que le amas.

—¿Y acaso no se lo he demostrado ya? ¡A pesar de humillarme eligiéndola a ella, a pesar de casarse con Astrid estoy aquí! ¿Qué más quiere de mí? ¿Mi sangre? —Le mostró el antebrazo. —¡Solo derramo mi sangre cuando los míos mueren, nunca antes! ¡Ahora sal de mi habitación!

Viendo esas cicatrices Ingrid palideció y salió de la habitación a toda prisa.

Capítulo 10

Cuando llegó el jarl no vio a su esposa por ninguna parte y subió a la habitación. Abrió la puerta y vio que el cofre de Astrid estaba abierto y todos sus vestidos estaban desgarrados. Apretó los labios saliendo de la habitación y bajó los escalones a toda prisa acercándose a Ingrid que empezaba a servir la cena. —¿Y mi esposa?

Le miró sorprendida. —¿No está arriba?

El jarl salió de la casa e iba a ordenar que la buscaran cuando la vio sentada sobre una roca mirando el fiordo. Se acercó a ella y cuando se puso a su lado vio cómo se tensaba. Se quedaron en silencio durante unos minutos. —Dijiste que esta vez harías las cosas bien.

Se envaró por el reproche mirando su perfil. —¿Hacer las cosas bien significa hacer lo que tú quieres? No soy un pelele que puedas manejar a tu antojo.

Le miró a los ojos. —¿Cómo hacía ella?

—¡Ya te he dicho mil veces que la olvides!

—Intento hacerlo, te lo aseguro, pero me lo pones muy difícil. La primera vez que vinisteis después de la boda me contó muchas cosas. —Miró al fiordo. —Muchas... Hasta como la besabas para despertarla. O la vez que la sorprendiste llevándole flores cuando se enfrió y tuvo que permanecer en la cama. —Ake separó los labios de la impresión por el dolor que expresaba su rostro. —Y a mí no dejas de humillarme. Es difícil no comparar.

—Esposa...

—No me llames así —dijo entre dientes—. Ni se te ocurra llamarme así. Voy a volver a casa de mi padre.

—No vas a dejarme. —Furioso la cogió por el brazo. —Esta será tu vida hasta que te mueras. ¿Me has entendido? —gritó en su rostro.

Sonrió con tristeza. —Sabía que dirías eso. Tu orgullo, el orgullo del jarl tiene que prevalecer frente a lo que desean los demás.

—No digas estupideces —dijo con desprecio empujándola—. Ahora entra en casa.

Se volvió furiosa. —¿Crees que no te conozco? ¡Te conozco muy bien! Estás enfadado conmigo porque no me pliego a cada uno de tus deseos, porque no acato cada una de tus órdenes.

—¡Te lo advertí en casa de tu padre! ¡Yo soy el jarl! ¡Yo tomo las decisiones y lo llevo haciendo desde que era apenas un niño! ¡No eres nadie para inmiscuirte!

Sonrió con ironía. —Sé que no soy nadie para ti, lo sé desde hace tiempo. Pero si creías que casándote conmigo conseguías una mujer sumisa que te diga que sí a todo no has podido errar más, mi jarl.

—¡Antes lo eras!

—¿De veras lo crees? ¡He tenido que hacerme cargo de la casa de mi padre desde niña! ¡Fui madre con diez años y he tenido que educar a mi hermano! ¡He apoyado y aconsejado a mi padre! ¡No soy la mujer que creías callada y sumisa porque no lo he sido nunca!

—¡Pues es evidente que nos has engañado a todos, incluso a tu padre!

—¡Jamás he puesto en duda las decisiones de mi padre porque es un jarl como no hay otro!

—Al contrario que yo —dijo con rabia.

—Tú lo has dicho. Demostraste que no tenías palabra al cancelar nuestro compromiso, aunque ni me imaginaba la clase de jarl que eres, pero hoy me has dejado muy claro que te falta

mucho para llegar a su altura —dijo con desprecio.

—¿De veras? —Dio un paso hacia ella amenazante. —Siento no cumplir tus expectativas, esposa. Pero tendrás que soportarlo, porque antes de que me abandones dejándome en ridículo ante los míos, te mato.

Se le cortó el aliento. —Eres igual que tu padre.

El tortazo la tiró al suelo y asustada le miró llevándose la mano a la mejilla. Parecía tan sorprendido como ella y dio un paso hacia Liska. —Preciosa...

—¡Te odio, te odio! —gritó sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas. Se levantó y salió corriendo sin ver siquiera a donde se dirigía.

Ake se llevó las manos a la cabeza volviéndose y Bjorn escondido entre las sombras negó con la cabeza sin poder creérselo. El perfil iluminado por la luz de la luna mostró la tortura de su alma y Bjorn volvió la cabeza para ver que Liska se adentraba en el bosque huyendo de su marido. Acababa de romper su matrimonio, porque si conocía algo a esa mujer no pensaba pasar por alto lo que acababa de ocurrir. Ya le había perdonado demasiadas veces. Lo de la posibilidad de que su padre enfermara la había afectado, pero aquello la había roto por dentro. —Cuida tus espaldas, jarl —dijo por lo bajo antes de alejarse. Mejor hablar con él cuando estuviera más calmado.

Ake se volvió para seguirla y al llegar a la entrada del bosque escuchó su llanto. Entró entre los árboles y caminó hasta ella. Se le encogió el corazón al verla sentada tras un árbol abrazándose las piernas. El crujido de una rama bajo su bota la alertó y asustada levantó la vista hacia él. Ver a su mujer asustada por su presencia le recordó a su madre y sintió que sus entrañas se retorcían. —Si quieres irte, puedes hacerlo. —Se le cortó el aliento siendo muy consciente del arrepentimiento que reflejaba su rostro. —Te he fallado, lo admito. No es la primera vez y entiendo que no me perdones. Solo puedo excusarme y pedirte perdón. Pero te juro por Odín que cuando quise que fueras mi esposa lo deseaba de veras y todavía lo deseo, pero tienes razón no te

conocía. No puedo esperar que seas una esposa sumisa cuando si algo me atrajo de ti fue tu entrega a los demás y tu valentía.

—¿Por qué me has tratado así?

Él apretó los puños. —Estaba asustado por perder lo que más quería y lo pagué contigo porque replicaste mis decisiones —dijo fríamente—. Es algo que no volverá a pasar. Cuando estés lista para irte el barco estará esperando.

Se volvió para alejarse y Liska sintiendo muchísima rabia en su interior gritó —¡Eres un cabrón!

Él se detuvo en seco sin volverse.

—No quiero volver a verte, ¿me oyes? ¡No eres un jarl! ¡Qué digo jarl, si ni siquiera eres un hombre! —gritó fuera de sí—. ¡Criticabas a mis pretendientes cuando tú eres el peor de todos! ¡No sabes lo que siento haber derramado tantas lágrimas por ti! ¡Pero te juro por Odín que eso no volverá a pasar nunca más!

—Y no sabes cómo me alegraré de ello —dijo antes de alejarse.

Se le cortó el aliento y cuando le perdió de vista sintió un vacío en el pecho que la hizo sollozar. Se había acabado. Ya no insistiría más, su orgullo le impediría hacerlo. Se había terminado y en cuanto se fuera de allí ya no le vería más. Y en ese momento estaba segura de que era lo mejor.

En cuanto llegó a la casa estaba dispuesta a irse y se acercó a su marido que estaba sentado en su gran silla ante la mesa. —Quiero irme ahora.

—¿Irte? —preguntó Bjorn sorprendido—. ¿Irte a dónde?

—Regreso a casa de mi padre.

—Pero eso no puede ser hasta dentro de dos días, jarl. Están haciendo reparaciones en los barcos y hasta que no regrese el que enviamos a casa de su padre no podrá partir.

—¿Los que están fuera flotan? Pues me vale cualquiera.

—No lo has entendido. Se están sustituyendo los timones, así que por mucho que floten...

El jarl apretó los labios. —¿Cuándo has dado esa orden?

—Antes de irnos de caza. Esta mañana me ordenaste que se repararan. Jolk creyó oportuno sustituirlos porque dos estaban en mal estado.

Ake dijo sin mirarla. —En cuanto llegue el barco que ha sido enviado a casa de tu padre o se terminen las reparaciones en cualquiera de las embarcaciones que están en puerto, podrás irte.

Le miró furiosa antes de correr hasta las escaleras. Bjorn susurró —Me debes una, jarl.

Apretó los labios. —Se irá igual. —Bebió de su jarra y su amigo vio en su rostro el desprecio que sentía de sí mismo.

Le miró de reojo dejando su jarra en la mesa y les dijo a los demás —Dejadnos solos.

Sus hombres se levantaron de inmediato llevándose sus platos para sentarse en otras mesas y el jarl sonrió irónico. —Has hablado con tu madre.

—Perdónala por revelar tus órdenes, pero está muy preocupada por tu situación, jarl. Es un error.

—¿No se lo ha dado todavía? —preguntó sorprendido—. No puede irse en su estado. Así le costará encontrar marido. Puede que uno con hijos, pero...

—Tú no quieres que otro ponga sus manos sobre ella, jarl.

Juró por lo bajo sin contestar.

—Debes rectificar tu actitud y demostrarle todo lo que te importa.

—¡Ella no querrá ni que me acerque con un palo! —Intentó controlarse. —No sabes lo que he hecho.

—Lo he visto y... Otro jarl la hubiera matado por su desprecio, lo sabes muy bien.

—No intentes justificarme. Jamás pensé que me comportaría como mi padre sin una razón poderosa. Y todo lo que dijo me lo merecía.

—Está bien que te des cuenta. Vuestro matrimonio está en la cuerda floja y...

—Está roto, Bjorn. Se va a ir.

—Siempre puede cambiar de opinión. Estoy convencido de que ella te ama, jarl. ¿Por qué soportó que te casaras con su hermana? Porque quería que fuerais felices.

¿Y qué mujer te rechazaría en matrimonio, aunque hubieras estado casado con su hermana? Una que siente miedo, pavor por no conseguir tu amor y sufrir continuamente a tu lado. Y ella lo hace. Te exige cosas que demuestran todo lo que desea que le entregues tu corazón. —Los ojos del jarl se entrecerraron. —Desea tu atención, tu apoyo y tu amor. Desea que le des su lugar y si viera que cambias de actitud...

—He matado su amor. Lo he visto en sus ojos.

Bjorn vio que parecía desesperado. —La amas.

—Cállate —dijo entre dientes.

—Demuéstraselo. Eres como un hermano para mí y odio ver cómo te haces esto. Ella no dará el paso de decirte lo que siente porque teme que le hagas más daño, pero si tú...

—No sé hacerlo. Lo he intentado y no ha podido salir peor.

—Bueno, no la has matado, así que...

—Muy gracioso.

—Me refiero a que todavía estáis a tiempo.

En ese momento se acercó Gunilda. —Mi jarl... Ya está hecho.

Ake palideció. —¿Qué has dicho?

—Se lo eché en un caldo en la comida. Tranquilo, ni se dará cuenta y pensará que sangra como cada mes.

—Pero madre, quedamos que no harías nada todavía.

—He seguido las órdenes de mi jarl —dijo antes de volverse.

Ake cerró los ojos antes de dar un manotazo que tiró lo que había sobre la mesa. Bjorn apretó su hombro. —No te tortures.

Se llevó las manos a la cabeza. —¿Qué he hecho?

—No lo sabrá nunca.

—¡Lo sabré yo!

—Era lo que querías tanto si se iba como si se quedaba. No querías que le sucediera lo mismo que a su hermana. Querías que viviera y te has equivocado. Estás confuso y tomaste una decisión errónea.

—No merezco ser el jarl.

Asombrado dijo —Jamás vuelvas a decir eso.

—Ella tiene razón, no merezco el honor de ser el jarl de mi pueblo.

Un grito espeluznante en el piso de arriba le hizo levantarse de golpe y corrió como Bjorn que le siguió con la espada en la mano. Al llegar arriba vio a Ingrid ante su puerta mirando el interior con horror. Ake la apartó y perdió todo el color de la cara al ver a su esposa sentada en la cama mirando el profundo corte en su brazo del que no dejaba de fluir la sangre que manchaba su vestido. Asustado se acercó a ella gritando —¡Llama a tu madre! —Cogió su brazo y apretó su herida con fuerza. —Preciosa, ¿qué has hecho?

Las lágrimas cayeron por sus mejillas. —Estás muerto para mí —dijo con la mirada ida.

—No, no... —Desesperado gritó —¡Traed vendas, preparad el fuego!

Ingrid salió corriendo y gritando que necesitaban ayuda. Él agachado ante ella susurró —
¿Por qué lo has hecho?

Ella cerró los ojos y parecía que se mareaba, lo que le heló la sangre. La cogió por el
cuello. —No, no preciosa. Mírame.

Abrió los ojos y sonrió como si estuviera agotada. —Mi jarl...

—Sí, estoy aquí.

—Tengo frío.

Angustiado cogió una piel sin soltar su herida y se la puso sobre los hombros lo más
rápido que pudo. —Ya está. Ahora entrarás en calor.

—Me estás cuidando —susurró sin entender lo que ocurría.

—Sí, esposa. Y si te quedas conmigo te juro por lo más sagrado para mí que te cuidaré
siempre. —Al ver que se le cerraban los ojos la cogió por la barbilla de nuevo. —¿Me oyes?
Liska todo será distinto. Te lo juro por Odín.

—¿Me amarás como a ella?

El dolor traspasó el rostro del jarl. —Te amaré como a ninguna, preciosa. No habrá más
mujer para mí que tú.

Una lágrima cayó por su mejilla y alargó la mano para acariciar su rostro. Ake cerró los
ojos como si su contacto fuera lo mejor del mundo, pero al no sentir su roce de repente los abrió
para ver que estaba sin sentido. —¡Liska! ¡No, preciosa abre los ojos! —Asustado se acercó para
sentir su aliento. —¡Liska!

Gunilda entró en la habitación y se acercó de inmediato. —Déjame ver, jarl.

Él apartó la mano de su brazo y la curandera juró por lo bajo. —La herida es profunda y
aquí veo mucha sangre.

—¡Haz algo! Tienes que salvarla, ¿me oyes? ¡Tiene que vivir!

Gunilda se volvió ordenando a Ingrid lo que necesitaba mientras Ake miraba el rostro de su esposa que cada vez estaba más pálida. —No te librarás de mí, esposa. Ahora ya no. Siempre haces esto cuando pierdes a alguien que quieres y si me amas no dejaré que te vayas. Ahora ya no.

Sentado al lado de Bjorn miraba sus manos manchadas con la sangre de su esposa y su amigo dijo —Se pondrá bien, jarl. Mi madre te ha curado heridas mucho peores.

—Ha perdido mucha sangre. —Le miró a los ojos. —Y después de lo que le dio tu madre para perder el niño puede que...

—No pienses en eso. Madre sabe lo que hace.

Apretó los labios mirándose las manos de nuevo. —En este momento ruego a Dios que los hombres regresen con buenas noticias porque si no es así me va a costar convencerla de que debe quedarse.

—Ah, que debe quedarse.

Le fulminó con la mirada. —Se quedará.

Bjorn sonrió. —Me alegra mucho oírlo, mi jarl. Así que deberás convencerla de que se quede. ¿Cómo vas a hacerlo?

—La halagaré.

—No está mal. ¿Qué más?

—Dejaré que opine de mis asuntos, aunque la decisión la tomaré yo. Tendré que darle mis razones, por supuesto. Y Liska me darás las tuyas. Hablaremos como ella hablaba con su padre.

—Muy bien, jarl. ¿Qué más? —preguntó divertido.

—¿Te ríes? ¿Acaso no me crees?

—Te creo, jarl. Ahora estás convencido de ello, pero más adelante puede que se te olvide.

—No se me olvidará —dijo entre dientes.

—Muy bien, ¿y qué más?

Él miró la jarra que tenía delante y se quedó en silencio. —Si algún día se entera de lo del bebé...

—No se enterará.

—No lo hice, jarl.

Se volvió sorprendido para ver a Gunilda a su lado y esta sonrió. —Solo dije que lo había hecho para que te dieras cuenta de tu error. —Amplió su sonrisa al ver el alivio en su rostro. —Tu esposa se repondrá si no aparece la calentura. Ahora descansa. Se despertó cuando le quemé la herida y sin soltar un solo grito me llamó de todo. —Rio por lo bajo. —Tiene fuerza en su interior, mi jarl.

Ake corrió hacia la escalera y subió los escalones de dos en dos. Bjorn miró a su madre. —¿Es cierto? ¿No lo has hecho?

—Tenía que sentir los remordimientos cuando aún era remediable.

—Podías habérmelo dicho.

Ella levantó una ceja. —¿Acaso le convenciste?

—No me diste tiempo —dijo indignado.

Chasqueó la lengua alejándose. —Este niño.

—¡Madre, que ya soy un hombre!

—¡A la cama que es muy tarde!

Él puso los ojos en blanco siguiéndola. —¿Cuándo me case seguirás dándome órdenes?

—Depende de la mujer que elijas. Si me gusta la dejaré a ella.

—Ah, que le tienes que dar el visto bueno.

—Por supuesto. Más te vale que se parezca a Liska. Me gusta, tiene carácter.

Abrió los ojos sintiendo un intenso dolor en el brazo y lo elevó para ver que lo tenía vendado. —¿Estás bien?

Sorprendida volvió la cabeza para ver a su marido a su lado observándola y parecía preocupado. —¿Te duele?

—¿El barco ya está reparado?

Él entrecerró los ojos. —¿El barco? Están en ello. Pero tienes que recuperarte, casi te mueres. Ahora no tienes fuerzas de emprender el viaje.

—¿Casi me muero?

—¿No lo recuerdas? Preciosa, te cortaste en el brazo por mi muerte, ¿no lo recuerdas?

Le miró como si estuviera diciendo un disparate, aunque se sonrojó, lo que le puso alerta sobre que sus siguientes palabras iban a ser una mentira mayúscula. —Claro que no.

—Claro que sí. Tú misma me lo dijiste. ¿Cómo justificas el corte en el brazo entonces?

—Me caí y me corté.

—Por supuesto, entonces fue un accidente.

—Pues sí.

—¿No te cortaste porque estuviera muerto para ti? Como haces cuando pierdes a un ser querido.

—Por supuesto que no. Me caí y me corté.

—Entiendo, pues da igual porque estás muy débil para emprender el viaje.

Le fulminó con sus preciosos ojos azules. —¿Ya ha llegado el barco de las tierras de mi padre?

—Tranquila, que estará al llegar.

—Eso espero.

—¿Tienes hambre? —Se giró y antes de que se diera cuenta le puso sobre la barriga una bandeja. Ella estiró el cuello para ver un plato de cecina, queso de oveja algo de fruta y pan, pero al lado había algo que parecía un pastel. —Te lo ha hecho Ingrid. Su pastel de melaza es famoso por aquí.

—Es muy amable.

—Ella te encontró. Le debes la vida. Lo menos que debes hacer es comerte ese pastel.

—Así no puedo sentarme.

—Oh... —Él cogió la bandeja y con la mano libre tiró de su brazo sano sentándola de golpe. La bandeja apareció en sus rodillas y apenas un segundo después tenía las almohadas en la espalda.

Ella le miró asombrada. —Gracias.

Sonrió como si estuviera encantado. —De nada, preciosa. —Un vaso apareció ante su nariz. —¿Agua? Debes beber para reponer la sangre. Lo dice Gunilda.

—Oh... —Cogió el vaso de su mano y al rozarle se sonrojó. Disimulando dijo —Puedes irte. Seguro que tienes mil cosas que hacer antes del invierno.

—Se encarga Bjorn.

—Tú eres el jarl —dijo de mala uva—. Tú debes tomar las decisiones.

—Sí, y he tomado la decisión de que se encarga Bjorn.

—¡Qué te vayas! —gritó mirándole como si quisiera matarle.

—¡Ya te encuentras mejor! —dijo tan contento dejándola con la boca abierta—. Eso es

estupendo, esposa.

—¿Qué me has llamado?

—Es la costumbre —dijo como si nada—. ¿No bebes?

Le tiró el vaso de agua a la cara y este hizo una mueca. —Mejor voy a pedir más.

—¡Y no vuelvas!

Al alejarse le escuchó decir —Esta mujer...

—¿Qué has dicho? —gritó desgañitada—. ¡Mejor vete a reparar el barco!

—Mujer ya tengo hombres que se encargan de eso. —Salió de la habitación y parpadeó porque parecía... Parecía contento. ¿Contento porque se iba? La madre que lo parió. Agarró el pastel y se lo metió en la boca rebozándose toda la cara de melaza. Uy, que bueno estaba aquello. De repente hambrienta masticó con ganas antes de darle otro mordisco al pedazo que había quedado en la mano. Tendría que preguntar cómo lo hacía antes de irse. A su hermano le encantaría. ¿Por qué tardaban tanto los hombres de Ake en regresar? De repente se detuvo en seco con los ojos como platos. ¿Cuánto llevaba dormida? ¿Horas? ¿Días?

La puerta se abrió sobresaltándola y su marido con una jarra en la mano se detuvo en seco al ver su rostro. —¿Qué ocurre, esposa?

—Han vuelto, ¿verdad? Han vuelto y no quieres decirme la verdad.

Él suspiró. —No, no han vuelto.

—¿De veras? —Mirándole bien entrecerró los ojos. —No te creo.

—Soy tu jarl, tienes que creerme —dijo ofendido.

—¿Cómo si no fueras un fullero de primera!

—¡Liska!

—¿Qué? —preguntó chula—. ¡Me has mentido antes!

—No te he mentido —dijo intentando controlar su carácter—. Fue tu hermana la que

mintió.

Jadeó indignada. —¿La mencionas de nuevo? Y luego dices que no la amabas.

—Te he dicho que... ¡Deja de retorcer todo lo que digo!

—¿Han llegado o no?

—¡Te he dicho que no!

Suspiró del alivio antes de dar otro mordisco al pastel. Ake gruñendo por lo bajo llenó el vaso ahora vacío sobre la cama y se lo entregó, pero tenía las manos llenas de melaza así que se lo acercó a los labios. —Bebe.

Ella bebió con ganas dejando caer algo de agua sobre su vestido interior mojando la ligera tela, lo que provocó que se le marcara un pezón. Él carraspeó y Liska apartó los labios demostrando que no quería más. —Preciosa deberías beber un poco más.

—Después... —Le miró de reojo. —¿No te vas?

—Estás preñada.

Le miró con los ojos como platos mientras de su mano caía el pastel sobre la bandeja. —¿Qué?

—Lo ha dicho Gunilda y siempre acierta.

—¿Qué? —preguntó más alto.

—¿Crees que eso te haría cambiar de opinión respecto a irte? —Liska le miró como si le estuviera saliendo otra cabeza. —¿Te lo tienes que pensar? Lo entiendo. Otro jarl no lo entendería, pero yo lo entiendo.

Entrecerró los ojos. No podía ser, Odín no podía ser tan injusto con ella. —Mientes.

—¡Mujer, por mucho que insistas que te miento yo no te he mentado nunca!

—Que venga esa mujer.

Él sonrió. —Está en el pasillo esperando.

Asombrada vio que iba hacia la puerta tan contento y en cuanto la abrió pasó Gunilda. —
¿Cómo nos encontramos hoy? —preguntó como si fuera una niña. Una niña algo lenta.

—¡Mal!

Esta chasqueó la lengua—Vaya, pero se te pasará enseguida.

—Mi esposa quiere saber...

—¡No me llames así!

Él suspiró. —Liska quiere saber si está preñada.

—¿Ahora soy una vaca?

—¿Espera un hijo?

—Sí, mi jarl. Y por la mala leche que tiene diría que es un varón. Un fuerte guerrero
crece en sus entrañas.

—No, si la mala leche la tiene de hace un tiempo... —dijo él por lo bajo.

—¿Qué has dicho? —preguntó ofendida.

—Nada esposa.

—¡Qué no me llames así! —Él iba a decir algo, pero ella preguntó a Gunilda —¿Y eso
cómo lo sabes?

—Tengo un don. Me pasa desde chiquitita. —Levantó la barbilla. —Y nunca fallo, por
eso me eligió la antigua curandera.

—¡Me importa un pedito de ballena porque te eligió la curandera!

Gunilda jadeó ofendida y el jarl suspiró. —No se lo tomes en cuenta, está algo
impresionada con tu don.

—Pues no lo parece, jarl.

—¡No me creo nada! —Miró a su marido como si quisiera cargárselo. —Esto es una
estratagema de este... ¡Pues no me lo creo!

—Bueno, tú cuando te crezca el vientre no te sorprendas. —Gunilda soltó una risita. —
Porque no van a ser gases.

—Muy graciosa —dijo entre dientes.

—Como te veo tan bien, yo me voy que tengo tarea —dijo ella yendo hacia la puerta—.
Por cierto, Liska... He oído a través de la puerta que tienes intenciones de hacer un viaje. No lo
recomiendo hasta que esa herida esté curada.

—Me importa poco lo que recomiendes, bruja.

Esta soltó una risita. —Que simpática es tu mujer, jarl.

—Tiene días mejores.

—¿Y peores?

Él frunció el ceño. —Creo que últimamente tiene una mala racha.

Liska chilló de la rabia haciendo que la miraran con los ojos como platos. —Preciosa, ¿te
encuentras bien?

Le fulminó con la mirada antes de levantarse sobre la cama con bandeja y todo para
tirársela a la cabeza. Gunilda esquivó un plato de milagro, pero a él le dio la bandeja de pleno en
la cara. Esta cayó al suelo y él suspiró antes de mirar a la curandera que gimió al ver la sangre de
su nariz. —Jarl así no se curará nunca.

—¡Díselo a mi mujer!

—¡Imbécil! —gritó desgañitada desde la cama—. ¡Cómo me hayas dejado preñada, te
voy a despellejar vivo! —Cogió la jarra de agua y se la tiró, pero la esquivó fácilmente e iba a
pegar cuatro gritos cuando su mujer se calmó de repente mirándole como si algo le sorprendiera.
—No es que Odín sea injusto, me ha dado un regalo.

—Claro que sí, preciosa. —Sonrió satisfecho. —Un regalo maravilloso.

—¡No, me lo ha dado a mí por aguantarte! ¡Es mío y me lo llevo conmigo!

Ake se quedó de piedra. —¿Qué?

Sus ojos brillaron de la ilusión. —Padre se va a poner como loco de la alegría. Le criará él y será un gran guerrero.

—Vamos a ver, preciosa... ¿Que le va a criar quién? —gritó a los cuatro vientos.

Levantó la barbilla. —Es el nieto de un jarl.

—Es hijo mío.

—¿Y? ¡Tú ya no eres nada mío! —Le mostró el brazo vendado. —¿No te ha quedado claro?

—¡Lo que ha quedado claro es que me quieres tanto que al echarme de tu vida has tenido que pasar un duelo! Si no me quisieras no lo hubieras hecho.

—¡Me caí y me corté!

—¿Quién miente ahora?

Se escuchó un cuerno y Liska miró hacia la pared. —Vuelven tus hombres. ¡Ya vienen! —Saltó de la cama y corrió hacia la puerta, pero Ake la cogió por la cintura llevándola hasta la cama. —¿Qué haces? ¡Suéltame!

—Tienes que descansar. Con lo que me digan... —Sonó el cuerno otra vez, pero el sonido era mucho más largo. Su marido se tensó.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—No son mis hombres.

—¡No fastidies!

Fue hasta la puerta. —No te separes de ella, mujer.

—Sí, jarl.

Se sentó de golpe. —¿Qué ocurre?

Gunilda se apretó las manos. —La mayoría de los hombres están cazando para el

invierno.

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

—Si son enemigos estamos muertos.

—Pero estarán cerca, ¿no?

—Al otro lado del bosque no oirán el cuerno.

Liska se levantó.

—No deberías moverte.

—Alguien tiene que avisarles.

—¡Seguro que el jarl ya ha enviado a alguien! ¡Quédate en la cama!

Sin hacerle caso se puso el vestido y al dejarlo caer se mareó un poco.

—¡Todavía no estás bien! ¡Regresa a la cama!

—Necesito un puñal. ¿Dónde está el mío?

—¿Para que te caigas y te cortes otra vez?

La miró como si quisiera soltar cuatro gritos. —¿Quieres ayudarme?

—¡Estás herida!

—¡Deja de gritarme!

—¡Me estoy poniendo muy nerviosa!

—¡Muy bien! ¡Pues ayúdame!

—Y qué puedes hacer tú, ¿eh?

La miró como si fuera tonta. —Mejor que quedarme de brazos cruzados. Alguno mataré.

Y si tú coges un cuchillo puede que también lo hagas.

—¡No he matado a nadie en mi vida!

—Tranquila, todo es ponerse. Es fácil. Tú clava con fuerza por la espalda que así no te

ven llegar.

—¿Por la espalda?

—¿Quieres ir de frente y que te muestren la espada? ¿Cualquiera de sus dos espadas? —
Gunilda negó con la cabeza. —Vete por la espalda. Así es más fácil.

—Vale.

Salió de la habitación y Gunilda la siguió. Liska susurró —En la cocina habrá un
cuchillo.

—Sí, y los hay bien grandes.

—Perfecto.

Bajaron las escaleras y fueron hasta el hogar donde las mujeres hacían la comida. —
Ingrid, el pastel delicioso. —Fue hasta una mesa y cogió un cuchillo de grandes dimensiones. Lo
sopesó e hizo una mueca antes de mirar los otros dos que allí había. Cogió otro y ese le gustó
más, era más manejable.

—¿Qué hace? —preguntó Ingrid.

—Defenderse como deberíais hacer vosotras. El jarl no tiene suficientes hombres. —
Gunilda cogió el cuchillo grande y las mujeres cogieron lo que pudieron.

La puerta del salón se abrió mostrando al jarl que se detuvo en seco al ver a todas las
mujeres armadas. Al ver a su mujer ante ellas juró por lo bajo antes de acercarse. —No pasará
nada.

—¿Son enemigos?

—Es un barco que no conocemos, eso es todo. Vuelve a la cama. —Fue hasta una pared y
cogió el hacha que había allí colgada. Liska levantó una ceja y este carraspeó. —Es para
intimidar.

—¡No me cuentes historias!

—¡Mujer, vuelve a la cama! —Cogió una espada y la metió en su vaina. —¿Crees que es la primera vez que hago esto?

—Sin hombres sí.

—¡Tengo hombres! ¡Más de los que necesito! —Fue hasta la puerta. —¡A la cama! —gritó antes de cerrar de un portazo.

Todas miraron hacia ella y Liska chasqueó la lengua. —Hombres, se creen que lo saben todo.

Asintieron dándole la razón. Liska fue hasta la puerta y la abrió para mirar hacia el embarcadero donde apenas había cuatro viejos y seis chavales armados rodeando a su marido. Aquello tenía una pinta pésima. La proa del barco apareció al fondo del fiordo y el jarl gritó — ¡Son hombres Olavsén! ¡Preparaos!

Liska palideció. —No, no...

—¿Olavsén? —preguntó Gunilda—. Pero si son aliados.

—Eso sería antes de que mi marido matara al jarl.

—¿Qué? —preguntó Ingrid sin entender.

—Es largo de contar. ¡Hay que hacer que vuelvan los hombres!

—Ni sabemos dónde están —dijo su hermana—. Además, seguro que el jarl ya ha enviado a alguien. Pero mientras van y vuelven ya habrá pasado todo.

—Necesitamos avisarles ya. —Su mirada cayó en el fuego del hogar. —Vamos a quemar una casa. El fuego les alarmará y vendrán a ver qué ocurre. —Cogió una rama que ardía por un extremo y salió de la casa yendo hacia la casita más próxima. —¡No, esa no que es la mía! —protestó Ingrid.

Fue hasta la de al lado. —¡Ni se te ocurra! —gritó Gunilda corriendo hacia ella—. Tengo mis hierbas ahí.

Se volvió exasperada. —¿De veras? ¡Decidíos!

Todas señalaron una casa y corrió hacia allí tirando la llama sobre su tejado de paja. Sonrió satisfecha cuando el tejado empezó a arder con fuerza. —Prende bien.

—Ha llovido poco —dijo Gunilda—. Pero hará el peor invierno de los últimos años.

—¿Otra predicción? —preguntó irónica mirando hacia el embarcadero donde su marido daba órdenes. Dos chicos encendieron unas flechas y las colocaron en el arco.

—Mujer, ¿qué has hecho? —gritó su marido furioso mirando el fuego.

—¡Ake concéntrate! ¡Se acercan!

Uno de los chicos lanzó la flecha, pero ni se acercó siquiera. Ake le agarró por la nuca y gritó —¿Acaso he dado la orden?

Ella puso los ojos en blanco. —Siempre lo mismo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Gunilda.

Miró hacia el barco donde muchos enemigos armados ya estaban dispuestos a saltar para la batalla. ¿Cómo se habían enterado? Seguro que se les había escapado alguno y habían dado el aviso. Estaba claro que ese hombre no hacía nada bien, qué engañada la había tenido siempre. El barco se acercaba cada vez más y sus rostros mostraban que querían sangre. Un grito de guerra le puso los pelos de punta. Tenía que conseguir que saltaran del barco para cogerlos en la orilla a medida que fueran llegando. Miró a las mujeres. —¡Coged antorchas, hay que quemar ese barco!

—Si nos acercamos, nos traspasarán con sus flechas —dijo Ingrid.

Los arqueros que se apostaron en la borda del barco demostraban que tenía razón. —Odín ayúdanos.

Solo había la esperanza de que los hombres de Ake se dieran prisa en llegar. Debían esconderse. Corrió hacia su marido y le gritó —¡Debemos escondernos!

Él la miró furioso. —Yo no huyo.

Le agarró del brazo. —A veces hay que huir para poder luchar en la siguiente batalla.

—Entra en la casa y enciérrate, mujer.

Asustada por él le rogó con la mirada. —Te van a matar. ¡Os matarán a todos! No es una cobardía saber cuándo se puede perder. No puedes luchar todas las batallas, Ake. Ven conmigo.

Su marido miró hacia el barco y ella vio la impotencia en su rostro. El jarl gritó —¡Entrad en la casa grande! ¡Poneos a salvo!

Todos salieron corriendo pues sabían que no tenían posibilidades y los del barco se rieron. Ake gritó de la rabia antes de cogerla de la mano y echar a correr hacia la casa del jarl donde sus gentes intentaban esconderse. Cuando entraron Ake cerró la puerta con el travesaño y se volvió para mirar a sus gentes que estaban aterrorizados.

—Si queman la casa estamos perdidos, jarl —dijo el anciano que había hablado con él al llegar de su viaje.

—Lo sé, pero si me quieren a mí puede que no se arriesguen. Y sé que me quieren para demostrar en su pueblo que han conseguido su venganza.

—¿Cómo pueden saber...?

Ake miró a su esposa. —Se escapó uno. Un primo de Sven y es quien dirige el barco.

—Pero han tardado en venir. —Se le cortó el aliento. —Por eso tenías tanta prisa por volver.

—Sabía que intentarían buscar aliados para la batalla. Supongo que nadie les ha apoyado. Pero no les esperaba todavía. Me imaginaba que con el invierno tan cerca esperarían a la primavera si es que se atrevían a venir por aquí. —Juró por lo bajo por haberse confiado. —Esposa, coge al niño. No te separes de él.

Él ordenó que bloquearan la puerta trasera. Preocupada miró hacia la escalera antes de levantar la vista hacia el techo. Intentarían quemarlo para obligarles a salir. Su padre en sus incursiones lo había hecho muchas veces, pero puede que su marido tuviera razón y no se

atrevieran. Le querían a él. Era su trofeo y sabiéndose en ventaja puede que tiraran la puerta abajo temiendo que no salieran.

Corrió hacia la mujer que tenía a Hako y dejando el cuchillo sobre una mesa cogió al niño en brazos pegándole a ella. Ingrid se puso a su lado mirando hacia la puerta.

—¡Tenemos que resistir! —gritó el jarl—. ¡Los nuestros no pueden tardar en llegar! —La miró a los ojos y Liska vio en ellos que no creía sus palabras.

—Odín por favor, ayúdanos —dijo asustada como nunca en su vida.

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron y se escucharon unas risas. —¡Sveinnsen! ¡Sal y da la cara, cobarde! ¡Vas a responder por la muerte de mi primo!

—¿Quieres que responda ante ti? —gritó furioso—. ¡Estoy dispuesto a batirme contigo!

—Claro que sí, sal y lo hablamos.

Su tono demostraba que no podía creerle una palabra. Hako se puso a llorar en sus brazos.

—¡Dame tu palabra de que no matarás a los míos!

—¿Mi palabra? ¡Mi palabra se la doy a quien se la merece, cabrón! ¡Sal de una vez si no quieres que todos los tuyos mueran por las llamas!

Asustada miró hacia arriba y por las tablas del techo empezó a filtrarse el humo. Los suyos se pusieron a gritar mientras las mujeres abrazaban a sus hijos intentando protegerles.

Ake dio un paso hacia la puerta. —¡Jarl no! —gritó el anciano—. ¡Nos matarán igual!

Angustiada ni sintió como sus ojos se llenaban de lágrimas. —Por favor no salgas. Te van a matar y no servirá de nada.

—Debo intentarlo.

De pronto la puerta tembló con tal fuerza que se asustaron y se alejaron lo que pudieron. Ake levantó su espada colocándose ante ella dispuesto a matar a quien la traspasara. Un ruido

ensordecedor les estremeció asustándoles aún más y se escucharon gritos en el exterior. —¿Qué ha pasado? —preguntó Ingrid—. ¿Odín les ha lanzado un rayo?

—Pues se ha escuchado como si lo hubiera hecho —susurró antes de oír gritos de guerra.

—Están aquí —dijo Gunilda aliviada—. Mi hijo está aquí.

Ake abrió la puerta a toda prisa y salió para ayudar a los suyos. Varios de los chicos y los ancianos salieron también. Liska tosió por el humo que ya empezaba a invadirlo todo.

—Tenemos que salir —dijo Ingrid.

Se acercó a la puerta y vio que la lucha no era tan encarnizada como pensaba porque muchos de sus enemigos gritaban cubiertos de llamas. Había restos de madera quemada por todas partes y al mirar la casa que había incendiado vio que prácticamente había desaparecido. Atónita miró a Ingrid. —¿Qué había ahí?

—Las reservas del hidromiel para el invierno. Ya me había dicho mi padre que era peligroso que se calentara en exceso. Algo de que un tío de su padre perdió una mano por manipular el odre que había dejado al sol. En lugar de llenarlo con agua lo llenó de hidromiel cuando se fue de caza y la bolsa de cuero se infló. Perdió la mano al abrirlo, eso fue lo que me dijo.

—¿De veras? —preguntó impresionada pensando en los barriles que su padre guardaba dentro de la casa del jarl para que nadie tuviera la mano demasiado larga.

—Es por eso que les embriaga al fermentar.

Atónita volvió la vista hacia los guerreros que miraban a su alrededor buscando supervivientes. De repente Bjorn cubierto de sangre levantó los brazos en señal de victoria y Ake sonrió dándole una palmada en la espalda. Y cuando se calmaron el jarl gritó —¡Apagad el fuego!

Varios corrieron hacia el fiordo y Ake se acercó sonriendo. —¿Estás bien? —preguntó ella.

La cogió por la cintura y la besó robándole el aliento. Gimió en su boca y al apartarse como si tal cosa le dio una palmada en el trasero antes de volverse y gritar —¡Aprisa!

Entrecerró los ojos con ganas de sangre e Ingrid dijo —Contrólate que... —Chilló cuando vio como un hombre se ponía de rodillas de repente y agarraba del pelo a Liska tirándola al suelo. Casi se le cayó el niño al suelo, pero este cayó sobre su cuerpo e Ingrid se agachó para cogerlo mientras llamaba al jarl a gritos.

Los hombres se volvieron y el jarl se adelantó para ver como agarraba a su esposa amenazándola con un cuchillo en el costado. Se miraron a los ojos y Ake gritó de furia —¡Ulf suéltala y te dejaré vivir!

—¿Por qué les mataste? ¡Por qué mataste a mi primo!

—¡Porque perseguían lo mío! ¡No pensaba dejar que la tocarais!

—Morena. —Tiró de su cabello para mirar sus ojos. —Azules...—Sonrió con maldad. —Ahora lo entiendo. ¡Ahora lo entiendo todo! ¡Humillaste a mi jarl diciendo que no podía casarse con ella porque la querías para ti! ¿Qué pasó? ¿La perdisteis o huyó a las tierras de su prometido? ¡Por eso les matasteis, para que no pudiera reclamar lo que era suyo!

—¡Nunca fue suya! —Dio un paso hacia él. —Suéltala.

Liska supo en ese momento que iba a morir porque ese hombre no tenía escapatoria, así que dijo —Llévame contigo. —A este se le cortó el aliento. —Por favor, llévame contigo. Mi padre te protegerá a ti y a los tuyos.

De repente se levantó arrastrándola y ella reprimió un gesto de dolor cuando la punta del cuchillo la cortó en el costado. —¿La quieres? ¿Cuánto la quieres?

—¿Quieres negociar? Estoy dispuesto —siseó con ganas de sangre.

—¡Apartaos! ¡Dejadnos paso!

—No te la vas a llevar.

—¿Prefieres que muera? —Le puso el cuchillo entre sus pechos. —¿Quieres ver como la abro en canal ante ti? No tengo miedo a morir, así que da un paso más y verás su interior.

Ake dio un paso atrás haciendo un gesto a sus hombres para que se apartaran. —¡Un caballo! —gritó Ulf sabiéndose en ventaja.

—No podrás salir de mis tierras.

—Claro que sí, porque si me sigues la mataré, te lo juro por Odín. ¡No os moveréis de aquí! ¡Cómo vea que alguien me sigue, como lo sospeche siquiera la mataré! ¡El caballo!

Era evidente que hablaba muy en serio, pero aun así nadie se movió esperando órdenes del jarl. Ake impotente la miró a los ojos. —Te encontraré.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y quiso decirle mil cosas, pero no podía mostrar lo que sentía en ese momento y dijo —No eres bienvenido en las tierras de mi padre. En cuanto hable con él, en cuanto le cuente lo que has hecho, entraréis en guerra.

—Lo que imaginaba —dijo Ulf—. No solo eres un cobarde sino también un ladrón. ¡Iba a ser la esposa de mi primo! ¡Pues ahora será la mía!

Ella miró sobre su hombro. —¿Qué has dicho?

Sonrió con maldad. —Te gustará compartir mi cama

Jadeó indignada, pero él tiró de su cabello. —¡El caballo! —El jarl asintió y fue Bjorn quien se lo acercó. —¡Apártate de él! —El cuchillo acabó en su costado de nuevo. —Sube. —Ella lo hizo con agilidad mientras él agarraba el bocado con la mano libre. —Recordad que una flecha en mi espalda significará su muerte. —Se subió tras ella y dijo —Coge las riendas. —Ulf miró a Ake. —Nos encontraremos de nuevo y en esa ocasión no vendrán a rescatarte. —Escupió en el suelo. —Maldito bastardo.

—Recuerda esto... Como a mi mujer le pase algo, pienso desmembrarte antes de que los lobos coman tus entrañas.

Él se echó a reír hincando los talones en los costados de su caballo. Pasaron entre las

casas antes de adentrarse en el bosque y Ulf azuzó a su montura mientras ella le dirigía. Liska miró hacia atrás para ver que no les seguían y sintió temor, pero ahora su destino estaba en manos de ese hombre. Pensó en su hijo y en que tenía que hacer todo lo posible para salvar su vida. Recordó las palabras de su marido diciendo que la encontraría, pero la había fallado tantas veces que cómo creerle. No, tenía que solucionar esa situación cuanto antes y si de paso solucionaba todo lo demás mucho mejor.

Capítulo 11

Después de atravesar las montañas, los hombres de Ake se acercaron a la aldea de Ulf escondidos entre los matorrales. Bjorn se puso a su lado. —El caballo no está en el establo, jarl.

Le miró sorprendido. —¿Todavía no han llegado? Han pasado dos días.

—Puede que esté en otro establo, pero es imposible registrar sin hacernos visibles.

Entrecerró los ojos. —Pues adelante. —Se puso de pie con la espada en la mano. Una mujer que estaba lavando en el fiordo miró hacia allí distraída y al ver todos los hombres que le seguían se puso a gritar corriendo hacia la aldea.

Apenas salieron cuatro ancianos con sus espadas. —Casi no tienen guerreros, jarl —dijo Bjorn por lo bajo.

Asintió caminando hacia el más mayor que apretó los labios observando como se acercaba. —¿Venís a tomar posesión de las tierras, jarl?

—Estas tierras me interesan poco. ¿Dónde está Ulf?

Le miró confundido. —¿No le habéis matado?

—No juegues conmigo, viejo. —Le agarró por el cuello. —¿Dónde está mi mujer! —le gritó a la cara.

—No está aquí, jarl —dijo otro que estaba a su lado—. Por aquí no ha venido nadie.

—Registrad las casas —siseó soltándole—. ¡Encontradla!

El anciano dijo —Te juro por Odín que Ulf no ha pasado por aquí.

Ake juró por lo bajo girándose y gritó de la rabia mientras sus hombres sacaban a las mujeres y a los niños de las casas. Les miraban atemorizadas. —Te suplico por las vidas de los míos, jarl. No son responsables de la decisión de Ulf.

—Si no dan problemas no pasará nada. Te aconsejo que hables con ellos para que no tengan ideas extrañas.

Él asintió alejándose y gritó —¡No hagáis nada! ¡Buscan a Ulf y a una mujer! ¡Sentaos ahí! —Señaló el patio y todos corrieron hacia allí.

Sus hombres se acercaron a Ake. —No está aquí, jarl. Ninguno de los dos —dijo Bjorn.

—¿No hay trampillas que den a sótanos? ¡Tiene que estar aquí!

—Jarl, tampoco está el caballo. Creo que no mienten y no han llegado. Nosotros hemos venido en el barco, ellos venían a caballo. Tiene que cargar con una mujer y el caballo tiene que descansar. Yo creo que no deberían llegar hasta dentro de dos días si todo va bien.

Ake gritó de la rabia mientras el anciano preguntaba asombrado —¿Y por qué no les seguisteis a caballo? Habéis perdido un tiempo precioso.

—Amenazó con matarla, viejo —dijo Bjorn molesto—. Creíamos que aquí entre vosotros no estaría cerca de ella cuando le sorprendiéramos y que así no le haría daño.

El viejo se pasó la mano por su canosa barba morena. —¿Y por qué iba a traerla aquí? —Ambos parpadearon. —No podemos defendernos de nadie como podéis ver. Traerla aquí sería un suicidio porque cualquiera sabría que todas las fuerzas del jarl Sveinnsen caerían sobre nosotros en cualquier momento. Ulf no es tonto, sabía que vendríais si posee a tu esposa. Lo lógico es que no venga por aquí.

Ake miró a Bjorn furioso. —¿No se te ocurrió pensar en eso? —gritó fuera de sí.

—No, mi jarl. Como a ti.

Gruñó volviendo la vista hacia el viejo. —¿Dónde iría?

—No tenemos aliados y no le quedan guerreros... Además no tiene oro. —Se le cortó el aliento mirándole sorprendido. —Claro, la vendería.

—¿Qué has dicho? —preguntó con voz lacerante—. ¿Vender a mi mujer?

—No puede volver por aquí —dijo con desprecio—. Le elegimos como jarl porque no nos quedó otra opción y ya no tiene quien defienda su cuello. Siempre fue un cobarde. No volverá por aquí, jarl. No se expondrá a que le encuentres. Si vende a tu mujer, tendrá oro para irse y empezar de nuevo.

Miró hacia el fiordo. —Que traigan el barco, nos vamos a Heirst.

Bjorn dio las órdenes y dos sacaron caballos del establo subiéndose a pelo para cumplir las órdenes del jarl lo más pronto posible.

—Mi jarl... —Cuando le miró el anciano se sonrojó. —Pedimos protección. Somos presas de cualquier desalmado. Necesitamos un jarl.

Ake se sintió responsable, si no hubiera matado a Sven nada de eso habría pasado y su mujer tenía que ver en el asunto. Seguro que todo lo que hizo fue para ayudar, pero había provocado una guerra.

—Le juraremos fidelidad —dijo intimidado.

—No creo que sea buena idea que esas mujeres y esos niños crezcan entre los míos. Puede haber rencor por lo ocurrido.

El hombre apretó los labios. —Entiendo.

—Pero seréis acogidos en las tierras de mi buen amigo Hovensen. Es un buen jarl.

—De eso no tenemos duda, su fama le precede. ¿Pero no preferís hablarlo con él?

—No tengo que hablarlo con él, sé que os acogerá con gusto si se lo pido. Además tiene tierras en Wessex y puede daros la oportunidad de iniciar una nueva vida allí.

—Gracias, gracias —dijo el hombre evidentemente sorprendido y encantado—. Tenemos un barco todavía. Podemos ir nosotros.

—Os acompañará uno de mis hombres. —Su rostro se endureció. —Vais de mi parte, vais en mi nombre, como me dejéis mal, como no hagáis lo que sea por integraros y el jarl Hovensen tenga quejas de vosotros, responderéis ante mí, ¿me has entendido?

—Sí, jarl. No te fallaremos.

Asintió antes de alejarse yendo hacia el embarcadero. Bjorn se acercó a él mientras escuchaban como ordenaban que recogieran sus cosas lo antes posible. —Has hecho bien —dijo su amigo—. No podíamos dejarles aquí desamparados sin hombres que les defiendan.

—Didrik se encargará de ellos. El otro día me dijo que en el sur muchos aldeanos necesitaban mujeres y puede que algunas se casen. Sino tendrán trabajo porque las tierras son ricas. —Miró hacia las frías aguas del fiordo antes de elevar la vista hacia el cielo. —Tenemos dos semanas como mucho antes de que llegue el invierno y se la llevó sin algo que la abrigara. Y estaba descalza.

Era evidente que el jarl estaba muy preocupado por su esposa y no era para menos. Bjorn no la tenía todas consigo sobre que ese malnacido no la hubiera matado en cuanto pudo para liberar a su montura del peso extra. Esperaba que el viejo supiera de lo que hablaba y se hubieran dirigido al mercado de esclavos más cercano. —Llegaremos a Heirst al anochecer, jarl. Le esperaremos porque es seguro que allí todavía no han llegado.

Él entrecerró los ojos. —¿No había un hombre a mediodía de aquí que se encargaba de asaltar aldeas para la venta de esclavos?

Bjorn juró por lo bajo antes de salir corriendo mientras gritaba que trajeran los caballos.

Cuando llegaron sus hombres se dispersaron rodeando la aldea sin que se dieran cuenta.

Ya era noche cerrada y seis hombres hablaban a voces alrededor de un fuego mientras comían algo que les servía una esclava. Ake al ver lo desnutrida y amoratada que estaba la pobre mujer, se le revolvieron las tripas pensando que como le hubieran puesto una mano encima a su esposa, esa era la última cena que disfrutarían esos bastardos. Volvió la vista hacia Bjorn que a unos metros esperaba órdenes. Escucharon el ulular de un búho que indicaba que sus hombres estaban en posición. Ake iba a levantarse cuando escucharon los cascos de un caballo. Atónito vio que el caballo de Bjorn pasaba entre ellos, era el caballo en el que se había ido su esposa. Sin nadie que le cabalgara se dirigió hacia los hombres que estaban en la hoguera, pero lo que le dejó de piedra fue la sangre que cubría su pelo blanco en el costado.

Los hombres se levantaron y se pusieron ante el caballo sujetándole de las riendas mientras intentaban calmarle. —¿Conocéis esta belleza? —preguntó uno de ellos—. ¿Sabéis de quién es?

—No, Sten. —El rubio que había hablado rodeó el caballo. —Tiene sangre por todo el costado.

—Tiene sangre, ¿está herido?

—No, jefe. —Tocó el pelo del animal. —Y está fresca. —Miró hacia el bosque. —Es evidente que venían hacia aquí.

—Un conocido.

—Un amigo, nadie se atrevería a acercarse sin una buena razón.

Sten asintió. —Buscadle, si es amigo puede que necesite ayuda y nos deberá un favor.

Los hombres corrieron y Ake juró por lo bajo antes de levantarse mostrándose. Los esbirros de Sten se vieron rodeados y se detuvieron en seco. Bjorn con el hacha en la mano dijo —Ese caballo es mío.

Ellos dieron un paso atrás. Sten miró directamente a los ojos a Ake sonriendo con ironía. —Sveinnsen... ¿A qué debo el honor?

—Busco algo, pero me acabo de dar cuenta de que no lo tienes.

—Pero tengo otras muchas cosas que pueden interesarte, jarl. ¿Seguro que no quieres verlas? Igual te interesan más que eso que buscas.

—No lo creo.

Bjorn se acercó a su caballo y le cogió por las riendas.

—¿No deseáis tomar algo? —Varias mujeres salieron a la puerta. —Invita la casa.

Le miró con desprecio antes de tirar del bocado hacia donde estaba su jarl que apretó los labios al ver la sangre. Mucha sangre, demasiada. Recordando que estaba herida y débil, su rostro se transformó en pura rabia porque la habían arrancado de su hogar. Ake miró a Sten demostrando que con él no se jugaba. —Si Ulf aparece por aquí te recomiendo que me avises, porque como me entere de que le has ayudado vas a ir a raptar mujeres ante Odín.

Él se tensó. —No me gusta que me amenacen.

—¿No? Creía que estabas acostumbrado. Tengo entendido que Hovensen te ha dejado muy claro que ni se te ocurra hacer negocios por aquí.

—Desde que se casó con una esclava es un remilgado. Afortunadamente otros jarls me apoyan.

Ake vio en sus ojos algo que no le gustó nada. —Te aconsejo que ni se te ocurra hacer daño a la mujer del jarl.

—¿Yo? Ni se me ocurriría. —Se echó a reír. —Él es poderoso y yo... Yo soy un simple tratante de esclavos.

Mentía como un bellaco, solo había que verle. Ake suspiró antes de mirar a Bjorn que se tensó dejando caer las riendas. Sus hombres mostraron sus armas y Sten dio un paso atrás. —Te juro que no haré nada.

—Desgraciadamente tu palabra no me da ninguna confianza. Debo mucho a esa mujer y

no pienso arriesgarme a que le pase algo.

—¡Lo juro por Odín!

—Jarl, solo te lo dice para que le dejes vivir. Esta alimaña miente.

—Lo sé, amigo —dijo dando un paso hacia él—. Lo sé.

Sten gritó antes de salir corriendo. Sus hombres le demostraron que no tenía escapatoria. Uno de ellos pasó entre Bjorn y Ake al intentar huir, y perdió la cabeza de manos de su amigo. Las mujeres al verse liberadas lloraron y una se acercó para besarle las botas. Se sintió como un cabrón por haber permitido aquello en sus propias tierras. Pero ya tomaría medidas, de momento tenía que encontrar a su esposa. —¡Buscadla!

Bjorn cogió un leño ardiendo y echó a correr para seguir el rastro. Él le siguió. Cuando su amigo se agachó al lado de un arbusto. —El caballo no está sudoroso, así que no viene de muy lejos —dijo incorporándose.

—¿Podrás encontrarles de noche?

—Es un rastro muy claro, jarl. —Siguió caminando y sus hombres fueron tras él.

La luz de la antorcha la alertó y se escondió tras un árbol. Al ver el rostro iluminado de Bjorn se le cortó el aliento. Estaban allí, ¿cómo la habían encontrado? Iba a dar un paso al frente cuando vio el rostro de Ake siguiendo a su amigo y algo en su interior la retuvo. Si regresaba no habría marcha atrás, sería su esposa, tendría a su hijo y sentiría la sombra de Astrid sobre ella toda su vida. Era el momento de decidir qué quería hacer con su vida, aunque no podía engañarse, en realidad lo había decidido hacía mucho tiempo, desde que le pidió matrimonio. Nunca serían felices y era momento de emprender una nueva vida. Una vida sin Ake. Su corazón tembló, pero volvió a esconderse tras el árbol para dejarles pasar de largo.

Les observó alejarse y cuando la luz desapareció entre los árboles echó a correr. Cuando vio el fuego se detuvo y se sorprendió al ver que había una aldea. Con cuidado se acercó buscando el caballo y se le cortó el aliento al verlo cerca del fuego donde había varios cadáveres.

Unas mujeres salieron de una casa llorando y frunció el ceño por su estado. Estaban muy delgadas y parecían maltratadas. La última llevaba un niño en brazos y cuando se detuvo ante el fuego escupió a uno de los muertos. Se quedó sin aliento al ver que era Judith. ¿Pero qué hacía allí? Esta se volvió y llamó a alguien. Elin salió cojeando y con golpes en la cara. Impresionada corrió hacia ellas. El niño chilló su nombre y ambas se volvieron. Se echaron a llorar y corrieron a su encuentro. Se abrazaron con fuerza y cuando se repuso de la sorpresa susurró —Por Odín, ¿qué hacéis aquí? —Se separó para mirarlas bien. —¿Estabais encerradas? ¿Por qué?

—Ese cerdo dijo que para domarnos —dijo Judith—. Una que nos daba solo agua nos contó que lo hacían siempre. Que después las mujeres salían de ahí mucho más sumisas y hacían lo que fuera por un plato de comida.

Al no ver a Embla preguntó —¿Dónde está tu madre?

Elin se echó a llorar tapándose el rostro con ambas manos y se temió lo peor mirando a Judith que negó con la cabeza diciendo —Cuando nos raptaron recibió un mal golpe en la cabeza y murió.

—No... ¿Pero cómo? —escuchó voces en el bosque y miró sobre su hombro—. Tenemos que irnos. Es mi marido y me busca, debemos alejarnos.

—¿Tú también te has ido?

—¿Os fuisteis? —preguntó pasmada.

Judith apretó los labios. —El jarl solo quería una amante y ese que se suponía que quería tanto a Elin terminó casándose con otra. Solo quería darle celos con ella a la hermana menor del jarl y cuando Elin se decidió a decirle que sí él le contó la verdad. Como comprenderás no nos quedamos a la boda.

—Pero si estaba dispuesto a casarse, el jarl lo dijo.

—Pues cambió de opinión —dijo Elin entre lágrimas.

—Serán cerdos. —Con rabia apretó los puños de la impotencia.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Judith angustiada—. Íbamos a buscarte a las tierras de tu marido cuando nos atraparon esos cabrones, pero si has huido del jarl...

—Es largo de contar. Iremos con mi padre. Allí descansaremos y pensaremos en nuestro futuro. Además, tengo que asegurarme de que están bien.

—¿Bien?

Escucharon voces en el bosque y se escondieron a toda prisa. —Necesitamos caballos y provisiones.

—Pues como no nos demos prisa esas no van a dejar nada. Muchas ya se van para reencontrarse con los suyos —dijo Elin.

Se mordió el labio inferior al ver como algunas se alejaban a caballo. Estaba muy perdida, no sabía si estaban muy lejos de la casa de su padre, pero estaba segura de que en el estado en que se encontraban los cuatro no llegarían. Se notaba que el niño estaba agotado y era evidente lo que los tres habían adelgazado. Se arrepintió de no haberse quedado para asegurarse de que estaban bien con Cnut, pero ahora solo podía velar por ellos en el futuro que tenían por delante. Iban a tener un futuro, se iba a dejar la piel para conseguirlo. —Quedaos aquí.

Elin asustada la cogió por el brazo. —¿Qué haces?

—Necesitamos esos caballos y si las dejamos se los llevarán todos. Escondeos, que no os vean. —Corrió hacia donde estaba el establo y vio una chica de rodillas al lado de un cadáver al que clavaba un cuchillo sobre el pecho una y otra vez. La chica la miró con cara de desquiciada y Liska forzó una sonrisa. —Continúa, por favor...

Ella siguió con su tarea mientras Liska la rodeaba a toda prisa. Otra mujer estaba tranquilamente ensillando a un caballo castaño. Parecía que no tenía miedo y que todo le daba igual. —¿Estás bien? —preguntó preocupada por ella.

—Mataron a mis padres para cogerme —dijo apretando las cinchas—. No tengo a donde ir.

—Muy bien, ayúdame a ensillar dos caballos más y te vienes conmigo.

La miró sorprendida. —¿Qué? —Ansiosa dio un paso hacia ella. —¿Me ayudarás?

—Claro que sí. ¿Cómo te llamas?

—Freda.

—Yo soy Liska. Venga, date prisa, no quiero encontrarme con el jarl.

La miró sorprendida. —¿Eres a quien busca?

Gimió porque igual se sentía en deuda con él, porque no dudaba que esos muertos hubieran perdido la vida de su mano. —Sí. ¿Me delatarás?

—Todos los hombres son unos perros. —Sin más se acercó a otro caballo y empezó a ensillarlo lo más aprisa que pudo. —No tardarán en volver, si estás aquí es que el rastro no estará muy lejos.

Sin perder el tiempo ensilló el que tenía más cerca y cuando fueron al cuarto lo hicieron entre las dos. Al salir tirando de ellos escucharon su nombre a lo lejos. —Te buscan.

—Ya han encontrado a Ulf —dijo por lo bajo.

—¿Le has matado? Tienes sangre en el vestido.

—Descuidó su espalda. —Metió los dedos en la boca y silbó. Las chicas salieron corriendo de detrás de unos matorrales y se acercaron a los caballos. Ayudó a Judith a subirse tras su hijo y se aseguró de que Elin se subía al suyo. —Necesitamos provisiones.

Elin se dispuso a bajar, pero ella negó con la cabeza. —No, alejaros hacia el norte.

—Pero...

—Os alcanzaremos. Vamos, daos prisa.

Las chicas negaron con la cabeza y bufó antes de mirar a Freda. —¿Dónde...?

Su nueva amiga no perdió el tiempo y corrió hacia una casa. Ella la siguió y cuando entró vio como vaciaba un saco antes de empezar a coger pan, queso y todo lo que tenía a su alcance.

Liska se acercó a unos cuchillos y los agarró antes de coger otro saco. Los metió a toda prisa cogiendo todo lo que pudieran necesitar. Sobre unas sillas vio un par de pieles que agradecerían por las noches y al correr hacia el caballo vio algo en uno de los muertos que le llamó la atención. Se detuvo mirándole fijamente y se agachó a toda prisa para coger el pedernal que colgaba de su cuello. —Gracias majo. —Se acercó a Elin y tiró las pieles ante ella. Ató el saco a su silla de montar y corrió hacia Freda para ayudarla. Escuchó su nombre más lejos aún y miró sobre su hombro.

—Vamos, vamos —dijo su amiga antes de subirse al caballo.

Sabía que tenía razón, debían alejarse lo que pudieran, así que se subió al caballo y dijo —Muy bien, ¿dónde está el norte?

Las cuatro se miraron parpadeando antes de levantar la vista hacia el cielo. El niño bufó antes de señalar la estrella más brillante. —Padre decía que estaba allí.

—Ah, pues si lo decía tu padre... —Miró a sus amigas y susurró —Vamos en dirección contraria.

—En dirección contraria están ellos —dijo Elin.

—Mejor vamos hacia donde dice el niño y mañana nos aseguramos de donde está el norte —dijo Freda.

—Bien pensado. Apuraos. —Liska inició camino provocando que todas se pusieran en marcha.

Ake regresó hasta donde estaba el cadáver y entrecerró los ojos al ver los golpes en la cabeza. Seguramente se los había hecho con la piedra que estaba en el suelo manchada de sangre. Tenía los pantalones bajados y por lo que había al lado de la piedra le había sorprendido haciendo sus necesidades. Su amigo se puso a su lado. —Ha sido implacable. Le ha destrozado

el hueso, se le ven los sesos.

Se incorporó mirando a su alrededor. —¿Y la sangre del caballo? Porque es evidente que le mató aquí. —Apretó los labios sabiendo que para esa sangre solo había una razón. —Está herida. ¡De nuevo! —Furioso fue hasta su caballo. —¡Encontradla, inútiles!

Bjorn hizo una mueca viendo como regresaba a la aldea. —¿A dónde vas, mi jarl?

Él detuvo su caballo volviéndose. —Mi esposa es lista, ¿crees que dejaría el caballo atrás? Lo necesita para regresar a casa.

—¿Y cómo estás tan seguro de que quiere regresar?

Le fulminó con la mirada. —¿Cómo has dicho?

—Bueno, lleva huyendo de ti desde el principio. Y ahora es libre de nuevo. Recuerda que iba a volver con su padre y tú se lo permitiste.

—Va a tener un hijo mío y me ha perdonado. ¡Cuando nos atacaron lo vi en sus ojos!

—¿Qué viste, jarl? ¿Que se preocupaba por ti? No conozco mucho a tu mujer, pero es la hija del jarl. La han criado desde pequeña para cuidar de las gentes de su padre. No puede evitar inmiscuirse cuando siente que alguien está en peligro. ¿Acaso no te has dado cuenta de que protege a todo el que se cruza en su camino y está en apuros? Porque es evidente que...

—¡Cierra la boca! ¡Le importo!

—¿Más que el padre que le dio la vida y que no sabe si sigue vivo? —Su amigo entrecerró los ojos. —No irá de vuelta a casa, jarl. Ha ido a ver a su padre. Necesita saber, ver que los suyos están bien.

Furioso siseó —Reúne a los hombres.

Capítulo 12

Agotada se dormía sobre el caballo y Elin la cogió por el brazo sobresaltándola. —¿Estás bien?

Freda apretó los labios. —Deberíamos descansar.

—No, tenemos que seguir —dijo enderezándose, intentando ignorar el dolor en el brazo y en el muslo. La herida del muslo le palpitaba y aunque la había vendado con parte de su vestido interior, que le doliera tanto no tenía buena pinta. Maldito Ulf. Cuando intentó propasarse con ella, su puñal cortó el interior de su muslo porque se resistió tirándose del caballo. Intentó escapar, pero no le costó atraparla de nuevo. La subió al caballo de mala manera y continuó camino sin intentarlo otra vez, lo que la sorprendió. Puede que pensara que su marido les seguía y Liska se preguntó por qué no la dejaba en el camino. Tampoco entendía por qué iban hacia ese poblado donde había encontrado a sus amigas, pero ahora estaba muerto y las preguntas nunca serían contestadas. En realidad ya no tenía importancia, debía llegar a casa de su padre cuanto antes porque el dolor de la herida le indicaba que necesitaba a la curandera.

—¿Qué te ha pasado en el brazo? —preguntó Elin.

—Nada de importancia.

—Estás pálida y sudorosa —dijo Freda.

Judith la miró bien. —Vas descalza —dijo sorprendida—. ¿Qué es eso que tienes en el pie?

La luz del amanecer mostró el brillo viscoso de la sangre. —¡Está herida! —dijo Freda deteniendo su caballo.

—¡No os paréis!

—Por Odín, no podemos continuar en tu estado —dijo Elin asustada—. Déjanos ver esa herida.

—Necesito a la curandera.

—Pues detengámonos en otro pueblo. Igual...

—¡No! ¡Necesito ver a mi padre!

—Liska, ¿qué ocurre?

De repente se sintió agotada, confundida, ya no sabía lo que estaba haciendo. Escuchó la voz de Ake llamándola y sollozó. —Debo ver a mi padre... Debo... —Sus ojos se pusieron en blanco antes de caer del caballo haciendo que las chicas gritaran del susto.

Escucharon los gritos y Ake se lanzó a galope con los demás detrás. Vio a las mujeres rodeando a alguien que estaba en el suelo y palideció al ver el vestido de su esposa. Saltó del caballo y las apartó para encontrársela sin sentido. —Está herida —dijo Elin viendo como pasaba su gran mano por su frente y su mejilla.

Ake juró por lo bajo mirando sobre su hombro. —Tiene fiebres.

Bjorn apretó los labios. —Jarl, no estoy seguro por los rodeos que hemos dado, pero creo que estamos al menos a dos días de casa.

El jarl se levantó y se llevó las manos a la cabeza intentando pensar. No podía asegurar que si se desviaba hacia otro pueblo tuvieran curandera. Muchos no tenían y puede que su esposa muriera sin atender. Además Gunilda era la mejor. La necesitaba.

—Con musgo podemos hacer algo —dijo Elin—. No sé si se curará, pero ayudará a que el mal no vaya tan rápido.

De repente Ake se volvió y se sorprendió al reconocer a Elin. —¿Qué haces aquí?

—Es largo de contar.

—¿Dónde está el barco de Sten? Solo estamos a unas horas de vuelta y...

Las mujeres negaron con la cabeza. —Sus hombres iban a recoger un cargamento —contestó Judith—. No volverán en una semana al menos.

Juró por lo bajo. —¡Dadme soluciones!

—Ir a la aldea más próxima a ver si hay suerte y tienen curandera —dijo Elin.

—¿Y si no es así? —gritó frustrado—. ¡No pienso perderla!

—Jarl, si nos desviamos para ir a otra aldea y no hay curandera perderemos un tiempo precioso. Debemos ir a casa —dijo Bjorn—. Igual el musgo la ayuda y llegamos a tiempo.

Apretó los labios y todos vieron su frustración. Las probabilidades de sobrevivir eran muy pocas y todos lo sabían. Miró a Elin. —Prepara el musgo.

Su amiga se puso en acción y salió corriendo mientras Freda se agachaba y levantaba el vestido para ver la sangre que recorría su muslo. Los hombres se alejaron para darle intimidad y su marido se arrodilló a su lado para quitarle la tela que rodeaba la herida. Al ver el corte apretó los labios. —Debemos quemarla, no deja de sangrar. ¡Bjorn! ¡Qué los hombres hagan un fuego!

—Voy a lavarle la herida —dijo su nueva amiga antes de coger el paño—. Oigo un riachuelo.

Bjorn se acercó muy serio. —Te acompaño.

—No necesito escolta —dijo molesta.

—Pues te acompañaré igual —dijo como si le importara poco su opinión.

Esta bufó antes de alejarse mientras Ake movía su muslo para ver bien su herida sabiendo

que había perdido demasiada sangre. Todavía no se había recuperado de su herida del brazo y ahora esto. Y la culpa era suya por no haber protegido a su esposa. Por no anteponerla a todo como lo hacía con su hijo. Cómo iba a perdonarle si había dejado que ese cerdo se la llevara. No, no era un buen marido, nunca lo había sido. Su hermana había muerto por su negligencia y con ella iba a pasar lo mismo incluso antes de que diera a luz. Apretó los puños de la impotencia y la escuchó gemir. Se acercó a su rostro. —¿Liska? Preciosa estoy aquí.

Abrió sus febriles ojos y sonrió. —¿Ake?

—Sí, esposa. —Cogió su mano para que le sintiera. —Estoy aquí.

—¿Te parezco hermosa? Lo dijiste a mi padre, lo oí.

—La más hermosa.

Entonces su sonrisa se apagó poco a poco. —¿Pero la elegirás a ella?

Angustiado negó con la cabeza. —No, ya eres mi esposa.

Sollozó. —No lo entiendo.

Él besó su mano. —Lo siento, lo siento.

—¿Qué hice mal?

—Nada, tú no hiciste nada mal, fue culpa mía. Todo es culpa mía.

Las lágrimas recorrieron sus mejillas. —Te mintió, quería mi vida y lo consiguió. —Sus ojos se cerraron de nuevo mientras susurraba —La preferías a ella. Si estuviera viva, yo no estaría aquí.

Ake perdió todo el color de la cara porque eso no podía negarlo y fue consciente de todo lo que sufría su esposa, del daño que le habían hecho. Jamás podrían ser felices porque nunca se sentiría segura a su lado. Jamás creería que le importaba y por lo que acababa de decir era evidente que se sentía una sustituta de su hermana. Acarició su mano y en ese momento llegó Freda con el paño mojado ya limpio de sangre y lo pasó con cuidado por la herida. —Si es esta la

herida que le está envenenando la sangre y cerramos...

—Lo sé, pero no podemos dejar que se desangre. —A toda prisa cogió su brazo y le quitó la venda—Esta tiene buen aspecto.

Freda apretó los labios al ver los cortes. —Veo que no es la primera vez.

Él empezó a vendarla de nuevo. —No es lo que piensas. Derrama la sangre por los suyos, por los que ama. Es su sacrificio a Odín.

—Pues ha amado mucho y la sangre es escasa, jarl.

Sí, eso no lo podía negar, amaba demasiado y a personas que no lo merecían.

—Mi jarl. —Uno de sus hombres se acercó con un puñal candente.

Sabiendo el daño que iba a provocarle cogió el puñal antes de agarrar su pierna para que no la moviera. —Agárrala, amigo.

Bjorn se arrodilló al lado de su cabeza y la cogió de los hombros. —Cuando quieras, jarl.

El contacto con la herida la despertó de golpe y el alarido de su esposa le retorció el corazón. Sujetándola con fuerza no se echó atrás hasta que el corte estuvo cerrado del todo. Cuando apartó el cuchillo Liska agarró su antebrazo. Sollozó mirándole a los ojos y temiendo que lo hiciera de nuevo suplicó —Mátame. Libérame de este dolor.

—No.

—Por favor... —Sollozó. —¡Por favor!

La cogió de la nuca. —Este dolor pasará.

Sus ojos se cuajaron de lágrimas y susurró —El dolor no cesa, nunca cesa. Se difumina, parece que desaparece, pero regresa, siempre regresa. Desde que te conocí siempre regresa.

Todos separaron los labios de la impresión y miraron hacia el jarl que pálido tenía el rostro tallado en piedra. —Descansa esposa.

Agotada y febril susurró —Descansar... Sí, quiero descansar. —Sus ojos se cerraron. —

¿Si Odín me reclama me harás un favor?

—Lo que sea.

—Cuida de mi hermano. Cuando padre falte se quedará solo y tiene que ser un gran guerrero.

—Lo haré. Será un gran guerrero.

Ella sonrió. —Tú lo eres, lo sé. Tus hombres te respetan, y eso es porque eres un buen jarl. Me sentí orgullosa del hombre que mi padre había elegido para mí. Me sentí muy orgullosa... —Se quedó dormida ante los ojos de todos y su marido la dejó con cuidado sobre la hierba.

El jarl susurró —Preparaos para ir a las tierras de su padre.

Bjorn le miró sorprendido. —Pero jarl...

—¡Es una orden!

Su segundo asintió antes de dar órdenes. Freda miró de reojo al jarl que estaba obviamente afectado por las palabras de su esposa y en ese momento llegó Elin que sonrió. —Ya lo he machacado, jarl. Está preparado.

—Ponle el emplaste.

Elin se agachó de inmediato al lado de Freda y susurró —¿Qué ha ocurrido?

—Ahora te cuento.

Sin oírlas el jarl se apartó mientras las mujeres se encargaban de su esposa y fue hasta su caballo. Cubriendo la herida Elin vio el dolor en su rostro y negó con la cabeza. No sabía lo que había ocurrido con su amiga para que rechazara así a su marido, pero sabía que si Liska seguía sufriendo era porque él la había defraudado. Y lo sentía muchísimo por ella porque sabía que le amaba más que a sí misma.

Al cuarto día de viaje todos estaban agotados porque habían viajado día y noche para intentar salvarla. El jarl llevaba a su esposa con sumo cuidado y todos le escuchaban susurrarle que aguantara, que enseguida vería a su padre. Eso parecía que le daba fuerzas porque a pesar de la fiebre seguía viva. Llegaron al fiordo al amanecer y se escuchó el cuerno que alertaba de su llegada. Varios de los guerreros de su padre se acercaron a caballo y Ake se adelantó. —Avisad al jarl. Su hija está herida.

Uno de ellos salió a galope, lo que fue un alivio porque eso significaba que seguía vivo. Cuando llegaron al pueblo allí estaba Eivor esperando impaciente y ordenó —¡Curandera! ¡Atiende a mi hija!

Una anciana se acercó de inmediato y dos de los hombres ayudaron a coger a Liska de sus brazos. Eivor se acercó a su montura. —¿Qué ha ocurrido?

—Es largo de contar. —Descendió del caballo mirando preocupado como la trasladaban.

Su suegro apretó los labios. —Me lo contarás mientras la atienden y más te vale que tengas una buena excusa para traer a mi hija medio muerta. Ya perdoné una vez que Odín arrebatara mi estirpe antes de tiempo, pero si ocurre de nuevo no te lo perdonaré por mucho que seas el padre de mi nieto. —Se volvió caminando con paso firme a la casa del jarl y Ake suspiró pasándose la mano por la nuca.

—Jarl, te estás jugando el cuello.

Miró a su amigo. —Que atiendan a los hombres y que descansen el día de hoy. Mañana regresad a casa, hay que cazar para el invierno.

—Pero jarl, no puedo dejarte aquí solo —dijo asustado.

—Es una orden.

Bjorn apretó los labios. —Como digas.

Ake vio como las mujeres se quedaban al lado de sus caballos sin saber qué hacer y se

acercó a ellas. —Mis hombres se van mañana, si queréis acompañarles seréis bienvenidas en mi pueblo.

Las tres negaron con la cabeza de manera vehemente. —El padre de mi esposa os acogerá, no debéis preocuparos. —Le hizo un gesto a una mujer que se acercó de inmediato. —Ocúpate de que no les falte de nada a las amigas de mi esposa.

—Sí, jarl. Por favor acompañadme.

Ake tomó aire antes de volverse para ir hacia la casa del jarl donde tendría que enfrentarse a él.

Las tisanas que le preparó la curandera la mejoraron enormemente y al cabo de cuatro días abrió los ojos para alivio de todos, aunque se quedó dormida enseguida. En la siguiente ocasión que se despertó vio el rostro de su padre y agotada sonrió. —Estás bien.

—Todos estamos bien —dijo apretando su mano—. En cuanto os fuisteis nos dimos cuenta porque uno de los perros enfermó al poco de beber. El cadáver de un ciervo envenenó el agua en la montaña, pero ya está solucionado. Todos están bien. Solo hubo un par de enfermos, pero han sobrevivido.

Suspiró del alivio. —Cuanto me alegro.

—Sé que te preocupaste mucho, pero eso ya pasó, ahora debes recuperarte.

—¿Cómo he llegado aquí?

—Tu marido te encontró.

Le miró sorprendida. —¿De veras?

—Perdió un tiempo precioso en traerte hasta aquí en lugar de llevarte a su pueblo. Podrías haber muerto en el camino —dijo molesto—. Pero al parecer querías verme. Eso me han

dicho tus amigas. Hija, desde que te fuiste de aquí la primera vez te noto algo inquieta. No aposentas el culo en ningún sitio.

A pesar de su palidez se notó su sonrojo. —¿Está aquí?

—¿Tu marido? —Ella asintió. —Claro que sí. Ha enviado a sus hombres de vuelta y se ha quedado a tu lado como es su deber.

Ella miró al vacío. —Su deber...

Su padre apretó los labios. —Crees que no te ama, que no te ha amado nunca y que sigue encandilado por tu hermana, pero te equivocas. El hombre que te trajo hasta mi estaba muy preocupado por ti.

—¿Preocupado por mí?

—Más bien torturado por la situación. No encuentra salida a vuestra relación. Es evidente que tú sufres.

Se le cortó el aliento atenta a cada una de sus palabras.

—Hemos hablado mucho desde que estáis aquí. Mucho. También he hablado con tus amigas en privado para saber tu postura, aunque la última vez que nos vimos me había quedado clara, pero pensaba que eso había quedado atrás.

—Yo también lo pensaba, pero la travesía hasta su pueblo lo cambió todo.

—Eso también lo sé. Tu esposo ha sido sincero respecto a lo ocurrido.

—No fue un buen jarl ni un buen aliado. No ha sido un buen esposo y...

—Hija, no somos solo jarls de nuestro pueblo. También somos hombres y tenemos sentimientos, aunque la mayoría de las veces debamos ocultarlos. Si tu vida estuviera en peligro puede que yo hubiera actuado de la misma manera.

—No es cierto.

Eivor sonrió. —¿Me contradices? Antes no lo hubieras hecho.

—Antes nunca me habías mentido.

—Estás equivocada. — Le miró sin comprender. —Sí que te mentí. Nunca estuve a favor del matrimonio de tu hermana. Es más, sabía lo que había hecho Astrid para conseguirle.

Separó los labios de la impresión. —¿Qué?

—Sabía que le había mentido. ¿Pero qué podía hacer? ¿Dejarla por mentirosa ante todos? Sabía que no era lo correcto, pero antepuse una hija a la otra y lo hice por egoísmo.

—Padre no digas eso.

—Es la verdad. Cuando Aila me dijo lo que les había escuchado hablar me enfadé muchísimo, pero pensé en las consecuencias. Puede que Ake se enfadara por la burla, puede que su reacción alterara nuestra amistad y por lo tanto nuestra alianza. Es un hombre temido y peligroso, así que intenté proteger a mi pueblo haciéndome el tonto. Es más, cuando me di cuenta de que ya sabía la verdad intenté mediar para aplacarle diciéndole que en los matrimonios se pasaban malas rachas, que debía tener paciencia que todavía se estaban amoldando el uno al otro.

Sin poder creérselo susurró —Lo sabías, lo sabías todo y permitiste que se casaran.

—Cuando viniste para intentar persuadirme a mí de que debían casarse porque se amaban, vi como tu corazón se rompía en mil pedazos. Lo vi en tus ojos, pero el conflicto que ocasionaría descubrir esa mentira me retuvo de decírtelo. Así que me callé. Tú convencida por Astrid dabas el visto bueno a ese matrimonio, así que seguí adelante a pesar de tu dolor. Por eso nunca te quise forzar a otro matrimonio, hija. Quería que eligieras a tu marido libremente. Esperaba que otro hombre conquistara tu corazón, pero eso nunca ocurrió. Cuando me dijiste que era hora de casarse después de una de las visitas de Ake supe que querías huir, que querías olvidarle y pensé que tenías razón. Pero cuando mostró interés en esa boda, cuando puso pegas a cada uno de los candidatos vi un rayo de esperanza. Puede que tuvierais otra oportunidad de ser felices y animé ese matrimonio todo lo que pude a pesar de tu resistencia.

—No puedo olvidarla. Y él tampoco.

—Él la olvidó hace mucho tiempo, hija —dijo con pena—. Conozco a Ake muy bien y sé que después de descubrir su mentira no la perdonó. Es un hombre de férreos principios y que su propia esposa le hubiera mentado, que le hubiera engañado no era fácil de perdonar. Eso fue lo que le destrozó cuando Astrid murió. Saber que ella deseaba ese perdón más que nada y nunca se lo concedió. Que intentó hacerle feliz y él fingía que lo conseguía ante todos cuando no era así porque nunca más confiaría en ella. Se echa la culpa de haberla dejado sola después de parir. ¿Sabes por qué lo hizo?

Liska negó con la cabeza.

—Porque le rogó que la amara. Le había dado un hijo, merecía su amor.

Una lágrima cayó por su sien por el sufrimiento de su hermana.

—Se lo exigió y él sabía que no podría darle su amor. Todo el mundo piensa que sufría por su muerte porque la amaba más que a nada, pero en realidad sufría porque nunca pudo amarla de la misma manera que ella le amó a él. Sentía que no tenía corazón, que se había preocupado más de conseguir riquezas que de su propia esposa. A su muerte creyó que había perdido lo realmente importante y se sintió un miserable por no haber sabido apreciarlo. Incluso quiso rechazar a su propio hijo y dejarle con los Hovensén. —Ella jadeó impresionada. —Pero la esposa del jarl no lo permitió y siempre le estará agradecido por abrirle los ojos. Sí que podía amar, porque a su hijo le ama más que a sí mismo. Y se juró que nunca volvería anteponer su deber a las personas que ama. Tuvieron que pasar meses para que se diera cuenta de que no podía amar a Astrid porque su corazón estaba destinado a otra persona, hija.

—¿A quién? —preguntó casi con miedo.

—Te ha seguido por media Escandinavia. ¿De veras estás tan ciega como para no ver que tu marido te ama?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Creía que me seguía porque era su deber.

—Volvemos al deber de un jarl. Su deber era estar con los suyos para prepararles para el invierno y lleva semanas de un lado a otro detrás de ti. —Liska se sonrojó de gusto. —Sé, porque no me lo ha ocultado que su carácter no os ha puesto las cosas fáciles. Y el tuyo tampoco. Hija, me tienes de lo más sorprendido, con lo buena hija que has sido siempre te ha salido una vena rebelde...

Jadeó indignada. —Solo me escapé una vez...

Eivor parpadeó. —¿Una? ¿Una vez? Tengo entendido que...

—Padre, no entremos en detalles.

Se echó a reír con ganas y ella sonrió. —¿Crees que me ama?

—Y no solo lo creo yo. No creo que haya nadie de los que viven aquí que no esté convencido. La curandera ha tenido que atrancar la puerta de su casa por dentro porque no hacía más que acosarla con preguntas sobre tu estado. La ha llamado vaga y mil cosas más por no estar continuamente a su lado. Hasta he temido que nos abandonara por miedo a que el jarl la traspase con su espada. He tenido que poner dos hombres en su puerta para que dejara de importunarla.

Liska soltó una risita. —¿Dónde está ahora?

—He tenido que pedirle que fuera a cazar con la excusa de que necesitas carne fresca para cuando despiertes. Me va a acabar con la caza del contorno porque todos los días sale y vuelve con varias piezas. Después ordena a la cocinera un caldo. Estos días Aila te lo daba a pesar de no estar despierta. Él supervisaba que tragaras al menos la mitad sino no se iba contento —dijo divertido.

Su corazón casi chilla de la felicidad porque le importaba, le importaba y mucho. Incluso puede que la amara. Y eso es lo que debía averiguar.

Eivor entrecerró los ojos. —¿Qué piensas, hija?

—No me respeta como mujer ni como esposa.

—Liska...

—Tú escuchas lo que tengo que decir.

—Él también lo hace. Te ha traído hasta aquí.

Lo pensó bien. —Estaba haciendo un favor a una moribunda.

Su padre suspiró como si no pudiera con ella. —¿Qué tienes en mente? Nada de huir, el invierno está a la vuelta de la esquina y todavía no estás recuperada.

—No, claro. No pienso moverme de aquí.

—¿Hablas del presente o del futuro?

—Si me quiere...

—¡Tiene un pueblo que dirigir! ¡Un hijo al que cuidar y otro en camino! ¡No puede dividirse! Ya basta, hija, ¿no es suficiente? —Se sonrojó con fuerza por el reproche de su padre. —¡Está aquí! ¡No se ha separado de ti! Ha dejado a un lado a su gente para acompañarte, ¿qué más quieres? —Al ver que su hija no contestaba suspiró. —No quiero regañarte, sé que has sufrido. Pero te niegas a ver lo que ven todos y esto no puede seguir así. —Su padre se levantó. —Al verte medio muerta pensé en protegerte, pero después de hablar con él he decidido que no pienso hacerlo. En cuanto mejores regresarás con tu marido a tu nueva casa y tomarás tus ocupaciones. Espero que sepas mantenerte en tu lugar y eso implica que nada de huir de nuevo, ¿me oyes?

—Sí, padre.

—Ese corte en el brazo te lo has hecho tú, niña. Como todo el sufrimiento que te has infligido por amar al marido de tu hermana. —Se le cortó el aliento. —¿Y no te das cuenta de que ni Ake ni tú tenéis la culpa de lo que ha ocurrido? Astrid se interpuso en los designios de Odín y lo pagó con su vida. No colmes la paciencia de los dioses, es evidente que aprueban este matrimonio.

Sorprendida por sus palabras vio cómo iba hacia la puerta. —¿Crees que están de acuerdo en este matrimonio?

—¿Acaso no es evidente? No hacen más que salvarte la vida.

Pues tenía razón. Pensó en ello y dándole vueltas se dio cuenta de que desde que se había ido de casa había salvado el pellejo unas cuantas veces. Frunció el ceño. A ver si era cierto lo que decía su padre y Ake tenía que ser su marido por narices. ¿Y si era su destino y estaba haciendo el idiota? Sus ojos se cerraron de agotamiento. Uff, estaba muy cansada para pensar en eso.

Capítulo 13

El sonido de la puerta la despertó y somnolienta vio como su marido entraba en la habitación intentando no hacer ruido. Cuando él vio por el fuego encendido que tenía los ojos abiertos sonrió. —Esposa, eres una elegida de Odín, de eso no hay duda.

—Sí, eso dice mi padre.

Ake se sentó a su lado. —¿Cómo te encuentras?

—Bien. Algo cansada pero bien. Casi no duele...

Se miraron a los ojos y Ake susurró —Volvías a huir de mí.

—Quería ver a mi padre. Además, ya habíamos hablado de esto. Me diste permiso.

—Eso fue antes de que supieras lo del niño. ¿No quieres intentarlo?

—Ake...

Él apretó los labios. —Entiendo. —Apartó la vista para mirar el fuego. —Mañana me iré a casa. —A Liska se le cortó el aliento. —Debo ayudar a mis gentes para el invierno.

Se le retorció el corazón porque no quería que se fuera, pero después de lo ocurrido no sabía cómo pedirle que se quedara. —Lo sé.

—Volveré en primavera después de la incursión. No quedará mucho para que des a luz después de que se vayan las nieves, pero procuraré que la incursión sea breve para estar aquí cuando llegue el momento.

Ni sabía qué decir. Él la miró y forzó una sonrisa. —Nunca te faltará de nada mientras viva ni después, de eso puedes estar segura.

—No necesito nada.

Él se tensó. —Sí, es evidente que de mí no necesitas nada, pero lo tendrás igual. Cuando tengas al niño traeré a mi hijo para que pasen tiempo juntos. Quiero que estén unidos. Yo no tuve hermanos y creo que es importante que haya un vínculo entre ellos. ¿Te importa?

En ese momento se dio cuenta de lo solo que había estado y se sintió horriblemente mal por tratarle así, pero dijo —No, no me importa. Puedes traerle cuando quieras.

Ake asintió. —Gracias. —Se quedó en silencio varios segundos como si lo que fuera a decir le costara, pero al final susurró —Sé que no querías este matrimonio desde el principio y que has sufrido lo indecible por su causa. —Liska iba a decir algo, pero la interrumpió —Déjame continuar, por favor. Quiero decirlo. Si me empecé en él fue porque es lo que debía haber hecho desde el principio. Intenté reparar mi falta, sí, pero también quería que funcionara. —Apretó los labios. —Preciosa, deseaba que funcionara más que nada y no tenía nada que ver con el niño, con que serías una gran madre o que estabas preparada para el puesto que ibas a ocupar, era porque sentía que te necesitaba a mi lado. Y lo sentía desde hacía mucho, mucho antes de la muerte de Astrid. Cuando murió me sentí un miserable por no haberle dado lo que reclamaba. La traicioné en vida de muchas maneras porque no dudaba en compartir su lecho gustoso dándole esperanzas y te traicioné a ti. Creí que con su muerte lo había perdido todo, que estaba solo de nuevo y que era por mi culpa, porque era mi destino. Pero vine a comunicaros su muerte y vi cómo te cortabas el brazo... Te juro por Odín que se me retorció el alma, pero no tenía derecho a nada. No eras mía para interponerme como bien dijo tu padre. Eso me revolvió las tripas. Ver lo que sufrías por su muerte cuando era responsabilidad mía. Todo había sido por mi culpa. Intenté solucionarlo, intenté que te dieras cuenta de lo que me importabas... Pero cuando me contradijiste ante mis hombres después de haber rechazado mi mano en público... Mi orgullo no lo soportó. —Negó con la cabeza apartando su mirada como si no soportara ver su rostro. —He

estado a punto de perderte en varias ocasiones, pero no fue hasta que te encontré en ese bosque que me di cuenta realmente de todo lo que habías sufrido. No soy bueno para ti. Los remordimientos, el orgullo y mi rango me han hecho como soy y solo te hago daño. El pasado no puede borrarse y con cada decisión que tomo lo empeoro todo. Intento ser un buen jarl, un buen padre y me hubiera gustado ser un buen esposo para ti, pero es evidente que lo mejor es separar nuestros caminos. Espero que algún día puedas perdonarme y que seas muy feliz. —Se levantó y fue hasta la puerta.

—Ake... —Él la miró sobre su hombro y al ver que se tensaba como si temiera que lo que fuera a decirle le hiciera daño se le cortó el aliento. Y fue cuando realmente se dio cuenta de que tenía ese poder. Sus decisiones, sus palabras también le herían y se dio cuenta de que por mucho que le amara era hora de dejar de hacerse daño. Sonrió con tristeza. —Eres un gran hombre y un buen jarl. Eres un padre estupendo porque amas a tu hijo por encima de todo y eso demuestra que tienes corazón. Un corazón que es capaz de amar. Siento haber dicho que no eres un buen jarl porque es mentira.

—Fue egoísta llevar el barco hasta casa.

—No conocía a Gunilda y sé que tenías fe en que ella les salvara a todos. Más después de saber lo del agua.

—Como dijiste no era seguro y además estaba lo de tu padre.

—Eso demuestra lo que amas a tu hijo.

—No lo hice solo por mi hijo, pero ahora es lo mismo.

Sí, no había que seguir dándole vueltas, no valía de nada. —Sabes que si no hubiera pasado todo lo que ocurrió yo hubiera intentado ser una buena esposa, ¿verdad? —Una lágrima cayó por su mejilla. —Te hubiera amado más que a nada y hubiera sido feliz de envejecer a tu lado.

Ake apretó las mandíbulas antes de asentir. —Lo sé, preciosa.

Sonrió. —Dale un beso al niño cuando le veas y dile que su tía estará esperando que regrese. Que tengas un buen viaje de vuelta.

Salió de la habitación como si le costara irse, pero cerró la puerta lentamente. Liska cerró los ojos intentando contener el dolor del pecho y se llevó la mano allí. La puerta se abrió de nuevo sobresaltándola y asombrada vio que entraba otra vez para caminar ante su cama de un lado a otro como si estuviera furioso. —¿Ake?

—Espera que le estoy dando vueltas a lo que has dicho.

—Ah, ¿sí?

Se detuvo en seco fulminándola con la mirada. —¿Te hubiera amado más que a nada? Yo antes era casi como ahora.

—Bueno, casi... Estabas soltero.

—¿Pero de carácter era más o menos como ahora! ¿O no?

—No es que te conociera demasiado —dijo pasmada.

—¿Entonces cómo sabes que me amarías más que a nada? —gritó a los cuatro vientos.

Gimió porque ahí la había pillado. —¿Intuición femenina?

—Mujer...

—¡Sí, te amaba! ¿Contento?

De repente él sonrió de oreja a oreja. —Pues sí. Ya era hora de que lo reconocieras. Mujer eres un poco dura de pelar respecto a tus sentimientos. Entiendo que hayas tenido que ocultarlos, pero ahora estamos casados y puedes sincerarte respecto a lo que sientes.

Jadeó indignada. —¿Que me sincere? ¡Buen viaje!

—¿Seguro que no quieres hablar de esto? Hay cosas que no deben ocultarse, luego se enquistan y nunca se olvidan.

—¿No crees que ya hemos hablado mucho de ello?

Él chasqueó la lengua. —Sí, la verdad. Mejor lo dejamos atrás. ¿Sabes lo que vamos a hacer? —Pasmada negó con la cabeza. —Ahora que sé que estás mejor volveré a mi pueblo y regresaré en primavera para asegurarme de que tu embarazo va bien como tenía previsto. Ahí volveremos a hablar y si has cambiado de opinión... No debes preocuparte, mujer, podrás volver a casa.

Parpadeó asombrada. ¡Había cambiado de opinión por completo! —¿Quieres que vuelva?

Inseguro dio un paso hacia ella. —¿Quieres volver?

—Pero si acabas de decir...

—¿Quieres volver o no?

De repente se echó a reír, no pudo evitarlo. Era absurdo todo lo que estaba ocurriendo y fue consciente de todo lo que le importaba. No pensaba cejar en su empeño de que volviera a casa. Pensaba en sus sentimientos, en todo lo que había sufrido, pero aun así se negaba a perderla, lo que le robó el corazón.

—No tiene gracia, mujer—dijo él entre dientes.

Sus ojos brillaron de la alegría y a Ake se le cortó el aliento. —Preciosa... —Alargó la mano y él se la cogió de inmediato sentándose a su lado. —Intentaré ser mejor marido, te lo juro por Odín. ¿Me darás otra oportunidad, preciosa?

—¿Todavía no te has dado cuenta de que vivo para ti, mi amor?

Él cerró los ojos como si esas palabras fueran las mejores del mundo y Liska se sentó en la cama para abrazarle. Ake acarició su espalda con ternura y se mantuvieron así varios segundos. —Qué bueno es sentirte —susurró él. La apretó más contra su pecho—. Creía que te perdía.

—Estoy aquí. —Se apartó para mirar sus ojos.

Ake besó sus labios suavemente y la dejó sobre la cama ignorando que ella protestó. —Estás todavía algo caliente, esposa. No debes empeorar de nuevo.

—Estoy bien. —Pensativa acarició su mejilla hasta su barba.

Su esposo levantó una ceja. —¿Qué piensas, mujer?

—Nunca te he visto la cara sin barba, pero te sienta muy bien.

—Dicen que soy muy apuesto.

—Lo eres, marido. Pero la próxima vez que te lo digan avísame que quiero oírlo con estos oídos que me ha dado Odín.

Él se echó a reír. —¿Celosa?

—Qué va. Pero tú avísame.

Rio por lo bajo. —Te aseguro que por mucho que me digan solo tengo ojos para ti.

—¿De veras?

Sabía que estaba insegura y era misión suya que se diera cuenta de lo que le importaba. —De veras. Nunca habrá ninguna más —dijo comiéndosela con los ojos y sonrojándola de gusto.

Ella le robó un beso loca de contenta, lo que le hizo darse cuenta hasta qué punto había sido deficiente en demostrarle lo importante que era para él. Eso no volvería a pasar jamás, lo juraba por Odín.

Asombrada vio todas las sedas que estaban metiendo en la habitación. —¿De dónde ha salido esto? —preguntó a Judith que dejaba un rollo de precioso terciopelo azul a sus pies.

—Lo ha hecho traer tu marido. Dice que necesitas vestidos y durante tu convalecencia podemos hacerlos. Su barco acaba de llegar para recogerle.

Su hijo dejó sobre sus piernas un cofre. —Eso también es para ti —dijo Elin.

Impresionada levantó la tapa para ver las joyas de una reina. —Es evidente que quiere

agasajarte —dijo Freda encantada.

Elevó un collar con el que soñaría toda mujer y se notó en su cara que estaba maravillada. No por el collar en sí, sino porque había pensado en ella al pedir que le llevaran esas cosas. Era evidente que su regreso a casa no sería como la primera vez y estaba ansiosa por descubrir que les depararía el futuro.

Ake llegó en ese momento y ella sonrió. —Marido, no era necesario.

—Claro que sí. —Se sentó a su lado mientras las mujeres salían discretamente. —¿Cómo te encuentras? ¿Podrás realizar el viaje? Puedo...

—Estoy bien. Gunilda me cuidará cuando llegue, no debes preocuparte.

—Estarás cómoda en la travesía. Tus amigas te cuidarán y acompañarán para que no te sientas sola.

—¿Vienen con nosotros?

Él sonrió. —No quieren separarse de ti, preciosa. He intentado averiguar lo que ocurrió con el jarl Eskolsen, pero no abren la boca y me miran como si fuera culpa mía.

—No ha sido culpa tuya. Al parecer el prometido de Elin la utilizó para casarse con la hermana del jarl.

Ake frunció el ceño. —¿Qué?

—Y el jarl solo quería a Judith para lo que la quería, no sé si me entiendes. —Su marido la miró fijamente. —¿Qué?

—Preciosa no sé por qué se fueron, pero lo que te han dicho es mentira.

—Cielo, ¿por qué dices eso?

—El jarl no tiene hermanas. De hecho, hace años cuando nos llevábamos bien me comentó muchas veces que era una pena que no tuviera hermanas para ser como hermanos. Y a mi amigo Hovensen le dijo lo mismo.

—No, tienes que estar equivocado.

—Te aseguro que no.

Impresionada ni sabía que decir. —¿Me han mentido?

—Preciosa, aquí hay gato encerrado.

—Pero me buscaban, las atraparon por eso.

—¿Iban hacia mis tierras?

—Sí, para reunirse conmigo. La madre de Elin murió cuando las atraparon.

Se pasó la mano por la barba. —Es un largo camino desde las tierras de Eskolsen. —
Frunció el ceño. —Si se fueron a pie se debieron ir cuando abandonamos el pueblo de mi amigo.
Sino es imposible que les diera tiempo.

—¿Qué quieres decir? ¿Que en cuanto nos fuimos nos siguieron?

—Nosotros regresamos en barco a mi casa y apenas unos días después nos atacaron y se
te llevó ese cabrón. Caminando desde las tierras Eskolsen tardarían esos días en llegar hasta
donde mataste a Ulf. Si las habían atrapado fue como mucho unos días antes.

—Recuerda que nos detuvimos aquí para ver a mi padre antes de que me llevaras a tus
tierras.

—Es lo mismo, esposa. Aunque las hayan retenido, han sido cuatro días, una semana
como mucho...

—Supones que venían caminando.

—Si se hubieran llevado caballos, el jarl las hubiera seguido. No le gusta un pelo que le
roben. Tendría que dar ejemplo.

Se mordió el labio inferior. —¿Y en barco?

—¿Saben llevar un barco? No llegarían muy lejos si mi amigo las siguiera por mar. Es un
marinero nato.

—No lo entiendo. ¿Por qué iban a mentirme?

—Porque han hecho algo que quieren ocultar, preciosa. Y nos siguen para que las protejamos. Saben que tú harás lo que sea por su bienestar.

Pensó en ello. —¿Crees que estamos en problemas?

—¿Para que se hayan ido? Ha pasado algo muy serio allí para que hayan huido buscando tu protección. Sí preciosa, estamos en problemas si las apoyamos. No dudo que las están buscando.

Tenía que averiguar cuanto antes lo que había ocurrido. —Haz que vengan.

—Estás muy débil y...

—Haz que vengan, marido, debemos enterarnos cuanto antes.

—No te alteres —dijo preocupado—. No te conviene nada.

—No voy a alterarme, tranquilo. —Su marido la miró como si lo dudara mucho y Liska sonrió. —No te alteres tú.

Él gruñó. —Lo intentaré. —Se levantó y fue hasta la puerta. La abrió de repente para encontrarse a Elin escuchando.

Palideció al verle y su amiga intentó disimular. —¿Todo bien?

—Pasa Elin —dijo ella tranquilamente.

Se acercó a ella con una sonrisa y al ver que el jarl no se iba le miró de reojo perdiendo la sonrisa poco a poco. Era evidente que temía a su marido y cuando él cerró la puerta dio un paso hacia ella como si quisiera que la protegiera de él. —¿Ocurre algo? ¿No te encuentras mejor?

—Sí que me encuentro mejor. De hecho, nos iremos en cuanto todo esté listo.

Ella sonrió aliviada. —Muy bien, te ayudaremos en todo.

—Gracias.

Su marido se cruzó de brazos ante la puerta demostrando que no se movería de allí hasta

que lo supiera todo.

—Elin... —dijo ella captando del todo su atención. —¿Sabes de lo que me he enterado?

—No, ¿de qué?

—Adivina —dijo como si estuviera ilusionada.

Elin se sentó a su lado y sonrió. —No sé... Te ha regalado algo más.

—No, es suficiente.

—Te ha dicho que te ama.

Se puso como un tomate. —Mejor te lo digo yo que no das ni una...

—Preciosa...

Le ignoró cogiendo la mano de Elin. —¿Sabes de lo que me he enterado? ¡De que el jarl Eskolsen no tiene hermanas!

Elin perdió todo el color de la cara y se apartó levantándose. Ambos la miraron fijamente. —Me habéis mentido —dijo Liska.

Se apretó las manos mirándola arrepentida. —Lo siento, pero no sabíamos cómo decírtelo.

—¿Qué ocurrió allí para que salierais huyendo? —Su amiga angustiada miró al jarl. — ¡Elin estás hablando conmigo!

—No fue culpa mía. Yo no quería. Fue sin querer. Madre...

—¿Tu madre qué? ¿Qué ocurrió? —preguntó impaciente.

—Esposa no te alteres. —Fulminó a su amiga con la mirada. —Como mi esposa enferme de nuevo por esto...

—¡Amiga, me está amenazando!

—Ignórale. Habla de una vez. Si no sé lo que está pasando no puedo ayudaros.

—Esposa, las ayudaremos si lo veo claro.

—¿Ves lo que ha dicho? Todos los hombres se protegen. Freda no hace más que decirlo.

—¿Se lo has dicho a Freda? —preguntó asombrada—. Pues muchas gracias.

Se sonrojó. —Es muy agradable.

—Con las mujeres, porque he oído unos comentarios... —dijo el jarl irónico.

—¡Lo ha pasado muy mal!

Liska jadeó. —Veo que habéis tenido mucho tiempo para hablar.

—Es que estabas dormida y fueron muchas horas muertas. ¿Sabes que roncas?

—¿Yo? —preguntó ofendida—. Marido dile que es mentira.

—Es mentira. Al parecer mientes mucho.

—Sí que ronca.

—¡A mi lado nunca ha roncado! ¡Si lo ha hecho es porque estaba enferma! Y todavía lo está, así que sé breve mujer... ¡Porque puede que pierda la paciencia!

Pálida miró a Liska. —Yo no quería...

—Eso ya lo has dicho.

—¿De veras?

—¡Elin!

—Ya se me está alterando —siseó su marido haciendo que Elin chillara rodeando la cama para alejarse de él.

Liska puso los ojos en blanco. —Marido, ¿por qué no vas a darte una vuelta? Seguro que mi padre te echa de menos.

—Ni hablar...

Bufó volviendo la cara a Elin. —Cuéntamelo, te prometo que te ayudaré en lo que pueda.

—¡Esposa, no puedes prometerle eso!

—Claro que sí, somos amigas.

Elin sonrió. —¿Ves? ¡Somos amigas y las amigas están para eso, para ayudarse!

—Uy, esposa... que esto es muy gordo.

Eso empezaba a temerse porque no terminaba de decir lo que había ocurrido. —Elin ven aquí —dijo alargando la mano. Su amiga la cogió sin dudar y dejó que la sentara en la cama a su lado—. No puede ser tan grave.

Gimió. —Sí que lo es...

—Bien, intentaré ayudarte en todo lo posible.

Angustiada susurró —Si te lo cuento y me encubres te pondré en peligro.

Esas palabras la tensaron, pero no lo demostró. —Cuéntamelo.

—No me imaginaba... —Se echó a llorar cubriéndose la cara con la mano libre. —Nunca lo había visto así...

—¿El qué? —preguntó el jarl impaciente.

—Iba a llevar una piel a nuestra casa. Me la había prestado una de las mujeres. La noche anterior mi madre pasó frío y fue muy amable en conseguírmela. El hecho es que al salir de la casa del jarl después de la cena me encontré con mi madre. Se cruzó conmigo de camino al bosque para aliviarse y me dijo que el niño ya estaba dormido, que no hiciera ruido. —Sorbió por la nariz. —Yo le pregunté que si Judith también se había dormido y me dijo que no había llegado, que pensaba que estaba conmigo. Ahí me preocupé y en cuanto dejé la piel en la cama regresé a la casa del jarl para buscarla. El salón ya estaba vacío y me parecía extraño que aún permaneciera allí, porque la zona del hogar estaba vacía. Entonces oí el grito. Asustada cogí un cuchillo y fui por el pasillo que lleva a las habitaciones. Una puerta semiabierta mostraba luz y fui hasta allí escuchando un grito tras otro. Al llegar a la puerta entonces la vi, parecía que sufría. La tenía contra la pared agarrada y creí que uno de los guerreros del jarl la estaba violando. ¡Te

lo juro!

Empezando a entender miró a su marido que tenía el ceño fruncido. —¿Qué pasó después? —preguntó ella.

—Me acerqué por detrás como me enseñaste y le clavé el cuchillo por la espalda. — Gimió. —Dos veces. ¡No sabía que era el jarl!

Ake juró por lo bajo llevándose las manos a la cabeza y Liska palideció por las repercusiones que tendría lo que había hecho. —¿Qué ocurrió después?

—Él cayó al suelo y entonces vi quien era. Judith se quedó tan sorprendida como yo y se echó a llorar llamándole desesperada. No hacía más que preguntar qué había hecho y le dije que le estaba haciendo daño. Ella lo negó y me agarró del brazo quitándome el cuchillo. Llorando me dijo que tenía que irme o me matarían los hombres del jarl. Corrí hasta la cabaña para buscar a mi madre, pero no estaba. Cogí mis cosas esperando que regresara. Había ido a aliviarse no podía tardar mucho, pero se escucharon gritos en la casa del jarl y supe que ya le habían descubierto. Tenía que irme y cuando iba a huir apareció Judith diciendo que se iba conmigo. Que tenía miedo de que pensarán que tenía algo que ver con eso y que debía pensar en su hijo. Le despertó y recogimos lo que pudiéramos necesitar, pero mi madre no llegaba —dijo angustiada—. Tuve que irme...

La miró asombrada. —¿La dejaste allí?

—¡No podía esperarla! ¡Moriríamos todas porque era evidente que íbamos a huir! Judith dijo que no esperaba más y si me hubiera quedado... —Se tapó la cara con las manos. —No tenía que haberme ido. La abandoné. Ella nunca lo hubiera hecho.

Acarició su espalda muy preocupada por su amiga. Levantó la vista hacia su marido que las observaba con las manos en la cintura. —¿Marido? ¿Podemos hacer algo?

—Si ha matado al jarl no dudo que las estarán buscando y no cejarán hasta que las encuentren. Empiezo a temer que cuando lleguemos a casa habrá alguien del jarl para asegurarse

de que no van hasta allí, porque no nos engañemos, es lo más probable.

—Entonces se pueden quedar aquí, mi padre...

—Tu padre no sabe nada de esto. ¿Crees que se pondrá de su parte simplemente porque sean amigas tuyas? Es jarl, su deber es ayudar a su igual y más aún siendo un aliado y con Cnut jamás ha tenido un conflicto, que yo sepa.

Negó con la cabeza. —El jarl Eskolsen nunca ha pasado por aquí ni para bien ni para mal.

—Pero Eivor es jarl, es su deber ayudarle y dar ejemplo. Otra cosa es impensable. Para algo existen los rangos, preciosa.

Se mordió el labio inferior mientras Elin no dejaba de llorar. —¿Puedes mediar?

—Puedo intentarlo, pero el sucesor de Cnut querrá justicia. No creo que se dé satisfecho con ninguna negociación. Es más, me exigirá que me ponga de su lado.

—Lo siento, lo siento —dijo Elin—. Creí que le hacía daño. Gritaba y él gruñía agarrándola con fuerza.

Liska se sonrojó. —Hay momentos de pasión que pueden parecer... ¿No, marido?

—Preciosa, tu amiga es tonta.

Elin jadeó. —¿Qué me ha llamado?

—¡Cualquiera se hubiera dado cuenta! —gritó Ake furibundo.

—¡Perdona jarl, pero nunca había visto algo así!

—¡Pues la que has liado! ¡Has matado a un amigo! ¡Debería entregarte a sus guerreros!

—Entrecerró los ojos. —De hecho voy a hacerlo.

—¡No puedes hablar en serio! —exclamó Liska—. ¡Se ha sincerado!

—¡Seamos francos, antes o después nos hubiéramos enterado!

—¡Es mi amiga, no voy a delatarla y me importa muy poco que él sea un jarl!

—Esto es lo que me faltaba por oír. ¿Y si me hubieran matado a mí?

—¡Pues mira, si Elin te pillara en una situación parecida, no le doy permiso para que te apuñale dos veces! ¡Espero que te clave el cuchillo veinte!

Ake parpadeó antes de sonreír. —¿Eres celosa?

—¿En serio vamos a tener esta conversación?

Él carraspeó. —Mejor que no.

—Mira que le dije que se casara con él antes de que le tocara un pelo. ¡Eso le ha pasado por tocar lo que no le pertenecía! Claro, sabía que estaba loca por él y se aprovechó. ¡Pues le ha salido mal!

—Mujer no vayas por ahí, ella lo hizo muy a gusto. ¿Solo he escuchado yo eso de los gritos?

—Podían ser gritos de dolor.

—Pero no lo eran y eso lo ha reconocido Elin.

Gruñó mirando a su amiga. —¿Seguro que no eran de dolor?

—Yo creía que sí.

—Ella creía que sí, a mí me vale.

—¡Pero Judith dijo que no!

—Ya, pero es que Judith dio las explicaciones muy tarde.

—Esto es increíble. ¿Esa es la manera en la que vas a defenderla?

—Ah, ¿pero puedo defenderla? ¿No sería más lógico que la defendieras tú que eres jarl?

—¿Ahora soy yo quien tiene que solucionar esto? —Ambas parpadearon antes de asentir.

—¡Estupendo!

—Marido, ¿me quieres?

La miró como si le estuviera hablando en otro idioma. —¿Y eso que tiene que ver?

Sonrió. —Si me quieres, harás lo necesario por ayudarla porque eso me hará feliz.

Dio un paso hacia la cama. —¿Si le salvo el cuello, lo perdonarás todo y olvidarás el pasado de una buena vez?

Se sonrojó. —Lo dices como si fuera muy machacante con el tema.

—¡Porque lo eres, mujer! —gritó a los cuatro vientos.

Chasqueó la lengua. —Muy bien, te perdonaré...

—¿Y?

—Y olvidaré el pasado, ¿de acuerdo?

—Jarl, no te la creas que cuando menos te lo esperes vuelve a sacar el tema.

La fulminó con la mirada. —No lo haré.

—Júralo por Odín.

—¡Lo juro!

A su marido se le cortó el aliento y la miró a los ojos como si quisiera comérsela entera lo que la sonrojó de gusto. —¿Lo harás?

—Por supuesto que lo haré. Déjame esto a mí, preciosa —dijo antes de ir hacia la puerta.

—Marido...—Él se volvió de inmediato demostrándole que ahora todo era distinto. —
Gracias.

—Dame las gracias cuando termine mi misión, preciosa.

Capítulo 14

Al día siguiente embarcaron. Su marido supervisó por sí mismo su traslado y cuando se aseguró de que estaba bien cuidada en la bodega en una cama que parecía la de una reina, subió a ordenar a sus hombres.

Estaba tan impresionada con su cambio que se quedó mirando el techo mientras le escuchaba dar órdenes a diestro y siniestro. —¿Estás bien? —preguntó Judith sentándose a su lado.

—Sí.

Sus amigas al ver que seguía mirando el techo se miraron la una a la otra. —¿Seguro? —preguntó Elin.

—Está raro.

—¿Raro?

Bajó la vista hacia ellas. —Ake no es así.

—¿Así como?

—Tan solícito conmigo.

—Igual se ha dado cuenta de sus errores e intenta ser mejor marido.

Asintió. —A este Ake no le conozco.

—¿Y no te gusta?

—Claro que le gusta —dijo Judith—. Le ha regalado telas, joyas y está pendiente de ella, ¿qué mujer no estaría encantada?

—Parece que no quiere besarme. Ayer no lo hizo y hoy tampoco.

—¿Y? —preguntaron a la vez—. Has estado a punto de morir —dijo Judith—. Y por lo que le he oído eso ha ocurrido dos veces en muy poco tiempo. Igual quiere dejar que te repongas.

—¿Crees que es eso?

—Claro que sí. En nada de tiempo te estará comiendo a besos —dijo Judith antes de que la tristeza inundara su rostro. Su suspiro rompía el corazón porque era evidente en quien estaba pensando.

Liska la miró con pena. —Siento lo que te ha ocurrido.

—Bah... —dijo como si no tuviera importancia—. Nunca se puede aspirar a más de lo que nos corresponde, los dioses se ofenden. Eran sueños estúpidos ...

Elin se mantuvo en silencio con la mirada agachada. —¿No tienes nada que decir? —preguntó Liska.

—Ya le he pedido perdón, no sé qué más hacer.

Judith apretó los labios. —No puedes hacer nada. Querías protegerme y te lo agradezco.

—Por mi culpa le has perdido.

Los ojos de Judith se llenaron de lágrimas y se llevó la mano a la boca antes de levantarse y correr hacia las escaleras. Freda que hasta el momento se había mantenido en silencio la siguió con el niño. Elin suspiró. —Debería matarme, al menos sentiría la satisfacción de la venganza.

—No digas eso, sabe que lo hiciste creyendo que la ayudabas. Fue un error.

—Un error que le ha destrozado la vida.

—Nada garantizaba que se casara con ella. Siendo sinceras todas sabemos lo difícil que es que un jarl se case con una mujer común. Es triste, pero es así. Y no iba a casarse con ella

porque dos días después de mi partida ya la había metido en su lecho. Era su amante nada más, como seguramente ha tenido decenas. ¿Pero amarla y casarse con ella? Siento ser tan cínica, pero no, eso no iba a pasar.

—Randall quería ser mi marido.

—Eso es distinto. Es un guerrero no un jarl. Los jarl se casan por alianzas la mayoría de las veces. Cuando Ake buscó esposa lo hizo por una alianza y todos los jarl que pidieron mi mano prácticamente ni me conocían, solo lo hicieron por crear un vínculo con mi padre. ¿Crees que el jarl Eskolsen no iba a buscar una alianza igual cuando buscara esposa? No era tonto, esas alianzas pueden llegar a salvar a su gente y era su deber protegerles.

—Pero dijiste que se casara con él antes...

—¿No lo entiendes? No quería que se ilusionara para nada al compartir su lecho. Si se hubiera resistido a él, si le hubiera seducido lo bastante para captar su atención, puede que hubiera tenido una oportunidad de ser su esposa. Tenía que enamorarle no entregarse a él, dárselo todo y que perdiera el interés.

Elin entrecerró los ojos. —Mantener su atención hasta que le enamorara.

—Me has entendido.

—Pues ahora no hay atención que valga porque estará ante Odín preguntándose lo que ha pasado.

Suspiró y vio la tristeza en su rostro. —¿Piensas en Randall?

—No —dijo mintiendo descaradamente.

—Lo siento.

—Bah, era demasiado bueno para ser verdad. —La miró a los ojos. —El día en que os fuisteis me llevó a pasear por la ribera del fiordo y me regaló una anemona azul. Era hermosa y enorme. —Liska sonrió. —Dijo que era igual que el color de mis ojos. —Liska parpadeó mirando sus ojos castaños. —Esa es la cara que puse yo —dijo indignada—. ¡Ni se había fijado

en el color de mis ojos!

—Será que no ve bien.

—¡Si es el mejor arquero del jarl!

—Sería porque te había visto con la luz del fuego y eso le despistó, cómo no iba a saber el color de tus...—Su amiga negó con la cabeza. —¿Cómo no va a fijarse si parecía que te comía con los ojos?

—Fue cuando me dio la flor cuando debió darse cuenta porque se acercó hasta rozar mi nariz con la suya para mirarlos bien. ¿Y sabes lo que me preguntó? ¡Si me los había cambiado! —Se echó a reír sin poder evitarlo y su amiga la miró indignada. —Me da que le valía cualquiera. Por allí no había muchas mujeres de mi edad.

—Seguro que no es eso, te reclamó casi desde el principio.

—Y eso es lo que debería haberme alertado —dijo fastidiada.

Se quedó en silencio y vio como cogía un hilo que se le había salido del vestido. Por la tristeza de su rostro se dio cuenta de que ahora no pensaba en Randall. —No pierdas la esperanza, igual está viva.

—Si ha perdido la vida por mi causa no me lo perdonaré nunca.

—Ella no sabía nada, no hizo nada. No pueden culparla de algo en lo que no tuvo nada que ver. Mi marido lo solucionará, ya verás.

Elin forzó una sonrisa, pero en sus ojos vio que no tenía ninguna esperanza. —¿Me prometes una cosa?

—Lo que sea.

—¿Si está viva y yo falto el día de mañana, cuidarás de ella?

—Como si fuera mi madre, pero no tendré que hacerlo. Te verá tener hijos y si Odín quiere, puede que incluso nietos, ya verás. —Cogió su mano por encima de la piel. —Ahora deja

de pensar en ello y sube para hablar con Judith.

Asintió y se levantó. —Descansa, todavía estás muy débil.

—No te preocupes, lo haré.

Su amiga subió los escalones y la dejó sola. Liska suspiró mirando al techo, esperaba que su marido pudiera ayudarla. Se había comprometido, seguro que haría lo posible por salvarle la vida e increíblemente después de todo lo ocurrido confiaba en que cumpliría su promesa. Confiaba en él y dio gracias a Odín porque se había sincerado con ella y porque era evidente que la quería. A su manera, pero la quería. Había que tener en cuenta que había crecido sin amor y que le costaba mostrar sus sentimientos. Se le cortó el aliento porque con su hermana no lo parecía y eso le hizo darse cuenta de todo lo que había fingido para intentar demostrarle que se había enamorado de Astrid. Frunció el ceño porque estaba haciéndolo de nuevo. Volvía a pensar en su hermana y eso no podía ser. Se iban a dar otra oportunidad y no podía defraudarle. Tampoco iba a defraudarse a sí misma porque le amaba con toda el alma. Debía hacer lo que fuera por olvidar el pasado. Y lo haría, pondría todo de su parte para que su matrimonio funcionara. Ese pensamiento la hizo sonreír mientras se le cerraban los ojos.

Estaba tan cómoda que se pasó todo el viaje durmiendo. Aunque se encontraba mejor, su cuerpo aún estaba agotado. Su marido preocupado porque apenas había despertado para alimentarse y seguir durmiendo, les dijo a las mujeres que no se separaran de ella y que le avisaran si empezaba a tener fiebres de nuevo. En cuanto llegaron Ake gritó que Gunilda subiera al barco. Después de contarle lo ocurrido la madre de Bjorn se arrodilló a su lado y puso la mano sobre su frente despertándola sin querer. Liska parpadeó al verla. —¿Ya hemos llegado?

Esta sonrió. —Justo a tiempo pues nevará mañana. Además, me parece que necesitas una tisana que te dé fuerzas.

Su marido impaciente la cogió en brazos asegurándose que las pieles la protegían. —Date prisa en hacerla, mujer. Ha estado muy mal.

—Revisaré la herida en cuanto la acomodes. —Volvió la cabeza hacia las chicas y al ver los ojos de Elin levantó una ceja. —¿Invitadas?

Se sonrojaron antes de contestar a la vez —Sí.

—Pues bienvenidas. Venid conmigo, me parece que tenemos mucho de lo que hablar.

Judith, Freda y Elin se miraron antes de seguirla con el niño. Cuando bajaron del barco casi tuvieron que correr tras ella porque menuda zancada tenía la mujer, parecía que iba a la guerra. Nada más traspasar la puerta de la casa del jarl ordenó agua caliente y un montón de cosas más. —Nosotras podemos ayudar —dijo Judith—. La hemos cuidado hasta ahora.

—Sí, de hecho el musgo se lo puse yo y... —Se detuvo en seco al ver a Randall sentado a la mesa del jarl con una jarra de cerveza en la mano. Elin palideció mientras este gruñía y se levantaba lentamente.

—Siéntate guerrero —dijo Gunilda—. Ahora están bajo la protección de mi jarl.

—No por mucho tiempo —siseó mirándolas como si quisiera matarlas.

—Eso lo decidirá el jarl, no tú. Vamos —les ordenó a las chicas.

Cuando se alejaron Judith asustada susurró —¿Os ha dicho por qué está aquí?

—Os acusa de apuñalar a su jarl. Su deber es prenderos y llevaros de vuelta para ajusticiaros ante su gente. Mencionó algo de ataros a un poste, rajaros de arriba abajo y dejar que los cerdos devoren vuestras entrañas.

Perdieron todo el color de la cara y Freda suspiró. —Menos mal que yo no tengo nada que ver en esto. —Ambas la miraron y se encogió de hombros. —¿Qué? Pensaríais lo mismo si estuvierais en mi lugar, hermosas.

—Liska nos ayudará, fue un error —dijo Judith espantada.

—Uy, uy...—dijo Gunilda por lo bajo.

—¡Lo fue! —exclamó Elin—. Te juro por Odín que lo fue. Si le maté fue porque creía que le estaba haciendo daño a Judith.

Esta se sonrojó. —Deja de decir eso.

—Es la verdad.

Gunilda se detuvo ante la puerta de la habitación del jarl. —¿Quién ha dicho que está muerto?

Ambas dejaron caer la mandíbula del asombro. —¿No lo está? —preguntó Freda—. Amiga, ese hombre debe haber nacido con una flor en el culo para librarse de dos puñaladas por la espalda.

La curandera miró a Elin. —¿Por la espalda? Ya sé quién te ha enseñado eso.

—Pues es efectivo. La soltó.

Volvieron la vista hacia Judith que tenía los ojos llenos de lágrimas. —Sigue vivo.

—A duras penas, pero sí.

Freda levantó una ceja. —No te hagas ilusiones que quiere rebanarte de arriba abajo. Seguro que piensa que fue un complot con esta.

Elin jadeó. —¡Ella no tuvo nada que ver! Tranquila Judith, que lo dejaré claro. —Se volvió hacia Gunilda. —¿Te han dicho algo de mi madre?

—¿Tu madre? No, lo siento.

Dejó caer los hombros desmoralizada.

—¿Qué haces ahí parada, mujer? —gritó el jarl desde dentro de la habitación—. ¡Mi mujer te necesita!

—Tranquila Gunilda, estoy bien —dijo Liska que lo había escuchado todo. Las observó entrar—. Mi marido lo arreglará.

Todas miraron al jarl que entrecerró los ojos. —Debería ir a hablar con Cnut.

—Pues ya estás tardando.

—¡Mujer nevará mañana y vive donde Odín perdió las sandalias! —Liska elevó una ceja y el jarl gruñó antes de decir —Hasta que no sepa que estás bien ni quiero pensar en ello.

Se sonrojó de gusto. —Anda vete a por el niño que quiero verle.

Señaló a Freda. —¡Ve a por nuestro hijo!

—¿Yo? —preguntó pasmada—. Si no sé cuál es.

El jarl gruñó cuando Judith y Elin negaron con la cabeza, pero al mirar a Gunilda se dio cuenta de que si la enviaba a ella no revisaría a su mujer. —¿Es que tengo que hacerlo yo todo? —gritó furibundo sobresaltándolas antes de salir de la habitación dando un portazo.

Liska sonrió encantada antes de soltar una risita. —Que cambiado le tengo ahora, Gunilda.

—No me extraña, niña. Tanto sobresalto siguiendo a su esposa le ha dejado mella. Veamos esa herida. —Destapó sus piernas y dijo —Avivad el fuego.

Las tres corrieron hacia la chimenea y tiraron un tronco cada una. —¿Amigas tuyas?

—Sí, están bajo mi protección y mi marido me apoya —dijo convencida haciéndola sonreír.

—Trabajaremos por nuestra comida —dijo Judith rápidamente haciendo que su niño asintiera.

El niño se acercó a la curandera y vio como quitaba la venda de su muslo. Estiró el cuello para ver la quemadura y asintió. —¿Qué opinas, pequeño?

—Se pondrá bien. La esposa del jarl es una mujer dura.

—Sí, al parecer solo necesita descansar. Demasiadas cosas en poco tiempo. Pondré un emplasto de los míos y cubriré la herida. Comerás carne de ciervo para darte fuerzas. En unos

días podrás levantarte.

Liska asintió porque la verdad es que no tenía mucha energía. —¿Cuándo llegó ese hombre?

—Hace una semana.

—¿Tanto? —preguntó sorprendida.

—Al parecer estaba seguro de que tus amigas vendrían por aquí buscando tu ayuda. Eres la esposa de un jarl poderoso y Elin con la que al parecer iba a casarse, le dijo mil veces que vuestra amistad era para siempre, así que no dudó en venir a por ellas.

Emocionada miró a su amiga que avergonzada agachó la mirada. —Sí que es una amistad para siempre.

Ilusionada la miró a los ojos antes de hacer una mueca. —Pues como tu marido no me eche una mano ese siempre será muy breve.

Ake entró en la habitación con Hako en brazos y la sonrisa del jarl indicaba que estaba encantado de verle. Ella jadeó sorprendida. —Lo que ha crecido.

—Mujer que no le viste hace tanto tiempo.

El niño chilló alargando los brazos hacia Liska y esta estiró los suyos para cogerle. —No te fuerces —le advirtió su marido mientras entraba una criada con lo que Gunilda había pedido.

Entretenida con su niño ni se dio cuenta de cómo limpiaban la herida ni le ponían el emplasto. Su marido miró interrogante a la curandera que asintió. —Todo bien, jarl.

—¿Cuándo se repondrá mi esposa?

—En unos días. Si tenéis deberes, puedes irte, su vida no corre peligro.

Ake apretó los labios antes de mirarla. Era evidente que no quería irse y lo entendía. Desde su visita a la casa de su padre no le había dado un respiro, pero Elin necesitaba ayuda. Era una simple mujer, en otras circunstancias el jarl la entregaría y se olvidaría de ella para siempre,

pero si le importaban sus sentimientos haría lo necesario para salvarle la vida. —Enviaré a Bjorn como mi emisario. —Liska jadeó asombrada. ¿Le estaba fallando otra vez? —No me mires así, mujer. No es lo que piensas, cumpliré mi palabra. Pero empiezan las nieves y hay mucho que supervisar. Además, he pensado que nos conviene que el jarl se recupere y sea él mismo quien venga hasta aquí.

—Ah, ¿sí? —preguntó con desconfianza.

—Sí. —Miró a las mujeres. —Dejadnos solos.

—Os enseñaré vuestra habitación —dijo Gunilda haciendo que salieran, aunque Elin se resistía por las ganas que tenía de poner la oreja.

Ake se sentó a su lado y se miraron a los ojos hasta que escucharon como se cerraba la puerta. —¿Qué estás haciendo, marido? ¿Vas a entregársela?

—Voy a hacer todo lo necesario para librarla de esto como te prometí, esposa. Lo que me has prometido si lo hago me interesa mucho más que esa mujer.

Se sonrojó de gusto. —Entonces si no vas a hablar con Cnut...

—Ahora está herido, seguramente de muy mal humor y no escuchará nada de lo que pueda decirle. Bjorn ni irá a visitarle porque no quiero quedarme sin mi segundo en uno de sus arrebatos.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —Solo quieres engañar a Randall.

—Exacto. Diré que van hacia allí. Él no querrá ir para no perder de vista a las mujeres, así que confiará en que vayan. Cuando pase el invierno Elin le habrá conquistado de nuevo y cuando llegue su jarl, si es que la parejita no se ha ido ya, será su mayor defensor.

Sus preciosos ojos azules brillaron. —Eres muy listo, marido.

—Si de algo me he dado cuenta en estos días casado contigo, es que una mujer puede retorcerlo todo a su conveniencia, esposa. Al final parecerá que el jarl se ha buscado las puñaladas él mismo. No me extrañaría nada que hasta tuviera que pagar lo que le hizo a Judith.

—Muy gracioso.

Ake reprimió la risa acariciando la espalda de su hijo. —¿Qué te parece mi plan?

—Brillante. ¿Y cómo sabrá el jarl que su hombre está aquí? Se darán cuenta tarde o temprano de que mentiste.

—Soy jarl, yo no miento. Conozco a un Cnut al otro lado del fiordo. Si Randall saca otras conclusiones es problema suyo.

—¿Ha traído a muchos hombres?

—Supongo que no ha venido solo. Pero a la casa del jarl solo entrará él como enviado de su señor.

—¿Y cómo harás para que Cnut venga en primavera?

—Un mensaje que enviará alguien de los que mande a vender las pieles.

Pensó en ello. Puede que aquello supusiera la guerra. —Debemos ser muy listos, marido. Debemos convencerle de que Elin no tenía intención de matar o nuestras gentes correrán peligro.

—Antes de un enfrentamiento, Cnut hablaría conmigo.

Aún con lo poco que lo conocía ella también pensaba lo mismo, pero no había que confiarse. Era un jarl y consideraría una traición que Ake encubriera a quien había intentado matarle. Preocupada le miró a los ojos. —Sé que tienes responsabilidades, si esto en algo puede perjudicar a tu pueblo...

—Tranquila, te lo prometí y se hará así. —Se acercó para besar suavemente sus labios antes de gruñir y decir —Recupérate pronto, esposa.

Se sonrojó sin poder evitarlo. —¿Me echas de menos, marido?

—Con lo que te he catado, pues sí, para qué negarlo.

Jadeó. —¿Eso significa que cuando me cates en condiciones me olvidarás?

Se la comió con los ojos. —Tengo la sensación de que nunca me saciaré de ti, esposa.

Se puso como un tomate. —Buena respuesta, mi jarl.

Él se echó a reír y Liska divertida miró a Hako que se había tumbado a su lado y tenía su manita sobre su pecho como sino quisiera soltarla. Se le estaban cerrando sus preciosos ojitos y ambos sonrieron. —Es un regalo de Odín —dijo ella—. Espero que el nuestro sea igual.

—Este es nuestro, preciosa.

Se le cortó el aliento mirando sus ojos. —No quería...

—Eh... —Cogió su mano. —No quiero que la olvides, solo que no enturbie nuestro futuro.

Suspiró del alivio porque no se hubiera tomado a mal sus palabras. —Esto es difícil.

—Lo sé, preciosa. —Se agachó para besar sus labios. —No te angusties por ello. El pasado, pasado está, miremos hacia adelante.

—Haré lo posible, te lo juro.

Él sonrió. —Muy bien. Y ahora comerás lo que te traigan antes de descansar.

—He dormido mucho.

—Es una orden del jarl.

—Ah, pues si lo manda el jarl... —Entrecerró los ojos. —Ya te pillaré en el lecho y aquí no vas a darme órdenes, marido.

—Mujer no te resistirías —dijo a punto de reírse.

Se puso como un tomate antes de soltar una risita. —Es que marido, haces maravillas.

Él se echó a reír a carcajadas sobresaltando al niño que les miró con los ojos como platos antes de echarse a reír también. —Ven aquí, hijo —dijo cogiéndole en brazos y sentándole sobre sus hombros. Hako chilló de la alegría mientras iban hacia la puerta.

—Cuidado, cuidado con la cabe... —El coscorrón del niño contra el marco de la puerta la hizo jadear. —¡Marido!

Ake miró hacia arriba al igual que ella pendiente de si su niño lloraba. Tenía la manita en la frente y la cara congestionada como si fuera a llorar en cualquier momento. —¿Qué? ¿Le ha dolido? —preguntó él.

—Espera que parece que sí. Va a llorar.

—Rayos, distráelo.

—¿Con otro coscorrón? —preguntó irónica antes de sentarse de golpe y decir —Hako...

El niño la miró. —Si no lloras te daré un pastel de melaza para la cena. —Él sorbió por la nariz. —Bien grande. Enorme, para ti solo.

La risita de su niño hizo suspirar del alivio a su padre y ella le fulminó con la mirada. —Ni se te ocurra bajarle ahora. Agáchate —dijo entre dientes—. Y como a mi niño le aparezcan más chichones, prepárate jarl.

—Ha sido sin querer.

—¡Hombres! ¡Luego dicen que saben medir!

—Mujer...

—Ake, ¿no tienes obligaciones?

Él suspiró saliendo de la habitación y sonrió sin poder evitarlo porque su relación era muy distinta. Eran... como un marido y una mujer. Increíble. Encantada se tumbó de nuevo cuando escuchó el llanto del niño. Le mataba.

Capítulo 15

Limpió la boca del niño después de uno de los bollos de melaza de Ingrid que estaba encantada de tenerla de vuelta. Miró a las mujeres que acaparaban su habitación mientras Gunilda la observaba con el ceño fruncido. —¿Ocurre algo?

La mujer apretó los labios. —Tengo algo que decirte. Me di cuenta de inmediato cuando te vi en el barco, pero... Quería asegurarme.

Perdió la sonrisa de golpe. —El bebé, ¿verdad?

—No le siento. Seguramente lo perdiste cuando sangraste tanto en esta segunda ocasión.

Elin se llevó la mano al pecho. —Lo siento mucho.

Liska agachó la mirada sintiendo una profunda tristeza. —Ha sido culpa mía.

—No digas eso —dijo Judith—. Yo perdí tres antes de tener a mi niño. Sucede mucho.

—¿Lo sabe mi marido?

Gunilda negó con la cabeza. —Quería decírtelo a ti primero.

Miró angustiada a sus amigas. —Se enfadará.

—No ha sido culpa tuya. Ese hombre se te llevó —dijo Freda indignada—. Salvaste tu vida.

¿No había sido culpa suya? Quizás si se hubiera casado con él desde el principio y no hubiera provocado todo lo que vino después... Era una estúpida. —Ingrid llévate al niño, quiero

descansar.

—Sí, por supuesto.

Gunilda dio un paso hacia su cama. —Tendrás muchos hijos, te lo aseguro.

—Pero no este.

—Lo siento. —Apretó los labios al ver como por su mejilla caía una lágrima. —Tu cuerpo ha sufrido demasiado.

Ingrid con Hako en brazos miró de reojo a Gunilda antes de salir de la habitación.

—Duerme, es lo que tu cuerpo necesita.

Se tumbó de lado intentando no presionar la herida del muslo y sus amigas la miraron con pena antes de dejarla sola. Lo había perdido. Era una estúpida por no haberse cuidado. ¿Sería un castigo de Odín por sus caprichos? Sollozó tapándose la cara con la piel que la cubría. Quizás sí. Tenía más de lo que podía desear y siempre pedía más. Deseaba que la amara cuando Odín le había casado con otra, había pedido demasiado aun cuando estaba dispuesto a ser su esposo. Por su egoísmo había pasado eso.

El jarl apretó los labios mirando la jarra que tenía ante él y Randall le miró de reojo. —¿Estaba dormida cuando habéis ido a verla?

—Ha estado llorando, sus pestañas están aún húmedas, pero el agotamiento ha podido con ella.

—Lo siento, jarl.

—Tendremos más hijos.

—Estoy seguro de ello.

Asintió y al levantar la vista vio que todos le observaban. —¡Comed!

Todos se metieron lo que tenían a mano en la boca y Randall sonrió. —Os parecéis mucho a mi jarl.

Le miró a los ojos deseando ayudar a Elin más que en toda su vida porque sabía que eso le daría una alegría a su esposa. Tenía que conseguir salvarla. —Elin te ama, ¿sabes? —Randall enderezó la espalda. —Esa mujer te ama y vas a entregar su vida, vas a traicionarla.

—Ella me ha traicionado a mí, al jarl que la acogió.

—No fue intencionado. Ni sabía quién era cuando le apuñaló, solo creía que salvaba a su amiga.

El guerrero entrecerró los ojos. —No sé de qué me hablas, jarl. Pero...

Las mujeres cenando donde el hogar no les quitaban ojo. La cara de Randall lo decía todo y cuando miró hacia ella asombrado, Elin se puso nerviosa porque la había sorprendido observándole y agachó la cara avergonzada.

—No puede ser verdad —dijo él pasmado—. ¿Habláis en serio, mi jarl?

—Totalmente. Quizás si la hubieras tomado en su momento esto no habría pasado.

—¡Quería que estuviera cómoda a mi lado! ¡Además, su madre no se separaba de ella, rayos!

Al escuchar que mentaba a su madre se mordió el labio inferior. —Ah, su madre... Elin está muy preocupada por lo que fue de ella.

—¿Fue de ella? ¡No tenía nada que ver! ¡Estaba con una mujer que se puso de parto cuando ocurrió todo! La estaba ayudando a llegar a su casa cuando...

—¿Está viva? —preguntó Elin sin poder evitarlo.

Randall la fulminó con la mirada. —¡Claro que sí, no somos asesinos!

Del alivio Elin cayó redonda en el suelo y Randall se levantó de golpe corriendo hacia ella mientras la llamaba a gritos. Ake viendo como se desvivía para despertarla sonrió irónico. —

Esposa, esto va muy bien.

Sintió los brazos de su marido rodeándola por la espalda y abrió los ojos escuchando su pausada respiración, lo que indicaba que estaba dormido. Observó el fuego que se estaba apagando durante varios minutos. —Tendremos muchos hijos —susurró él sorprendiéndola.

Miró sobre su hombro y asintió mirando sus ojos verdes. —Lo siento.

—No es culpa tuya. —Apretó los labios. —No quiero que te tortures. Me sentiría peor.

—¿Peor?

Él suspiró soltándola y sentándose en la cama mostrando que estaba desnudo. —Cuando me enteré de que estabas preñada quería que lo perdieras.

Se le cortó el aliento. —¿Qué has dicho?

—De hecho ordené a Gunilda que te diera uno de sus brebajes, aunque no lo hizo.

No se lo podía creer y sintiendo un nudo en la garganta susurró —¿No querías un hijo mío?

—¡No quería perderte! —Incrédula negó con la cabeza. —Por favor, no me mires así.

Intentaba entenderle, pero estaba realmente horrorizada. —Explícate porque como no lo hagas esta relación ya no tendrá arreglo, esposo.

Él suspiró levantándose y fue hasta la chimenea. —No soportaría verte morir. No sé explicarlo. Cada vez que te veía, cuando os visitábamos era un placer y una tortura al mismo tiempo. Tu risa, tu manera de hablar, de moverte... Te juro por Odín que intentaba disimular todo lo que podía.

—Acercándote más a ella.

—Eras la hermana de mi esposa, la mujer con la que debería haberme casado. Mi error ya

no se podía subsanar, pero en mi interior no podía perdonar a tu hermana. Cuando murió, cuando tu padre me ofreció tu mano tú me rechazaste. Te juro que nunca quise algo o a alguien más que a ti en ese momento. Y al fin claudicaste. Me sentía feliz. Pero en cuanto llegamos a casa Gunilda dijo que esperabas un hijo. Habíamos discutido, estabas disgustada conmigo por no avisar a tu padre, pero te juro por Odín que en lo único que pensaba era que no podía perderte. No podía pasarte lo mismo, a ti no. —Sonrió con tristeza. —Y casi te pierdo dos veces después. Mujer no vuelvas a hacerme eso. —Se volvió y vio que su esposa tenía los ojos llenos de lágrimas. —Lo siento.

—¿Gunilda no lo hizo? —preguntó antes de levantar la voz—. ¿Significa que no diste la contraorden?

Él enderezó la espalda. —No, no la di.

Fue como una cuchillada en el corazón. —No la diste. Eso demuestra que haya perdido al niño te importa poco.

—No, de verdad que...

—¡Calla! ¡Estoy harta de oírte! Mi marido —dijo con desprecio—. Tu deber es protegerme, proteger a tu estirpe y querías matarle.

—No sé lo que se me pasó por la cabeza, pero te juro que lo deseaba...

—¡No me mientas!

—Mujer, me estoy sincerando —dijo torturado—. Podría haberme callado. ¡Me arrepentí, te juro que sí!

Sus labios temblaron mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. —¿Lo hiciste?

Se acercó a ella. —Que Odín me quite la vida si miento, preciosa. —Cogió sus manos. —Fue un error que...

—Otro error. Cometes demasiados errores, marido.

Él palideció mientras soltaba sus manos. —No vas a dejarme.

—¿O me matarás? ¿No fue lo que dijiste?

—No preciosa lo íbamos a dejar atrás. Lo que dije... Me dejé llevar por la ira y lo siento. Me habías perdonado. ¡Dijiste que lo intentarías! ¡Lo juraste!

Sí, lo había jurado por el mismísimo Odín. Vio la tortura en sus ojos y tenía que reconocer que él no tenía la culpa de lo que había sucedido. Pero que hubiera deseado la muerte de su propio hijo le hizo pensar con qué clase de hombre se había casado. Sollozó tapándose el rostro con las manos y Ake juró por lo bajo sentándose a su lado. —Lo siento, no soportaba pensar que murieras en el parto.

Liska le dio un tortazo que le volvió la cara y Ake asintió mirando sus ojos. —¿Mejor?

Sorbió por la nariz. —¿Puedo hacerlo otra vez?

—Solo si me juras que no te cortarás el brazo por haber perdido el niño.

Su preocupación por ella la emocionó y sin poder evitarlo se tiró a su cuello para abrazarle con fuerza. Ake cerró los ojos acariciando su espalda. —Lo siento, preciosa. Después de darme cuenta de lo que había hecho, lo deseaba tanto como tú. Pero a veces suceden estas cosas, tendremos más hijos, ya verás. Niños tan hermosos como Hako.

Abrazada a él frunció el ceño antes de vomitarle en el hombro. Se quedaron muy quietos de la sorpresa y su marido carraspeó. —Preciosa, eso ha sido...

—Lo sé. —Se apartó con babilla colgando por su barbilla. —El ciervo ha debido sentarme mal porque... —Vomitó sobre su pecho haciendo que él gimiera. —Ay, que malita estoy —dijo dejándose caer sobre el colchón.

Eso hizo reaccionar al jarl que se levantó de inmediato yendo hasta la puerta y gritando que viniera la curandera. Corrió de nuevo para llegar ante ella. —Enseguida viene, preciosa.

—Marido, lávate —dijo antes de tener otra arcada, pero se pudo incorporar lo suficiente para vomitar sobre sus pies. —Su marido gruñó. —Lo siento —dijo agotada.

Gunilda entró en la habitación. —¿Qué oc...? —Al ver al jarl levantó una ceja antes de sonreír. —¡Felicidades, ha agarrado!

—¿Qué?

—El niño. ¡Ha agarrado!

Liska con los ojos llorosos consiguió levantar la cabeza para mirarla. —¿De qué habla, esposo?

Ake entrecerró los ojos dando un paso hacia Gunilda. —Dijiste que lo había perdido.

—¡No lo sentía, pero ahora sí!

—¿Qué? —gritó furibundo.

—Es una buena noticia. ¿No te alegras, jarl?

Liska le miró como si quisiera matarle. —¿No te alegras?

—Claro que sí, preciosa —dijo entre dientes—. Pero si nuestra curandera aquí presente no se hubiera equivocado, nos habiéramos ahorrado un disgusto, preciosa.

—Hay disgustos que no se pueden evitar, jarl. Sobre todo cuando hay mil ojos sobre ti diariamente.

Ake se tensó, pero su esposa no pareció entender sonriendo encantada, así que para que no se preocupara dijo —¿Puedes darle algo para que se encuentre mejor?

—Por supuesto que sí, enseguida vuelvo.

Las chicas estiraron el cuello desde la puerta mirando al jarl y mirando su sexo las tres levantaron las cejas. —Amiga, ¿te encuentras bien? —preguntó Judith distraída.

—Sí —dijo antes de tener otra arcada vomitando en el suelo. —Genial —añadió agotada.

—¡Ayudad a mi mujer! —gritó impotente mientras cogía sus pantalones, pero no podía ponérselos así de manera que fue hasta la puerta—. ¿Queréis quitaros del medio?

Le hicieron un pasillo y todas le miraron el trasero. El jarl se volvió de golpe

sobresaltándolas. —¿No me habéis oído?

—¿Qué? —preguntó Elin mirándole la entrepierna.

—¡Mi mujer!

—Oh sí, claro.

Este bufó alejándose y las tres se volvieron entrando en la habitación mientras reían por lo bajo. —Amiga, no me extraña que estés loca por sus huesos, menudo hombre —dijo Freda.

Con la mejilla sobre el colchón soltó una risita. —Sí, tiene unos ojos...

Gunilda chasqueó la lengua. —Ayudadme a cambiar las sábanas.

Un mes después su marido estaba de los nervios. Al lado de ella en la cena veía como devoraba lo que le ponían delante. Bjorn carraspeó llamando su atención y su segundo negó con la cabeza para que no dijera nada. Cómo se notaba que él no tenía que ver como su esposa lo vomitaba todo en unas horas. Gruñó cogiendo su jarra de cerveza. —Preciosa come más despacio —dijo sin poder evitarlo.

Esta se sonrojó. —Tengo hambre.

—Sí, pero si te sienta mal...

—Todo está bien, jarl —dijo Gunilda como si nada.

Bufó antes de beber y en ese momento Randall carraspeó con fuerza haciendo que todos le miraran. —Ya te daré algo para eso, guerrero. No vaya a ser que te resfríes y tu jarl nos acuse de matarte —dijo Gunilda maliciosa.

Las mujeres entrecerraron los ojos porque era una solución y Elin sentada a su lado gritó —¡No!

Liska hizo una mueca antes de morder el pedazo de pollo. —¿Qué ocurre, Randall? —

preguntó el jarl divertido por los pensamientos de su esposa.

—Jarl, quiero casarme.

Elin dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Con quién?

—¿Con quién va a ser, mujer? Contigo.

—Pero si tu jarl me rajará de arriba abajo en cuanto me vea, no te voy a durar mucho.

—Nos iremos en cuanto llegue la primavera —dijo dejándola pasmada—. Al sur. El jarl hablará con un amigo suyo que tiene tierras allí y nos acogerán.

—¿Vas a traicionar a tu jarl por mí?

Randall se sonrojó. —Ake lo haría.

Asombrada miró a su marido. —¿Tú le has dicho eso?

—No, claro que no —siseó antes de fulminar al guerrero con la mirada.

—Sí que me lo dijiste, jarl.

—Yo no tengo jarl.

—Pero si lo tuvieras...

—¡Así que querías casarte! ¡Te doy mi permiso!

—Que bien —dijo Judith forzando una sonrisa.

Elin perdió la suya poco a poco y Liska sintió que perdiera la ilusión por su amiga. Aunque lo entendía, Judith había perdido el amor de su vida por las puñaladas de Elin, no es que pudiera alegrarse mucho con su felicidad cuando ella no la tenía. Pero aun así lo intentaba.

—Yo que tú me lo pensaba —dijo Freda por lo bajo—. Los hombres no son de fiar.

Los hombres la miraron ofendidos y Bjorn preguntó con voz lacerante —¿Qué has dicho?

—¿Ves? Se exaltan por nada —dijo esta por lo bajo.

—¿Cómo por nada? ¡Nos has insultado! —Bjorn alterado se levantó. —¡Y no es la

primera vez que haces ese tipo de comentarios!

Freda entrecerró los ojos y se levantó lentamente. —¡Y haré los comentarios que me dé la gana, guerrero! ¿O vas a callarme tú?

Gunilda entre ellos sonrió encantada mirando a uno y después a otro. —¡Alguien debería callarte! —Ambos miraron al jarl que observaba a su esposa comer como si viera algo que no le gustara un pelo. —¿Jarl?

Este le miró sorprendido. —¿Qué?

—¡Dile algo!

—¿Sobre qué?

Gruñó fulminándola con la mirada. —¡No sé qué hombres has conocido en el pasado ni me importa! ¡Pero no puedes tratarnos a todos como basura!

—¿Hago eso?

Sus amigas hicieron una mueca y esta se sonrojó, pero chula puso los brazos en jarras. — ¡Trataré a los hombres con respeto cuando se lo merezcan!

—¡Al menos respeta al jarl! ¡Gracias a él comes todos los días!

—¡Cuando he dicho que los hombres no son de fiar no me refería al jarl, que ha demostrado que tiene palabra y que quiere a su mujer!

Liska soltó una risita de gusto. —Que cambiado está, ni me lo creo.

El jarl sonrió. —Por ti lo que sea, preciosa.

—¿Ves? —preguntó Freda—. ¡Cuando seas así puede que te respete!

Bjorn molesto siseó —¿Así con quién? ¿Contigo?

Se puso como un tomate. —No, claro que no. ¡Con tu esposa!

—¡Qué esposa si no estoy casado! ¡Al menos dame el beneficio de la duda!

—¡Ja! ¡Las cosas hay que demostrarlas!

Se sentó de nuevo tan pancha y Bjorn miró asombrado a su jarl. —Esta mujer está loca.

—Amigo, desde que ella está aquí no dejáis de discutir y creo que es porque no compartes su lecho y eso te pone de muy mal humor. —Se echaron a reír por la cara que puso. —Si no la ignorarías. —Bjorn se sentó de inmediato. —Si quieres puedes pedir su mano. Esposa, ¿crees que ya se conocen lo suficiente?

—Sí, marido. —Miró a Gunilda. —¿Tú qué opinas? ¿Les vaticinas un buen matrimonio?

—Ella sabrá llevar a mi hijo con mano de hierro. Sí, lo apruebo.

Freda no salía de su asombro. —¿Me apruebas?

—Por supuesto. —Le dio un codazo a su hijo. —Esta sí.

—Cállate —dijo por lo bajo.

—Bjorn, ¿no quieres casarte? —preguntó Randall divertido.

—No todos valemos para el matrimonio.

Vio en los ojos de Freda una profunda decepción, aunque intentó disimularlo haciendo que le daba igual y sus palabras lo confirmaron —No me casaría contigo ni muerta.

—¡Pues muy bien!

—¿Y si te lo ordena el jarl? —preguntó Ake divertido.

Bjorn pasmado dijo —¿No hablarás en serio?

—Muy en serio. Es hora de que te cases y des hijos a tu pueblo. Grandes guerreros que protegerán la espalda de Hako en el futuro como tú proteges la mía. No puedes esperar mucho más, el niño ya pasa del año y quiero que crezcan como hermanos. —Bjorn iba a decir algo. —He esperado que te decidas, pero no eliges a ninguna. Freda es hermosa, está sana y es evidente que te altera la sangre. Celebraremos la boda a la vez que la de Randall, he dicho.

Gunilda sonrió radiante. —Gracias, jarl.

—¿Esto es cosa tuya? —preguntó a su madre pasmado.

—Los dioses me han hablado. —Soltó una risita. —Vas a ser muy feliz.

—¿Con ella? —No podía estar más incrédulo.

—Espera y verás. ¡Y haz caso a tu madre, leche!

Freda no había dicho palabra y todos volvieron la vista hacia ella. —¿Tienes algo que decir? —preguntó Liska preocupada por su reacción.

—Podía ser peor.

Sonrió porque eso indicaba que estaba encantada. —¡Estupendo!

—¿Estupendo? —preguntó Bjorn sin salir de su asombro—. ¡Si me odia! —Se levantó de nuevo. —¡Dilo! ¡Di algo o te casarán conmigo!

Freda miró hacia él y para sorpresa de todos soltó una risita demostrando que estaba encantada. Eso le cerró la boca a Bjorn que se dejó caer en su asiento sin entender nada. Liska se adelantó. —Es algo arisca, pero tiene un corazón de oro.

—¿Y cuándo serán las bodas? —preguntó Judith.

—De hoy en siete días.

—Oh, tenemos que hacerles el vestido y preparar la celebración, marido. Mejor diez días.

—Pues diez días —dijo satisfecho—. Celebraremos los esponsales con una gran fiesta.

Los hombres del salón gritaron levantando sus espadas porque era evidente que lo estaban deseando.

—Gracias jarl —dijo Randall impresionado por su generosidad.

—Una buena fiesta en el invierno levanta el ánimo. —Le dio una palmada a su segundo en el hombro que casi le tira del banco. —¡Espabila amigo! ¡Vas a casarte!

Le rogó con la mirada. —Piénsatelo bien, jarl.

Por un momento dudó, pero recibió un golpecito en el pie de su esposa. Carraspeó. —No tengo ninguna duda. Tu madre está de acuerdo y eso es que es designio de los dioses.

De repente Freda se puso tras él y Bjorn miró hacia tras sorprendido como si fuera atacarle por la espalda. —Vamos.

—¿A dónde?

—A pasear para hablar y hacer planes de futuro como todas las parejas.

—¡Está nevando y hace un frío que pela!

—¿No has oído a tu mujer? —preguntó Gunilda exasperada antes de empujarle del banco —. ¡Camina!

Gruñendo fue hasta la puerta. Freda cogió una piel, pero él se la arrebató de las manos para ponerle sobre los hombros su propia piel de lobo mucho más gruesa que la que ella tenía. Freda sonrió mientras su prometido abrochaba los cierres demostrando que estaba encantada de la vida. Bjorn cogió la del jarl y se la puso sobre los hombros antes de coger su mano y abrir la puerta para salir. La nieve que entró por la puerta demostraba que no irían muy lejos. —Creo que hoy dormiré aquí, mi jarl —dijo Gunilda.

El jarl asintió antes de ver como Judith entregaba a su mujer un gran pastel de melaza. Puso los ojos en blanco por la noche que le esperaba.

Capítulo 16

Efectivamente al amanecer su esposa vomitó todo lo que había cenado. Era increíble que con todo lo que echaba por esa boca no estuviera en los huesos. Gunilda le dio una de sus tisanas para asentar el estómago y se quedó dormida. Ya no se despertaría hasta el mediodía. Después a comer, a dormir una siesta y la cena. Cuando llegaba a la cama normalmente estaba dormida. Lo que dormía esa mujer últimamente. Gunilda le había dicho que era normal, que debido al embarazo su recuperación había sido más lenta y el cuerpo le pedía descansar. ¡Su cuerpo sí que no descansaba! ¡Hasta soñaba con ella haciéndole mil cosas y ya no podía más! No quería dar el paso porque debía ser paciente con su estado, pero es que... Elevó la piel para ver el apetecible trasero de su mujer. ¡Encima dormía desnuda! Aquello era insoportable. Y por supuesto hacerlo con otra mujer estaba totalmente descartado. Elevó la piel para ver como su erección había bajado considerablemente. Miró el trasero de su esposa y su mástil se puso tieso como un garrote. Sí, totalmente descartado porque aquello solo obedecía a su mujer. Quizás si... Alargó la mano y se tocó el miembro. Uff, no hacía aquello desde adolescente. Pero qué gusto. Cerró los ojos imaginándosela sobre él acariciando su pecho y mirándole con amor antes de agacharse para besar sus labios. —¿Qué haces?

Se sobresaltó mirando los ojos de su mujer que sobre él parecía molesta. Apartó la mano de golpe. —¿Yo? Nada.

—Nada, ¿eh? Yo creo que te estabas dando placer. Desde que estoy casada las mujeres hablan abiertamente de esos temas ante mí y me he enterado de muchas cosas.

Él levantó una ceja. —Preciosa ha pasado mucho tiempo.

—¿Te tengo desatendido? ¡Estoy enferma!

Ake carraspeó. —Estás embarazada y te deseo. Más que nunca.

Se sonrojó. —¿De veras?

—De veras.

—¿No te asquea que vomite?

—No lo puedes evitar. —Acarició un mechón de su pelo. —Pero ahora no vomitas. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, ya ha pasado.

—¿Y estás cansada? —preguntó con voz ronca alterándole la sangre.

—¿Y si le mueves y lo perdemos?

—Mujer, se puede hacer.

—¿De veras? No me fio.

—¿Acaso no me deseas?

—Uff, qué preguntas, marido. Más que nunca. Mira. —Cogió su mano y la pasó entre sus piernas cortándole el aliento mientras ella gemía de placer por su contacto. Con la respiración agitada susurró —¿Ves? Mojadita me tienes y a todas horas, marido. No sé si será bueno que...

Él se tiró a sus labios atrapando su boca y Liska gimió dejándose caer sobre el colchón. Sentir su duro miembro rozando su muslo la excitó sobremanera y rodeó el cuello con sus brazos elevando su pierna para rodear su cadera intentando que su sexo rozara el suyo. Ake gruñó en su boca cuando se puso en posición y entró en ella de una sola estocada haciéndola gritar de gusto. Él apartó sus labios mirando el placer que recorría su rostro y entrecerró los ojos moviéndose de nuevo en su interior. Su fuerza la hizo vibrar y le robó el aliento queriendo más. Clavó las uñas en su cuello desesperada y Ake no la defraudó, se movió en su canal de manera tan contundente

que casi la llevó al abismo. —Preciosa, has nacido para mí.

Ella le miró a los ojos. —Vivo para ti.

Ake entró en su ser de nuevo y ya no le dio tregua. Cada músculo de su ser clamaba liberación con sus embestidas y gritó aferrándose a él porque le necesitaba más que nunca. Y con un fuerte empujón llegó la dicha. Con él, entre sus brazos sintió que eran uno y que lo serían para siempre.

El jarl salió de su habitación con una sonrisa de oreja a oreja. Cuando se sentó a la mesa todos le miraron y él dijo —Se encuentra mejor.

—¿No me digas, jarl? —preguntó Randall divertido—. Pues por sus gritos parecía que no.

Le fulminó con la mirada. —¡Es otro tipo de cura, sabiendo!

Todos se echaron a reír y el jarl sonrió dando un golpe en la mesa. —¡Hidromiel!

Al no ver a Bjorn dijo —¿Y mi segundo?

—Aplicándole la misma cura a su mujer —dijo un hombre a lo lejos.

—¿Antes de la boda? —preguntó aparentando estar ofendido.

—El invierno es largo, jarl, todos buscan el calor de una mujer —dijo Randall comiéndose con los ojos a Elin que estaba roja como un tomate.

Varios rieron y el jarl asintió antes de beber. Gunilda se acercó satisfecha con un plato de venado. —Voy a tener unos nietos bien hermosos, jarl.

—Que Odín te oiga. Mi mujer tardará en levantarse, no la molestes.

—Lo que digas. —Se sentó en el sitio de su hijo y susurró —Sobre lo que hablamos...

El jarl se tensó. —¿Qué has oído?

—Ha pedido trabajo en la casa, mi jarl. Seguramente para acercarse a tu esposa y destilar su veneno.

—Ingrid le habrá dicho que no.

—Por supuesto, jarl. No queremos que nada ni nadie altere a tu mujer.

—Si insiste avísame. Hablaré con ella y le dejaré las cosas muy claras.

—Esto no me gusta. Empieza a decir cosas muy alarmantes entre los nuestros. —El jarl frunció el ceño. —Dice que vuestro matrimonio solo ha traído desgracia a nuestro pueblo. Que los dioses se sienten insultados porque la habéis tomado por esposa cuando era la hermana de Astrid. Está malmetiendo, mi jarl. Le echa la culpa del envenenamiento del agua porque era evidente que no quería este matrimonio. Que intentó matarnos a todos y la prueba es que ella no bebió de ese barril. Que quiso huir de ti y que los dioses nos castigan por tu empeño en perseguirla. Incluso a ella la ha castigado porque Odín le arrebató a su marido.

—El estúpido había bebido y se cayó del caballo antes de partir a rescatar a mi esposa, ¿qué tiene que ver Liska en eso?

—Son disparates, pero que muriera cuando ibais a buscarla de nuevo... La gente empieza a creerla de tanto insistir. Pero lo que más me ha alarmado es que ha hablado del niño, de Hako.

Muy tenso susurró —¿Qué ha dicho de mi hijo?

—Que crecerá con rencor. Que él será el que ponga las cosas en orden por vuestra traición a su madre. Que afortunadamente no ha mamado su leche y que eso le hará ver las cosas claras en el futuro. Está llena de maldad, jarl. Esto no me gusta, hay que detenerla.

—¿Qué propones? Si la mato abiertamente muchos pueden pensar que tengo miedo a lo que dice Aslaug.

—Y si la enfermo con alguna hierba, pueden pensar que tiene razón en sus suposiciones y que caerán uno tras otro como un castigo de Odín.

Ake apretó los labios. —¿Bjorn qué opina? Sé que esto ya lo has hablado con tu hijo.

—Aslaug siempre ha tenido la mano muy larga, mi jarl.

Entrecerró los ojos. —Quieres tenderle una trampa.

—Para que reciba su merecido sin meter a tu esposa en el asunto. Solo hay que ponerle la tentación delante, no podrá resistirse.

—¿Y si convence a otra como te confesó Nilsa antes de morir?

—Tendréis que hacer que la acuse a ella, mi jarl. ¿Crees que se resistirá mucho? Lo confesará todo en cuanto la pongan ante ti.

Se pasó la mano por la barba. —Muy bien, coged lo que necesitéis de mis riquezas.

Gunilda asintió levantándose de nuevo y salió de la casa del jarl a toda prisa. Era su mejor consejera, debía compensarla por su buen hacer. Hablaría con su esposa sobre ello. Era mujer y seguro que le ayudaba a encontrar un presente a la altura. Sonrió satisfecho antes de hacerle un gesto a sus hombres para que se acercaran a comentarle los problemas del día.

—Sí, ha hecho mucho por nosotros —dijo Liska ilusionada—. ¿Un presente? Déjame pensar...

Él acarició su muslo por debajo de la piel. —Jarl así no puedo pensar.

Rio por lo bajo. —Date prisa mujer...

—¿No te he saciado ya?

—Nunca —dijo antes de besar su cuello con ansias.

Soltó una risita. —Tienes un apetito enorme. ¡Ya lo sé!

Su marido la miró expectante. —Un colgante que la distinga de los demás. Bien grande con una piedra en medio. —Sus ojos brillaron. —Y la piedra debe ser del color de sus ojos. Ojos que todo lo ven.

Ake asintió. —Muy bien, esposa. Algo que la distinga y muestre su rango.

—Exacto.

—Hablaré con el herrero mañana mismo.

Sonrió. —Y que grabe un ojo en el medallón, marido. Y en el centro la piedra.

Divertido dijo —¿Quieres hablar tú con él?

—Déjame a mí.

Hablando con el herrero al lado de la fragua le explicó lo que quería. —¿Podrás hacerlo?

—Sí, pero me llevará tiempo para hacer los moldes.

—Tienes hasta las bodas.

El hombre asintió. —Haré que el jarl se sienta orgulloso.

Sonrió. —No esperaba menos. Recuerda que no puede verlo nadie hasta ese día. Queremos sorprenderla.

—Esa mujer me ha salvado la vida tantas veces que yo también se lo debo como se lo debemos muchos. Será mi mejor trabajo y juro que no se enterará nadie.

—Perfecto.

Encantada con él salió de allí hundiendo sus botas en la nieve. Lo que parecía un sonido sordo le hizo mirar hacia el fiordo y de repente se abrieron varias puertas. Su marido con la espada en la mano frunció el ceño antes de gritar —¡Silencio!

Se le cortó el aliento mirando las frías aguas y el sonido se escuchó de nuevo, aunque repetido en varias ocasiones. No era un cuerno, pero era una señal y asustada corrió hacia su marido como pudo. —¿Qué es eso?

—Un hombre que vive en las montañas vigila nuestras aguas. Eso es un tambor de piel de

oveja. Dice que es demasiado viejo para soplar y es con lo que nos avisa si ve algo extraño.
¡Atentos! ¡Viene alguien!

Se miraron a los ojos. —¿Es Cnut? —preguntó preocupada.

—No lo sé, preciosa. Entra en casa con el niño. Si viene en pleno invierno es porque ha perdido la paciencia y quiero que estéis a salvo.

Randall salió con la espada en la mano. —Mi jarl no tiene paciencia, es él.

Preocupada le cogió del antebrazo. —¿Tendrás cuidado? Si está furioso ni te escuchará.

—Haré que me escuche. Te lo prometí.

Emocionada asintió. —Ten cuidado.

—Cuida de nuestro hijo.

Liska vio como se alejaban hacia el embarcadero y todos sus hombres fueron detrás para proteger a sus familias. Elin se puso a su lado. —Si me entrego...

—Calla, mi marido sabrá que hacer.

—Debe estar furioso para emprender el viaje con este tiempo —susurró Judith—. Ha tenido que entrar en mar abierto.

—Al parecer la vida de los suyos no le importa tanto como llegar hasta aquí —dijo Gunilda preocupada—. Entrad en la casa, obedeced a vuestro jarl.

Las mujeres entraron, pero ella se quedó en la puerta observando lo que ocurría. Gunilda le pasó un cuchillo. —¿Dispuesta a matar si es necesario?

—Por supuesto. —Se lo metió en el cinturón bajo la piel y miró hacia las aguas. El barco no tardó en aparecer. —Esperemos que no tengamos que llegar a tanto.

—¿Veis? —gritó la voz de una mujer en el interior de la casa—. ¡Todo esto es su culpa!

Se volvieron para ver a Aslaug señalándola. —¡Desde que ella está aquí solo ocurren desgracias! ¡Ya nos han atacado dos veces! ¡Ahora esos hombres vienen por lo que protege!

Se sonrojó porque eso no podía negarlo.

—¡Hará que nos maten a todos! ¡Está maldita! ¡Ha traicionado a su sangre y lo pagaremos todos!

Palideció al escucharla. —¿He traicionado a mi sangre? —Dio un paso hacia ella. —¿Por qué piensas eso?

—¿Acaso no lo saben todos? ¡Has fornicado con el marido de tu hermana! —Varias mujeres jadearon por su atrevimiento. —¡Es la verdad! ¡Ha traicionado su memoria y solo la acompañan desgracias!

Sí, tenía que haberla delatado en su momento. Es evidente que las serpientes siempre intentaban morder cuando uno menos se lo esperaba. Dio un paso hacia ella. —¿Cómo te atreves a insultarme de esta manera? ¿Cómo te atreves a insultar a mi marido? —gritó furiosa.

—Tu marido... —dijo con desprecio—. ¿Ese que no querías y que has ridiculizado ante todos?

—¿Pero estás loca? —preguntó Ingrid—. ¡Mi jarl jamás quedaría en ridículo! ¿Has perdido el juicio?

Algunas entrecerraron los ojos. —El juicio lo perdió él al encapricharse de ella. ¡Solo tenéis que verla! ¡Por su parecido con su esposa no piensa más allá y ha puesto en peligro a los suyos varias veces! ¿Queréis perder la vida?

—¿Quieres perderla tú? —preguntó con voz lacerante sacando el cuchillo.

—¿Me vas a matar? —Se echó a reír. —Mátame, me da igual, lo he perdido todo. —La miró con rencor. —Y ha sido por tu culpa.

—No, lo has perdido porque me robaste.

Algunas mujeres jadearon. —¡Eso es mentira! ¿Vais a creerla? ¡Se está excusando! ¡No le gusté desde el principio y me apartó de Hako! Es una envidiosa y todo porque el jarl me miró los pechos cuando le daba de mamar.

El descarado de aquella mujer no tenía límite. —A ver si te aclaras, ¿no acabas de decir que no quería a mi marido? ¡Si no le quería, que te hubiera mirado incluso desnuda me hubiera dado igual!

Aslaug se sonrojó por su metedura de pata. —Cambias de opinión a menudo. Ahora pareces encantada y mañana cambiarás de nuevo.

—No, eso no va a pasar, ¿y sabes por qué? ¡Porque ahora confío en lo que siente por mí! —gritó—. ¡Porque sé que me ama y que haría lo que fuera por mi felicidad!

—¡A costa de los suyos! ¡Lo dijo Randall el otro día, traicionaría a quien fuera por ti incluso a su jarl si lo tuviera!

Apretó los labios antes de decir —Es el jarl, él toma las decisiones y decidirá tu destino.

Aslaug sonrió maliciosa. —No, bonita. Estamos aquí para hablar de tu destino y del de tus amigas.

La puerta se cerró de golpe y al volverse vio que dos mujeres pasaban el tablón antes de volverse mostrando sus cuchillos. Judith gritó intentando proteger a su hijo y se agruparon en el centro mientras varias mujeres las rodeaban. —¡No pensamos arriesgar más a los nuestros, a nuestros hijos! —dijo una anciana—. Si el jarl está hechizado, tu muerte le liberará.

Ingrid asombrada miró hacia su hermana que cogía un cuchillo del hogar. —¿Tú también?

—¡Cállate! Hay que hacer algo, ¿no lo ves? ¡Nos terminarán matando a todos por su culpa y yo tengo hijos, no pienso consentirlo!

—¡Recapacitad! —gritó Gunilda—. ¡Si las matéis, perderéis la vida!

—Hace tiempo que tu opinión ha dejado de tener importancia —dijo Aslaug con desprecio—. Ya no aciertas en tus vaticinios y eres la mano derecha del jarl. —Entrecerró los ojos. —¡Mucho de lo que pasa es culpa de tus consejos! ¡Tenías que haber hecho que perdiera el niño como el jarl te ordenó! —gritó fuera de sí—. Pero le manipulas como ella.

—¡Eso le hubiera destruido! ¡Los remordimientos le carcomerían y ya nunca sería él mismo! ¡Tenía que hacer algo!

—Erraste en tu juicio y llevas tiempo haciéndolo, ya no sirves a tu pueblo, la sirves a ella —dijo la hermana de Ingrid.

—¿Pensáis matarnos a todas? —preguntó Elin impresionada.

—Al jarl Eskolsen le haremos un favor. —Aslaug sonrió maliciosa. —Diremos que intentasteis huir y que al impedirlo nos atacasteis. No estaréis vivas para desmentirnos. Y esas que se apartan con el rabo entre las piernas no dirán nada porque son unas cobardes. Están de acuerdo con lo que vamos a hacer, pero no tienen el valor de hacerlo. No abrirán la boca.

Viendo las que se apartaban asustadas contó a las que quedaban. Eran al menos tres contra una e iban armadas. Estaban en clara desventaja, no saldrían vivas de allí, tenía que hacer algo. —Matadme a mí, dejad que se las lleve el jarl.

Aslaug se echó a reír. —¿Y que nos delaten? Es evidente que nos crees estúpidas.

Elin se agachó cogiendo el cuchillo de su bota y Judith al verlo dejó a su niño en el suelo. —Dejadle vivir, por favor...

Varias mujeres murmuraron. —Yo no mato niños —dijo una anciana.

—¡Es un testigo! —gritó la hermana de Ingrid.

Esta asombrada miró hacia el resto de las mujeres. —¿Pensáis quedaros ahí paradas? —Agarró un cuchillo y se puso frente a su hermana dejándola de piedra. —Quien traiciona al jarl no lleva mi sangre.

—Lo mismo digo.

Liska apretó los labios. Puede que muriera en ese día, pero iba a luchar por Ake, por su niño y su nueva vida. Ahora derramaría la sangre por los que quería conservar y se dejaría el alma si era necesario. —Si muero no descansaré hasta verte bajo tierra —dijo con rabia haciéndola palidecer—. Te perseguiré hasta el fin de tus días y después también, eso te lo juro

por nuestro Dios de dioses.

Varias dieron un paso atrás y Gunilda dio un paso hacia ella. —¡Qué el trueno de Odín os despedace y que vuestros descendientes paguen su penitencia con él por llevar vuestra sangre! ¡Qué la ira de los dioses les persiga para siempre!

Dos de las mujeres pálidas de miedo dieron un paso atrás antes de correr hacia el pasillo.

—¡Quedaos aquí, estúpidas!

—Se han dado cuenta del error que cometerían —dijo Elin.

—¡Cállate!

—¿Por qué no vienes a callarme? —Vio como Judith sacaba el cuchillo de su bota y se ponía a su lado mientras el niño salía corriendo para esconderse en una esquina.

Freda chasqueó la lengua sacando el puñal de su cinturón. —Ahora que iba a casarme...

—Ahora no podrá ser por la espalda —dijo Elin por lo bajo—. ¿Alguna sugerencia?

Liska entrecerró los ojos. —Esquivad el cuchillo. —Todas la miraron y se encogió de hombros. —¡Es lo único que se me ocurre!

Sonrieron divertidas antes de mirar a sus enemigas. —¿Listas? —preguntó con descaro—. ¿O esperamos a que llegue la primavera?

—Muy graciosa. —Empujó del hombro a una. —¡Ataca!

—¡Ah no, bonita, hazlo tú que nos has metido en esto!

Aslaug gruñó poniéndose en guardia. —Muy bien, todas a la vez así no tendrán posibilidades. ¿Preparadas?

—En cuanto deis un paso adelante habréis sentenciado vuestra vida para siempre. Pensadlo bien, no os dejéis llevar por ella —dijo Gunilda.

Cuatro dieron un paso atrás porque era evidente que no querían meterse en eso. Aslaug gritó de la rabia —¡Cobardes! ¡Volved aquí!

—Ahora estamos más equilibradas —dijo Elin por lo bajo—. Dos cada una.

—Matad a Aslaug cuanto antes —dijo Gunilda en susurros—. Eso les hará perder el valor.

—Aslaug es mía. —Liska entrecerró los ojos y gritó —¿Te decides o no?

Esta chilló elevando el brazo y Liska gritó como una valquiria mientras corría hacia ella.

Ake se volvió pálido al oír los gritos y dejó a Cnut con la palabra en la boca antes de salir corriendo con sus hombres detrás. Este desde el barco preguntó —¿Qué rayos pasa?

Cuando llegó a la puerta golpeó con el hombro, pero esta no se abrió. —¡La han atrancado! ¡Tíradla abajo!

Los gritos de las mujeres y los llantos de los niños les pusieron los pelos de punta y no hubo hombre que no intentara ayudar dando una patada o puñetazos. Bjorn apareció con un hacha y el jarl se lo arrebató gritando —¡Apartaos! —Lo hicieron por los pelos y el filo cayó destrozando la madera. Por un hueco vio la sangre en el suelo y gritó fuera de sí derrumbando la puerta de una patada.

Las mujeres manchadas de sangre miraban a su alrededor aún en guardia y Liska se volvió con lágrimas en los ojos y cara de asombro. —Lo conseguimos. Estamos vivas. ¡Lo conseguimos! —Se pasó la mano por el vientre mirándose bien. —Gracias Odín, estoy entera. —Suspiró aliviada. —Creía que no lo contaba.

—¿Judith? —Elin dio un paso hacia una mujer tirada en el suelo. —¡Judith! —Se agachó a su lado para volverla mostrando el corte en su hombro cerca del cuello. —¡No Judith!

Gunilda con una mano en el costado dejó que su hijo cogiera su brazo. —Madre, ¿te han herido?

—No es nada. Tu mujer me ha salvado. Ha luchado por mí como si fuera mi sangre.

Él miró hacia Freda que aún con desconfianza se volvió con el cuchillo en la mano. —Esas putas. —Escupió sobre el cuerpo de la hermana de Ingrid que sentada en el suelo no dejaba

de llorar aún con el cuchillo en la mano. —¡No llores por ella! ¡La traición se paga!

Ingrid asintió. —Lo sé. Y por eso la he matado yo, porque merecía morir.

El jarl se acercó a su esposa que miraba sus manos manchadas de sangre. —¿Qué ha pasado?

—Querían matarnos. Decían que te había hechizado y... —Elin lloró llamando su atención. —No, no...—Corrió hacia Judith arrodillándose a su lado. —No puede estar muerta. —Se agachó para sentir su latido y al oírlo bufó. —¿Por qué lloras?

—Estamos vivas —dijo incrédula—. Odín nos ha protegido.

—No lo creas —dijo Cnut entrando en la casa con una piel de oso polar sobre los hombros y su brazo tatuado al descubierto mostrando la espada. La miraba como si quisiera desmembrarla—. Aún tienes que pagar ante mí. —Al ver que Judith abría los ojos, sonrió con malicia. —Bienvenida, esposa. ¿Te alegras de verme?

La sorpresa de que el jarl se hubiera casado con Judith aquella misma noche en la que sucedió todo la dejó de piedra. —¿Por qué no nos lo dijiste? —preguntó Elin mientras Gunilda era atendida por Freda siguiendo sus instrucciones y Liska intentaba ayudarla a ella.

—No lo sé. Solo sentí miedo porque creyera que tenía algo que ver y hui. —Agachó la mirada. —En realidad no tenía que haberse casado conmigo, no le merezco.

—¡Jamás vuelvas a decir eso! —le ordenó Liska.

—No le protegí. Debí quedarme a su lado. —Se echó a llorar tapándose el rostro con las manos. —Eso demuestra que no le merezco.

—Eh, yo también hui de mi marido y míranos. Nos amamos...

—Eso no lo dudes nunca, mujer —dijo el jarl entrando en la habitación—. Se impacienta.

—¡Estamos intentando evitar que se desangren! —protestó Freda—. ¡Qué se espere!

Mientras Elin ayudaba a vendar a Judith se acercó a su marido que la cogió por la nuca preocupado. —¿Seguro que estás bien?

—Sí, no me han herido. Por una vez estoy entera.

Él sonrió de medio lado. —Bien. Ya hemos prendido a las demás que deberán dar explicaciones, pero no puedo ser duro con ellas, ¿lo comprendes verdad?

—Eso aumentaría el rencor entre tus hombres hacia mí.

Asintió. —Ya hay cuatro viudos y varios niños que deberán entender que ellas sobrepasaron los límites, si soy benévolo con las demás evitaremos que esto se repita en el futuro porque diré que has pedido clemencia por ellas. Que han actuado así porque no te conocían.

—Como digas, conoces a tus gentes mucho mejor que yo.

Gunilda apretó los labios y el jarl se dio cuenta. —¿No estás de acuerdo, mujer?

—Esto no tenía que haber pasado y la culpa es mía. Tendría que haberte advertido antes, mi jarl. Lo lamento.

—No es culpa tuya. Hace un mes me advertiste sobre Aslaug, sobre que quería revelarle a mi esposa mis intenciones sobre su embarazo. Tendría que haber cortado sus comentarios de raíz.

—¿Hace un mes? —preguntó Liska sorprendida—. ¿Por eso me lo dijiste?

—No preciosa, me enteré después.

—¿Y no hiciste nada cuando iba a traicionarte? ¡Marido, eres un blando!

Él sonrió. —¿Y ahora? ¿Soy demasiado blando ahora?

Lo pensó seriamente. No podían matarlas a todas, ¿los hombres qué harían? No, eso sí que empeoraría las cosas, pero no se quedaba muy a gusto. —¿Veinte latigazos?

—Sí, jarl —dijo Gunilda—. Que lleven en su espalda el precio de su traición. Que sepan

que quien ose pensar siquiera en traicionarte, se llevará su castigo.

Ake asintió y acarició la mejilla de su esposa. —Cámbiate y ven conmigo. Cnut espera para celebrar el juicio, aunque ya las ha sentenciado. Necesitan tu ayuda y tu poder sentada a mi lado.

—Como digas, enseguida estoy contigo.

Él salió de la habitación cerrando la puerta y Liska se volvió hacia sus amigas que no podían disimular su temor. —Tranquilas, les dejaré bien claro que me habéis salvado la vida. ¿Creéis que mi marido no haría lo necesario para salvar la vuestra incluso aunque no lo hubiera prometido?

Las mujeres sonrieron maliciosas. —Cnut no tiene nada que hacer —dijo Gunilda—. Preparaos, esta será otra batalla.

Salió al salón vestida como una princesa con uno de los vestidos nuevos que se había hecho en un color azul que resaltaba sus ojos. Su cabello negro estaba suelto hasta detrás de sus rodillas y una corona de oro descansaba sobre su frente. Su marido sonrió orgulloso mientras Cnut sentado a su lado dejaba caer la mandíbula de la impresión como la mayoría de los presentes. —Está claro que no tenía que habértela devuelto.

—Siempre ha sido mía, amigo. —Se levantó y cogió su mano. —Ven esposa, debes estar agotada.

—Más bien disgustada, esposo. Que tengamos que estar haciendo esta pantomima después de lo ocurrido, me disgusta y mucho.

Cnut parpadeó. —Siento ser un incordio para ti.

—Lo dudo.

Se sentó al otro lado de su marido y Bjorn dio un paso al frente. —Todo está listo, mi jarl.

Liska elevó la barbilla mientras Ake decía —¿Con quién quieres hablar primero?

—¡Esto es ridículo! ¡Fueron ellas!

—Exponme tus pruebas, jarl. Sino esas mujeres no saldrán de mis tierras y seguirán teniendo mi protección.

—Sobre todo después de salvarme la vida —dijo Liska indignada—. Y no es la primera vez que lo hacen.

—Sé que tu amistad con ellas es precisamente lo que las protege, pero cuando confiesen lo que hicieron, perderán la vida y me da igual que hayan salvado la tuya —dijo Cnut con voz lacerante.

Le miró con odio. —Eso ya lo veremos.

—Que entren —ordenó Ake divertido.

Su amigo siseó —No tiene gracia.

—Claro que la tiene, porque cuando sepas las razones de su comportamiento te vas a quedar de piedra.

Cnut frunció el ceño. —¿Las sabes?

—Claro que las sé, por eso las protegía de ti.

Randall dio un paso adelante. —Mi jarl...

—¿Tu jarl? —gritó furibundo—. ¿Por qué no me avisaste de que las habías encontrado?

Atónito miró a Bjorn. —Él fue a avisarte.

Bjorn hizo una mueca. —Un malentendido, jarl —dijo con pesar—. Fui a visitar a un amigo en las montañas que se llama precisamente como tú y él creyó...

Cnut no salía de su asombro. —¡Le habéis mentido!

—Qué pesado es este hombre —dijo ella por lo bajo—. Cómo me alegro de no haberme casado con él, amor.

—Ya estabas casada, preciosa.

Soltó una risita cogiendo su mano. —Cierto.

Cnut gruñó antes de mirar a Bjorn y a Randall. —¿Y no se te ocurrió preguntarle cómo había ido su visita?

—¡Llegó tan pronto que pensaba que solamente te había dado el mensaje y había vuelto! ¡No había mucho más que preguntar!

—Sí, me preguntó que cuándo llegarías. Como creí que hablaba de nuestro Cnut contesté en primavera. Siempre baja en primavera.

El jarl fulminó a Ake con la mirada. —Amigo, no tengo la culpa de que uno de tus guerreros saque conclusiones precipitadas.

—Se le nota que él también hace eso, marido. Ojito con él.

—Tranquila preciosa, que le tengo calado.

Cnut con cara de querer soltar cuatro gritos siseó —Que pasen...

Elin entró primero y miró a Liska muerta de miedo. Elevó la barbilla para que hiciera lo mismo y su amiga le hizo caso. Judith más entera, aunque pálida seguramente por la herida se puso ante su marido que gruñó mirando la venda y la sangre de su vestido.

—¿Por qué huiste?

Judith parpadeó. —¿No es evidente? ¡Creí que te habían matado!

—¡Más razón para que te quedaras! ¡Como mi esposa debías vengarme!

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Estaba sola contigo, nadie sabía que me habías elegido por esposa. Mi amiga tenía que huir, ¿qué querías que hiciera? ¡Tenía que proteger a mi hijo! Tus hombres actuarían primero y preguntarían después.

—Es lógico que tuviera miedo —dijo Liska como si fuera tonto.

—Dile a tu mujer que se calle —dijo entre dientes.

—Mi esposa es libre para expresar lo que piensa. —Le miró sorprendida y él dijo por lo bajo. —¿A que sí?

—Oh sí, por supuesto. Mi marido me escucha siempre.

—Así le va.

Ella jadeó indignada. —¡Oye, que le va muy bien y está encantado!

Ake sonrió pasándoselo en grande. —Sí, preciosa. Nunca he sido más feliz.

—¿De veras? —preguntó ilusionada.

—¿Volvemos a mi tema? ¡Han intentado matarme!

—¡No quería matarte! ¡Solo me defendía! —gritó Judith.

—Como debe hacer una amiga. Como me han defendido ellas hace unos momentos.

—Nada, que no se calla.

Liska le miró con inquina, pero Ake apretó su mano. Se mordió la lengua mientras Cnut preguntaba —¿Cómo que intentaba defenderte?

Elin gimió. —No sabía que... La oí gritar y la agarrabas.

Todos miraron a Cnut que en su rostro no pudo disimular su sorpresa, pero reaccionó enseguida. —¿Me apuñalaste por hacerle el amor a mi esposa? —gritó furibundo.

Ake reprimió la risa. —A saber cómo lo haces.

—¡Muy gracioso! —Se levantó mirando a Elin que dio un paso atrás. —¿Fue por eso?

—Gritaba y parecía que era de dolor. ¡La agarrabas y no la dejabas! —Hizo una mueca. —Ahora sé que... —Se puso como un tomate. —¡Pero entonces no lo sabía! ¡Creía que la violabas!

—¡Gritaba de placer!

—Marido me avergüenzas —dijo Judith roja como un tomate.

—¡Tu amiga es tonta!

—Eso mismo dije yo. —Ake chasqueó la lengua. —Pero después de pensarlo me he dado cuenta de que puede haber confusión. Si sus gritos eran exacerbados...

—¡De lo bien que se lo estaba pasando! —exclamó asombrado—. ¡Casi me mata!

—Eso te pasa por no avisar de tu matrimonio —dijo Liska con rencor—. ¡Menudo disgusto se han llevado!

—¿Ellas? ¿Ellas? —gritó más alto—. ¡Casi me envía a la pira!

—Bueno, pero ahora estás aquí y ya está todo aclarado. —Se levantó resuelta. —
¿Cenamos?

—¡No he acabado!

Bufó sentándose de nuevo. —Se va a enfriar el asado y no me gusta que mi marido lo coma frío.

—Tranquila, preciosa. Puedo esperar.

Randall carraspeó. —Mi jarl, no lo hizo con maldad, no ganaba nada con ello, solo quería salvar a su amiga. Ni ella ni nadie conocía que te habías desposado con Judith, ni siquiera yo me enteré antes de irme, aunque es lógico porque estabas inconsciente, pero con esto quiero decir que cuando vio cómo la tomabas creía que la estabas forzando. Liska salvó a Elin de una situación parecida y mató al hombre que lo hizo. Elin hizo lo mismo intentando proteger a su amiga, es lógico.

Él elevó una ceja mirando a Liska que forzó una sonrisa. —Así que la culpa es tuya.

—¿Qué ha dicho? —preguntó asombrada.

—Amigo... —Ake se tensó.

—¡Ella la instruyó! ¿Qué pretendías, eh?

—¡Salvarla de un cabrón que quería tomar lo que no era suyo!

—No me está gustando nada el camino que está tomando esta conversación —dijo Ake fríamente—. ¡Mi mujer no tiene nada que ver en los conflictos que haya en tu pueblo! ¡Si tomaste a tu esposa y creyeron que la tomabas en contra de su voluntad, es porque nadie se imaginaba que la habías desposado! ¿Pregúntate por qué? ¿Porque es una mujer de estatus inferior? ¿Porque ya había estado casada? ¡Es evidente que nadie se lo esperaba!

—¡Aunque la hubiera tomado a la fuerza no es nadie para matarme! —gritó asombrado.

—¿Qué has dicho? —preguntó Judith—. ¿Cualquiera puede hacerme lo que le venga en gana?

—¡Claro que no, eres mi mujer!

—¿Y antes?

Él entrecerró los ojos. —¿Es que alguien te ha tocado en contra de tu voluntad? Dime quien es.

Se sonrojó de gusto. —¡No me cambies de tema! ¡Tengo derecho a que me defiendan! Y deberías darle las gracias porque lo hizo. Si hubiera sido otro...

—¡Pero era yo!

—¡Pero ella no lo sabía!

—Ah eso, se me olvidaba —dijo Elin—. No sabía que eras tú. Estabas de espaldas y...

—¡Tengo el brazo tatuado!

—No me fijé en eso. Parecía que sufría y... Hala.

—Hala —dijo asombrado—. ¡Hala! —Parecía que quería estrangular a alguien, pero no sabía a quién.

—Es evidente que no puedes culparla por ayudar a tu esposa —dijo Ake—. Y Judith en

realidad no hizo nada, proteger a su hijo de una posible venganza precipitada. Randall creía que llegarías en primavera...

—Por cierto, jarl, ¿ya que estás aquí quieres asistir a mi boda?

—¿Te vas a casar? —preguntó pasmado. Cuando vio como miraba hacia Elin gritó —
¡Con ella!

—Ya lo sabías...

—¡Desterrado!

Hizo una mueca. —Me lo imaginaba.

—¡No quiero volver a veros en la vida!

—¿Ni a mí? —preguntó Judith con miedo.

—¡Mujer ve a por tu hijo, nos vamos a casa!

Chilló de la alegría antes de salir corriendo. Elin susurró —¿Y mi madre?

—¿Qué has dicho? —preguntó Cnut molesto hasta porque le dirigiera la palabra.

Liska chasqueó la lengua. —Ha preguntado por su madre. La echa de menos.

—¡Pues que no se hubiera ido!

—Salvó su vida —dijo perdiendo la paciencia—. ¿O puedes poner la mano en el fuego porque tus hombres no la hubieran ajusticiado cuando supieran lo que había hecho?

Cnut entrecerró los ojos. —La traerán en primavera.

Judith llegó con su hijo en brazos casi sin aliento. —Estoy lista.

—Un momento —dijo Ake muy serio. Cnut le miró—. Júrame por Odín que la cuidarás como merece. Ha salvado la vida a mi esposa, debo protegerla como si fuera de la familia y si no me lo prometes no se irá a ningún sitio.

—Es mi esposa —dijo entre dientes—. Y me conoces lo suficiente para saber que protejo lo mío.

—¿Y la amarás? —Liska se puso al lado de su marido para verle bien.

—¡Tu mujer no se calla! —gritó indignado.

Judith dio un paso al frente. —¿Me amarás? Sino no me voy.

—Bien dicho, amiga. —Se volvió hacia él. —¿La amarás?

Gruñó antes de decir —Mujer sube a ese barco.

—Sigues enfadado.

—¡Te fuiste!

—¡No me entiendes! —dijo al borde del llanto.

Gruñó. —Sí esposa, te entiendo. ¡Si no te hubiera entendido os hubiera estrangulado con mis propias manos! ¡Ahora sube al barco!

Judith miró hacia Liska. —No me ha dicho que me ama.

—No, no lo ha hecho.

Se volvió con su hijo y fue hacia las habitaciones. —¿Qué hace? —preguntó asombrado.

—Amigo, te aconsejo que le digas lo que quiere, porque las mujeres pueden ser muy cabezotas hasta que no escuchan lo que desean oír.

Liska soltó una risita. —Marido, ¿me amas?

La comió con los ojos cogiéndola por la cintura para pegarla a él. —Tanto que siento que no vivo sin tu sonrisa, preciosa.

Cnut gruñó pasando ante ellos. —Tengo que beber porque esto es insoportable.

—Lo que le queda por aprender —dijo mirando a su esposo con amor.

—Hay que darle tiempo. Hasta ahora pensaba que le había traicionado, ahora sabe que huyó por miedo. Tiene que asimilarlo, pero sé que la cuidará.

—Más le vale.

Él sonrió. —Eres maravillosa.

Se sonrojó de gusto. —No es cierto. —Ake perdió la sonrisa poco a poco. —¿Qué ocurre, amor?

—Me haces tan feliz. Si no hubiera...

Liska tapó su boca mirándole emocionada. —No. Eso ya quedó atrás. Me hiciste prometer que no lo recordaría y yo ahora te pido que no te tortures con ello. Tenemos a Hako y nos lo dio Astrid, que fue mi hermana y la quise muchísimo. Me he dado cuenta de que arrepentirse del pasado no sirve de nada porque nos hace lo que somos. —Apartó la mano y besó sus labios. —Te amo, te amo, quiero vivir a tu lado el resto de mi vida y sentirme siempre como ahora.

—Y te juro que haré lo posible para que sea así, mujer.

—Tu esposa.

—Para siempre.

Epílogo

Una de las mujeres ajusticiadas por su traición al jarl echó leña al fuego y le sonrió. —
¿Así está bien?

—Sí, gracias.

Elin hablando con su madre entró mostrando su avanzado embarazo. Llevaba un cuenco
en las manos. Liska bufó mientras se lo tendía. —¿De veras?

Embla levantó una ceja. —Gunilda quiere que te lo tomes ahora.

—Si solo ha sido un pequeño resfriado.

En ese momento su niña entró corriendo. —¡Madre, ya la tengo!

—¿De veras? —Liska la cogió y la subió a la cama sentándola a su lado. —Enséñamela.

Abrió sus manitas y mostró la mariquita que caminó sobre su palma. —Qué bonita.
Tienes que cuidarla mucho y dejarla en el mismo sitio, ¿de acuerdo? Su familia la echará de
menos.

—Yo os echaría de menos si se me llevaran —dijo con pena.

Acarició su pelo moreno. —Papá y yo te buscaríamos hasta el fin del mundo.

—Y el abuelo.

—Y el abuelo.

—Y el tío Cnut.

—Y el tío Cnut.

—Y el tío Randall, el tío Bjorn... Me buscaría mucha gente.

—No pararíamos hasta dar contigo.

—Si a ella la buscan tantos se nos va a llenar la casa de mariquitas —dijo ilusionada.

Se echó a reír y la besó en la frente. —Devuélvela con su familia, cielo.

Sansa se bajó de la cama corriendo y se cruzó con Gunilda que sonrió antes de decir —
Tienes la cena sobre la mesa, niña.

—¡Ahora voy!

Gunilda suspiró y al ver el cuenco aún en las manos de Elin levantó una ceja. —Se ha distraído.

—Bébetelo.

—Que mandona es esta mujer —dijo alargando las manos.

Mientras se acercaba el medallón de Gunilda resplandeció con la luz del fuego. Sonrió porque no se lo quitaba nunca. Bebió aquel mejunje y puso cara de asco.

—Anda, anda, que no es para tanto.

—Preciosa hazle caso —dijo su marido entrando en la habitación con su hijo pequeño en brazos.

Se lo bebió de golpe y le entregó el bol a Gunilda antes de alargar los brazos. —¿Cómo está mi niño?

—Se ha recuperado mucho más rápido que su madre —dijo la curandera yendo hacia la puerta.

Ake se sentó a su lado y la miró a los ojos. —Lo sé, debes irte. Pero será en unos días, ¿no? Todavía no habéis preparado el barco.

Él asintió alargando la mano para acariciar su mejilla. —Me llevo a Hako.

Le miró sorprendida. —Solo tiene seis años.

Él sonrió. —No me has entendido, cuando tu padre estuvo aquí hace dos semanas me pidió que le llevara. Quiere pasar tiempo con él y que los lazos con tu hermano se estrechen. —
Suspiró del alivio. —¿Creías que me lo llevaría de incursión?

—Pues...

Su marido se echó a reír.

—No tiene gracia, me has asustado.

—Nunca hemos hablado de esto, pero en unos años deberá acompañarme.

—Lo sé.

—Debo prepararle para su futuro, por eso me interesa que conozca como actúa tu padre con su pueblo. Es un buen jarl, un gran ejemplo.

Sonrió orgullosa. —¿Se lo has dicho?

—Es la primera vez que se separa de nosotros. De todos nosotros y temo que no se lo tome bien.

—Quieres que se lo diga yo, ¿verdad? —preguntó asombrada.

—Eres su madre.

—¡Y tú su padre y el jarl!

Ake gimió. —Preciosa, lo he intentado, pero...

Gruñó porque al final la que tenía que ser firme con los niños siempre era ella. —Yo también le echaré de menos.

—Lo sé.

—¿Y si lo dejamos para el año que viene?

—Mujer...

Bufó porque su padre le había reclamado. —Se lo diré.

Ake sonrió y la besó en los labios. —¿Qué haría sin ti?

—Yo pienso lo mismo, mi amor, por eso...

—Te juro que volveré. Regresaré a casa contigo y con los niños, te lo juro por Odín.

Se abrazó a él con fuerza. —Piensa en eso cuando estés lejos, te dará fuerzas para superar los problemas.

—Lo haré... Pero todavía nos quedan unos días, no te apenes. —Se miraron a los ojos y él suspiró. —Cada vez se hace más difícil.

—Lo sé.

—Me estaré haciendo viejo.

—Cada día estás más apuesto.

—Y tú más hermosa.

Se sonrojó de gusto. Él acarició su antebrazo deteniéndose en la herida que se hizo por él. —Recuerda que vives para mí, esposa. No estaré para cuidarte y...

—Lo que menos quiero es que te preocupes por mí. Estaré bien, estoy en familia. Eres tú quien correrá peligro.

—Si pasa algo raro, quiero que avises a tu padre que es quien está más cerca.

—No te preocupes. Me dijo que enviaría a varios de sus hombres mientras estás fuera.

Ake asintió y ella se dio cuenta que era más duro para él que para ellos. —Sé que es tu deber, que es lo que tus hombres esperan de ti, pero...

—Hablaremos de eso el año que viene, preciosa. —La besó en los labios. —Te amo.

Se le cortó el aliento como cada vez que se lo decía y se emocionó. —Y yo a ti, mi amor.

Él sonrió levantándose y vio que su pequeño se había quedado dormido en los brazos de su madre. —Este nos dará problemas, mujer. Tiene un carácter...

Jadeó indignada. —¡Ha salido a ti!

—¿Seguro? —Divertido se volvió y Hako estaba en la puerta observando. —Hijo, ¿qué haces ahí?

—¿Tengo que irme? —preguntó apenado.

Suspiró porque era evidente que lo había oído todo. Alargó la mano. —Ven aquí, cielo.

Hako se acercó a regañadientes y Ake lo sentó en la cama a su lado. Ella acarició su cabello con ternura. —Sabes que te queremos muchísimo, ¿verdad? —El niño asintió. —Pero el futuro de tu pueblo y el de tus hermanos depende de ti. Serás el jarl de este pueblo, y debemos enseñarte como ser un buen líder. De mi padre aprenderás muchas cosas, a ser justo, vehemente en tus convicciones, a ser un gran guerrero. Eres muy afortunado, ¿sabes? Tienes dos jarl de los que guiarte.

—Padre me enseña.

—Tu padre se irá de incursión y quiero que conozcas mejor a tu abuelo y a tu tío. Él también será jarl algún día. Te tratarán muy bien, eres su niño bonito.

Los ojos del niño brillaron. —Lo soy.

Su padre sonrió guiñándole un ojo. —Me volverás hecho un consentido.

—Pero me querréis igual.

—Te querremos siempre. —Liska le besó en la frente. —Irás y nos harás sentir orgullosos.

—¿Y quién te cuidará? Padre se va.

Ake asintió. —Dejaré a Randall al cargo.

El niño frunció el ceño como cuando meditaba algo importante para él y dijo —Va a ser padre, buena decisión, jarl. Además, Bjorn puede cubrirtte las espaldas y debes volver para estar con madre. —Asintió bajando de la cama. —Iré, debo aprender todo lo posible para ser tan cabal

como tú, padre.

Pasmados por su madurez le vieron salir y se miraron a los ojos impresionados. —¿Ese es mi niño? ¿El que lloraba hace una hora porque la niña le había tirado del pelo? —preguntó él.

Liska sonrió con tristeza. —Se está haciendo un hombrecito. Volverá muy cambiado.

—Y te apena.

Miró a su pequeño en brazos. —Afortunadamente vendrán más y siempre habrá pequeños en casa.

Él parpadeó. —Cuando dices más te refieres a los de los demás.

Sonrió de oreja a oreja mirando sus ojos. —Sorpresa.

Ake negó con la cabeza. —¡Será una broma, lo habíamos hablado!

—Si tengo partos muy fáciles.

—¡Tus partos son fáciles, pero yo envejezco cinco años cada vez que alguno sale por ahí!

—Exagerado. Si la última vez te emborrachaste.

—Porque Bjorn me engañó y seguro que fue cosa tuya.

Se sonrojó. —Es que lo pasas tan mal que me da pena.

Ake se echó a reír. —Mujer, ¿otro?

—Esta vez será niña. Me lo ha dicho Gunilda.

Perdió la sonrisa de golpe. —Tus vómitos...

—Tranquilo, estoy bien.

Se sentó a su lado de nuevo aún haciéndose a la idea y se miraron a los ojos. Se sentían tan unidos, se amaban tanto que se entendían simplemente con una mirada. Y esa mirada decía que se necesitaban, que no eran nada el uno sin el otro. —Te amo, preciosa.

—Lo sé. Y me amarás siempre como yo a ti. —Le cogió por la barbilla y le dio un beso

en los labios. —Vive para mí, mi amor. Tienes que volver.

—Vivo para ti y siempre regresaré a tu lado

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón

- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino (Serie Texas)
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor

- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matryoska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve

- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado

- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikingos)

- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139- Renunciaré a ti.
- 140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
- 143- Lady Elyse (Serie época)
- 144- Nada me importa más que tú.
- 145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
- 146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
- 147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
- 148- ¿Cómo te atreves a volver?
- 149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)

- 150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
- 151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
- 152- Tú no eres para mí
- 153- Lo supe en cuanto le vi
- 154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
- 155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
- 156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
- 157- Me has dado la vida
- 158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
- 159- Amor por destino 2 (Serie Texas)
- 160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
- 161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
- 162- Dulces sueños, milady (Serie Época)
- 163- La vida que siempre he soñado
- 164- Aprenderás, mi amor
- 165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)
- 166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)
- 167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
- 168- Sólo he sido feliz a tu lado
- 169- Mi protector
- 170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)
- 171- Algún día me amarás (Serie época)
- 172- Sé que será para siempre
- 173- Hambrienta de amor
- 174- No me apartes de ti (Serie oficina)
- 175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)
- 176- Nada está bien si no estamos juntos

- 177- Siempre tuyo (Serie Australia)
- 178- El acuerdo (Serie oficina)
- 179- El acuerdo 2 (Serie oficina)
- 180- No quiero olvidarte
- 181- Es una pena que me odies
- 182- Si estás a mi lado (Serie época)
- 183- Novia Bansley I (Serie Texas)
- 184- Novia Bansley II (Serie Texas)
- 185- Novia Bansley III (Serie Texas)
- 186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)
- 187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)
- 188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)
- 189- Lo que fuera por ti 2
- 190- ¿Te he fallado alguna vez?
- 191- Él llena mi corazón
- 192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)
- 193- No puedes ser real (Serie Texas)
- 194- Cómplices (Serie oficina)
- 195- Cómplices 2
- 196- Sólo pido una oportunidad
- 197- Vivo para ti (Serie Vikingos)
- 198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)
- 199- Un baile especial
- 200- Un baile especial 2
- 201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)
- 202- Lo siento, preciosa (Serie época)
- 203- Tus ojos no mienten

- 204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)
- 205- Sueño con un beso
- 206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)
- 207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)
- 208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)
- 209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)

Novelas Eli Jane Foster

- 1. Gold and Diamonds 1
- 2. Gold and Diamonds 2
- 3. Gold and Diamonds 3
- 4. Gold and Diamonds 4
- 5. No cambiaría nunca
- 6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

- 1. Elizabeth Bilford
- 2. Lady Johanna
- 3. Con solo una mirada
- 4. Dragón Dorado
- 5. No te merezco
- 6. Deja de huir, mi amor

7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte
14. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.